

77 GRADOS KELVIN



JOSÉ LUIS PEÑALVER

77 GRADOS KELVIN

José Luis Peñalver Paret

© José Luis Peñalver Paret 2016
Corrección: Página Tres Agencia Literaria
<http://www.paginatres.es/>
Diseño de las cubiertas: Humbert Glaffo (99designs)
<https://99designs.es/profiles/1756599>
Código de registro Safecreative: 1502193284735
Fecha de registro Safecreative: 19-feb-2015

Todos los derechos reservados

1.

Levantó los párpados con un impetuoso acto reflejo, algo le había hecho despertar. Sin embargo, se vio obligado a cerrarlos, deslumbrado por una inmensa claridad.

—Responde a los estímulos, doctor —anunció una voz femenina, situada a su derecha.

—Estupendo —dijo un hombre, aproximándose por el mismo flanco.

Los engranajes de su cerebro se amoldaban al estado de vigilia con extrema lentitud. Aturdido, apenas era consciente de que se hallaba en posición horizontal. Todo lo demás era desconocido.

—Señor Hoyos, ¿puede oírme?

La voz sonaba cálida. Pudo entornar los ojos unos instantes y atisbar la silueta de un hombre, de pie junto a él, ataviado con una bata de color claro. En segundo plano había otra persona, la mujer que había hablado primero.

Se tomó unos segundos para responder. Desorientado, luchaba por recordar y entender dónde estaba, pero por algún motivo sentía dolorosos pinchazos en la cabeza.

—Sí... —contestó, apenas con un hilillo de voz, afónico.

—No se preocupe, es normal. Hace mucho que no pasa aire por esa laringe, las cuerdas vocales tardarán en recuperar la movilidad y vibrar como es debido.

David Hoyos no alcanzó a comprender aquella explicación, pero desdeñó sus dudas. Le urgía más concentrarse en recordar qué hacía allí o qué hizo el día anterior, ¿por qué le costaba tanto recordarlo? Con los ojos guiñados para vencer la claridad escrutó el rostro del doctor y la enfermera, pero no le eran familiares.

—Se siente confuso, ¿verdad? Es absolutamente normal.

El doctor, de estatura media y pelo blanco tupido, se esforzaba por resultar tranquilizador. Era de agradecer, pero necesitaba respuestas y comenzaba a sentir ansiedad.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—No tenga prisa, todo a su tiempo. Ha sufrido un delicado proceso de reanimación y ahora es importante que descanse.

—¿Qué? ¿Qué me ha...?

—Pero antes —le interrumpió el médico, comprensivo pero firme — debemos comprobar que el hipocampo no sufrió hipoxia durante la fase de criopreservación. Para eso trate de recordar algo cercano, no muy recóndito en su memoria.

—¿Fase de qué? No, no puedo recordar, me duele...

—¿No es consciente de que no puede mover ni los brazos ni las piernas? Déjeme ayudarle.

Le hizo un gesto a la enfermera y esta se aproximó hacia un sofisticado aparato del que salía la vía que llevaba pinchada en la muñeca.

—¿Qué es eso?

La mujer no contestó: permanecía inmóvil frente al aparato, con la mirada extraviada. Hubo un pitido y ella reaccionó por fin, volviéndose hacia él para dedicarle una sonrisa dulce, pero sin articular palabra.

Aquella sustancia le desveló de súbito su pasado reciente. El agudo dolor de cabeza remitió como por arte de magia. Nunca había experimentado una sensación semejante, pasando de estar totalmente desorientado a recapitular en avalancha memorias y episodios.

El accidente había ocurrido tan solo unos pocos días atrás. Como todos los veranos, pasaba un par de semanas en la magnífica villa de su padre en las afueras de Jávea, ubicada entre los montes de pinares de la zona del santuario, con vistas al puerto y a toda la bahía. Aquella fatídica mañana, navegaba con tres amigos en el bonito velero Serviola de veintitrés pies, la embarcación más pequeña de las que amarraba su padre en el puerto de la localidad alicantina. Regresaban bordeando la costa, tras haber echado el ancla frente a varias calas de la reserva natural del cabo de San Antonio. Se habían bañado en las cristalinas y poco frecuentadas aguas, alejadas de las agobiantes playas. Mientras las dos chicas tomaban el sol sobre las bancadas laterales de la embarcación, su amigo y él buceaban bajo los impresionantes acantilados.

Tostados por el implacable sol mediterráneo, se disponían a doblar el cabo, de regreso al puerto. David llevaba la caña del timón. Le gustaba navegar a vela siempre que la mínima brisa lo permitiera, para evitar el molesto ronroneo del pequeño motor fueraborda de dos tiempos.

Disfrutaba los cabeceos de la dócil embarcación de fibra de vidrio, corrigiendo el remonte de las olas para no salpicar en exceso, e iba siempre atento a las velas, que no flamearan o fueran demasiado cazadas...

—¿Señor Hoyos?

—Sí, lesión espinal; me fracturé la vértebra C4 —respondió al médico en tono neutro—. Al menos puedo respirar por mí mismo...

Lo tenía asumido, y eso que había ocurrido solo una semana atrás. No albergaba demasiadas esperanzas en la rehabilitación, pero admitía que los psicólogos habían hecho un buen trabajo.

—Perfecto, con eso es suficiente. Ahora descanse y no se preocupe por la tetraplejia, recibirá la asistencia y cuidados necesarios hasta que recupere la movilidad.

¿Que recuperaría la movilidad?, se preguntó, incrédulo. ¿De qué estaba hablando?

Recordó cuando pasaban bajo el blanco y resplandeciente faro, que se erguía en lo alto del cabo rocoso, atalayando la inmensidad del mar a varias decenas de metros por encima. La vista era sobrecogedora, con la barca empequeñecida ante la imponente pared del acantilado. Alguien propuso hacer una foto y los otros dos se cambiaron de borda. A David no le gustaba que se moviesen sin su permiso, podían desestabilizar el barco y llevarse un susto. Sin embargo no se quejó, temeroso de que lo acusaran de cascarrabias, y permaneció al timón.

—¿Nos haces una a los tres? —pidieron. Eran conscientes de que no podía abandonar su puesto, por lo que no contaban con él para las fotos.

Tan pronto como sobrepasaran el cabo debían virar para enfilear hacia el puerto. David prefería ejecutar la maniobra antes de distraerse.

—Esperad un momento que doblemos el cabo.

—Venga, si es un segundo —insistió la joven más atractiva, con tono despreocupado—. En este lado mola más la vista.

No había terminado de hablar cuando la chica se levantó con torpeza para acercarle el teléfono, agarrándose al palo y a los fuertes cables de acero que lo fijaban a cada borda. Entonces, en qué maldito momento, su amigo se cambió de asiento y se sentó a babor, abrazando a

la otra, prestos para ser retratados.

—¿Qué haces? —le increpó David—. ¡No hay nadie en ese lado!

El médico se marchaba y eso lo trajo de vuelta al presente: persistían muchos interrogantes que le desconcertaban.

David no reconocía al doctor ni a la enfermera, ni le resultaba familiar esa sala, aunque en los últimos días había pasado por tantas que no podía estar seguro: quirófano, cuidados intensivos, fisioterapia, planta...

—Un momento, llevan una semana diciéndome que no me cree expectativas, ¿y ahora viene usted a decirme que voy a recuperarme? —preguntó encrespado—. ¿Me han cambiado de hospital? ¿Por qué me he despertado así, es que me han operado otra vez? ¿Esto es cosa de mi padre?

El hombre rió con afabilidad.

—Créame, lleva con nosotros bastante más que una semana —afirmó.

David sintió que la angustia por la incompreensión inicial tras despertar volvía a adueñarse de él.

—¡No se vaya! ¡Espere!

—Ahora necesita seguir durmiendo, no es conveniente exigir demasiado al principio.

Salieron haciendo caso omiso de sus airadas demandas de aclaraciones. La soledad lo devolvió a aquel día aciago.

El barco se escoró hacia la banda de babor, no habiendo contrapeso en estribor. La joven que avanzaba hacia él perdió el equilibrio y David, siguiendo un instinto, se levantó para agarrarla, pues dada la inclinación tanto podía caer sobre la bañera como por la borda. Dio dos hábiles zancadas sobre el piso ladeado, pero no fue consciente de su temeridad hasta que hubo asido el brazo de la tambaleante joven: había dejado la caña del timón libre y la vela cazada, cargada de viento. Una racha inesperada demasiado fuerte podría hacer volcar el bote.

Con premura ayudó a la chica a sentarse en el lateral más elevado, para corregir la escora, y se dispuso a volver a popa junto al timón.

Todo ocurrió muy rápido, pero en sus recuerdos se había quedado

plasmado cada instante formando una lenta secuencia. Creyó percibir sobre su cara una racha fuerte de lebeche, contraria al viento constante que reinaba esa mañana. Extrañado, levantó la cabeza y enseguida lo entendió: habían sobrepasado el cabo rocoso, que les había estado haciendo de barrera. Ahora se encontraban de lleno con el característico viento seco del sudoeste, que soplaba libre desde tierra, sobre la bahía que se abría ante ellos.

Le habían advertido en más de una ocasión, desde adolescente, que tuviera precaución, que no se acercara mucho a la pared de rocas, pero se había ido confiando con el tiempo. Además, le gustaba impresionar a las chicas pasando bajo los acantilados. En condiciones normales no habría supuesto más que un pequeño susto: las velas pasarían a la otra borda con fuerza. Sin embargo, en aquel fatídico momento la embarcación se hallaba sin control, y a David le había sorprendido erguido, regresando a su sitio.

La vela mayor se cargó del viento contrario y se desplazó con violencia hacia la borda de enfrente. La botavara, la gruesa barra horizontal que sirve de base para la vela mayor, giró en torno al palo, barriendo el espacio de la bañera, acelerándose cada vez más. Pasó fulminante rozando las cabezas de sus amigos, que gritaron asustados. David, de pie, no se agachó a tiempo. El extremo de la botavara, el que giraría con mayor momento angular, le golpeó de lleno en la nuca.

2.

—Buenos días.

La enfermera saludó en voz alta para despertarle, creyó David. Era una chica diferente, más joven que la de la ocasión anterior, pero con cara de pocos amigos. La habitación había cambiado también. No había tanto instrumental y entraba una agradable luz natural por un ventanal enorme, que ocupaba toda la pared. Deseó poder levantarse y asomarse, para averiguar dónde se encontraba.

Todo indicaba que, sin previo aviso, le habían cambiado de hospital y le habían intervenido de nuevo.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido? —preguntó David.

—Casi un día.

—Tengo derecho a saber si estoy siguiendo otro tratamiento. Exijo ver a mi padre, ¿dónde está? Quiero llamarle por teléfono, estoy seguro de que esto es cosa suya.

La enfermera no pudo reprimir una carcajada llena de sarcasmo. Sin mediar palabra, inició una serie de masajes sobre sus miembros inmóviles, estimulando cada músculo de su cuerpo, de manera similar a los cuidados que recibía en el centro de rehabilitación.

David aprovechó para formularle a la joven un sinnúmero de preguntas, pero ella no contestó a ninguna.

—Cuando los médicos lo estimen oportuno, tendrá sus respuestas —se limitó a decir, con la paciencia agotada y el gesto adusto.

David entró en cólera. Llegó a amenazar con denunciarles por detención ilegal o secuestro, pero ella ni se inmutó, resignada. La enfermera concluyó con la desagradable tarea de vaciar su vejiga con una sonda y se dispuso a marcharse.

—Debería estar contento, esta tarde le tratarán la lesión medular. Probablemente esta sea la última vez que le damos uno de estos masajes.

Puede que ella advirtiera su absoluto estupor y que por ello le dedicara, mientras se despedía, una media sonrisa compasiva. Le animó un poco, pero le reconcomía el ansia de saber, la frustración por serle denegadas las explicaciones. Miró airado hacia otro lado.

David entró en un despacho, acompañado de un enfermero

vigoroso sobre cuyos hombros apoyaba un brazo y que le ayudaba a caminar. Le aguardaba de pie el mismo doctor de pelo cano, dedujo David, que había vislumbrado tras aquel extraño despertar. Iba enfundado en una bata blanca sin abrochar, bajo la que se intuía una corbata ancha en exceso, de un estilo arcaico. Se hallaba frente a una pequeña mesita de salón de cristal, a la que miraban dos cómodos sillones.

—Me alegra verle en ese estado, señor Hoyos. Permítame que nos presentemos como es debido. Me llamo Dalmiro Blas, soy el encargado de la Unidad de Reanimación.

Le estrechó la mano esbozando una amplia sonrisa. Con un ademán le indicó que tomara asiento, a lo cual le ayudó el enfermero, antes de retirarse y dejarlos solos.

Mientras se sentaba, David se vio reflejado en el cristal de la mesa. Advirtió su rostro pálido y desmejorado, había perdido el bronceado del reciente verano. Le suponía un verdadero trauma ver el estado de su cabello, que se exhibía lánguido y sucio. Acostumbrada a llevarlo siempre bien cuidado, con un *look* agreste, corto pero con longitud suficiente para permitir peinar hacia arriba unas cuantas puntas dispersas de forma aleatoria. Comprobó que portaba, además, una barba de dos o tres días. No le gustó, él siempre se afeitaba religiosamente cada mañana, pues su madre le había inculcado desde niño que la buena presencia era un imperativo en la familia y en los selectos círculos en que se movían.

David aún no podía creer que hubiera recuperado la movilidad. Se sentía torpe, como entumecido, pero le habían asegurado que sería solo al principio, en pocos días se desenvolvería igual que antes del accidente. Eso alivió su contrariedad por su aspecto y le hizo olvidar su resentimiento por el trato.

Le sorprendió el singular despacho del doctor: no había un escritorio con papeles o libros, ordenador ni teléfono. No era concebible que pudiera trabajar allí, tal vez se tratase de un modesto salón para reuniones.

—Le aseguro que su reanimación supone un éxito sin precedentes para esta empresa... —decía Dalmiro Blas al tiempo que tomaba asiento.

—Escuche —le interrumpió David, procurando mostrarse cordial —, de verdad que le agradezco que me hayan curado. No sé cómo lo habrán hecho, es increíble, me han devuelto la vida. —Se tornó más serio

—. Pero quiero que me digan de una vez qué está pasando, por qué me tienen incomunicado y sumido en la ignorancia. Me imagino que será cosa de un innovador tratamiento que le habrá costado una fortuna a mi padre, pero necesito respuestas: ¿dónde estoy?, ¿cuándo volveré a ver a mi familia?

—Sin duda, las tendrá ahora mismo. No era conveniente agobiarle con excesivos quebraderos de cabeza recién salido del quirófano.

David asintió, impaciente. El doctor se arrellanó en el sofá y cruzó las piernas.

—Nos hallamos en el año 2132 —afirmó con gravedad—. Usted, de acuerdo a las definiciones de su tiempo, murió hace más de un siglo, a la edad de veintiséis años.

A David le sobrevino una carcajada acompañada de una mueca sarcástica. Creyó que era una broma. Ahora vendrían las explicaciones, se dijo esperanzado.

—Sé que le sonará inverosímil, pero le ruego que me conceda unos minutos.

El tipo hablaba en serio, pero David se negaba a seguirle el cuento.

—Es absurdo, hace solo unos pocos días que mis padres me visitaron en el otro hospital, estoy bien seguro del año en que vivo.

—Su cerebro ubica sus últimos recuerdos cercanos en el tiempo, lo cual le confunde. Lo que usted cree que ocurrió la semana pasada le aseguro que ha quedado mucho más atrás. Pero insisto en que me escuche con atención —imploró Dalmiro Blas, que había sabido leer la causa de su perplejidad—. ¿Ha oído hablar de la criónica o criopreservación?

David no quería ofenderle. Más que nada por educación, borró la sonrisa incrédula de su cara.

—Sí... —balbuceó, resignado—. Me suena que es algo así como conservar los cuerpos congelados, hibernados, para reanimarlos en el futuro con una descarga eléctrica. Pero eso es ciencia ficción, es imposible...

—En su tiempo no era más que una utopía, con más detractores que partidarios entre la comunidad científica. En los albores de esa técnica la congelación generaba cristales de hielo que rompían las membranas de las células y los tejidos, no haciendo posible restaurar la

vida. En su época se comenzó a experimentar aplicando protectores químicos, como glicerol, que impiden la cristalización; pero sin éxito.

—¿Eso no se usa como anticongelante? —preguntó David, intrigado por la imaginativa charla y la historieta, que no pensaba tragarse.

—Efectivamente, es uno de sus usos. Claro que regar las células del cuerpo con ese tipo de líquidos tiene efectos fatales por la toxicidad. En su tiempo, aunque se evitase la cristalización, la recuperación térmica no llevaba a la resucitación por este motivo. Nunca se logró practicar con éxito con animales vertebrados hasta que la nanotecnología, mediante precisos robots y equipos láser, permitió eliminar las partículas tóxicas durante la reanimación.

David no interrumpió el discurso. Al menos era instructivo, siempre interesado por los temas de ámbito científico.

—Usted se preguntará —prosiguió el médico—: si no era viable, ¿por qué había gente que lo hacía?

—¿Como Walt Disney?

Dalmiro Blas asintió, enarcando las cejas y sonriendo.

—Ese caso tiene más de leyenda urbana que de realidad...

—Pues quien fuera, ¿por qué lo hacían? —preguntó David, adivinando la respuesta.

El doctor se encogió de hombros.

—Porque era la única esperanza para los que tenían alguna enfermedad incurable: confiaban en que en una fecha futura, cuando la enfermedad tuviera cura, se pudieran reparar los daños de la congelación o la toxicidad de los crioprotectores y ser reanimados.

—Yo no me he prestado a ser congelado, está equivocado —sostuvo.

Blas le indicó con la palma de la mano que tuviera paciencia. Le contó que a principios del milenio había ya varios cientos de cuerpos de seres humanos preservados en tanques con nitrógeno líquido. El mantenimiento era efectuado por unas pocas empresas y fundaciones especializadas, no estaba al alcance de cualquiera.

El doctor hizo una pausa. Su cálida expresión se tornó severa.

—Todos esos cuerpos, y muchos de los que se criopreservaron después del suyo, valen ahora únicamente para comida de perros o gatos, su reanimación es inviable.

David comenzaba a impacientarse, seguía esperando respuestas. El doctor Blas debió de percibir su frustración y fue al grano.

—Usted ha sido el ser humano más antiguo, en estado de vida suspendido, que ha sido reanimado con éxito. ¿No quiere saber por qué?

David levantó las cejas con cierto desdén, que el doctor tomó como un gesto afirmativo.

—Gracias a su padre —desveló Blas, asintiendo con lentitud, reconociéndole el valor—. Ya le he dicho que todo lo que se criopreservó en su época, excepto usted, nunca pudo revertirse a la vida. Esto es porque las leyes de su tiempo obligaban a que la persona estuviera clínicamente muerta antes de poder efectuarse la congelación, la muerte legal establecía que el corazón debía haber dejado de latir. De no hacerlo así, se incurría en un asesinato o suicidio asistido. Grave error, porque por muy rápido que se llevara a cabo el enfriamiento, siempre era demasiado tarde: al no circular la sangre, los tejidos sufrían falta de oxígeno y nutrientes, es decir isquemia.

El médico se incorporó para hablarle con más cercanía, mirándolo fijamente.

—No sé si alguna vez su padre le propuso algo, durante esa semana que estuvo convaleciente del accidente. Pero sí sé que su padre no quiso permitir que usted pasara el resto de su vida en una silla de ruedas. Firmó un contrato millonario con una empresa norteamericana de criónica, de las pioneras en el mundo en el sector, todas ellas denostadas por la comunidad médica y científica, que las tildaban de negocios fraudulentos que embaucaban a millonarios enfermos prometiéndoles un futuro imposible...

David se sintió confuso, no sabía qué pensar. Se debatía entre la indignación por tener que escuchar aquella fantasía y la tentación de creer y atender a sus palabras, profundas y meticulosas.

—Nosotros —continuó el doctor— pertenecemos a una fundación multinacional más moderna, que absorbió la original, y este centro heredó el mantenimiento de los cuerpos con origen en Europa. Con su permiso o sin él, su padre se las arregló para llevarle a Estados Unidos, ordenó efectuar una criopreservación de su cuerpo, aún vivo —remarcó levantando el índice—, y se determinó que no debía ser reanimado hasta que en un tiempo futuro la tecnología permitiese corregir las lesiones medulares, así como eliminar la toxicidad de los crioprotectores y hacer

el proceso reversible.

David se quedó boquiabierto. En efecto, eso le hizo recordar que su padre le comentó algo al respecto, cuando se conoció el alcance de la lesión. Pero no le hizo caso, seguro de que se trataba de otra de sus absurdas ocurrencias. Su padre era un químico inteligente y astuto que montó desde cero unos exitosos laboratorios de síntesis de abonos inorgánicos, pero además era un soñador y apasionado científico, que se desvivía por las innovaciones técnicas, concediendo a menudo más crédito del debido a ideas más cercanas a la ficción que a la ciencia.

—Imposible —negó David—, dice usted que me llevó a Estados Unidos, pero yo no recuerdo nada, así que tuvo que drogarme y secuestrarme o algo similar. —Meneó la cabeza—. ¿Cómo iba a pasar la aduana, el control de inmigración...?

—No sé cómo lo haría —le interrumpió—, pero su padre era un hombre de recursos. Solo sé lo poco que viene en su expediente, el que creó la empresa original que le criopreservó, y lo que aparece en las noticias de su época.

David levantó las cejas. ¿A qué noticias se refería?, se preguntó, resignado. Blas adoptó un tono compasivo, como si no fuera a gustarle lo que iba a decir a continuación.

—Técnicamente usted murió cuando, durante el enfriamiento, se le indujo una parada cardiorrespiratoria. Su padre pasó varios años en la cárcel por usted, señor Hoyos. —Se tornó más elocuente y sentimental—. Debe estar orgulloso y agradecido.

La noticia le caló despacio, dejándole atónito. Blas debió de advertir que el escepticismo menguaba poco a poco en el reflejo de sus ojos. No obstante, cada vez que David recapitulaba e intentaba asimilar esa información se convencía de nuevo de que era todo absurdo.

—Está usted loco —acusó, negando con la cabeza—. Pero admito que tiene imaginación, o quien sea el autor de la historia. ¿Cuándo voy a poder ver a mis padres y a mi hermana? ¿Es una broma de alguno de ellos para celebrar que me he recuperado?

—Sus familiares directos, así como el resto de sus contemporáneos, fallecieron hace cosa de un siglo.

—¡Basta ya con esa locura de que estamos en el futuro! —bramó, irritado por la frívola afirmación del doctor sobre su gente más querida. Sin embargo, sospechaba en su fuero interno que de tratarse de una broma

no habría pronunciado esas palabras.

El doctor suspiró. Merodeaba con lentitud por el gran despacho, con las manos cogidas por detrás.

—Admito que no esperaba que lo comprendiese a la primera. Ahora la criónica es bastante común —dijo, con la mirada perdida en la escasa decoración—. Hay enfermedades incurables; no tantas como en su tiempo, pero las hay. La gente con cierta capacidad económica se ofrece para ser criopreservada, y si la medicina avanza y hay expectativa de cura las reanimamos y costeamos el tratamiento. También hay quien, estando sano, simplemente desea vivir en el futuro y se acuerda ser despertado en tal año, buscando quizá un mundo mejor o nuevas experiencias. Siempre debe constar una garantía económica, por supuesto. —Se volvió para mirarle con complacencia—. Desde hace décadas la técnica es bastante segura. Su caso es diferente, todo apunta a que se hizo contra su voluntad, es normal que se muestre reticente a creerlo.

El doctor se mantuvo estático durante unos instantes, indeciso, y a continuación volvió a sentarse en el sofá. Miró hacia la pared que quedaba frente a la mesa y de repente se iluminó una porción rectangular, como si fuera una pantalla integrada en la propia pared, hasta el momento invisible.

—¿Cómo ha hecho eso? —preguntó David, sorprendido.

Dalmiro Blas le ignoró. Permanecía concentrado en la pantalla, con un semblante ausente que a David se le asemejó al que vio reflejado en la enfermera en la habitación, cuando operaba con el dispositivo del goteo intravenoso.

Se mostró algo parecido a un navegador web y comenzaron a desplegarse noticias de prensa. ¿Cómo lo hacía, sin mover un dedo?, se preguntó.

—Son noticias de hemeroteca de fechas posteriores a su proceso criónico. Están en internet —explicó el doctor Blas, reaccionando de nuevo.

De alguna inexplicable manera aplicó *zoom* sobre la fecha situada en la parte superior de alguna de las páginas de esos periódicos. David comprobó estupefacto que correspondía a meses y años futuros, ligeramente más allá del mes de agosto del año en que David pensaba que se hallaba. Iba a preguntar quién manejaba eso, si era un vídeo o un

montaje, pero calló cuando empezó a leer titulares que mencionaban su caso. Según le refirió el doctor, diarios nacionales e internacionales se hicieron eco de la noticia. Una foto de su padre esposado le hizo palidecer.

—Dígame qué medios de información leía en su tiempo, lo que entonces llamaban periódicos... —solicitó el doctor Blas, como decidido a convencerle de una vez.

David nombró un par de diarios generalistas y uno deportivo. Uno de ellos aseguró el médico que ya no existía, demostrándolo con una consulta en una página, que a David le recordó la Wikipedia. A continuación le enseñó, sin teclear ninguna dirección ni mover cursor alguno, la primera página de los otros dos. David pudo ver perfectamente la fecha: se hallaban en noviembre del asombroso año 2132. Los titulares de las noticias hablaban de personas y hechos desconocidos para él; no era posible haber urdido tamaño montaje, concluyó aturdido.

—No sé qué más puedo hacer para demostrarle la fecha actual...

—Eso puede ser un montaje, una grabación —dijo sin convencimiento—. Explíqueme cómo funciona ese ordenador, cómo lo maneja. ¿Hay alguien escuchando nuestra conversación? —inquirió David procurando sonar apremiante.

El doctor pareció vacilar.

—Deberíamos ir por pasos, no le conviene chocar tan de lleno con el nuevo presente... Pero no me deja elección.

Se acercó con andar decidido, negando con resignación, y se postró ante David. Ladeó la cabeza y se dobló la oreja, de forma que David pudiera apreciar lo que se camuflaba detrás.

Se le heló la sangre. Lo que vio le hizo estremecerse y no pudo evitar emitir un lastimero gemido. En el área ubicada entre el nacimiento de la oreja y la linde del cuero cabelludo había una plaquita rectangular de brillo metálico, del tamaño de una cuchilla de afeitar, con algún código inscrito y una pequeña abertura circular que parecía un conector.

—Esta pieza de titanio, integrada en la masa ósea, alberga lo que se considera que desencadenó la revolución de la biónica, al final del siglo pasado —aseguró orgulloso el doctor, incorporándose con una amplia sonrisa dibujada en su rostro.

Aquello era demasiado. Experimentaba una mezcla de sorpresa y

pavor. Tal vez se sintió superado por la avalancha de noticias inverosímiles: la milagrosa recuperación, el anuncio de que se hallaba en el futuro, habiendo pasado más de un siglo aletargado... Si todo eso era cierto no volvería a ver a su familia, dedujo angustiado, con un vacío en el pecho. Y ahora le mostraba esa espantosa cosa metálica, como si fuera el compartimento de las pilas de un muñeco. Notó que un sudor frío comenzaba a invadirlo.

El doctor tomó asiento de nuevo y miró con fijeza a David.

—Los ciudadanos adultos disponemos de un chip integrado, un potente microprocesador interconectado con las funciones cerebrales. Los hay de varios tipos, marcas y precios, unos con más capacidades que otros, pero en general nos permiten lo mismo: conexión inalámbrica a la red, a internet, es decir comunicación con los demás en todo momento; posicionamiento geográfico mediante satélites; operar con otros elementos electrónicos *online* —señaló a la extraña pantalla, o lo que fuera, en la pared— y muchas otras funciones y aplicaciones sociales que ya aprenderá.

David había dejado de escuchar, no era capaz de asimilar nada más, embargado por el temor a lo desconocido y la apabullante sensación de irrealidad. Por algún motivo, sintió la apremiante necesidad de salir de allí. Pero presentía que no le iban a permitir levantarse y marcharse por las buenas.

El doctor terminó una frase y se interrumpió de súbito. Permaneció un instante con la mirada extraviada, antes de reaccionar.

—Perdone, me requieren en el salón de actos, será solo un momento.

David no desaprovechó la ocasión. No sabía bien qué pretendía huyendo, pero se lo pedía el cuerpo, tenía la cabeza saturada y llena de interrogantes. Se levantó con torpeza y enfiló renqueante hacia la puerta del despacho; aun afanosamente, podía andar por sí mismo. Antes de abrirla se percató de que con la llamativa indumentaria de paciente —un fino y holgado pantalón verde con su camisola— no iba a llegar muy lejos: algún otro miembro del personal lo retendría en cualquier momento.

Deslizó la puerta de un armario de corredera situado en la entrada y vio un chaquetón de traje de caballero colgando de una percha. No funcionaría, pensó: con el abrigo y los pantalones de paciente no lograría

pasar desapercibido. Localizó un cesto grande en una esquina con ropa para lavar y dentro halló una bata similar a la que llevaba el doctor y unos pantalones blancos. Arrugados, pero podrían valer. Desconocía el tamaño del centro y confiaba en que no se conocieran todos los miembros del equipo médico, o que apareciera alguien de prácticas de vez en cuando. Se enfundó las prendas con premura y se acercó a la puerta. Giró la manija y tiró con lentitud, asomándose con precaución al pasillo.

Esa mañana era la primera vez que pisaba esa tercera planta, donde se ubicaban despachos de doctores o de empleados administrativos. Del edificio solo estaba familiarizado con la segunda planta, la de las habitaciones de pacientes ingresados, la cual había recorrido de punta a punta el día anterior, siempre acompañado de enfermeros que lo ayudaban en la rehabilitación. La intervención para corregir su problema en la médula espinal había sido practicada en otro hospital, especializado en nanomedicina y microcirugía celular. Durante los traslados lo habían mantenido sedado y eso era lo único que le habían permitido saber. Sí había logrado averiguar, sin embargo, que se hallaba en Madrid, pues el día anterior, con la movilidad todavía muy reducida y a riesgo de caer, se había levantado de la cama y se había acercado a la pared de cristal. No conocía bien la capital, que quedaba a un buen trecho de Santander, su ciudad natal y de residencia, pero atisbó los cuatro rascacielos del norte de la Castellana, alzándose a una distancia no muy lejana.

Vio que no había nadie en el pasillo y lo recorrió al paso más ligero que le permitían sus piernas, con la cabeza gacha por si se abría alguna puerta de un despacho y surgía un miembro del personal que le reconociese. Bajó en el espacioso ascensor apto para camillas, el mismo en el que había subido un rato antes acompañado por el enfermero. Por fortuna no se cruzó con nadie en el trayecto hasta la planta baja, donde confiaba en que se hallase la salida.

Las puertas se abrieron y apareció en un amplio y fastuoso *hall*, al fondo del cual se situaba un mostrador y tras él un hombre uniformado. Tenía que ser la recepción. En espacios diáfanos anexos se disponían cómodos butacones, organizados en filas, ocupados por varias personas que esperaban sentadas. Un par de doctoras se acercaban al ascensor, charlando animadas mientras cruzaban el vestíbulo. Respiró aliviado cuando se cercioró de que no le eran conocidas y salió del ascensor con

paso inseguro y la cabeza oculta entre los hombros. Al fondo, pasado el mostrador, atisbó la luminosidad del exterior y la puerta de entrada, de cristal. Tendría que atravesar por mitad del *hall*.

Tragó saliva, sintiendo su corazón acelerarse. No era ningún criminal, se dijo, no tenía por qué escapar, pero necesitaba asomarse al exterior, comprobar por sus propios ojos que no era el protagonista de un mal sueño, dilucidar si la enigmática y elaborada historia del doctor Blas merecía credibilidad.

Avanzó con afectada firmeza sobre el negro y resplandeciente suelo de mármol. No podía tratarse de un hospital público de clínica general, sino de un centro médico privado y especializado.

Pasó lo más alejado posible del recepcionista. Esperaba no llamar la atención, suponiendo que el personal saldría al exterior a fumar de vez en cuando. Le miró de reojo. Comprobó que no tenía delante ningún ordenador, ni papeles, bolígrafos o teléfono; simplemente estaba allí, de pie, con disposición receptiva pero con la vista perdida.

No detectó presencia de guardias de seguridad y se abalanzó hacia el exterior. Notó un frío invernal. Una densa niebla cubría la calle, que se adivinaba abajo, al final de una amplia escalinata. La vía quedaba delatada por las luces de los coches, que circulaban en ambos sentidos.

Bajó encogido y abrazándose por el frío, sin un destino fijo, con la mente embotada e incapaz de discurrir. ¿Sería cierto todo lo que le acababan de contar y que se había negado con obstinación a creer? Observó que los árboles habían perdido las hojas o bien colgaban marrones. No era verano, sino noviembre, como había leído en la prensa de aquello que había tomado por un montaje. Atravesó el jardín y cuando pisó la acera de la calle miró a ambos lados. Desorientado, se volvió para contemplar el edificio. Como suponía, el nombre de la clínica no le era conocido. Le llamó la atención la fachada, recubierta al completo de un material laminado de tono extraño, grisáceo casi mate, que apenas dejaba ver las luces del interior y confería a la construcción un aspecto siniestro.

Había algo más que lo desconcertaba: un profundo silencio invadía la escena, que le agravó la sensación de misterio suscitada por la niebla. Buscaba una explicación, observando el entorno, pues no estaban en las afueras ni rodeados de campo: había más edificios, y tráfico por las calles. Se volvió buscando las luces veladas de los coches que

circulaban. Se acercó al borde de la calzada para vencer la cortina de la niebla y contempló, fascinado, que se trataba de modelos que no había visto nunca y que no emitían ruido alguno de combustión. Advirtió que la calle no era de asfalto, sino de algún otro material desconocido.

La tiritera le ayudó a concienciarse de que estaba despierto. Los automóviles, el pavimento... Se evidenciaba que esa sociedad ya no era dependiente del petróleo, otra prueba más de que la fecha referida por el doctor era verídica.

Entonces todo era cierto: ¡estaba en el futuro! Sintió una desolación infinita. No volvería a ver a los suyos, a sus seres queridos. Una avalancha de melancolía se apoderó de él mientras pasaban por su mente sus caras y rememoraba los últimos momentos en su compañía.

Cavilaba en una postura patética, muerto de frío al pie de la calle, cuando un viandante se puso a su altura, observándole con fijeza. Una vez más, advirtió la misma mirada extraviada, la cara inexpresiva. Le preguntaría qué hacía allí fuera con tan poca ropa, si tenía algún problema, pensó. Lo último que quería David en esos momentos era compasión.

—¿Qué quieres? —le espetó David.

Era un tipo mayor que paseaba a su perro, atado a una correa.

—No está identificado, joven, mi sistema le ha detectado —dijo vacilante, como temeroso.

—Lárguese, no estoy de humor —contestó David con aspereza. No sabía a qué se refería el viejo y sentía cierta curiosidad, pero requería asentar sus ideas primero, asimilar la gravedad de la situación.

—Joven, como ciudadano, estoy obligado a mantener el contacto visual. Son las normas. No puedo alejarme de usted hasta que acuda la autoridad y lo detenga.

—Pero, ¿qué dice?

David le volvió la espalda con desdén y avanzó unos metros por la acera, molesto y preocupado a la vez. Comprobó que el hombre le seguía a unos pocos metros de distancia.

—¿Me van a detener? —le preguntó David, deshaciendo sus pasos y encarándose con él—. ¿Por qué? No he hecho nada.

—Lo siento, no depende de mí —se excusó el hombre—. Si el chip detecta a alguien no identificado envía la denuncia de inmediato y estoy obligado a facilitar la detención. La autoridad sabe dónde estoy yo,

por el localizador satélite, pero usted no. Ahora ellos se dirigen a mi situación, si no intento mantenerme cerca de usted me multarán, salvo que usted huya o peligre mi integridad... ¿pero no me hará nada, verdad? — El hombre lo miró de arriba abajo y debió de considerar que era inofensivo—. ¿Es que no sabe todo esto? ¿De qué reserva viene?

David trató a duras penas de comprender. Llevar eso que llamaban “chip” era obligatorio, debía de cumplir alguna función de identificación. No tuvo tiempo de especular mucho más. Junto a la acera se detuvo en silencio un pequeño vehículo con luces sobre el techo. Se bajaron dos tipos uniformados y se dirigieron hacia ellos. David pensó que quizá sería una buena idea que lo llevaran a comisaría y se aclarara todo.

—Agentes, me llamo David Ho... —les dijo, alargándole la mano al que venía primero.

El policía sacó un aparato del bolsillo y sin mediar palabra lo apuntó hacia su cabeza.

Sintió una descarga eléctrica, ligera y apenas dolorosa, y de inmediato se vio incapaz de moverse, sus músculos dejaron de responder. El otro agente se acercó por detrás y lo agarró por debajo de los hombros, antes de que cayera por falta de equilibrio. Fue incapaz de protestar, tampoco podía articular palabra.

—¡Un momento! Es paciente mío —anunció el doctor Dalmiro Blas, que irrumpió en la escena corriendo.

Los policías se quedaron mirándolo, con los ojos abstraídos. Comprobaban algún tipo de información, tal vez corroboraban los datos personales del médico, pensó David.

—Les ruego que lo introduzcan de vuelta al centro —dijo, señalando al portón de la clínica, en lo alto de las escaleras—. Ha sido reanimado recientemente y está aún desconcertado. Y por favor, detenga el inhibidor, se le ha operado de una lesión medular y no es conveniente.

El que apuntaba el aparato electrónico a pocos centímetros de su cabeza bajó la mano y David recuperó el movimiento. El policía que lo sujetaba dio un paso atrás, liberándolo.

—Lléveselo adentro, doctor Blas. Y tengan más cuidado con sus pacientes sin identificar, por favor.

David, abrumado por la impetuosidad de los agentes, se dejó guiar, mudo y asustado, de vuelta a la entrada principal.

Ya en el interior del *hall*, el médico canoso le hizo una señal con la mano a un hombre de edad madura que esperaba en la recepción. El caballero, con expresión malhumorada, se adentró en el edificio en cuanto percibió el gesto apaciguador del doctor, alejándose con aire altivo.

—Escuche —le dijo el doctor Blas a David, agarrándole el brazo para obligarle a detenerse. Hablaba con tono comedido, pero con severidad y velado reproche—. Si quiere largarse, hágalo. Pero ya ha visto que no durará más que unos minutos. En cuanto alguien se le aproxime, como ese señor de la calle, se notificará por red una alerta al Centro de Seguridad. No puede abandonar este edificio hasta que se le incorpore el chip, es ilegal circular sin él.

David asintió. Estimó sorprendente tal normativa, pero no rechistó, se sentía avergonzado por su actitud.

—¿Cómo lo ha podido saber? El señor del perro no me conoce de nada... —planteó con voz temblorosa.

El doctor abandonó su deje de reprimenda y mostró una sonrisa magnánima. Parecía entender la situación de estupor de su paciente y comprender sus reacciones impulsivas.

—El chip integrado constantemente analiza las imágenes provenientes del sentido de la vista. Si detecta a una persona, lo primero que hace es capturar la identificación, que todos los chips homologados emiten por una determinada frecuencia. Debe saber que si el chip no recibe la identificación en regla de ese alguien localizado en las proximidades, se emite un aviso de forma automática para que sea detenido. Además, es obligatorio permanecer cerca para facilitar la posición del denunciado a las autoridades, a no ser que ya haya alguien cumpliendo esa función.

—Sí, algo me ha dicho el hombre mayor... Pero ¿cómo sabe ese maldito chisme cuándo hay una persona cerca?

El doctor lanzó una carcajada que se apresuró a ahogar al sentir que la gente de la sala de espera levantaba la cabeza.

—Vamos, señor Hoyos, me decepciona. En su tiempo las cámaras de fotos ya detectaban las caras de la gente, para ajustar el enfoque o aplicar el reductor de ojos rojos. El *software* de reconocimiento de imágenes y realidad aumentada ha evolucionado mucho, es pan comido distinguir a un ser humano.

David concedió con la cabeza.

—¿Qué me habría pasado si me hubieran detenido?

—Habría sido deportado a una reserva, tras abonar una multa.

Se preguntó cómo iba a pagar él nada, pero le llamó la atención eso de la “reserva”, que ya había mencionado el hombre del perro.

—¿Reserva? —inquirió.

El doctor resopló sin acritud.

—Le queda mucho por aprender. Continuemos en mi despacho con los detalles técnicos, tiene que ponerse al día para su nueva vida. — Lo guió hacia el ascensor del fondo palmeándole en la espalda—. Estas charlas no me suelen llevar tanto tiempo, pero claro, el suyo es un caso especial —bromeó.

David emitió un suspiro de asentimiento y esbozó una sonrisa sesgada, agradeciendo la distensión. Sus propias tribulaciones ofuscaban su pensamiento, pero comenzó a vislumbrar que el doctor era buena persona.

—O mejor aún, es casi la hora de comer —añadió, sin mirar ningún tipo de reloj. Probablemente el famoso chip se la proporcionaba de alguna surrealista manera, especuló David—. ¿Por qué no me acompaña al comedor? Le vendrá bien tomar algo sólido y en condiciones.

—Desde luego —contestó David, más animado. Tras eliminarle el suero intravenoso le habían sometido a una clásica dieta de hospital, sosa e insípida.

—Veo que se encuentra en mejor disposición, así que luego podrá reunirse con el director. Con él tratará cuestiones legales sobre su persona y aspectos económicos. —Señaló hacia el extremo del mostrador de la recepción donde estuvo apoyado el hombre apuesto—. El señor Vera estaba realmente preocupado por su fuga, menos mal que no se fue usted muy lejos y pude rescatarle a tiempo. En este edificio está seguro, hay ciertas coordenadas geográficas en las que los chips no dan la alarma cuando detectan a alguien sin identificación, y el área que abarca este centro es una de ellas.

Davis se dio cuenta de que comenzaba a asumir la extraña y cruda realidad. ¿Qué sería de su futuro? Sin familia, sin dinero ni trabajo, ¿a qué se iba a dedicar? Sus obsoletos conocimientos de ingeniería de poco valdrían, sería como si un constructor de las primeras locomotoras de

vapor tratase de diseñar un avión a reacción... Tampoco tenía casa, pensó, consternado. Requería conocer los aspectos legales de su situación: ¿poseería algún tipo de derecho sobre las propiedades de su familia? Seguro que no, fue declarado muerto hacía mucho tiempo, con las terribles consecuencias que su fallecimiento inducido había acarreado a su pobre padre, un visionario tachado de loco y asesino.

En el bullicioso comedor del centro médico, Dalmiro le había presentado a algunos de sus colegas. No tardaron en interrogarle, deseosos de intercambiar puntos de vista con un paciente proveniente de un año tan remoto.

—Dejadlo en paz, puede que el señor Hoyos no se sienta cómodo hablando de su tiempo —dijo con talante y buenas formas, pero con autoridad—. Tened en cuenta que no es un caso normal, su proceso criónico no fue un acto voluntario, al despertar no sabía nada y se ha encontrado con todo de golpe. Le costará desvincularse de sus orígenes y su gente, y si le hacemos recordarlo será contraproducente.

Los comensales se mostraron de acuerdo y dejaron de importunarle.

David se sintió extraño durante el resto de la comida. No solo la actualidad política o las noticias deportivas le eran desconocidas, sino que además detectó costumbres y formas de entretenimiento muy diferentes a las de su época.

—Antes de subir, ¿no le apetece ver dónde ha pasado los últimos cien años? —le preguntó poco antes de llegar al ascensor, con una amplia sonrisa traviesa en la boca.

A pesar de las canas, Dalmiro Blas lucía una piel sin apenas arrugas, perfectamente afeitada. David estimó que tendría unos cuarenta y tantos. Le caía bien, concluyó, a pesar del resentimiento por la desinformación inicial.

—Por qué no... —repuso David, no muy convencido, notando cierta aprensión solo de pensarlo.

Se dirigieron por la escalera a la primera planta subterránea. Desde el rellano se accedía por una puerta metálica y lo primero que percibió David fue que no estaba climatizada, la temperatura era fresca. Reinaba la oscuridad.

—Aquí casi nunca hay nadie —explicó—, si exceptuamos a los

que están en estado vital suspendido, como se llama legalmente.

Sin pulsar ningún interruptor se iluminó al completo una vasta estancia diáfana. La primera parte se hallaba vacía, excepto por un par de vehículos estacionados, que parecían carretillas elevadoras de almacén. Al fondo se adivinaban unos enormes cilindros metálicos. Anduvieron unas decenas de metros hacia allí; desde la mitad de la sala hasta el final se disponían, a cada lado de un amplio pasillo, filas y filas de esos altos contenedores cilíndricos, de unos tres metros por dos de diámetro. A David le habría gustado echar un vistazo al interior de alguno, pero no había abertura ni ventana de ningún tipo: estaban herméticamente cerrados, como si fueran enormes bombonas.

—Cada uno de estos recipientes contiene a tres pacientes sumergidos en nitrógeno líquido, siempre a algo menos de 77 grados Kelvin, ¿sabe decirme por qué?

—Es la temperatura de ebullición del nitrógeno, unos doscientos grados negativos —contestó David.

—Efectivamente —ratificó con satisfacción—, hay que mantener el nitrógeno en estado líquido. Y no consumen apenas energía, la estructura se basa en el vaso Dewar; lo conocerá sin duda si ha estudiado algo de física.

David asintió, ignorando la sonrisa mordaz del doctor, que le ponía a prueba de nuevo. Recordó que consistía en un recipiente diseñado para proporcionar aislamiento térmico; como un simple termo, con una doble pared en cuyo interior se produce el vacío, evitando así la transferencia de calor.

Al pensar en que él mismo habitó uno de esos cilindros le asaltaron algunos temores. El médico había asegurado por la mañana que la tecnología era segura, pero se refería a pacientes criopreservados no mucho tiempo atrás, un puñado de décadas quizá, no ciento y pico años. Para ellos estaría garantizada una vuelta a la vida sin problemas, pero en su caso...

—¿Cómo fue mi proceso de descongelación? —preguntó David. Consideró que el término sonaba demasiado terrenal—. O reanimación, o como se llame... ¿Hubo problemas? ¿Tendré secuelas?

—No teníamos la certeza de que fuera a ir bien. Como le dije, había posibilidades, gracias a la osadía de su padre, que se las ingenió para que lo criopreservaran en vida, pero era obvio que el método que

usaron no estaría a la altura de los protocolos actuales. Para empezar, el crioprotector que le inyectaron en el flujo sanguíneo, para evitar la cristalización de sus células, no era el más apropiado.

—¿Entonces?

—Se le injertaron células sanas procedentes de cultivos, es una terapia normal para lesiones de órganos internos. Y puedo sorprenderle aún más si le digo que mediante una sonda nasogástrica le introdujeron un suero fisiológico con heces humanas actuales, diluidas.

Se calló unos instantes, divertido con la expresión de repugnancia que adoptaba David.

—Quiere decir que... ¿me han metido mierda de otra persona por la nariz?

—Sí, de la nariz al duodeno —prosiguió, regocijándose—. Es necesario para restaurar la flora intestinal, que desaparece en el proceso. Y en especial era indicado en su caso, porque las bacterias de su época pueden ser sensiblemente diferentes a las actuales y su cuerpo podría reaccionar mal a una repentina invasión de una bacteria desconocida.

David se encogió de hombros, resignado.

—Por norma general la técnica es ahora mismo segura —concluyó el médico—. Al principio, los resultados no siempre eran los esperados. Lo más común era la pérdida total de la memoria y de la identidad de la persona. Los científicos se encontraban con cuerpos vivos, pero adueñados de un individuo que ignoraba quién era y que no recordaba nada del pasado, de por qué se sometió al proceso criónico. Ya no suele suceder, pero por eso lo primero que le preguntamos a usted, cuando despertó, fue si recordaba algo. —Sonrió con complacencia—. Y fue una gran satisfacción oír su respuesta, se lo aseguro.

Se habían sentado en el cómodo sofá del despacho y el doctor había retomado el tema donde lo dejaron, demostrando de nuevo cómo podía reproducir en la pantalla de la pared cualquier contenido de que dispusiera su chip.

David se limitaba a mirar y escuchar con una mezcla de asombro y expectación.

—En fin, a lo que iba —dijo Dalmiro—: gracias al chip todos estamos conectados a la red; y en todos los puntos del territorio controlado hay cobertura y acceso gratuito, es un derecho.

David no captó bien a qué se refería con aquello del “territorio controlado”, pero sospechó que guardaría relación con eso que llamaban “reservas”... En cambio, sacó otras conclusiones: la enfermera había operado con los instrumentos médicos de su habitación de igual manera, lo que explicaría que se quedase momentáneamente ausente, con la mirada ida, mientras seleccionaba la dosis y la droga que se le iba a suministrar. Esa conexión total entre hombres y máquinas era fantástica, pero aún se le escapaba algo: no era capaz de entender cómo se podría manejar una aplicación informática o un electrodoméstico sin monitor, ratón ni teclado.

Se sorprendió boquiabierto. Estaba ansioso por saber más.

—Pero, ¿cómo se maneja? —preguntó David, dirigiendo un ademán de la barbilla hacia el panel iluminado en la pared.

—Para uso personal, los adultos no usamos estas pantallas —prosiguió Blas. Miró alrededor, abarcando con lentitud la amplitud de su despacho—. Todo lo veo directamente proyectado en mi visión. Cuando yo lo requiero, el chip inserta en mi nervio óptico lo que yo deseo visualizar: un documento, una hoja de cálculo, el correo electrónico, una página web, el *chat* con algún contacto..., o una foto de mi hija pequeña, de las muchas que tengo almacenadas en la memoria interna —concluyó sonriendo.

Señaló a la pantalla con desdén.

—Ya nadie usa un ordenador o una televisión. Lo más parecido son estas pantallas, pero solo son útiles en reuniones, o en casa para reproducir algo para los niños. Yo puedo bajarme una película y proyectarla en esta pantalla, pero si la voy a ver yo solo, es mucho mejor que me la reproduzca el microprocesador del chip directamente en mis receptores visuales: la calidad es muy superior y en las películas modernas la experiencia 3D es real y espectacular, nada que ver con la chapuza de las gafas que apareció en su siglo. —Lanzó una carcajada—. Cuando tenga la oportunidad de ver una, sin gafas ni pantalla ni nada, por supuesto, podrá deslizar la vista a ambos lados y disfrutar de diferentes ángulos de la misma escena, se sentirá totalmente inmerso en la película.

David no quería que el doctor Blas se dejara llevar por la euforia, prefería que le resolviese sus acuciantes dudas.

—Vale, vale —le interrumpió—. Pero, ¿cómo le indica a su chip que le muestre el correo o que reproduzca un vídeo? ¿Cómo controla eso

sin un ratón? ¿Con el pensamiento? —se mofó con tono de incredulidad.

—Se aprende en el curso, requiere cierta instrucción, pero una vez que te acostumbras es sencillo. —Hizo una pausa y cruzó las piernas, buscando una explicación—. Usted como ingeniero sabrá lo que es el *HUD*, ¿no?

David afirmó con la cabeza. Había leído algo al respecto, aunque no era su campo profesional. Se refería a un mecanismo implementado en aviones modernos, consistente en proyectar sobre el parabrisas cierta información útil para el piloto, como la altitud o la línea del horizonte, sin apenas tapar la visión real del exterior.

—Bien, pues es parecido. —El doctor miró en derredor—. Yo ahora mismo le veo a usted, veo el sillón, etc. Pero además, dispongo de varios iconos superpuestos en mi campo visual. Son como los accesos directos del escritorio de un ordenador. Por ejemplo, ahora voy al icono del reproductor de música, lo rodeo con la vista y me poso sobre él un instante. Sería lo equivalente al doble clic con el ratón convencional, aunque otros chips tienen métodos diferentes para iniciar una acción, incluso comandos de voz, eso va con los gustos de cada uno.

David emitió un murmullo de entendimiento, al tiempo que se pellizcaba para cerciorarse de que estaba despierto.

Mientras Blas hablaba y operaba con las funciones que le proporcionaba su chip, David apreció que su rostro era inexpresivo. Consideró desagradable conversar con alguien que mientras tanto manejaba esa especie de ordenador integrado. Sin embargo sonaba realmente fascinante.

—Ahora he puesto una canción... —continuaba, entusiasmado.

—Vale, vale —cortó David—. Y supongo que puede hablar con alguien y su voz se recoge y envía por internet, ¿no?

—En efecto —repuso—. El chip es capaz de capturar sonido, convertir mi propia voz a un formato digital para enviarlo por la red. Así como la luz que recogen mis ojos: puede tomar imágenes estáticas, es decir fotos, y también vídeos.

—Fascinante... —reconoció David—. ¿Y para escribir? ¿Cómo teclea?

—Se despliega un teclado y seleccionas las letras desplazándote de una a otra, guiando el cursor con la vista. También existen teclados inalámbricos, similares a los que conoces, para escritura convencional.

Hay gente que alcanza bastante habilidad con el método ocular y no los necesita, pero yo sí uso el mío en cuanto tengo que tirar varias líneas, para un diagnóstico o un *e-mail*.

David recordó de súbito el desagradable encuentro con la policía.

—¿Qué aparato era ese que me ha dejado paralizado antes, en la calle?

—¡Ah! ¿Todavía no existía eso en su época? Eso es un inhibidor de movimientos: interfiere las frecuencias en que operan los neurotransmisores, evitando que se propaguen las órdenes motoras. Es decir, bloquea las señales eléctricas emitidas por la corteza motora a los músculos, impidiendo su extensión o contracción, pero sin afectar a las demás funciones cerebrales.

Pasaron unos minutos en los que David se mantuvo absorto escuchando más increíbles avances que el doctor declaraba que habían tenido lugar durante el largo siglo que se había saltado.

—El chip no interfiere con memoria, pensamiento, identidad personal u otras capacidades similares del cerebro humano —se lamentaba el doctor, como si quedara mucho por hacer.

—¿No cree que es suficiente? —preguntó David con sarcasmo—. Quiero decir, a mí me parece espectacular, como persona de ciencias que me considero, pero mirándolo desde el punto de vista de la naturaleza del ser humano, tal vez se haya cruzado una línea peligrosa...

—¿Por qué? —el doctor le interrumpió, molesto—. Todo lo que signifique mejorar las condiciones de vida es bueno, no puede haber ninguna duda.

—Sí, de acuerdo, pero no sé, meter la mano en el cerebro, no deja de ser un poco aberrante...

—Escuche, intente verlo con perspectiva de futuro, no se quede anclado en su época. ¿Qué pensaría alguien contemporáneo de Napoleón de los marcapasos o válvulas cardíacas artificiales que ya se implantaban en su tiempo? ¿No considerarían una aberración meter algo así en el corazón?

3.

David pasó el resto de la tarde en su habitación, aguardando ansioso a que le avisaran. Sin televisión, no había hecho más que dar vueltas, reconcomiéndose en el hueco que había dejado su familia, hundiéndose en un pozo de tristeza que le anegaba los ojos.

Se detenía cada poco a otear por la ventana, buscando distraer su torturada mente. Deseaba salir.

Había llegado a la determinación de que, fuera lo que fuera lo que tenía que anunciarle el director, haría cualquier cosa para que le dejaran marcharse de allí, no aguantaba más esa reclusión, y más aún teniendo en cuenta las sorpresas y emociones que le depararía el exterior. Había abandonado su vida, sí, pero estaba decidido a sacar el máximo provecho de lo que tuviera que llegar; se sentía obligado a honrar la arriesgada apuesta de su padre y explotar esa segunda oportunidad.

Anocheceía, cuando un enfermero diferente al de la mañana le pidió que lo acompañara: el señor Vera, el director del centro, lo esperaba.

—Adelante, señor Hoyos.

El director resultó ser el hombre que había visto fugazmente en la recepción. Se mantuvo sentado y con expresión severa. Iba ataviado con el mismo traje, de excelente confección. La corbata parecía más selecta que la que asomaba bajo la bata del doctor Blas.

Rondaría los cincuenta y le asombró su envergadura. Lucía un pendiente en una aleta de la nariz, algo que a David le pareció llamativo en alguien de su edad y posición. En su mirada se percibía un halo de autoridad; sin embargo, se mostró cordial.

Se presentó como Alan Vera y le ofreció tomar asiento en un sillón enfrentado. Se interesó por su estancia, disculpándose por la sedación excesiva, el aislamiento y el reposo obligatorio a que lo habían sometido, asegurando que había sido por motivos médicos. Declaró hacerse cargo de su particular situación y comprender sus reacciones airadas.

—Usted es una excepción, todos los demás pacientes se habían encomendado voluntariamente al proceso criónico —dijo el director,

cordial y exculpatorio.

Añadió que, en contraste con la actitud escéptica de David, lo habitual era que rebosaran felicidad al ser reanimados, en especial en los casos en que contrataron el servicio debido a una enfermedad.

—Lo único triste —contaba el director— de este tipo de hospitales es que no hay visitas. A la hora de la reanimación no suele haber nadie, porque ya han pasado suficientes décadas como para que no queden familiares directos en vida. La planta de rehabilitación está siempre desierta, es una pena, ¿no cree?

—Sí, se lo aseguro —convino David con pesar, resentido por la ligereza del comentario.

La mirada del director era profunda. Escogía las palabras con cuidado, pero no transmitía la cercanía del doctor Blas. A David le dio la impresión de que soltaba un discurso previamente preparado.

—En fin, vamos al grano. Esta misma mañana he recibido la notificación electrónica oficial: ya le han creado una identificación. —Enarcó las cejas y esbozó una sonrisa—. Enhorabuena.

David no concibió muy bien qué significaba eso, pero se alegró, pues representaría un paso más para salir de allí.

—¿Qué es? ¿Un carné de identidad? —preguntó con consciente ingenuidad.

—No, es una identificación digital que proporciona el Estado a cada ciudadano. Todos tenemos una, va aquí dentro —dijo, señalando al chisme oculto tras la oreja.

David asintió, dubitativo.

—Eso significa —prosiguió, pretendiendo irradiar entusiasmo— que en un par de días podemos llevarle a que le implanten uno y le daremos el alta. El único trámite que falta es el curso de aprendizaje para adultos, al que tiene que asistir. Le he pedido cita para mañana, consiste en una única jornada intensiva. Lo que aprenden los adolescentes en un par de años de instituto, como una asignatura independiente, lo va a aprender usted en un día, al menos los conceptos básicos para poder manejarse.

David no se contagió del buen ánimo del señor Vera. El director hablaba de la intervención quirúrgica a la que debía someterse como si fuera una nimiedad. No le agradaba la idea de que le insertaran nada en la cabeza, por muy seguro que fuera. Se planteó oponerse, pero temía

ofenderle. En cualquier caso, le costaba entender que fuera obligatorio disponer de chip, ¿nadie se había negado en redondo?

—¿Y si prefiriese que no me implantaran esa cosa? —preguntó David con voz trémula.

Al director se le borró la expresión de grata cordialidad y David intuyó un brillo de contrariedad camuflada en sus ojos.

—Deberá emigrar a una reserva; o salir del país, ir a alguno con el viejo sistema, aunque no quedan muchos en el primer mundo. No hay otra opción —dijo con firmeza.

—¿Alguien me puede explicar qué es eso de las reservas?

El director suspiró.

—Allí viven recluidos los que se niegan a ser identificados electrónicamente. No se lo recomiendo, son regiones sórdidas y deprimidas. Zonas rurales o ciudades decadentes, sin industria ni oportunidades, con tecnología obsoleta. Las empresas no pueden competir con las ubicadas en el resto del territorio, sus métodos y trabajadores no son eficientes. El desempleo...

—Quiere usted decir que se niegan a que les implanten esa cosa en el cerebro y por eso les obligan a vivir apartados, ¿no? —puntualizó David con aspereza, interrumpiéndole.

—Sí, claro —respondió con naturalidad, ignorando la indignación que David reflejaba en su rostro—. Las normas de la sociedad, por las que hemos optado la mayoría, están bien claras. Quien no es capaz de adaptarse no puede habitar entre...

—¡Pero no pueden marginar así a la gente! —protestó, escandalizado.

—No sé de qué se queja —repuso el director, elevando el tono y torciendo el gesto—, son ellos mismos quienes se excluyen. Ha sido así durante toda la historia de la humanidad. En su tiempo, señor Hoyos, había poblados chabolistas, con gente sin identificar, aunque solo significase portar un carné de identidad. Pero preferían no hacerlo, vivir con sus propias normas, de modo que se autoexcluían de la sociedad. Por no hablar de los inmigrantes ilegales, ¿acaso no los deportaban ustedes? Pues ahora es igual, si no tienes identificación en regla, te echan.

—Pero es diferente, aquí estamos hablando de obligar a la gente a someterse a una operación...

—Lo cual es un mero trámite —replicó el director—, ya lo

comprobará usted mismo. Y el chip básico, el obligatorio, es gratuito. Si viven allí apartados es porque quieren.

—¿Y están encerrados? ¿Hay fronteras, vallas y vigilancia?

—No, de eso nada. Pero si alguien que no está debidamente identificado sale, en cuanto se cruce con una persona con chip saltará la alarma automática y acabarán deteniéndolo, como le pasó a usted —añadió, reprobatorio—. Pero para ciertas causas estipuladas se les permite salir, como trámites legales, visitas a familiares o viajes; eso sí, previa contratación de un representante legal, alguien que los identifica y debe acompañar en todo momento hasta que regresen a la reserva.

—Y los ciudadanos, digamos... normales, ¿pueden entrar en esas reservas?

—Sí, claro. Aunque hay quien lo considera peligroso.

David se resignó, no podía pretender comprender a la primera a esa sociedad adelantada. A cada dato que le daban se suscitaban en él nuevos interrogantes.

—¿Y los niños? ¿Cuándo se les pone el chip? —preguntó.

—Al cumplir los dieciocho se lleva a cabo el implante, de forma obligatoria.

—¿Y hasta entonces? ¿Qué pasa con ellos? ¿No pueden salir de sus casas?

El director asintió, suspirando de nuevo con hastío.

—Los niños que vayan acompañados de uno de sus padres, un profesor, tutor, etc. no tienen problema, porque los chips de estos adultos identifican a los menores bajo su tutela. Los chavales que quieran ir solos sí deben llevar encima un aparato electrónico. Son dispositivos pequeños, similares a los teléfonos móviles de su tiempo.

Si los chavales podían pasear libremente con un simple aparatito, pensó, ¿por qué no los adultos? Era absurdo.

—¿No puedo salir de aquí con un móvil como el que llevan los niños, que me identifique, y ya está? ¿Por qué es obligatorio operarse? —insistió David con energía.

Alan Vera deslizó la mano sobre su poco tupida cabellera, desde atrás hacia delante, apretando los labios, como si hubieran alcanzado el punto más delicado de la conversación y necesitara enfocarlo con tacto. O bien simplemente se armaba de paciencia.

—La respuesta a su pregunta es sencilla: por seguridad.

—¿Seguridad?

—Sí, gracias a esto apenas hay delitos de ningún tipo. Hay un organismo, llamado Centro de Seguridad, que recopila en tiempo real lo que ve y oye cada ciudadano, así como su localización, las coordenadas geográficas. El chip de cada uno transmite allí estos datos, constantemente por la red, sin interacción alguna por parte del usuario.

David se alarmó: todo lo que veían y oían esas gentes del futuro se estaba almacenando en un ordenador, ¿dónde había quedado la intimidad, la privacidad del ser humano? Por si fuera poco, se seguía la pista de cada persona, se registraba su situación en cada momento, gracias al *GPS* o receptor similar que llevaría integrado el chip. Las personas se habían rebajado al nivel de un ave migratoria liberada, cuyo paradero se puede consultar para estudiar su ruta y costumbres. Era indignante, no le extrañaba que hubiera gente que se negara y prefiriera vivir apartada. Barajó exponer su rechazo, pero le dejó seguir.

—De esta manera, es inmediato resolver cualquier delito y detener a los culpables. Suponga que una casa es robada una noche aprovechando que el dueño no está presente. Cuando al día siguiente lo denuncie, las autoridades revisarán en la base de datos si hay algún individuo cuya localización coincide en algún momento de la noche con la de esa vivienda. En unas décimas de segundo los funcionarios del Centro de Seguridad tendrán la identidad del culpable. Y además su detención será rápida, porque se sabe su posición en todo momento.

—Vale, pero, ¿por qué se almacena lo que se ve y se oye?

—También es necesario, por eso no basta con un aparatito como el que llevan los niños, que solo ofrece la identificación y la posición. Si persisten dudas en la resolución de un delito se recurre a las grabaciones sensoriales de los testigos o sospechosos. Por ejemplo, si la casa que ha sido robada pertenece a un bloque de pisos, es normal que haya varias personas en torno a esas coordenadas geográficas. Entonces se revisarán las grabaciones de lo que han visto y oído esos individuos en ese intervalo de tiempo. Al culpable lo verán robando, gracias al vídeo recogido con sus propios ojos, y caso resuelto.

—¿Aunque para ello se haya violado la intimidad de medio vecindario? —protestó, escéptico—. Por Dios, el vecino puede estar en la cama con su mujer, y los detectives, o quienes sean, lo verán todo.

—Es cierto, digamos que son efectos colaterales, pero los beneficios superan con creces a los inconvenientes. Piense que gracias a este sistema apenas hay delitos. Y por tanto tampoco hay casi investigaciones, son casos muy contados y concretos en los que es necesario revisar los registros personales. Además de la sensación de seguridad para la gente, está el ahorro que supone: no hay ni una décima parte de agentes de la autoridad que en una sociedad tradicional, lo mismo que personal y organismos judiciales.

—¿Y para delitos de corrupción? No será tan fácil demostrar cuándo y dónde se entregó el dinero negro...

El director exhibió una sonrisa triunfal.

—Señor Hoyos, eso es imposible. Hoy día no existe el dinero en metálico, no hay billetes ni monedas.

—¿Cómo? ¿Y para comprar el pan, se paga con tarjeta?

El señor Vera soltó una carcajada llena de soberbia.

—Las tarjetas tampoco se usan. Puede que en las reservas, pero no estoy seguro, procuro no pasar nunca por ninguna... —dijo con desprecio—. Nosotros usamos el chip. Hay una aplicación para transferir dinero entre cuentas de personas, o al TPV de un supermercado o a una simple máquina de refrescos, en cuestión de segundos.

David asintió, pensativo. Había aspectos positivos, reconoció.

—Entonces —concluyó David al poco—, cuando usted dice que es obligatorio llevar el chip por seguridad, es solo porque si alguien no lo lleva no lo tienen controlado y podrá hacer el mal a sus anchas...

—Correcto —asintió el director con precipitación.

Por eso en menos de un minuto se presentó la policía para detenerme, dedujo David, porque representaba un peligro andante. Era como si hubieran montado un colosal sistema de videovigilancia, en el que cada persona colabora indefectiblemente jugando el papel de videocámara.

—Pero bueno, todo esto debería habérselo contado ya el doctor Blas —se quejó el director—. Le he hecho venir para tratar temas más importantes, lo que no sepa del mundo actual lo aprenderá, tarde o temprano.

David todavía reflexionaba sobre lo que a él le concernía a corto plazo: se veía obligado a dejarse colocar en la cabeza ese diabólico

mecanismo. Le haría sentirse marcado como a un perro: siempre sabrían dónde estaba. Y peor aún, nunca tendría la certeza de que él fuera el único en percibir las imágenes que entrasen por sus ojos.

El director se removió en el asiento y le miró con fijeza, como si fuera a ir a lo realmente importante.

—No es habitual que me reúna con los pacientes, señor Hoyos —aseguró, con expresión fría—. Su caso es especial, no solo por la antigüedad sino por el aspecto económico.

—¿Me queda algo de lo que poseía? —inquirió David, temeroso.

—No —respondió tajante—. En su época no había legislación al respecto de la criónica, era simple ciencia ficción, de modo que usted murió y lo que poseyera pasaría a su familia o a quien correspondiera. Ahora es diferente...

—¿Y de qué voy a vivir? —le interrumpió, angustiado.

Se veía en un mundo nuevo sin familia, sin tener dónde ir o en qué trabajar dignamente, contando con unos estudios obsoletos.

—Si me deja continuar —exigió el director, mostrando la palma de la mano—. Le voy a hacer una propuesta: trabaje para nosotros, para este centro.

—¿Cómo? No se me ocurre en qué podría ser útil yo, no sé nada de medicina...

El director fingió una carcajada. Volvía a mostrarse amigable, pero algún interés le delataba.

—Su labor será diferente. En los últimos días he recibido innumerables peticiones de medios de comunicación, solicitando entrevistarle.

David abrió los ojos de golpe, expectante.

—Asúmalo —dijo el director—, es usted noticia, casi famoso, se va a convertir en un tipo mediático.

—Quiere decir que voy a salir en la prensa y en los informativos... —dijo David casi para sí, pensativo.

El director le miraba con condescendencia, con una sonrisa sesgada en la boca.

—Sí, pero no lo confunda con los de su tiempo. No hay ediciones en papel, ni televisión como usted la conoce...

—Vale, vale —interrumpió David, cansado de oírlo—. ¿Y eso qué tiene que ver con que pueda yo trabajar para esta clínica?

—Muy sencillo: publicidad. Hable bien de nosotros y le proporcionaremos alojamiento y una modesta remuneración, revisable según los resultados.

El director debía de confiar en aprovechar al máximo el tirón de la noticia: el ser humano más remoto retornado a la vida, en su centro. Alguien nacido en el milenio anterior. Esa era la única razón por la que se había rebajado a reunirse en privado con él, un simple paciente, arruinado, vulnerable y desorientado.

—¿Y después? Dejaré de ser noticia en algún momento... Cuando pasen las entrevistas, me echarán.

—No se preocupe, no solo se dedicará a entrevistas. Rodará anuncios para nosotros, le meteremos en temas comerciales, charlas con potenciales clientes, etc. En fin, ¿qué le parece?

David no se veía como una estrella ni como un comercial; de hecho detestaba hablar en público. Le gustaba su trabajo anterior, la mayor parte del día en solitario y absorto en su ordenador.

Resignado, se encogió de hombros.

—Supongo que no me queda más remedio.

A la mañana siguiente se presentó en su habitación un tipo alto y serio, sin bata ni atuendo de aspecto sanitario. Iba a acompañarle a él y a otro paciente al curso intensivo de preparación.

—Venga junto a la ventana —dijo el hombre, imperativo—. Necesito escanearle con buena luz.

David obedeció, preguntándose qué demonios querría decir.

Le miró de arriba abajo mecánicamente y escrutó la cara de David con detenimiento durante unos segundos, con los ojos ausentes.

—Para que pueda salir del edificio —le explicó por fin—, necesita que alguien autorizado le acompañe.

Le proporcionó ropa para que se quitara el camisón de hospital y aguardó fuera a que se vistiera. David apreció que las prendas eran de invierno pero en apariencia de tejidos naturales, no había fibras sintéticas.

Se descubrió con mejor ánimo: por fin iba a salir a la calle, al menos sin hacerlo a escondidas. Le siguió hasta otra habitación, donde esperaba un paciente vestido igual que él: un jersey de lana azul, liso excepto por el logo del centro, y un pantalón de pana.

Anduvieron unos metros para acceder a la zona de aparcamiento, un solar al aire libre adyacente al edificio de la clínica. David se fijaba con infinita curiosidad en cada uno de los excepcionales vehículos que circulaban por la calle, siempre silenciosos. Llegó a la conclusión de que una mayoría de ellos pertenecían a un mismo modelo: pequeño, de dos plazas, y no se distinguían las ventanillas ni parabrisas de la carrocería, toda uniforme y de un mismo color, plomizo y sin brillo.

—¿De qué año eres, muchacho? —le preguntó el otro paciente, un tal señor Martín—. Parece que estás alucinando.

David le respondió y el hombre, que era sociable y extrovertido, no disimuló su asombro. Por su parte, le contó que él había decidido suspender su vida tan solo treinta años atrás. Cuando fue revivido se sorprendió de que la medicina hubiera encontrado una solución a su problema en tan poco tiempo.

—Ahora mis hijos tienen mi edad biológica —se lamentaba, con una sonrisa en la boca—, pero nos acostumbraremos.

Se aproximaron a un vehículo grande, diferente a los que pululaban por todos lados, pero igualmente oscuro y uniforme en toda la superficie exterior. Sin sacar una llave ni hacer gesto alguno, las puertas se abrieron con lentitud. El representante les hizo sentarse en las plazas traseras.

David se quedó boquiabierto al entrar en el vehículo. Había esperado encontrarse un habitáculo lúgubre y claustrofóbico, sin embargo, divisaba a la perfección el exterior, como si no hubiera techo ni puertas. Ese extraño material era opaco por fuera, pero transparente visto desde dentro.

Echó un vistazo curioso hacia el cuadro de instrumentos del coche y advirtió con perplejidad que no había botones ni indicadores. No halló ni velocímetro ni cuentarrevoluciones. El resto de la consola frontal era también espartana: aparte del volante solo identificó salidas de ventilación y huecos para objetos. Era inaudito, ¿dónde estaban las palancas para los intermitentes o los botones de la radio?

El vehículo inició la marcha sin percibirse el menor sonido.

David divisó, en una esquina del aparcamiento, una cola formada por decenas de coches, del tipo biplaza mayoritario que circulaba por la calle. Parecían estacionados en aquella extraña disposición. Afinó la vista y atisbó que estaban ligados por un cable que conectaba la parte de

atrás de uno con algún enchufe en el frontal del siguiente. Le recordó a los carros apilados de los supermercados.

—No tienen mucha autonomía, pero para trayectos cortos por ciudad van bien —le aclaró Martín—. Son públicos, lo coges y lo devuelves en otro punto de recarga.

David asimiló la información, fascinado. ¿Habían resuelto el problema del aparcamiento en la ciudad?

—Los coches privados, como este, suelen ser de hidrógeno. Yo tenía uno, no sé qué habrá sido de él...

David asintió. Si esa gente había dado con una forma eficiente de obtener y almacenar el hidrógeno, sin duda representaría la mejor alternativa al motor de combustión. El coche lo movería un motor eléctrico, pero no alimentado por una batería sino por una pila de combustible, produciendo solo agua como desecho.

Le interesaba averiguar cómo sabía el conductor la velocidad del vehículo o el nivel del tanque presurizado de hidrógeno, pero no lo preguntó. Eran otras cuestiones las que le abrumaban, y sabía que solo él podría darles respuesta: ¿se adaptará a vivir en un mundo controlado en pos de la seguridad? ¿Se dejaría poner ese chip en el cerebro o le vencería el pánico en el último momento?

4.

Fedora Souto dejó la bacheada carretera comarcal para incorporarse a la nacional. Sin embargo, se lamentó con un sonoro suspiro. Las curvas y agujeros del pavimento la habían mantenido concentrada, evitando que sus pensamientos recayeran en la discusión de la noche pasada. Ahora que tenía por delante unos cuantos kilómetros de rectas, en una carretera ancha y con buen firme, volvería a atormentarse.

Eloy la había hecho sentirse como una traidora. Él no era capaz de entender que necesitaba ese trabajo, no podían aventurarse a formar una familia sin un sueldo fijo. A ella le encantaba ayudarlo en el campo; manejaba la cosechadora con soltura y negociaba el precio del cereal con la tenacidad con que había visto hacerlo a su padre. No se sentía inútil, ni aburrida de ver cada día las mismas caras, conclusión a la que él había llegado erróneamente: Eloy parecía convencido de que el tema económico era una burda excusa urdida por ella para cambiar de vida, ampliar los horizontes y conocer gente nueva.

Fedora se había sentido ofendida. Lo hacía por ellos, para no vivir bajo la latente amenaza de un par de años seguidos de sequía que liquidaran sus ahorros. Pero le había quedado bien claro la noche anterior que Eloy la consideraba una egoísta y había tratado de hacerla sentir culpable. En realidad, lo que le disgustaba era que saliera fuera, a trabajar para “ellos”, los biónicos, quienes les tenían encerrados como ganado. Y, lo peor de todo, habría de ponerse el chip, el estigma que, según él, significaba una humillación para la raza humana, algo de lo que su familia se había mantenido alejada durante décadas.

Ella se sabía impulsiva y la decisión había obedecido a uno de esos impulsos. Desde que le reveló que había comenzado a buscar trabajo y que estaba determinada a salir de la reserva cada día si conseguía un puesto, le había notado hosco y distante. Tal vez no pensase que ella tuviese el arrojo de llegar a hacerlo, o incluso veía improbable que una empresa quisiese contratar a una habitante de una reserva, a pesar de ostentar estudios profesionales de agroforestal. Lo que él ignoraba eran las subvenciones que otorgaban a las empresas que optasen por ellos, de cara a fomentar la integración, y que posiblemente habrían

inclinado la balanza en su favor.

El día anterior le comunicaron que le habían dado el puesto. Debería asistir cuanto antes al curso intensivo de preparación para el chip, en Madrid, la gran capital. Por fortuna, el trabajo la mantendría cerca de los campos y bosques. Tendría que desplazarse lejos de su reserva, pero era una paga fija a fin de mes, y se sentía ilusionada de poder poner en práctica sus conocimientos universitarios. La rutina implicaría salir pronto por la mañana y llegar al atardecer, de modo que Eloy tendría que apañárselas solo con sus cuatrocientas hectáreas, pensó compungida por una punzada injustificada de egoísmo.

Pasó los carteles y letreros luminosos que advertían de que se aproximaba el final de la reserva. Pronto atisbaría la Oficina de Integración, donde debería detenerse: un representante legal se montaría para acompañarla al curso. Aminoró, atenta para no pasarse, pues hacía tiempo que no aparecía por ese lugar fronterizo. Quizá desde su época universitaria, recordó, cuando su padre la acercaba de mala gana hasta ese mismo punto. Allí, un autobús con un tutor autorizado se hacía cargo de los jóvenes estudiantes de la reserva, durante el transporte a las diferentes facultades.

La funcionaria resultó una mujer estirada de gesto ceñudo y pocas palabras, una más de los muchos biónicos que miraban por encima del hombro a los retrógrados de las reservas. Fedora pronto se olvidó de la desabrida escolta sentada en el puesto de copiloto, sus reflexiones se veían monopolizadas por el giro radical que iba a imprimir a su vida desde ese mismo día. La incertidumbre por las consecuencias que su decisión acarrearía se erigía como una sensación de lo más angustiosa.

Se incorporaron a la autopista teleguiada de Guadalajara a Madrid y activó el sistema de control por satélite del vehículo. Cuando percibió el pitido que notificaba la conexión satisfactoria soltó el volante y reclinó su asiento, mientras sentía con gusto cómo aceleraba el vehículo y se estabilizaba a la velocidad uniforme estipulada. Miró distraída por la ventanilla, fijándose en los cultivos incipientes de trigo, más avanzados que los suyos por la climatología más favorable según se bajaba por el valle del Henares.

Terminó cayendo dormida, acusando el madrugón. El aviso sonoro de la proximidad de la salida de acuerdo a la ruta programada la despertó.

Entró en el aula y vio que estaba casi al completo, a pesar de que faltaban aún unos diez minutos para la hora. En realidad no era más que un salón de actos reconvertido, perteneciente a un viejo edificio de la Administración. Localizó un par de sitios en zonas centradas de los bancos de la parte trasera, pero por no molestar a los que ya había sentados, que tendrían que levantarse, optó por situarse en un hueco de la segunda fila, en un extremo.

Dejó a un lado el abrigo y el bolso y lanzó un vistazo disimulado al tipo extraño que había sentado a su lado. Estaba pálido, llevaba el pelo desaliñado y la ropa no era de su talla. Podría haberse escapado de un hospital mental, pensó para sí, reprimiendo una sonrisa traviesa por su frívolo juicio.

—Hola, me llamo David —le dijo él de repente, volviéndose hacia ella y pillándola por sorpresa, como si hubiera adivinado sus malévolos pensamientos.

Se sintió cohibida y tardó en reaccionar.

—Fedora —dijo ella con timidez.

Unos segundos de silencio le revelaron que había sonado muy seca y quiso enmendarlo fingiendo algo de interés.

—¿De qué reserva eres?

Él se mostró confuso y después le explicó que no, que había sido reanimado tras haber pasado más de un siglo en estado de vida suspendido. Un dato poco común, casi extraordinario, y sospechó que se lo podría haber inventado para hacerse el interesante y tratar de ligar con ella. Pero no era sí, porque al otro lado de David se sentaba otro señor, ataviado con las mismas prendas con un logotipo estampado.

Mientras hablaba, apreció que, a pesar de su aspecto desgalichado, era un hombre alto y atractivo de veintitantos años. Sus pómulos marcados y los rasgos de su cara angulosos lo dotaban de una expresión con personalidad. Sus ojos, oscuros y juveniles, emitían un destello de eterna sorpresa, como si fuese un niño que hubiera visto algo fantástico hecho realidad. Sin duda, para él debía de resultar todo fascinante, habiendo tenido su origen tanto tiempo atrás.

Una chica pasó por las hileras de pupitres y les entregó mecánicamente unas gafas gruesas a cada uno, como de esquí pero más pesadas, de lo que se deducía que albergaban algún sistema electrónico

de visualización virtual.

—Entonces tú eres de una reserva —dijo él, con curiosidad mal disimulada.

—Alcarria Norte, Guadalajara. Yo vivo cerca de Jadraque. Mis antepasados no son de allí, pero es donde recalaron tras la reorganización y el Cisma.

—¿El Cisma?

Fedora se vio obligada a resumirle la historia de los años posteriores al referéndum, cuando se hizo obligatorio llevar un chip homologado y se crearon las reservas para exiliar a los reticentes.

—¿Y cómo has salido? —preguntó David—. Si no tienes identificador...

—Con un representante, como vosotros. Estarán esperando ahí en la entrada, o se habrán ido a desayunar y les avisarán cuando terminemos para que nos escolten de vuelta a donde sea.

—Pero no lo entiendo, los profesores serán normales... —rectificó—, quiero decir, que llevan el chip; entonces, ¿no salta la alarma por persona no identificada al tenernos a todos delante y alejados de los representantes?

—Supongo que este edificio está exento, como tu hospital.

David asintió, comprendiendo. Fedora sonrió, para el pobre debía de ser todo nuevo, y parecía que tenía infinitas dudas que le carcomían por dentro.

—¿Qué te han dicho de nosotros los doctores? —inquirió Fedora, suspicaz. Sospechaba que le habían lavado la cabeza—. Antes has dicho “reserva” con miedo, como si fuéramos bichos raros o peligrosos. Muchos nos tachan de primitivos y enemigos de la sociedad.

David se encogió de hombros.

—Apenas me han dado detalles, como si careciera de importancia. Solo que allí viven los que se niegan a ponerse el chip. Pero, ¿tú por qué te lo pones? ¿Te vas de la reserva?

Fedora le contó que necesitaba un trabajo que le habían ofrecido en el exterior, pero evitó dar más explicaciones. Agregó que en las reservas había mucha gente que no había tenido más remedio que acceder a implantarse el chip identificador porque dentro escaseaba el trabajo.

—Crearás que me voy a convertir, que me cambio de bando, pero te equivocas. O al menos solo a medias. El chip —añadió Fedora— no

valdrá de nada cuando vuelva a casa después de trabajar, allí no hay cobertura. Cuando vaya a trabajar me sentiré observada —se lamentó, resignada—, pero la vuelta a la reserva será un alivio.

Se sintió mal cuando se dio cuenta de que en toda la conversación no había mencionado a Eloy ni ningún detalle revelador de su vida en pareja.

—Según tengo entendido —dijo él—, solo se accede a tus registros en caso de una investigación, tras ocurrir algo que haga necesario recurrir a lo que se ve y se oye, si por tu posición en algún momento dado se piensa que puedes ayudar a esclarecer un delito, o eres sospechoso.

Fedora suspiró. Sintió lástima por el chico, era agradable e inteligente, desbordaba ilusión por aprender y comprenderlo todo, pero le habían contado verdades a medias para imbuirle las doctrinas del sistema.

—Eso es la teoría... Pero igualmente, nadie te pide permiso a la hora de consultar tus grabaciones personales. Tú haz lo que quieras, pero yo tendré mucho cuidado de no hacer nada comprometido desde que salga por la mañana hasta que vuelva del trabajo por la tarde. Pensaré que hay alguien siempre mirando con mis ojos, no tiraré un papel al suelo en la calle, ni me desnudaré delante de un espejo en una tienda de ropa —aseguró medio en broma, curvando los labios en un gesto de determinación.

Alguien pidió silencio desde el fondo de la clase, la lección iba a comenzar.

David recibió el descanso con alivio. Tras tres horas ininterrumpidas de prácticas y ejercicios, tenía la cabeza a punto de estallar. Las gafas eran capaces de evaluar, por el movimiento del ojo, si se estaba efectuando bien el ejercicio, y se anunciaba con una luz verde o roja el resultado, que se podía ver también en el exterior de las gafas para que el instructor verificase que el alumno superaba cada objetivo.

David se había sentido agobiado al advertir que la mayoría de los del banco de delante completaban las pruebas antes que él, logrando el piloto verde sobre sus gafas en cuestión de segundos. En especial a los jóvenes de aspecto marroquí se les daba asombrosamente bien, y el simpático compañero de su hospital, a pesar de su mayor edad, terminaba

antes que él.

—Tranquilo —le dijo el hombre, tras una ocasión en que el profesor tuvo que acercarse a David para interesarse y darle algún consejo—. Algunos ya hemos manejado uno. Los extranjeros usarían un chip parecido en su país, pero puede no ser válido aquí su modelo, entonces les obligan a pasar el curso y actualizarse el chip. Yo estoy en un caso similar: mi chip es antiguo, pero la forma de acceder a las aplicaciones y navegar es similar, así que se me da bien.

Los nervios de David se disiparon. Dedujo que el uso del chip debía de estar casi tan extendido en el mundo como el del teléfono móvil de su tiempo.

—Yo admito que para mí no es nuevo todo esto —dijo el señor Martín a Fedora, al rato en la cafetería—. Para vosotros será toda una experiencia, sin duda.

—Sobre todo para David —puntualizó Fedora.

—Es verdad, para él solo haber salido a la calle ha debido de ser impactante —rió el hombre. Se dirigió a Fedora, divertido—. David venía en el coche alucinando, mirándolo todo como un niño, tenías que haberlo visto.

David sonrió mientras masticaba, admitiéndolo de forma tácita.

—Lo que más me ha sorprendido son los nuevos cristales que usan en las fachadas.

—No son cristales, son paneles de un compuesto de grafeno —corrigió Fedora—. Generan energía eléctrica, al tiempo que dejan pasar la luz al interior del edificio. Ya se usan en todos lados, hasta en mi pueblo.

Fedora era una mujer hermosa, dotada de unos ojos oscuros grandes y sugerentes. No iba maquillada ni vestida con esmero y debía de rondar la treintena. David parpadeó, haciendo un esfuerzo por concentrarse en lo que había dicho.

Recordó que en su tiempo se comenzaba a investigar sobre esa prometedora sustancia, que había revolucionado a la comunidad científica. Era formidable, esa civilización aprovechaba las ventanas de sus casas para obtener electricidad; incluso habían llegado a sustituir las paredes de las fachadas por esos enormes ventanales.

—Los coches también se fabrican en ese material, como habrás visto —añadió Martín—. Así se reduce el consumo de hidrógeno, durante

el día, porque la electricidad producida contribuye a alimentar el motor eléctrico.

David asintió lentamente. Eso explicaba el caparazón oscuro que recubría los coches casi al completo, incluso formando un carenado sobre las ruedas, para no dejar escapar ni un rayo de luz. Lo aprovechaban para obtener electricidad y ganar luminosidad en el interior. Era sensacional.

—Le he tenido que explicar hasta lo de los semáforos inteligentes... —añadió Martín, dirigiéndose a Fedora.

Martín le había contado que los semáforos no cambiaban de color por tiempo, sino que evaluaban la cantidad de tráfico que esperaba en cada dirección y en base a eso regulaban la circulación.

—Pero no termino de entenderlo, ¿cómo saben los coches que hay parados en cada lado? —planteó David.

—Por el chip, es evidente —repuso Martín—. El semáforo está conectado a la red y recibe cada segundo los datos de la densidad del tráfico, o de los peatones que hay esperando para cruzar.

David enseguida lo comprendió.

—Admito que eso es útil, y en la reserva sería imposible —dijo ella—. Hay una travesía en un pueblo cercano al mío con un semáforo que se pone en rojo y nunca pasa nadie.

—Guapa, en el fondo sabéis que no podéis oponeros a la evolución y el progreso, acabaréis aceptándolo —bromeó Martín, sin maldad alguna. Sin embargo, David interceptó una mirada hostil de Fedora como respuesta.

Siguiendo algún instinto básico, David probó a ganarse su favor defendiéndola.

—Yo en parte os entiendo, a mí tampoco me hace gracia que se me grave o que sepan por dónde me muevo. Pero lo que me da más reparo es que me metan mano en el cerebro.

—Eso es lo de menos, se hacen operaciones mucho más complicadas —dijo el señor Martín con desenfado, a pesar de que David se había dirigido a Fedora.

—Quitando eso, creo que será cuestión de acostumbrarse, ¿no crees? —le preguntó David a Fedora—. Y no puedes negar que el mundo es más seguro con ese sistema de vigilancia tan ambicioso que han organizado.

El compañero del hospital asintió. Martín era un fiel partidario del modelo de control telemático actual. A continuación se excusó y se fue al servicio.

—Solo ves el lado bueno —arremetió ella con más libertad, aprovechando la ausencia del de ideas convencidas—. No te culpo porque eres nuevo y además no conoces nuestra forma de vivir y pensar, nuestra cultura, ni la historia de las pasadas generaciones.

David levantó las cejas hacia ella, curioso.

—Ya me has contado lo de la reorganización...

—Es más complejo... Los políticos pensaron que si una parte pequeña de la sociedad no quería vivir bajo el sistema de individuos marcados y vigilados, lo más fácil era reubicarlos y mantenerlos apartados, que no molestaran y supusieran un agujero en la seguridad.

—Pero no fue tan sencillo.

Fedora agarró el vaso del refresco y suspiró.

Se apartaron de la barra, buscando un rincón menos abarrotado en la cafetería.

—Vayamos por partes —dijo Fedora—. Al principio, hace unas décadas, el uso del chip era totalmente voluntario. Se popularizó primero entre los jóvenes y los más apegados a las innovaciones tecnológicas. La moda ganó la batalla al miedo a la operación. Supongo que fue algo similar a la revolución de los *smartphones* en tu siglo, pero a mayor escala. Como te he dicho, por entonces no se grababan las percepciones visuales o sonoras: era un simple capricho inofensivo, un medio para facilitar la comunicación de la gente y disfrutar de experiencias multimedia sensacionales, pero nunca un método de identificación o una herramienta de control.

La escuchaba embelesado, recreándose con la melodía de su voz. Ella hizo una pausa para beber un trago del refresco de naranja y mientras levantaba el vaso le miró a los ojos, cazándole hipnotizado en los rasgos de su expresión, naturales y esculpidos con maestría, enmarcados en esa tupida melena leonada. David cerró la boca de golpe, avergonzado.

—No tardaron —prosiguió Fedora, pasándolo por alto— en idearse modelos para aprovechar el potencial oculto de una red de ciudadanos; aparecieron corrientes y partidos políticos que vendían la seguridad absoluta que supondría tener a todo individuo identificado,

localizado y con sus percepciones registradas en una base de datos. Nosotros fuimos unos de los primeros en Europa en adoptar el sistema, según nos enseñan orgullosos en las escuelas.

David entrevió que refería los hechos históricos con un claro carácter despectivo y victimista, aunque aquello se votara en las urnas.

—¿Por qué se eligieron esos lugares en concreto para la creación de las reservas? —preguntó.

—Se siguió como criterio el resultado del referéndum: si en una comarca había perdido la opción del nuevo sistema, se le concedía el estatus de reserva.

David asintió, comprendiendo el caos que causaría la obligación de tener que dejarlo todo, las migraciones forzadas a una reserva o a otro país sin el nuevo sistema. Debía de ser lo que se conocía como el Cisma, que había tenido lugar de una forma u otra en todo Occidente.

—Según pasaron los años —continuó ella—, la gente apreció las ventajas del sistema y el número de reservas disminuyó. Ahora somos pocos, insignificantes, lo que agrava los problemas, la dejadez de la administración a la hora de asegurar servicios esenciales, como la cobertura de red, que ya ni tenemos, y, sobre todo, la seguridad. No están dispuestos a tirar el dinero en nuestras tierras con métodos tradicionales: policías, equipamiento, juzgados... Eso nos ha convertido en un paraíso para la delincuencia, que aquellos de fuera que llevan el mal en las venas se aprovechen y vengán a robar, violar, trapichear con drogas o hacer gamberradas.

David exhaló el aire con un silbido, impresionado.

—Pero, es que no lo entiendo. ¿Por qué pasáis voluntariamente tantas calamidades? ¿Tan malo es ceder y ponerse ese chip? ¿Es por orgullo?

Ella se encogió de hombros.

—No niego que su sistema tenga ventajas, pero preferimos vivir a nuestra manera. La mayoría venimos de familias de tradición agrícola o ganadera, o pescadores en las reservas de la costa; otros tienen un taller, una tienda, o un bar que va pasando de padres a hijos; también hay artistas, intelectuales... Fue así desde las primeras generaciones, puedes imaginarte el tipo de familias que quedó en las reservas. En general nos importa poco internet y las comunicaciones, preferimos vivir como siempre, sin artilugios electrónicos y artificiales añadidos. Si mis padres

y abuelos vivieron felices dentro, a pesar de la reclusión, no veo por qué yo no iba a serlo.

A David no le cuadraba que Fedora hablara así. Se la antojaba una joven con inquietudes y amplitud de miras, a la que se le quedaría pequeño su mundo de restricciones, donde se marchitaría como una planta en un tiesto sin apenas tierra. Sospechaba que había soltado una perorata que, aun pudiendo ser cierta, ella no sentía o compartía en su totalidad.

—Pero estás aquí... —la azuzó.

—Me veo obligada porque necesito el trabajo —sentenció con firmeza.

David asintió sin mucho convencimiento, reafirmado el presentimiento de que ella le ocultaba algo. No quiso insistir, consciente de que tal vez se sintiera incómoda.

Ella le preguntó a qué se dedicaba en su vida anterior. David no se anduvo con ambages y le habló de su padre, de su fructífera empresa y del trabajo que le había conseguido en el gabinete técnico de un amigo suyo, también un empresario cántabro.

—De modo que eras un niño de papá y tenías la vida resuelta —bromeó Fedora, con desparpajo y atrevimiento. Parecía aliviada de haber dejado el tema que giraba en torno a ella.

—No es algo de lo que me enorgullezca, pero así es —repuso David, sorprendido por la confianza que se había tomado ella. Si hubiera sido un desconocido de sexo masculino quien hubiera pronunciado esas palabras, no lo habría dejado pasar. Además no era del todo cierto: sacar adelante los duros estudios fue un mérito exclusivo suyo, logrado con su dedicación y esfuerzo.

Fedora quiso saber por qué se sometió a la suspensión de la vida.

—Vaya, es estremecedor —dijo ella, turbada. David sospechó que se arrepentía de su anterior comentario—. Ha debido de ser todo muy impactante para ti, al despertar, tanto tiempo después y sin saber por qué...

—Desde luego. Y ya no tengo nada de lo que tenía, así que, como ves, ya no tengo la vida resuelta —apuntó con cierto resquemor.

Fedora le dedicó una sonrisa sentida que David tomó por disculpa.

—Lo que me resulta extraño —continuó ella— es que un padre

acceda a separarse de su hijo a cambio de que, hipotéticamente, dejase de ser tetrapléjico en el futuro...

—Si a ti te resulta extraño, que has visto que el resultado ha sido positivo, que él tenía razón, imagina el revuelo que causó en su momento... Pero tienes razón. Yo solo me lo explico por dos motivos: primero, él estaba seguro de que funcionaría, cegado por su fe en la ciencia y el progreso; y segundo, no podía soportar verme así el resto de mi vida.

David percibió que la melancolía se apoderaba de nuevo de él y cambió de tercio. Habló del hospital y de la oferta que le habían hecho, que aceptaría sin más remedio.

—Ya me veo enseñando a los potenciales clientes los recipientes de nitrógeno de líquido que guardan en el sótano, convenciéndoles de que no tendrán nada que temer —bromeó con sarcasmo sobre su tedioso trabajo futuro. Lanzó una carcajada que ella correspondió.

Fedora miró su reloj. David se percató de que era la primera persona que veía con un reloj en la muñeca. Quedaban pocos minutos para regresar al aula, pero David disfrutaba con la conversación. La joven tenía personalidad, era espontánea y extrovertida.

—¿De qué vas a trabajar? —inquirió él, mostrando interés—. No te veo encerrada en una oficina.

—Desde luego que no; al menos no a tiempo completo.

Ella le contó que la habían contratado en una empresa agroforestal, especializada en desarrollar y aplicar técnicas para mejorar el rendimiento de la producción agrícola. Al parecer, plantaban ciertas especies de árboles fertilizadores, colocándolos estratégicamente entre los cultivos. Proporcionarían a la tierra nitrógeno, captado del aire, que quedaría depositado mediante las hojas caídas.

—Es que ya no hay abonos químicos —aclaraba ella—. O los que hay son caros y poco eficientes.

David asintió, comprendiendo. Sabía que los principales fertilizantes se obtenían a partir del petróleo.

—¿Crees que Martín estaba en lo cierto, que estáis abocados a desaparecer? —preguntó con tacto, por curiosidad.

—No creo. Hay una corriente, una asociación, que procura que la gente no se marche, haciendo continuamente campaña. Defienden el ser humano tal y como es.

—Supongo que, más que nada, estarán en contra del sistema, de que te vigilen y eso.

Ella negó con la cabeza. Se apoyaron en la pared frente al aula, a la espera de que abrieran las puertas para retomar la clase.

—Critican que se use la tecnología para potenciar las capacidades intelectuales —afirmó Fedora—. Comprobarás, y yo también, que el chip te cambia la forma de pensar, de recordar o memorizar. Te simplifica la vida, pero si se abusa de él, dicen que algunas funciones del cerebro natural se terminan perdiendo, anulando. Por ejemplo, hay quien almacena todo en el chip: la lista de la compra, los cumpleaños de sus amigos o las citas para comer o cenar pendientes, y el chisme les va avisando de todo. Según los detractores del chip, hay estudios científicos que aseguran que la memoria, de no usarla, se va atrofiando.

David creyó que exageraba.

—Se hacen llamar naturalistas porque se apoyan en la filosofía del Naturalismo, que considera a la naturaleza el principio único de lo real —prosiguió Fedora—. Mi novio, Eloy, suele acudir a las conferencias. Se mantienen en contacto con las reservas similares de otros países y dicen que han evitado que la gente se siga marchando.

David recibió como una puñalada que la hermosa joven revelara su estado sentimental.

—Yo no soy como ellos, no me opongo al progreso —continuó—. A mí lo único que no me hace gracia es que te monitoricen y controlen lo que haces, que puedan fisgonear. Sé que en mi reserva hay quien me criticará por ponerme esto y salir a trabajar fuera, los naturalistas más radicales —terminó, emocionada.

David asintió. Por el tembleque de su labio inferior supo que había dado con lo que ella le había ocultado, un temor que nublaba el brillo de sus bonitos ojos marrones.

—Para Eloy y sus amigos soy una traidora —se sinceró, bajando la cabeza. Echó a andar con lentitud hacia el aula. Él la siguió de cerca, por detrás para no incomodarla—. Mucha gente de dentro tiene chip, como yo, porque no han tenido más remedio que salir fuera a ganarse la vida. No entiendo qué mal hacemos; en casa no funciona, no hay cobertura, es como si no lleváramos nada. Pero les desprecian, como me despreciarán a mí a partir de hoy.

Durante la sesión de tarde del curso David se mantuvo, a ratos, meditabundo. Dedujo que Fedora y su pareja habían discutido y que ella habría pasado por malos momentos tras tomar esa valiente decisión. La compadecía.

Mientras el profesor ayudaba a alguien a solventar un problema técnico con las gafas, David le preguntó dónde iba a trabajar.

—La oficina está en un polígono de la zona sur, pero yo iré sobre todo a las plantaciones de los clientes. En la oficina, un día o dos a la semana, haré estudios del terreno a partir de los datos del satélite y prepararé los presupuestos.

David no se sorprendió. Sabía que, ya en su época, Europa tenía un satélite en órbita que permitía medir la humedad sobre la superficie continental o la salinidad de los mares.

—¿Y dónde están esas plantaciones? ¿Te pillan muy lejos?

—Creo que el principal cliente es una cooperativa agraria que tiene grandes extensiones de cereal al norte de Toledo.

David se escandalizó.

—¿Y vas a venir y volver todos los días? Serán más de doscientos kilómetros desde tu pueblo.

—No hay problema, mi coche soporta la teleguía. No lo necesitábamos para movernos por las carreterillas de nuestra comarca, pero venía de serie, y ahora doy mil gracias.

—¿Tele... qué? —preguntó David, sin comprender.

Ella miró al techo, como si fuera algo evidente, aun sin perder la sonrisa. Debía de resultarle desesperante tener que explicar esas cosas triviales, pero Fedora lo hacía con gusto. Se aprestó a sacarle de dudas, pero Martín, sentado de nuevo al lado de David, se adelantó.

—Muchas autopistas tienen un sistema que guía al vehículo, por satélite. Solo puedes entrar si tu coche está preparado. Antes de incorporarte el ordenador del centro de tráfico toma el control del coche. Todos circulan a la misma velocidad y van separados por distancias regulares, siempre controlado por el servidor. Tú puedes echar un *sueñecito*, si quieres.

—En condiciones de buen tiempo —continuó ella—, la velocidad de cruce es de 220, así que llegas rápido.

David no salía de su asombro, le asaltaban multitud de dudas.

—Pero, ¿y si piso el freno, o doy un volantazo? ¡Se provocaría un accidente en cadena!

—De eso nada —negó Martín contundente, dándose importancia—, los mandos del vehículo quedan inhabilitados desde que entras hasta que abandonas la autopista por la salida que hayas seleccionado.

—Me muero de ganas de probarlo.

La clase se alargó aburrida y monótona, y David agradeció que concluyera. Se dirigieron por los pasillos hacia el vestíbulo, donde esperarían sus representantes legales.

—Suerte con la operación, verás que ni te enteras —dijo ella, aprovechando que Martín se había distanciado. Parecía sentirse cohibida en presencia del otro paciente, lo cual a David le sorprendía, pues Martín era un hombre afable y sociable.

David devolvió el cumplido y se dio cuenta de que no volverían a verse, pues tenían cita para centros médicos diferentes al día siguiente. Era una mujer impresionante por su valentía y desenvoltura, poseía un encanto especial, pero era obvio que sus vidas seguirían caminos diferentes.

—Que te vaya bien en tu nuevo trabajo —le deseó con sinceridad— y buen viaje de vuelta. Seguro que tu gente termina aceptando lo que haces.

Ella asintió repetidamente. Abrió la boca para tratar de responder pero no le salieron las palabras.

—Ahí está mi escolta —anunció ella con precipitación y voz temblorosa, señalando a alguien entre un grupo de personas con aspecto aburrido, apostados en el *hall* del edificio.

David se maldijo por su torpeza. Sin duda, ella no esperaba que la recibieran con los brazos abiertos en casa.

Tras un incómodo silencio, Fedora le dirigió media sonrisa a modo de despedida, con la cabeza baja, evitando sus ojos, y se volvió hacia la salida. Él la siguió con la vista, mientras se alejaba al encuentro con su representante. Se planteó decir algo, le gustaría volver a verla, aunque no sabía en realidad con qué propósito; quizá no deseara que se despidieran de esa forma tan sombría. Melancólico y presa de su propia indecisión, observó estático cómo saludaba lacónicamente a una mujer y se dirigían al exterior.

5.

El doctor Blas le acompañó a la clínica especializada para el implante del chip. Según le dijo, era costumbre que cada paciente fuera junto con su médico, más que nada como un último gesto de hospitalidad del centro, porque no hacía más que repetir que la operación sería rápida y sencilla, efectuada por precisos robots que no darían opción a errores.

Nervioso, David necesitaba respuestas que acallaran sus recelos.

—¿Es cierto que si se abusa del chip se pierden capacidades del cerebro, como la memoria?

—Eso son habladurías. Si se hace un uso responsable te aseguro que no hay ningún peligro —dijo, evitando responder directamente.

A David le habían contado algo en el curso al respecto de las buenas prácticas que era aconsejable seguir, así como de los vicios que no se debían adquirir, pero quería oír la versión del doctor, en el que confiaba plenamente.

—¿A qué te refieres?

Dalmiro se volvió para mirar por la ventanilla, como buscando algo.

—¿Se puede saber qué miras? —insistió David.

—Busco un ejemplo... Pare un segundo, por favor —le ordenó Dalmiro al conductor de repente.

El vehículo se detuvo en doble fila y el médico le pidió a David que dirigiese la vista hacia donde señalaba, en el parque.

—Fíjate en ese hombre.

Aprovechando los últimos rayos de sol, un hombre se hallaba sentado en un banco de madera. Junto a él había una chaqueta de niño y una mochila. Enfrente, unos críos de uniforme, de unos siete u ocho años, jugaban a la pelota.

—¿Qué hay de raro? —preguntó David—. Supongo que ha ido a buscar al chaval al colegio y está dejando que juegue un rato con sus amigos.

—Fíjate en su mano derecha.

David aguzó la vista. Advirtió que movía la mano, como si manejase un ratón o un controlador de otro tipo que encerraba en el puño,

apenas visible. Apoyaba la muñeca sobre su muslo, quedando la mano suspendida de forma que pudiese rotarla en varias direcciones y moverla con libertad.

En el curso les habían mencionado de pasada esos dispositivos periféricos. Además de los teclados inalámbricos que se usaban para facilitar la escritura, había otros que cumplían muy diversas funciones.

—Sí, está usando el chip, se ve en la mirada perdida —convino David—. Pero, ¿qué tiene de malo? Se estará echando una partida, o puede que esté mirando algo en internet, o leyendo el correo...

—Si fuese cosa de un momento, de acuerdo. Pero te aseguro que ese hombre es un adicto, los reconozco a la primera. Ten en cuenta que hay juegos y aplicaciones que te sumergen en un mundo virtual con tal realismo que es difícil no caer en la tentación de volver a entrar una y otra vez. Con la visión total en 360 grados y el sonido envolvente real en todas direcciones que te transmite el chip, la experiencia es sensacional, ya lo verás tú mismo.

—Sí, ya me han advertido de eso en el curso...

David recordó los ejemplos de los juegos más descargados. En uno de Fórmula 1 le habían asegurado que si miraba a izquierda o derecha apreciaría fielmente las gradas del circuito, o el monoplaza del jugador al que acabase de adelantar. También podría participar en el desembarco de Normandía, combatir en red con otros jugadores. Mediante uno de esos sofisticados *joysticks* avanzaría o echaría el cuerpo a tierra, apuntaría y dispararía, inmerso en el fragor de la lucha. El sonido atronador de la batería de cañones enemiga acudiría con exactitud desde la dirección de origen, y si bajase la vista encontraría el agua espumosa o la arena de la playa, todo sin moverse de un cómodo sillón.

—Si su hijo cruzase la calle detrás de la pelota —continuó censurando el doctor—, ese hombre no se enteraría de nada. En uno de esos juegos o aplicaciones de realidad virtual, el chip te abarca todo el campo visual y no ves nada del exterior.

—Supongo que minimizará la aplicación cada pocos minutos, para asegurarse de que el crío sigue allí —le defendió David.

—Puede... —dijo, escéptico—. Pero, si es capaz de ignorar a su hijo mientras juega en un parque, ¿qué crees que hará en casa? Escucha, las aplicaciones de realidad virtual son todavía más peligrosas que los juegos. Los casinos, por ejemplo, ofrecen en su página web la

posibilidad de sumergirte en una recreación exacta del sitio físico. Pongamos el de Montecarlo, por ejemplo. Te puedes desplazar por los pasillos, entre las máquinas y mesas, respirar el ambiente frenético del juego. Y se apuesta con dinero real, utilizando la identificación que ofrece el chip y las pasarelas de pago.

Espectacular, pensó David, que comenzaba a atisbar los peligros de aquello.

El médico se volvió para mirarle cara a cara.

—Es importante aprender a utilizar estas herramientas con moderación, si no tendrás problemas —le advirtió con seriedad—. El uso abusivo de estos programas es una de las principales causas de despido, divorcios y rupturas familiares, y a la larga causa cuadros clínicos de tipo social y psicológico.

David asintió, impactado. ¿Serían los videojuegos y aplicaciones sociales *online* la nueva droga del futuro?

—Podemos seguir, por favor —ordenó el doctor al conductor, gesticulando con la mano al mismo tiempo. De nuevo se dirigió a David, bajando el tono—. Sin ir más lejos, mi primer matrimonio se fue al garete por culpa del vicio de mi exmujer, que se pasaba el día con sus nuevas amigas de la red, de compras virtuales, en partidas de cartas, de golf...

David entendió que al doctor se le diese tan bien identificar a los adictos al chip. Sin duda, debía de haber sido duro convivir con alguien así, sumida siempre en ese reducto paralelo a la realidad.

—Lo siento —dijo David.

—También hay aplicaciones de este tipo que no suponen ningún riesgo. Por ejemplo, a menudo las reuniones de las empresas se realizan en despachos virtuales, donde apareces afeitado y con traje y corbata, mientras paseas al perro por el parque.

David suspiró, era todo tan diferente. Recordó los viejos tiempos, tan cercanos pero ya pertenecientes a otra vida. Parecía que había sido ayer el accidente en el barco, cuando supo que sería tetrapléjico y sintió que se derrumbaba todo. No echaría de menos aquellos paseos frente a la costa de Jávea, pues nunca llegó a congeniar con esa compañía, ellos fanfarrones y altaneros y ellas presumidas; pero, convertido en una carga, no volvería a salir de copas por la plaza Cañadio, con los amigos del colegio y de la infancia que había conservado.

Cuando en su pubertad su familia se mudó a aquel selecto rincón

del barrio del Sardinero, David insistió en continuar saliendo con ellos, con los de siempre, a pesar de las reticencias de sus padres, que le animaban a relacionarse con los jóvenes de la nueva zona, y en especial de su madre, que los criticaba por no considerarlos una buena influencia. Sin embargo David, aunque tuviera que dejarse la paga en taxi o recorrer varios kilómetros a pie, prefirió seguir tomando cañas con sus amigos de toda la vida en pringosos y atestados bares, a tener que asistir a rimbombantes fiestas en las mansiones de la zona o a los aburridos eventos en el Club de Tenis.

—Señor Hoyos, ¿se siente como si hubiera vuelto a nacer? — preguntó una periodista de la primera fila.

—Sin duda. —David se esforzó por mantener la sonrisa en su rostro. Lo que realmente sentía era un agudo dolor de cabeza, producto del exceso de alcohol ingerido en la víspera. Tras la exitosa operación, el doctor Blas propuso que acudiera a su casa a cenar y a conocer a su mujer e hijos de su segundo matrimonio.

—Todo ha cambiado —le dijo David a la periodista, tras un prolongado silencio—, pero lo más impactante no son las cosas nuevas que veo a cada paso que doy. No, lo más duro fue despertar y tener que asumir que esto era cierto, darte cuenta de que estás solo, de que ya no tienes familia ni amigos... —Bajó la mirada, emocionado.

Se escuchó un somero rumor de asentimiento en la sala y atisbó caras que le compadecían. A su derecha, captó de soslayo el gesto complacido del director Alan Vera. David procuraba seguir sus directrices de cara a la rueda de prensa: “Muéstrate sentimental al principio, que la opinión pública sienta pena por ti, e intenta caer simpático. Solo después, habla de lo bien que te hemos tratado, del buen servicio que ofrecen los profesionales de este hospital”.

Otro periodista tomó la palabra.

—El director ya ha expuesto las condiciones poco convencionales por las que usted fue sometido al estado de vida suspendida. ¿Guarda rencor a su padre por hacerlo sin su permiso, por poner en riesgo su vida? —inquirió. David no se acostumbraba, echaba de menos los antiguos micrófonos, grabadoras y cámaras. Todo le parecía muy aséptico.

—De ninguna manera —negó David con rotundidad—. Lo único

que puedo hacer es estar agradecido. Gracias a mi padre tengo una nueva vida, puedo andar y correr.

—¿No piensa hacer nada para vengar la injusticia que sufrió su padre?

—No, sería absurdo, tanto tiempo después. Ahora su nombre ha quedado limpio, si es que a alguien le importa ya... —dijo con resignación.

Un joven sentado en una esquina de la última fila del salón de actos, reconvertido en sala de prensa, levantaba la mano con insistencia, pero el director no le concedía la palabra. A David le dio la impresión de que lo evitaba.

Unas cuantas preguntas después, David no pudo resistir la curiosidad.

—Un momento, ahí al fondo falta alguien —dijo espontáneamente, señalando al joven de la última fila.

El director accedió con mala cara, contrariado.

El periodista se identificó como un reportero de un semanario, en papel, de la reserva del Campo de Cartagena. David advirtió que llevaba una libreta y un aparato electrónico, un medio de grabación tradicional.

—¿Qué opinión le merecen las reservas, que se margine así a las personas? —preguntó de forma directa y contundente.

El director se echó la mano al cuello de la camisa, intranquilo.

David se esforzó por sonar diplomático y complacer a la audiencia, aunque disgustara al atrevido periodista. Su obligación, si iba a trabajar como comercial para el hospital y a captar clientes en anuncios, era fomentar su imagen pública y defender lo que la mayoría de la sociedad consideraba bueno.

—Supongo que no hay más remedio, suponen una amenaza para los demás.

El reportero se encrespó.

—¿Le parece normal que yo haya tenido que contratar a un representante para venir a esta rueda de prensa, que me escolte como si fuera un criminal?

David no sabía qué decir. Las caras de la sala de prensa se mantenían fijas en él, esperando una respuesta firme. El director le dedicaba vistazos nerviosos, estaba a punto de intervenir para acudir en su ayuda. Notó que le escurrían gotas de sudor por la frente.

Entonces se acordó de la determinada joven de la reserva.

—¿Por qué no te lo pones tú? —le retó David—. Puedes seguir viviendo en tu reserva y salir a trabajar libremente.

Las miradas se desviaron, las cabezas de los presentes vueltas hacia atrás.

—De eso nada —negó el chico, altivo—, defiende el cuerpo humano tal y como es.

Bingo, se dijo David, satisfecho por la respuesta.

—¿Y tú hablas de marginación? Contéstame a una pregunta: ¿no hacéis lo mismo con los que se ponen el chip para salir a trabajar? —atacó, pensando en Fedora—. Los tratáis como a traidores y los dejáis de lado, en su propia tierra.

Escuchó un rumor de aprobación entre los asistentes y atisbó más de una manifestación de sorpresa, extrañados tal vez de que pudiese saber tanto de los conflictos sociales en tan poco tiempo.

—¡Han echado a perder su cuerpo! —estalló el periodista, lanzando la libreta al suelo con furia—. ¡Ya no son humanos puros como nosotros, son robots, biónicos, y deberían quedarse fuera para siempre!

La gente negaba con la cabeza y hacía aspavientos de indignación. La estima del periodista había quedado por los suelos.

La rueda de prensa prosiguió sin incidentes y al concluir el director le dio una palmada en el hombro a David, satisfecho.

David, sin embargo, experimentaba una punzada constante de remordimiento. Sospechaba que no había sido del todo sincero.

6.

—¿Siempre tenemos que dar tanto rodeo? —preguntó Lucca con dejadez, repanchingado en el asiento del copiloto.

—Sabes de sobra el motivo —espetó Abel, cortante.

Se dirigían a la reserva de Guadalajara. Lucca no recordaba el nombre exacto, pero sabía la ruta que estaban siguiendo porque había venido echando vistazos al navegador de su chip. Por culpa de las malditas manías y excesivas precauciones de Abel, no estarían de vuelta en el punto de entrega hasta pasada la hora de comer.

Abel tenía como regla entrar y salir de la reserva por un punto alejado de la zona que habían establecido como área de caza. De esa manera sus chips no dejarían registros sospechosos en el acceso y escape, siempre gracias al anonimato con que se podían desplazar por el interior de esos territorios sin cobertura.

Detestaba que Abel fuera tan cauteloso, él solito les complicaba el trabajo. Nunca les cogerían, pensaba, gozaban de una absoluta impunidad en las reservas.

—Quedan dos kilómetros para entrar —informó Abel—. Echa un vistazo.

Lucca suspiró, cansado, y accedió a la visión por satélite en tiempo real, que perderían en cuanto se adentraran en la reserva.

—El pescador del embalse sigue en las mismas coordenadas y no hay nadie en las inmediaciones —dijo con desgana, mientas alejaba y acercaba el *zoom*.

Abel asintió.

El objetivo estaba fijado, entendió Lucca. Solo quedaba confiar en que cuando aparecieran por aquel sector de la reserva, en el otro extremo, la persona permaneciera allí, y en soledad. Ese era el punto más sensible de la operación y a menudo había que cancelarla por ese motivo: no podía haber testigos.

Atravesaron el municipio de Jadraque, la capital de una reserva que aún no conocía. Le dio por pensar en el tipo del embalse, elegido al azar un rato antes por su conveniente ubicación.

Las reservas, con cada vez menos densidad de población, se

convertían a menudo en lugares frecuentados por cazadores o pescadores deportivos del exterior.

—Me preocupa que sea un pescador, puede ser alguien normal, identificado —dijo Lucca, compartiendo sus cavilaciones.

Se desviaron por un camino de tierra que, según el mapa, terminaría en una explanada cercana al embalse. Era un inconveniente que hubiese cada vez más gente de fuera. Solo podían capturar individuos sin chip, gente sin identificar y sin posibilidad de comunicarse y pedir ayuda en cuanto despertasen en el viaje de vuelta, ya con cobertura de red. Si se equivocaban y pasaban por alto ese detalle, tendrían un problema muy serio.

—Buscaremos un ángulo que no deje lugar a dudas —dijo Abel.

—¿Y si resulta que tiene el chip?

—Pues para casa —contestó Abel con rotundidad.

No quería ni imaginarse que hubieran hecho el largo viaje en balde.

—Podríamos buscar a alguien en otra zona apartada, alguna presa fácil de otro punto de la reserva —sugirió.

—No, esta es la zona que toca.

Lucca suspiró. De nuevo, las malditas precauciones de su jefe. Para no levantar sospechas, llevaba una escrupulosa rotación de los pueblos y comarcas en donde actuaban.

Lucca solo llevaba un año en el negocio. Cuando Abel le hizo el ofrecimiento dejó bien clara la jerarquía. Necesitaba un ayudante y sabía que Lucca podía ser su hombre: un joven apasionado de los deportes de lucha y juegos virtuales violentos, que consideraba a los de la reserva seres despreciables, un lastre para la sociedad y el progreso.

Abel era un cretino como jefe, pensaba Lucca. Algún día ocuparía su lugar y trataría directamente con su contacto secreto, el que pagaba por cada captura.

Dejaron el coche en la explanada, rodeada de pinos, un pequeño claro en el área boscosa donde se escondía el pantano. Caminaron con sigilo por un sendero que bajaba hasta la orilla. Tras rectificar y dudar en varias bifurcaciones, atisbaron al hombre a lo lejos, sentado en una silla plegable junto a dos largas cañas de pescar.

A Lucca se le aceleró el corazón, casi como el primer día.

Abel le indicó por señas que abandonaran la orilla y se internaran unos metros entre la vegetación. Quería permanecer oculto, además de colocarse en una posición superior y gozar de mejor ángulo de visión y disparo.

Lucca se estaba desesperando por la lentitud y miramientos de su jefe a la hora de escoger el sitio adecuado. Por fin, desplegaron el rifle apoyándolo sobre una roca caliza grande y plana, tras la cual había unas jaras que les ocultaban de la vista del hombre.

—Comprobado, está limpio. Es un auténtico humano, un ejemplar puro como dirían ellos —musitó Abel satisfecho, separándose de la mira telescópica.

Lucca introdujo el dardo anestésico en el compartimento y esperó la señal. Su jefe oteó en todas direcciones, buscando la presencia de algún merodeador, y le dirigió un ademán con la barbilla.

Lucca pulsó el botón rojo con alivio, creía que nunca iba a llegar el momento. El arma se estremeció y emitió un sonido apagado y sibilante. De inmediato el pescador se echó la mano al cuello y cayó hacia delante, a pocos centímetros del agua.

7.

Enero

Se habían cumplido ya dos meses desde que David despertara del largo letargo y aún permanecía viviendo cada día con intensidad, embriagado por las sorpresas que le deparaba ese nuevo mundo. Era un vago consuelo, pero la cascada continua de emociones aplacaba el dolor enquistado por su abrupta orfandad.

Su trabajo no le apasionaba, aunque procuraba cumplir con su cometido y dar lo mejor de sí mismo, era lo único que tenía. Y tampoco podía quejarse. Habían puesto a su disposición un coqueto apartamento en la zona de Cuatro Caminos, en una residencia que guardaba algún tipo de convenio con el hospital. Se trataba de un edificio de ocho plantas, antiguo pero modernizado con esmero. Contaba con un mobiliario y electrodomésticos dotados de tecnología avanzada que David tardó en aprender a utilizar, a través del chip y el sistema centralizado de domótica del hogar.

En el exterior la fachada se veía deslucida, revestida de esos oscuros paneles solares, como era habitual. Había comprobado que por toda la ciudad había bloques de ese estilo.

En el centro y las áreas más turísticas se conservaban las fachadas originales. Cierta día soleado paseó hasta la plaza Mayor y comprobó, aliviado, que permanecía tal y como la recordaba, flanqueada por los mismos edificios de fachada rojiza, incontables balcones y bajos porticados. David confiaba en que en Santander aquella invasión de placas negruzcas se hubiera mantenido también a raya. Y no tardaría en comprobarlo, pues ya estaba planeando subir a su tierra a ver qué había sido del hogar de sus padres, de la empresa o de su antiguo trabajo de diseño de cadenas de montaje; pasearía por el paseo marítimo del Sardinero y respiraría el frío aroma del Cantábrico.

La primera semana tras recibir el alta había sido agotadora. Le llamaron de varias emisoras de radio *online*, por lo que tuvo que aprender a marchas forzadas a mantener conversaciones mediante el chip, algo que le resultó extraño al principio. El sonido del interlocutor no se

escuchaba en una oreja, sino que parecía provenir de todas direcciones. Era increíble cómo el chip era capaz de recibir el audio por internet y transformarlo en impulsos eléctricos que el cerebro reconocía como sonido.

La oleada de medios que mostraban interés por él fue decreciendo y se había ido integrando en el equipo de relaciones públicas y agentes comerciales del hospital. Debía hablar siempre en base a su propia experiencia, le exhortaba el director. Los clientes lo percibirían más cercano, una persona gracias a la cual podrían disipar temores y consultar dudas mundanas, como saber qué se sentía o si se conservaban intactos los recuerdos de la vida anterior.

Esa mañana estaba citado con el director Alan Vera en su despacho. David se preguntaba qué querría, mientras recorría el trecho desde el metro hasta el hospital, frotándose las manos fustigadas por el cortante frío.

—Deje que le presente al consejero de Asuntos Internos, el señor Peralta, y al senador Cobo —dijo el director con amabilidad, invitando a David a sentarse.

Había dos hombres trajeados que se levantaron para estrecharle la mano. David se preguntó de qué iba aquello.

Tras un intercambio de frases banales de cortesía, interesándose ellos por su nueva etapa y agradeciendo David sus cumplidos y buenos deseos para el futuro, el senador, que era el mayor de ambos, de unos cincuenta o sesenta años, fue al grano:

—En el partido hemos quedado muy sorprendidos por sus opiniones en entrevistas y ruedas de prensa —reconoció, con voz ronca y gastada. Era un hombre grueso de cuya cara colgaban grandes carrillos, como un sabueso. Poseía el matiz granate y punteado característico de los bebedores asiduos.

—En el buen sentido —precisó el señor Peralta—. No esperábamos una postura tan favorable de alguien proveniente de una sociedad tan antigua y tradicional.

El consejero, más joven, hablaba con la desenvoltura de un político que aspira a todo. Era un tipo larguirucho y con nariz aguileña.

—Bueno, es lo que piensa todo el mundo, ¿no? —dijo David—. Según tengo entendido, desde el referéndum y la implantación, cada vez

más gente se ha ido mostrando a favor del sistema.

—Efectivamente, veo que ya conoce la historia reciente —reconoció el veterano senador—. Sin embargo, también sabrá que en las reservas no se piensa de esa manera.

—Sí...

El consejero intervino:

—Al principio la población de las reservas disminuía, había una tendencia constante a emigrar e integrarse con el resto del país. De hecho, se cerraron varias de ellas —afirmó satisfecho. Peralta evidenciaba ganas de hacerse oír.

David asintió. Estaba al tanto de que cuando se traspasaba un cierto umbral mínimo de densidad de población la reserva se cancelaba, se declaraba territorio abierto, controlado y seguro. Los lugareños que quedaran solo tenían dos opciones: o ponerse el llamado oficialmente DIM, pasando a ser ciudadanos legítimos, o mudarse a otra reserva o a un obsoleto país extranjero.

—Pero hemos observado —continuó el consejero Peralta, ahora con tono preocupado— que en el presente esa tendencia se ha estancado, parece que mantienen una población estable.

—¿Y qué tiene de malo? Déjeles que vivan como quieran —dijo David, sin explicarse qué tenía que ver todo aquello con él. Además, no le caía bien el joven consejero, con su hablar pedante, y sintió un regusto especial por llevarle la contraria.

—El objetivo del Gobierno es que se unifique todo el territorio —contestó con cierta insolencia.

—Digamos que es un compromiso electoral... —aclaró el senador Cobo.

—¿Y por qué a la gente le importa que vayan desapareciendo las reservas?

—Por muchos motivos —se apresuró a decir Peralta, quitándole la palabra de la boca al senador—. La imagen de país unido, sin esos enclaves rebeldes, es algo que también desea un sector del electorado. Está el tema económico...

—Hay algo más y quizá lo más importante —dijo Cobo, parsimonioso e imperturbable, con su voluminoso cuerpo encajado en el sillón—. Nadie lo reconoce abiertamente, pero fue un acto vergonzoso tener que separar y desplazar a la población. Perdura generación tras

generación un sentimiento de culpabilidad, por las familias que tuvieron que emigrar o por las que fueron despojadas de sus posesiones para crear las reservas, vilmente desarraigadas. Por eso el votante mira, y mucho, por la consecución de ese objetivo, quieren cerrar la oscura etapa de la disgregación.

—Vale, pero ¿qué pinto yo en eso? —preguntó David.

—Se va a crear un nuevo cargo —dijo Peralta, remarcando las palabras, dándose importancia—, dependiente de mi consejería y hemos pensado en ti. La denominación está aún por determinar, pero será algo así como un embajador común para las diferentes reservas.

David se echó hacia atrás, sorprendido. Trató de cerrar el tema con cordialidad.

—Creo que se equivocan, lo mío no es ni la política ni la diplomacia...

—Tu labor —cortó el consejero, que se permitía tutearle— consistiría en asistir a eventos públicos en las reservas, dar conferencias, conceder entrevistas o participar en debates en sus medios de comunicación locales. También podrías escribir artículos en sus periódicos, que son la mayoría en papel, e intervenir en sus programas de radio, emitidos todavía por ondas electromagnéticas, con antenas de aficionados —rió burlonamente, con superioridad—. En fin, todo aquello que lleve a convencerlos de que su vida será mejor si se integran. Podrías dar conferencias en colegios o institutos, resaltando las ventajas. A los padres les hablarías de la seguridad para sus hijos, a los chavales de los increíbles juegos y aplicaciones virtuales y redes sociales...

Los tres hombres se quedaron mirando a David, que negaba con la cabeza. No le apetecía desempeñar esa labor.

—A usted pueden verlo como alguien cercano —trató de convencerlo el senador, que mostraba más respeto y educación tratándolo de usted, a pesar de ser el de mayor edad—, dado su origen remoto, una sociedad antigua donde no existía nada de esto. Será fácil que congenien.

—Podrás compatibilizarlo con tu función actual en el hospital —añadió el director Vera, que no había abierto la boca.

Parecía esperanzado en que David aceptara, ¿qué interés podría tener él?

—No, gracias, pero yo no valgo para eso. —David se sintió incómodo, bajo presión—. He aceptado lo del hospital porque no tengo

otra cosa, pero a mí esto de las entrevistas y los discursos no me va. Yo valgo para diseñar maquinaria industrial, con la electrónica de mi época, claro... Quiero hacer un máster o cursos para ponerme al día en las tecnologías actuales y volver a trabajar en lo mío en dos o tres años. Mientras tanto me conformo con mi puesto en el hospital.

El consejero sonrió, pero rehuía mirarle a los ojos, como si fuera a decir algo que pudiera sentarle mal.

—El director Vera, cuando discutimos el tema el otro día, en el congreso regional, nos aseguró que accederías, que no te puedes permitir perder el trabajo actual.

—¿Qué?

Fue todo lo que pudo decir David. Increíblemente, deslizó los ojos hacia el director.

—Estoy seguro de que no hará falta llegar a ese extremo — confirmó el director, nervioso—. David, estos señores son importantes para mí, no querrás dejarme en mal lugar, ¿verdad?

David enfureció, comprendiendo el chantaje. El director debía de ser miembro del partido, de otro modo no habría asistido a ese congreso, dedujo. Ganaría muchos enteros si le hacía el favor al consejero Peralta y al senador Cobo, si conseguía que su codiciado empleado aceptase la oferta de la dirección del partido. Tal vez aspirase a ser ministro o consejero de Sanidad y eso le allanaría el camino.

El senador había bajado la rechoncha cabeza, como avergonzado. A David le dio la impresión de que no hubiera querido llegar a tanto.

—Te darás cuenta del favor que te hacemos —añadió Peralta, engreído y condescendiente— cuando oigas el sueldo que se va a asignar a este nuevo puesto de embajador. Por no hablar del coche oficial, dietas y comisiones.

Resignado, David se forzó a callar y ocultar el resentimiento. No se sentiría cómodo tratando de convencer a la gente humilde de las reservas, solo para que los gobernantes ganaran un puñado de votos más en las próximas elecciones. Tal vez experimentara la sensación de estar engañándoles. Y ponía en duda que lograra convencer a alguien... Recordó a Fedora, aquella bonita y enérgica mujer que conoció en el curso. Tenía las ideas bien claras, no se iba a dejar persuadir por el primero que llegara a soltar una perorata.

Se consoló pensando que en poco tiempo ahorraría una buena

cantidad, sería independiente. Cimentaría la base para una nueva vida y lo haría gracias a su esfuerzo, como le había aconsejado su padre, quien siempre procuró que no cayera en la desidia y comodidad, que no se aprovechara de las rentas y la herencia. Tarde o temprano volvería a trabajar con técnicos e ingenieros, sencillos y entregados, lejos de ambiciosos políticos.

8.

Fedora recorría una calle comercial cercana a su oficina. Por fin había terminado la monótona y tediosa jornada. Se había pasado el día entero sentada en su mesa con la mirada absorta en el editor de texto del chip, escribiendo en un teclado inalámbrico un informe y presupuesto para una asociación de agricultores manchega. Prefería los días en que se desplazaba para evaluar los terrenos de los clientes, aunque tuviera que recorrer cientos de kilómetros. Aparte del contacto con el campo, que le encantaba, solía charlar largamente con los simpáticos agricultores — poco acostumbrados a que una mujer joven se dedicase a esos menesteres — y el día transcurría volando.

Cuando tocaba formalizar las ofertas, aunque solo fuera un día a la semana, a Fedora se le hacía eterno. Solía haber poca gente en la oficina porque los que se dedicaban a tareas administrativas trabajaban por internet. Como consecuencia, aunque llevaba ya casi tres meses en el trabajo, apenas conocía a sus compañeros. A la única que veía cada vez que pisaba la oficina era a Wilma, la recepcionista. Con ella sí había congeniado, y cada vez que Fedora se cansaba de teclear, examinar las tomas fotográficas que proporcionaba el satélite o analizar la composición química de un terreno, se acercaba a la entrada para charlar.

En general estaba contenta con su nuevo trabajo. Se sentía útil, estaba poniendo en práctica sus estudios. Se había demostrado a sí misma que había valido la pena tanto viaje y esfuerzo para asistir a las clases, algo de lo que su padre siempre se había quejado, cada vez que tenía que llevarla hasta el límite de la reserva. Para él, haber estado pagando para que ese tutor acompañara a su hija el resto del trayecto, sin poder hacerlo él mismo, había constituido una humillación, equivalía a doblegarse y aceptar como normal la situación.

Eloy rara vez había aplicado los conocimientos de Fedora en los cultivos familiares. Ella siempre tuvo la impresión de que a Eloy le fastidiaba aceptar el asesoramiento de alguien formado en el exterior.

Fedora estaba encantada con el chip y las increíbles funcionalidades que ofrecía, algo que no le había reconocido a Eloy. Seguía agradeciendo llegar a su tierra cada tarde y pensar en que ya nadie podría estar siguiendo sus movimientos, escuchando sus conversaciones

o figoneando en lo que percibían sus ojos, pero ciertamente se había adaptado a llevar ese chisme más rápido de lo que había estimado en un principio.

Sin ir más lejos, pasear por una calle llena de tiendas le resultaba muy excitante. Siguiendo los consejos de Wilma, que siempre iba vestida a la última moda, se había instalado una aplicación en el chip que reconocía los logotipos de las diferentes tiendas y cadenas comerciales de ropa, y mostraba sobreimpresos en el área visual los precios y ofertas de los artículos buscados. Si Fedora necesitaba un par de zapatos de tal estilo o color, introducía los datos en la aplicación y, mientras paseaba, el chip la avisaba cuando reconocía una tienda con productos que pudieran ser de su agrado. Fedora caminaba por esas aceras respirando el ambiente de consumismo, una sensación novedosa para ella, mirando a izquierda y derecha con ansia a ver qué notificaba el chip.

Pasó frente a un escaparate donde se exhibían varios elegantes vestidos de novia y su buen ánimo se desvaneció. Hacía unos meses lo único que les separaba a Eloy y a ella de terminar de concretar el tema de la boda era el viaje de novios. Ella habría querido ir a Estados Unidos, a admirar las secuoyas gigantes del parque de Yellowstone, entre otras muchas cosas, pero el destino fue descartado desde un principio por requerirse allí un DIM compatible, que por entonces ninguno de los dos llevaba, y Eloy no accedería nunca a colocárselo. Se hubiera conformado con una tranquila estancia en el Caribe, donde quedaban países sin control por chip. Con lo que sacaran de la boda se lo podrían permitir, pero Eloy se negaba en redondo: no iba a pasar por el mal trago de pagar a un maldito funcionario que les escoltase al aeropuerto.

Fedora sabía que Eloy era testarudo, pero le quería y podría haberse casado aun sin una luna de miel en condiciones. Sin embargo, desde que comenzó en su nuevo trabajo, cada vez lo notaba más distante y áspero hacia ella.

Aún no había llegado el día en que él la tratara de nuevo con cariño. Fedora se preguntó, mientras contemplaba aquellos espléndidos vestidos blancos, si ella albergaba la misma ilusión que unos meses atrás. Cuando sintió que sus ojos se humedecían reaccionó y arrancó en un arrebató hacia el supermercado, como queriendo sacudirse los incómodos pensamientos. Compraría esas magníficas doradas de piscifactoría que rara vez llegaban a la pescadería del pueblo y que tanto

le gustaban a Eloy cuando ella se las preparaba a la sal. A menudo buscaba recuperar su afecto con detalles, pero siempre en vano.

Wilma le servía para desahogarse, era la única persona con la que se sinceraba. Tal vez era demasiado lujuriosa, porque no hacía más que insistir en que se instalara en el chip una popular aplicación de contactos, en especial desde que Fedora le reconoció que Eloy ya no le hacía el amor como antes, con cariño, sino que parecía pensar en exclusiva en su propio gozo.

—Necesitas conocer gente —le había dicho Wilma una tarde, mientras tomaban un café sobre el mostrador de la recepción—. Solo tienes que introducir tus gustos y preferencias, si buscas algo serio o un rollo de una noche, y el chip te avisa cuando haya alguien cerca que pueda cuadrar, que busque en ti algo parecido. El servidor del programa controla las localizaciones por satélite de cada uno de los inscritos y si observa que dos posibles candidatos están próximos, les avisa a ambos. ¡Vas andando por la calle o estás en un centro comercial y de repente te aparece una flecha señalando a tu hombre!

—¡Qué dices! ¿Y ellos también te ven remarcada, señalada o lo que sea, como que vas buscando...? —había preguntado Fedora, tomándose a broma.

—Claro, pero solo si ambos encajáis en las preferencias. Y no hay ningún compromiso, si no te gusta, con esquivar su mirada o darle la espalda ya se sobreentiende que no te interesa. Incluso puedes evitar el encuentro, porque puedes curiosear el perfil del candidato, cuando se te indique en la visión que está próximo, y si no te gusta el aspecto en su foto lo descartas. Pero lo mismo pueden hacer contigo, así que cuando crees tu perfil sube una foto en la que salgas mona —rió.

Fedora asintió, divertida. Wilma siempre estaba con sus locuras.

—A ver —continuó—, yo la otra tarde estaba aburrida y puse la opción de echar un polvo —declaró sin tapujos, con total ordinareiz. Fedora no pudo evitar suspirar y reír con incredulidad—. Me bajé a pasear el perro y en menos de diez minutos me crucé con cuatro o cinco que cumplían mis preferencias. Los rechacé porque no me acabaron de convencer, aunque llegué a hablar con un par de ellos. Ya me volvía, cuando me topé con otro bien majo y nos subimos a casa —terminó, lanzando una estridente carcajada.

Fedora sonrió, negando con la cabeza. Eso explicaba los

innumerables escauceos que le había contado su amiga otros días, con tal o cual hombre, siempre diferentes.

—¿Y si te ve una vecina o un familiar marcada en su campo visual? ¡Qué vergüenza! —exclamó Fedora.

—¡No, tonta! Solo los que están inscritos en el programa y pueden encajar sabrán que el otro está metido en la aplicación. Es totalmente anónimo.

—Creo que eso no es para mí... —dijo Fedora, disimulando con una expresión desdeñosa su rubor. Aquello era un ejemplo de por qué los más ortodoxos de las reservas criticaban el chip, aduciendo que degeneraba o deshumanizaba la especie.

—Tú te lo pierdes —había respondido Wilma—. Y no pienses que es solo para sexo rápido y casual, también puedes poner la opción de cita romántica con vistas a una larga relación, o simplemente puedes solicitar compañía una tarde, para salir a montar en bici o ver una película... Pero te advierto, la mayoría de los tíos van a lo que van y muchos lo hacen a espaldas de sus parejas. Yo siempre encuentro lo que me apetece, pero si en cambio pones que buscas un príncipe azul, un abogado guapo, joven y rico, que hable idiomas..., lo más probable es que nunca te cruces con nadie.

—¿Y no te da miedo que un día te pase algo? No sé, quedar así con desconocidos...

—No hay problema, ¿qué me va a pasar? —Fedora recordó que fuera de las reservas no había apenas delitos—. Sí que te puedes encontrar con algún cerdo, que pida cosas raras, pero esos suelen recibir valoraciones negativas en el programa y acaban siendo expulsados del servidor.

Fedora no había querido preguntar más, solo de pensar en aquello se sentía culpable, como si hubiera sido infiel.

Pasó buena parte del viaje de regreso a su pueblo meditando sobre las palabras de la extrovertida Wilma. Sopesaba que, en esencia, quizá tenía razón, debía conocer a gente. Por mucho que le doliese, era el momento de plantearse que lo suyo con Eloy podría no arreglarse nunca. Sin embargo, se negaba a aceptar que aquello se desmoronara para siempre porque ella hubiera tomado una decisión con la que él discrepaba.

Se obligó a concentrarse porque se acercaba su salida de la autopista teleguiada de Guadalajara y habría de conducir unos pocos kilómetros por la sinuosa carretera que descendía hasta el valle, en una ya completa oscuridad. Se la sabía de memoria, pero no quería distraerse. Además, según se acercaba a su pueblo, se fue sintiendo embargada por las angustias habituales: ¿cómo la recibiría Eloy? ¿Estaría en casa o se hallaría borracho en el bar de la peña, o echando la partida en el local del Club de Cazadores?

De súbito recordó lo de su cuñado Fidel y experimentó un embate de culpabilidad. Mientras se sumía en sus tribulaciones y lloriqueaba por su tambaleante relación de pareja, su hermana sufría, compungida por algo mucho más grave, ¿cómo podía ser tan egoísta?

Tragó saliva.

¿Habría alguna noticia de Fidel? Su cuñado había desaparecido un domingo, día en que no abría la tienda de artículos de caza y pesca que regentaba, en el pueblo de al lado. Su hermana Victoria aseguraba que aquella mañana había ido de pesca, muy temprano como de costumbre. Pero nunca regresó.

Tuvieron que transcurrir un par de días para que el comisario de Jadraque se dignara a atender una simple desaparición y en la jornada siguiente les informó al fin, soberbio: había revisado los registros de salidas programadas de ese día y Fidel figuraba en ellos, constaba la cita con un representante que le acompañaría al curso para iniciar el proceso de implantación del chip.

Victoria, desconsolada, sufrió un ataque de ansiedad. Era incomprensible que la abandonara con su hijo, sin previo aviso, sin decir nada. Nadie lo habría sospechado nunca. No sería el primero que de repente se largaba dejándolo todo, solo o con la familia, evitando soportar las críticas de los naturalistas y el vituperio público, pero ella se reafirmaba en que no era posible, que algo le habría ocurrido. Todos lo buscaron durante los días posteriores, habiendo colaborado los colegas de comercios vecinos y conocidos de otros pueblos, sin hallar ni rastro. Victoria aún conservaba esperanzas de que retornara, pero día tras día se iban desvaneciendo. Fedora y otros familiares y amigos cercanos barruntaban en silencio que nunca volvería, que habría iniciado una nueva vida, quizá con otra pareja.

Lo que más suscitaba el sentimiento de pesar era el hecho de que

no podía hacer mucho por ayudarla, aparte de echarle una mano con el niño en cuanto tenía ocasión. Victoria le había pedido que indagase en el exterior. Puesto que ella podía salir y poseía el chip, tal vez lograra encontrar algún rastro de su marido en la red. Lo había intentado, rebuscando en redes sociales de todo tipo por alguien con un alias que contuviese el nombre y apellidos de Fidel, o una combinación con sus iniciales, sin suerte. Había incluso enviado correos electrónicos al tuntún, inventando direcciones que pudieran corresponder a Fidel, por si obtenía respuesta, pero nada.

Aparcó frente a la casa y vio luz en la planta de abajo, que usaban de almacén para la maquinaria agrícola, de trastero y despensa.

Por el ruido del motor eléctrico supo que Eloy se encontraba en el cuartucho donde guardaban la centrifugadora de la miel, la máquina donde se colocaban los panales.

—Hola —dijo Fedora, casi gritando para que pudiera oírla.

Eloy se limitó a levantar la mano. Mientras la máquina giraba con cuatro cuadros, él cortaba la cera de los extremos de las celdas de los panales que pasarían por la centrifugadora a continuación.

—¿Se sabe algo de Fidel? —dijo Fedora, acercándose y dándole un beso en los labios, con cuidado de no rozar su pegajoso mono.

—No —repuso con la frialdad habitual.

Fedora buscó un trozo de cera impregnada en miel, de entre los despojos que caían en el barreño. Necesitaba algo dulce cuando se sentía triste y el saludo de Eloy la había entristecido mucho.

—¿Has podido sembrar hoy la cebada? —preguntó intentando distender el ambiente.

—No, sigue todo embarrado —contestó en tono neutro, sin dejar su minuciosa tarea aferrando el largo cuchillo.

Fedora entornó los ojos y apretó los labios, compadeciéndole. Había sido un invierno anormalmente lluvioso que impedía la siembra de la cebada, cereal que, al contrario del trigo, aún no se había plantado.

—Hacen falta días de viento que sequen un poco la tierra, mientras sigamos con estas nieblas no se puede trabajar —se quejó él.

—Bueno, si se pasa la fecha guardamos el grano para el año que viene, no pasa nada —le consoló Fedora.

Eloy se encogió de hombros, resignado. Ella se aproximó para coger otro pedazo de cera y le acarició la nuca. Hubiera deseado que

algún día se interesara por su trabajo, que le preguntara qué tal le había ido, pero él solo se preocupaba de sus asuntos, parecía incluso ofendido por que ella aportara dinero al hogar, sobre todo por la forma de hacerlo, trabajando para los biónicos.

—Subo a dejar la comida y bajo a ayudarte.

Él asintió con indiferencia.

Dejó la compra encima de la mesa y encendió la televisión. Mientras hacía hueco en el frigorífico, sin siquiera mirar la pantalla, escuchó al locutor pronunciar un nombre que le resultó familiar. Desvió la atención hacia el aparato.

Al parecer, se iba a iniciar una campaña para impulsar la inserción de los habitantes de las reservas en el conjunto controlado. Habían designado a un tipo del Gobierno que recorrería esas comarcas ofreciendo mítines, escuchando propuestas y anunciando una serie de nuevas medidas para incentivar lo que ellos llamaban integración. La foto del hombre estaba ligeramente distorsionada, pues los chicos de Jadraque tenían que transformar la imagen en visión espacial de la señal *online* al vetusto formato plano en dos dimensiones, pero a pesar de eso Fedora creyó reconocerlo. Aguardó con la boca abierta y al poco apareció en la zona inferior un rótulo que lo identificaba como el embajador David Hoyos.

Sí, David, se dijo. Se trataba del peculiar y simpático joven que se encontró en el curso de aprendizaje del chip, que había pasado tanto tiempo en estado suspendido.

Se acercó a la pantalla, llena de curiosidad. Vestía un traje caro que le sentaba como un guante y por fin alguien le habría aconsejado cómo peinarse. Sin duda había mejorado su imagen, pensó. Aquel día le pareció atractivo e interesante, sus ojos refulgían de ilusión por aprender y descubrir lo que el nuevo mundo le deparaba a cada paso que daba. Ahora estaba más elegante, aunque no le pegaba ni el atuendo ni el fabuloso despacho desde donde grababa el mensaje, con la bandera al fondo...

Qué extraño, a Fedora no le había dado la impresión de que la política fuera lo suyo, ni que se mostrara tan a favor del sistema como para andar convenciendo a los moradores de las reservas, ¿cómo habría llegado a ocupar aquel puesto?

Apenas reprodujeron un par de frases en el informativo.

Anunciaba una ayuda para alojamiento en el exterior para los que abandonasen la reserva y se identificaran legalmente. Fedora no estaba interesada en esos incentivos. Sin embargo, ese tal David sí podría serle útil para indagar el paradero de su cuñado, de forma que su hermana supiera la verdad. Existía la posibilidad de que estuviera con otra, como sospechaban muchos. Incluso a Fedora se le había pasado por la cabeza. Fidel parecía un buen padre y marido, pero nunca se sabía con los hombres... De hecho, en alguna reunión familiar, tras un par de vasos de vino, le había descubierto lanzándole miradas fugaces al escote. Puede que su hermana, que no tenía la figura de antes, no fuera ya del agrado de Fidel... Pero eso eran elucubraciones sin ningún fundamento. Por el momento se limitaría a intentar averiguar algo, lo haría por Victoria, se dijo con determinación. David tendría contactos poderosos en su círculo, tal vez alguien pudiera indicarle dónde se encontraba Fidel en ese momento, por la localización del chip, o al menos dónde trabajaba o vivía.

Fedora se preguntó cómo conseguiría que David le ayudase. Para empezar debería contactar con él, lo cual no sería sencillo.

9.

David no terminaba de acostumbrarse a las continuas galas, congresos, recepciones y demás eventos a los que estaba obligado a asistir. Su alto cargo exigía atender esas citas, aunque por fortuna su rol no pasaba de invitado y espectador. Su radio de acción eran los territorios de las reservas, donde había dado ya un par de las conferencias planificadas en la gira, mientras que en esas reuniones sociales, como en la que se hallaba esa noche, se sustraía para disfrutar de la comida y la bebida.

La soporífera charla había transcurrido en la sede del partido y a continuación se habían dirigido al hotel Ritz de Madrid, donde se les ofrecía un exquisito piscoblabis en el salón Felipe IV, una estancia amplia, de techo alto ligado al suelo por impresionantes columnas y lujoso mobiliario de estilo clásico. Al cóctel estaban asimismo invitados los familiares y el gentío era considerable, lo cual facilitaría las intenciones de David de escabullirse en cuanto tuviera ocasión.

Ansiaba llegar a casa, tumbarse en el sofá y continuar visionando la serie de romanos que le habían recomendado. Ya se había hecho con todos los capítulos, que había almacenado en la memoria del chip. Era espectacular, sobre todo cuando el gladiador luchaba y la cámara se ubicaba en primera persona, haciendo que el espectador viviera la escena como si fuera el protagonista. Aún le costaba evitar el reflejo de bajar la cabeza cuando el contrincante atacaba y percibía el estremecedor sonido de la espada, rasgando el aire a pocos centímetros por encima, con un absoluto realismo. Se preguntaba a menudo cómo filmarían las escenas, con cuántas cámaras y dotadas de qué sofisticada tecnología, para lograr abarcar totalmente el campo visual del espectador; una sensación incomparable a la broma de las gafas y cine en 3D de su tiempo.

—¡Ah! Señor Hoyos, espero que esté disfrutando de la cena — dijo el consejero, al verle. Continuó, sin dejarle responder—: Venga, le interesará conocer a estas personas.

El enjuto señor Peralta le presentó a tres hombres de edad madura que departían en un corro adyacente, ataviados también con caros esmóquines. Al parecer eran gobernadores de diferentes reservas y

discutían sobre una nueva regulación de la financiación. A uno de ellos ya lo conocía David de la primera charla que dio en la reserva de la ría de Arosa.

—Pero si a este joven ya lo conozco —le replicó con alegría al consejero, con acento gallego—. Admito que tiene poder de persuasión, ya veremos si mejoran las cifras.

—Estoy seguro de ello, Piñeiro, tú dale tiempo.

Peralta le palmeó un par de veces amistosamente en el hombro y se retiró a su grupo original. A David le dio la impresión de que el consejero no consideraba el puesto de gobernador un cargo con suficiente peso o relevancia para que esos señores merecieran su tiempo.

—Al menos seguro que el chico cae mejor que tú a la gente —bromeó otro de los gobernadores, dirigiéndose al gallego, que correspondió con carcajadas.

A David le constaba que los gobernadores no gozaban de buena fama en las reservas, y era lógico. No vivían en ellas, aduciendo que era inseguro, y se limitaban a gestionarlas cómodamente desde el exterior, alejados de los problemas reales de la población. En general solo velaban por que se mantuviera el orden y por la recaudación de impuestos. La gente los veía como una pieza más del engranaje del sistema opresor que tanto detestaban.

—Sí, creo que para las siguientes visitas será mejor que vaya solo, no quiero más abucheos —contribuyó David, arrancado más risas.

Charlaron unos minutos sobre el remoto pasado de David, pues albergaban alguna curiosidad al respecto, y al poco continuaron debatiendo sobre los asuntos comunes que les concernían por ser los máximos responsables de alguna reserva, en los cuales David apenas podía intervenir. Esperaba el momento oportuno para excusarse y esfumarse, cuando se unió al círculo una mujer de mediana edad, regordeta y embutida en un pomposo vestido. El gallego se la presentó como Amanda y resultó ser la gobernadora de la reserva de Guadalajara.

—Sí, he oído lo del nuevo cargo de embajador —dijo ella, con velado desdén—. Enhorabuena por el puesto, señor Hoyos; es una lástima que no vaya a valer para nada.

David se sobresaltó por el ataque frontal y tardó en reaccionar. Advirtió en el gallego y en otro gobernador una mueca de desagrado por el comentario descortés de Amanda, pero detectó una sonrisa cómplice

en el tercero, un tipo alto que se había mantenido callado, junto al cual se había colocado la mujer en el corrillo.

—Lo haré lo mejor que pueda...

—No, no es por su trabajo —aclaró Amanda—. No pongo en duda sus aptitudes, el consejero no elige a sus altos cargos sin motivo, más aún tratándose de alguien joven y nuevo en el partido.

David, desconcertado, ignoraba la causa de la acritud de la mujer, que ahora parecía arremeter contra su falta de antigüedad como militante e inexperience. ¿Sería por pura envidia? No tenía por qué arredrarse ante aquella mujer que ostentaba una posición secundaria. Replicó con tono más duro, ofendido:

—Entonces, dígame por qué cree que voy a fracasar. ¿No piensa que vaya a convencer a nadie...?

—Le aseguro que al menos en mi reserva la gente es feliz y no tiene ninguna intención de emigrar —interrumpió ella con arrogancia.

El hombre alto situado de pie a su lado convino con un marcado asentimiento. Los otros tipos parecían sorprendidos.

—Parece que Amanda tiene mucho apego a su puesto —terció el gallego, quitando hierro al asunto. Se dirigió a la mujer—. ¿Temes que cierren tu reserva algún día? Pensaba que eso era a lo que aspirábamos todos.

Amanda no quiso responder.

David le preguntó al gallego por qué anhelaban ese objetivo. Este le explicó que conseguir que una reserva se clausurara y se integrara era un gran triunfo político para el gobierno de turno del Estado, por lo cual el gobernador de la reserva ganaba reconocimiento y solía ser recompensado con un nuevo puesto más distinguido.

David se disculpó con intención de abandonar aquella discusión que tan poco le interesaba. Cada día que pasaba rodeado de políticos más ganas tenía de dejarlo. Detestaba sus desencuentros y palabrería.

—Espere, señor Hoyos —le dijo la mujer, acercándose para hablarle cara a cara. Se habían quedado ligeramente separados del corro—. No sé cuándo tiene pensado acudir a mi territorio a soltar sus arengas, pero sepa que no será bienvenido. Sería mejor que invirtiera su tiempo en otras reservas.

Terminó despidiéndose con una sonrisa cordial, sin admitir réplica, segura de que nadie había escuchado su amenaza.

David no dijo nada y se apartó, confuso. Caminó hacia la salida del lujoso salón con la cabeza gacha. ¿Qué tendría aquella estúpida en contra de que él hiciera su trabajo? Y el gobernador alto y callado parecía pensar de manera similar. Para algunos era motivo de celebración que se integrara la gente y soñaban con que su jurisdicción se cerrara, viéndolo como una meta personal... ¿Por qué otros querían justo lo contrario? ¿Qué interés escondían para preferir mantenerse en ese puesto de segunda categoría? Solo tenía la absoluta certeza de una cosa: esa mujer no pensaba en el bien de sus ciudadanos, lo había visto en el brillo ambicioso de sus ojos.

Aturdido, decidió desviarse de su ruta hacia la salida para acercarse a la barra y tomarse una última copa, que le ayudara a sosegarse y renovar el espíritu.

—Te veo muy apagado, paciente —le dijo Alan Vera, el director del hospital, que aguardaba junto con una señora y una chica joven y coqueta, mientras les servía un uniformado camarero.

El que faltaba, maldijo David, lamentando su torpeza a la hora de hacerse un hueco en la barra.

Respondió con una sonrisa torcida y se acercó a regañadientes, contemplando con desagrado el pendiente de su nariz y el corto cabello moreno peinado hacia delante. No creía que el director fuera a estar presente en el evento de esa noche. Debía de poseer un cargo representativo de cierto empaque, mayor del que había supuesto David en un principio.

Le presentó a su esposa y a su hija, Lara, cuya expresión revelaba un solemne aburrimiento. Era delgada y dotada de una figura esbelta, remarcada por un atrevido vestido de palabra de honor verde esmeralda, ceñido y adornado con unos volantes en la parte inferior.

Sostuvo unos minutos la conversación con el director, confiando en que no se alargase demasiado. Trataron temas del hospital y Alan le adelantó sus próximos compromisos. La afluencia de potenciales clientes no hacía más que crecer y el señor Vera procuraba que David atendiera al mayor número posible de ellos.

Mientras ellos hablaban de trabajo y apuraban sus copas la madre aparentaba estar ausente, operando con el chip. Casualmente David advirtió de reojo, quedando pasmado, que la hija lo escrutaba en silencio

con el ceño fruncido. Evitó el primer encontronazo, pero al segundo percibió en su mirada una mezcla de resentimiento y provocación. La joven aprovechaba con audacia los momentos en que su padre hablaba o no se fijaba en ella para dirigirle contundentes miradas con los ojos entornados. David se preguntó, extrañado, de qué iba aquello, a qué venía esa expresión severa hacia él cuando no la conocía de nada. Tal vez, sopesó animado, se le estaba insinuando.

A David nunca se le habían dado mal las mujeres en el pasado, ya fuera por su físico o, más bien, porque oliesen el dinero de su familia a distancia; pero desde que había vuelto a la vida no se había visto envuelto en enredos sentimentales, ni había detectado señales de interés. Lo echaba de menos, pero lo achacaba a que todavía contaba con pocos amigos verdaderos, gente con quien salir y relacionarse.

Lara tendría unos veinte años. Los rasgos de la cara se le antojaron cincelados con esmero. Era sensual e irresistible..., aunque quizá supondría un acto poco ético, se lamentó. Le aterraba siquiera imaginarse la reacción de su vigoroso jefe, si llegara el caso. Desconocía aún las mentalidades de esa gente del futuro respecto a las relaciones personales, en particular sobre el papel protector del padre, y prefería no tentar la suerte. Sin embargo los ojos grandes y perversos de Lara eran realmente seductores, de color verdoso a juego con el ceñido vestido y en parte tapados por un largo flequillo negro que le cubría la frente.

—Ha sido un placer —dijo David a la esposa del director, pretendiendo largarse antes de que fuera demasiado tarde.

La mujer se sobresaltó y volvió a la vida real. Se disculpó, declarando sin ambages que estaba enganchada a un culebrón que no podía perderse. Era de mala educación abstraerse con el chip en presencia de otras personas, según le habían contado, pero había comprobado que esa norma de conducta se trasgredía a menudo.

Se despidió con precipitación y timidez de la joven, que le miró profundamente con una sonrisa ganadora, como si no hubiera dicho su última palabra, y salió de la sala.

Descendió a paso ligero hacia el paseo del Prado, por el cual debería subir hasta la estación de autos urbanos eléctricos, ubicada frente a la Cibeles. Ya disponía de un coche oficial de hidrógeno, pero solo lo usaba para salir de la capital.

Hacía una noche agradable, casi primaveral, y se alegró de

caminar unos minutos. Además, esa zona céntrica se mantenía con un aspecto similar al de su época y le evocaba recuerdos del pasado. Las fachadas de los edificios más representativos se exhibían iluminadas, como el propio hotel o el edificio de la Bolsa, justo enfrente.

Aún no había llegado al paso de cebra de la esquina cuando percibió las pisadas apresuradas de unos tacones, por su espalda.

—¿Se puede saber qué requisitos tienes? —dijo una insolente voz femenina—. No creo que seas gay.

David se volvió. Era Lara, que acudía a su encuentro con expresión airada. Iba ataviada con un abrigo ligero largo, desabrochado, y llevaba el bolso en la mano.

—¿Qué? Pues claro que no soy gay —dijo, confuso y un tanto ofendido.

—¿Es que no cumplo tus expectativas? —insistió Lara, indignada—. ¿Se puede saber qué buscas?

—Te juro que no sé de qué me hablas...

—¡Del *Love Alert*, maldita sea! —exclamó, exasperada.

David logró que se explicara.

—Es increíble —dijo ella, negando con la cabeza, tras ver con claridad que David no sabía de qué le hablaba—. ¡Todo el mundo se apunta a esa red social en cuando te ponen el chip! Me acuerdo en el instituto, a los diecisiete, no hacíamos más que pensar en qué características pondríamos para definir a nuestro chico ideal...

David nunca había oído hablar de tal cosa. No dejaba de resultar revolucionario, aunque le pareció artificial, aquello desvirtuaba las relaciones y la magia del encontronazo aleatorio. Cuanto más lo pensaba, más estupefacto se quedaba: era la ley del mínimo esfuerzo, esta gente ni siquiera tenía que esmerarse en el difícil arte del ligue, en cómo entablar contacto con alguien en una discoteca o cómo iniciar una conversación con la compañera deseada de la universidad. El chip se lo daba todo hecho.

Comprendió por qué hasta el momento no había detectado miradas sugerentes, algún síntoma de interés en él. Si esa aplicación se utilizaba de forma tan extendida entre los que buscasen pareja o compañía, él se hallaría fuera de juego. Si a ellas en su visión no se les marcaba su presencia, pensarían o bien que él estaba ya comprometido, o bien que ellas no eran su tipo. Pero esta niña presumida y orgullosa era

diferente: no habría podido soportar el oprobio de sentirse atraída por David y no ser correspondida, que el chip no le indicara que existía un interés común. David supuso que Lara estaba acostumbrada a cumplir de sobra los gustos y condiciones de todo aquel que se le pusiera delante, pudiendo elegir a su antojo, rechazando o aceptando entablar contacto con ellos según le viniera en gana.

Hablaron largamente de pie, estáticos en mitad de la acera. La joven admitió que se había quedado perpleja en el hotel porque David no se le había marcado como objetivo interesado. Eso explicaba sus miradas malhumoradas en el hotel, llenas de frustración por creerse repudiada; enrabiada, las había transformado en seductoras, dedujo David.

—¿Sabías quién era, cuando me he encontrado con tu padre? —preguntó David.

—Sí, mi padre desde el principio habló en casa del tipo que había pasado más de un siglo en estado de vida suspendida. Me ha picado la curiosidad... —admitió.

La joven utilizaba un deje de disculpa por su equivocación, avergonzada por haber reconocido que David era de su agrado.

David se sentía halagado, aunque incómodo por la situación y prefería irse a casa. Era consciente de que la seductora joven resultaba una presa fácil y apetecible, pero ignoraba sus pretensiones y le preocupaban las consecuencias que sus actos pudieran acarrear.

—Bueno, yo subo a Cibeles a coger un carrito —dijo David, a modo de despedida. Llamaban coloquialmente “carritos” a los pequeños coches de batería de uso público, por su similitud con los carros de supermercado, que se dejaban encadenados.

Al menos él no daría un primer paso. Era un nuevo mundo y todavía debía andarse con pies de plomo. Por otro lado, le asustaba liarse con la hija de alguien de tan alta posición: un director de un prestigioso hospital y con influencia y ambiciones en el partido del Gobierno.

—¿No me invitas a tu casa, a tomar la última? —preguntó Lara, con una dulce y provocadora sonrisa.

David no se esperaba una réplica tan directa.

—¿Y tus padres? —balbuceó.

—Les he dicho que me aburría y que me iba al piso de una amiga de la universidad, que celebran el cumpleaños de una compañera.

—¿Con ese vestido de gala?

—Tampoco iba a desentonar demasiado. A ver si te crees que voy a una universidad cualquiera. Mis amigas se arreglan y se ponen monas en cuanto tienen ocasión, ¡será por ropa o dinero! —exclamó, perfilando una sonrisilla altanera.

Lara no retiraba la mirada, con sus ojos penetrantes, delineados profusamente arriba y abajo, medio ocultos por el flequillo. Demandaba una respuesta, desbordante de autoestima y refugiada en el caparazón de pompa que la envolvía desde niña. Iba a tener que aceptar, nunca se lo habían puesto tan fácil, se dijo, sonriendo pícaro para sí. No tendría por qué trascender lo que ocurriera, las celebraciones del partido solían alargarse y más si caían en viernes o sábado; dentro de un rato la acercaría en su coche a la casa del director, antes de que regresaran sus padres.

Le hubiera gustado hallarse en un bar de Santander y que sus amigos vieran la escena: una chica joven y atractiva poniéndoselo en bandeja. Parecía creída, superficial y presumida, pero para una noche poco importaba. Empezaba a gustarle su nueva vida.

Lara se estremeció con un latigazo final en escorzo y se dejó caer a su lado, boca arriba, extasiada. Era auténticamente insaciable, llena de energía y vivacidad. Ni siquiera se habían tomado esa última copa; en cuanto entraron en el piso había dejado claras sus intenciones arrojándose en sus brazos, deseosa.

David había disfrutado, pero con malicia concluyó que le había excitado sobremanera pensar en que era la joven vástago de su jefe la que cabalgaba sobre él, la querida hija del que le había manipulado, primero para que trabajara para él y luego para sus amigos del partido. Se lo imaginó con perversión habiendo sido espectador de la escena, escuchando los desaforados y apasionados gritos de su preciosa hija criada entre algodones. Habría supuesto una perfecta venganza, se dijo. ¿O sería aquella forma libidinosa de entender la vida algo natural y habitual en esa gente del futuro?

—¿Siempre que quedas con alguien de ese *Love Alert* terminas así? —dijo resollando, sonriendo para que Lara no se ofendiera.

Aprovechó para contemplar su esbelto cuerpo desnudo, tal vez no volviera a verlo. Perfectamente podría tomar unas imágenes con el chip,

incluso podía haber grabado un vídeo sin que ella se diera cuenta, para disfrutarlo en sus momentos de solitaria intimidad, pero descartó tal mezquindad. No era muy alta, de lo cual no se había percatado hasta que se despojó del vestido y los zapatos de tacón, y casi lo prefería: no le atraían las larguiruchas modelos. Lara era fibrosa y estaba bien proporcionada, aunque sus pechos eran pequeños. Se le había desmelenado el pelo, adquiriendo un aspecto más salvaje.

—No siempre —dijo ella con indiferencia, mirando al techo con la vista perdida—. Muchas veces hablas un rato con un posible candidato y te das cuenta de que es un gilipollas.

David dedujo, orgulloso, que su conversación tras salir del hotel había pasado el corte.

—Pero en tu caso es diferente —aclaró Lara, que parecía que hubiera leído su mente—. Por un lado sentía curiosidad por hacerlo con alguien tan antiguo, por otro que trabajes con mi padre resulta excitante.

—¿Por qué? —preguntó David, extrañado.

—No sé, supongo que por el morbo de que pueda llegar a enterarse.

—¿Y qué ocurriría?

—Me mataría, y a ti también —bromeó, riendo.

David tragó saliva, inquieto, presintiendo que había algo de serio en el comentario.

—Pero sabrá que utilizas ese programa de contactos, ¿no? Si dices que lo usa todo el mundo, no le debería extrañar que acabes así a menudo...

—Claro que lo sabe, pero el programa se puede usar de muchas formas —dijo con tono de pilla—. Podría poner en las opciones que busco un novio formal, que estudie algo con prestigio. Eso es lo que mis padres suponen; pero paso, aún me queda mucho tiempo para eso y quiero divertirme.

Eso cuadraba más con la mentalidad de su tiempo, se lamentó David. Se figuró que Lara no era más que una niña rica que actuaba de esa forma tan disoluta para rebelarse, para sentir que violaba las normas impuestas por sus protectores padres, y probablemente alardearía de ello ante sus amigos. Había conocido a muchos compañeros así en el instituto elitista en que estudió.

—¿Te acerco a casa? —propuso David tras dejar pasar unos

minutos, para no sonar desagradable. Le intranquilizaba que llegara a su casa demasiado tarde y que su padre se apercibiera o formulara preguntas. A pesar del regusto personal que sentiría, no le convenía enemistarse con él.

Tras vestirse con pereza, salieron del piso. Una vez más se quedó como bloqueado al cerrarse la puerta tras de sí: no terminaba de acostumbrarse a la domótica, en especial a que no existieran cerraduras con llave en las puertas, y a menudo se echaba la mano al bolsillo al salir, con la intención de cerrar. Entonces se daba cuenta de que el control de acceso era electrónico y que la puerta se abría o cerraba pulsando un simple botón en su campo visual.

Lara no disimuló una risilla burlona por su torpeza mientras aguardaba frente al ascensor. David iba a pulsar la tecla del aparcamiento, pero ella se adelantó y presionó el botón de la planta baja de salida a la calle, por el portal.

—No hace falta que me lleves, es tarde. Cogeré un carrito, hay una parada en la esquina de mi calle, casi al lado de la casa de mis padres.

—Bueno, pero deja que te acompañe a la parada de mi barrio.

Ella se encogió de hombros, aceptando extrañada. La costumbre de acompañar a las mujeres como medida de protección debía de haber quedado obsoleta, exclusiva para los galantes.

David caminaba reflexivo por la calle Orense, donde había alquilado un piso mejor, a cuenta de la consejería. El edificio era antiguo. Gris, de hormigón y descuidado, ni siquiera lo habían reformado para dotarlo del recubrimiento de paneles solares, lo que hacía que las cuotas de la comunidad y de la luz fueran elevadas, pero podía permitírselo. Lo hallaba espacioso y confortable, y estaba bien situado y comunicado para acercarse tanto al hospital como a las oficinas de la Consejería de Asuntos Internos.

Se aproximaban a un individuo solitario que permanecía de pie, inmóvil, de cara al cristal de un escaparate. Se trataba de un concesionario de coches de lujo, cerrado. Los comercios más modernos utilizaban las paredes que daban a la calle con una doble funcionalidad: por el día el material se ponía en modo transparente, de forma que los viandantes pudiesen ver el interior, como si fuese un cristal. En cambio, con la tienda cerrada, los paneles se convertían en pantallas que

reproducían contenidos publicitarios.

El hombre no habría llamado su atención de no ser porque ese día las pantallas que constituían el cristal del escaparate se encontraban apagadas, por algún error en el *software*, y lucían completamente negras. ¿Qué atraía el interés de ese tipo?

Llegaron a su altura y David se dio cuenta de que no estaba escuchando las historietas de Lara sobre sus estudios, aunque por lo poco que había captado le dio la impresión de que ostentaba el rol de chica mala, tanto ante su familia como entre sus amigos.

—¿Qué pasa? —se interrumpió para preguntar ella, deteniéndose en mitad de la acera y mirando de soslayo la figura del hombre por la espalda—. ¿Es que nunca has visto a un errático?

—¿Un qué? ¿Te refieres a los adictos al chip?

—¡No! —Lanzó una carcajada. Era curioso que el tipo ni se inmutara, pues hablaban situados a apenas un par de metros por detrás—. Los yonquis son gente normal. Tienen problemas, se vuelven antisociales, pero se pueden recuperar. Mi madre, como se descuide, acabará como una puta yonqui... —se quejó mirando al cielo.

David recordó que en la cena la señora del director se mantuvo ausente y ajena a la conversación, pero el comentario le pareció una falta de respeto.

Lara señaló al hombre con desprecio.

—Los erráticos no tienen arreglo.

—¿Qué le ha pasado?

Lleno de curiosidad no esperó la respuesta y se acercó con precaución, alargando el cuello con disimulo para verle la cara. Era un varón de unos cuarenta años que presentaba un aspecto desaliñado en general. Iba sin afeitar y llevaba la ropa sucia, incluso parecía que se había orinado encima. Sin embargo, el aspecto andrajoso no alcanzaba para clasificarlo como un mendigo o un sin techo. Tenía los ojos abiertos, pero era evidente que no enfocaban nada. David sintió un estremecimiento de aprensión.

Lara se divertía por las cautelas de David.

—No se enteran de nada, son cuerpos vivos cuyo cerebro se ha colapsado, ya no funciona. Mira. —De un par de zancadas se plantó delante del hombre, le cogió el moflete con una mano y se lo retorció con fuerza. El tipo ni se inmutó. Luego lo empujó hacia atrás, pero el hombre

no cayó, pues retrocedió un paso como por un acto reflejo. A continuación el errático echó a andar unos metros, hasta que se topó contra una papelera y se quedó de nuevo bloqueado, con la misma expresión vacía.

—¡Para! —pidió David, escandalizado por la insensibilidad de la muchacha. Ella le miró con indolencia—. ¿Y cómo ha llegado a esto?

—No se sabe, pero se rumorea que es por culpa de un fallo interno en el chip. Se queda colgado el *software* y daña el cerebro de forma irreparable. Ni siquiera sustituyéndoles el chip se arregla. Los erráticos conservan las funciones fisiológicas, pueden respirar o andar. Pero nadie controla el cuerpo. Deambulan o se quedan quietos, hay de todo, pero hagan lo que hagan son gestos involuntarios, actos reflejos, o simplemente aleatorios.

—Pero, ¿esto te puede pasar así por las buenas? ¿Y nadie lo advierte en el curso, antes de ponerte el chip? —preguntó con preocupación, indignado.

Lara se encogió de hombros, indiferente.

—No sé. Dicen que ocurre más en modelos no homologados...

David miró al desgraciado, compadeciéndose.

—¿Nadie se ocupa de ellos?

—Creo que los ingresan en un centro mental. Este tiene suerte, porque supongo que si le hubiera pasado en casa y viviera solo, se moriría de hambre o de sed. Algunos llegan a andar, pero abrir una puerta ni de coña —bromeó, soltando otra carcajada socarrona, que David no acompañó—. Estando en la calle enseguida lo recogerán. Su chip no se identifica como es debido y cuando la gente pasa cerca se notifican denuncias automáticas; tendrá ya una docena acumuladas en el Centro de Seguridad, incluidas las nuestras.

—¿Y no debería estar aquí, con él, el primero que lo descubrió? Creo que se tiene la obligación de mantenerse cerca hasta que llegan a detenerlo...

—Supongo que en estos casos se lo toman con más calma, son inofensivos. Le dirán al primero que lo haya visto, al que le ha saltado la alarma en el chip y ha originado la primera denuncia, que puede irse.

Volvió a pensar en lo del centro mental.

—Pero, ¿no tienen familia? ¡Alguien los reclamará!

—Es curioso pero nadie los reconoce, ni denuncian su

desaparición. Y el chip se queda inoperante y no consiguen sacar el identificador. Es como si no los conociera nadie, como si hubieran salido de la nada.

Lara reinició la marcha, desinteresada. David la siguió, aun sin tenerlas todas consigo, como si no le pareciera apropiado dejar a esa especie de zombi allí abandonado.

David se vio una vez más asaltado por las dudas. El médico no le había hablado nunca de eso, y parecía ser bastante normal, según las palabras y actitud despreocupada de Lara. Daba a entender que la gente ni se inmutaba ya por la presencia de aquellos desdichados individuos. Pero alguien tendría que haber rastreado la causa de esos fallos, era dramático. Y por fuerza existirían familiares, que protestarían y exigirían una explicación. Demasiadas incógnitas, concluyó, y esa jovencita no parecía saber mucho ni albergar demasiado interés. Tendría que preguntar a fuentes más fiables, determinó.

Doblaron la esquina con la calle Joaquín Costa y bajaron hacia la Castellana. Había poco tráfico, pero nunca dejaría de sorprenderle el casi absoluto silencio que se respiraba.

No tardaron en llegar a la parada de vehículos urbanos, dispuesta bajo una alargada marquesina frente a El Corte Inglés, en una calle estrecha flanqueada por rascacielos viejos y modernos. Había aparcados una veintena de esos pequeños y plomizos automóviles, situados unos pegados a los otros y unidos por un grueso conector.

Sonrió sensualmente, antes de agacharse para entrar.

—Me lo he pasado muy bien.

El pequeño coche eléctrico arrancó y se alejó silencioso.

De vuelta a su casa, somnoliento, se encontró con un grupo de jóvenes, algunos de los cuales iban disfrazados. Se habían detenido junto al enfermo que Lara había denominado “errático”.

Dos chicos se mofaban de él, haciéndose los gallitos delante de las chicas del grupo. David sintió una profunda repulsa mientras se acercaba, y pensó en notificar el hecho al Centro de Seguridad, aunque probablemente no le harían caso porque no apreciarían ningún delito a través de sus ojos. Los gamberros se colocaban delante y le hacían burla, jugaban a ponerle objetos en las manos, que el errático asía por instinto, o lo vestían con distintas prendas de sus disfraces. Lo guiaron hasta la entrada de una peluquería y lo situaron frente a la puerta, ataviado con

una peluca afro en la cabeza, como si esperara ansioso a que abriera para cortarse el pelo. Cuando de repente el hombre echó a andar, topándose repetidamente contra la puerta, se desternillaron de risa.

David no pudo soportarlo más.

—¡Vale ya! —les reprendió—. ¿No os da vergüenza reiros de alguien así?

Se volvieron, sorprendidos. Unos agacharon la cabeza y siguieron su camino, pero un par de jovenzuelos envalentonados le encararon, llegando uno de ellos a increparle algo que no entendió, entre carcajadas burlonas. David se mantuvo firme y por fin una de las chicas les apremió a largarse.

Continuó caminando, sobrecogido. Aquello era algo totalmente nuevo para él. Se había llegado a acostumbrar a los numerosos adictos al chip que campaban por cualquier lugar, lo cual era una dura realidad. Pero lo que acababa de presenciar le pareció más alarmante, suponía un nuevo riesgo para el portador del chip, algo enigmático de consecuencias fatales y de lo que nadie le había informado.

Precisamente la noche en que lo había pasado en grande vio renacer sus dudas sobre ese nuevo mundo. Ni Lara ni esos chicos habían mostrado un ápice de pena ni caridad por el enfermo. ¿Se podía achacar a su juventud e inmadurez, o era la actitud normal? ¿Tendrían razón los más críticos, se estaba deshumanizando la especie?

10.

El joven embajador David Hoyos repasaba en su despacho, sentado cómodamente en el sofá, los datos y estadísticas de la próxima reserva que visitaría. En sus discursos siempre comenzaba subrayando la falta de libertad de movimientos, el desempleo o la delincuencia. En segundo lugar, remarcaba las ventajas de que disfrutaban los ciudadanos ordinarios del resto del Estado, tratando de desmitificar el chip y desmentir las burdas creencias que había extendidas entre esas gentes, propagadas en muchas ocasiones por las asociaciones ligadas al Naturalismo.

Aunque esa mañana del lunes, tras lo que había visto el fin de semana, comenzaba a dudar que esas fantasías carecieran de fundamento. Le había afectado el encuentro con el errático y las explicaciones del médico no le habían terminado de tranquilizar.

—Esa gente no tiene un chip estándar, como el tuyo o el mío —le había contado Dalmiro Blas—. Se ponen modelos modificados que no están homologados. Se compran en Asia o en los países emergentes africanos y poseen unas prestaciones sorprendentes para su precio.

David sabía que había juegos y aplicaciones virtuales de tal nivel de realismo que requerían un procesador gráfico de altas prestaciones. Mucha gente se cambiaba el DIM por uno superior en cuanto podía permitírselo. Había precios para todos los gustos y un bullente mercado globalizado detrás, y para abastecer ese mercado se había levantado una poderosa industria.

—Después la gente se los pone en clínicas clandestinas de barrio de forma irregular —prosiguió el doctor—. Pueden funcionar bien un tiempo, o toda la vida, pero en algunos casos pasa lo que pasa...

—¿Y la familia? No me creo que nadie sepa nada de las víctimas.

—Sí —admitió Dalmiro—, en alguna ocasión la familia o alguien cercano ha revelado sus datos, e incluso se ha llegado a descubrir y cerrar el centro donde le implantaron el chip pirata y defectuoso. Pero en la mayoría de los casos nadie denuncia su desaparición, se trata de gente anónima. Aunque la cara de la víctima se muestre en los medios de información, casi nadie los reconoce nunca, no hay opción a investigar.

Simplemente son ingresados en los centros mentales, de donde nunca saldrán.

David negó con la cabeza, incrédulo.

El médico se encogió de hombros y medio sonrió.

—Suena cruel, pero hay una teoría extendida que explica eso. — Carraspeó y se hizo el interesante—. A la familia no le interesa hacerse cargo de un ser irracional, un cuerpo sin ningún tipo de consciencia, voluntad o sentimientos, totalmente dependiente. Es mucho gasto y sacrificio para no recibir nada a cambio. Si cuando se enteran de la desgracia lo identifican, se verán condenados el resto de la vida a cuidar al errático: alimentarlo, limpiarlo, vigilarlo... Y si lo dejan en un centro mental tendrán que asumir los costes. En resumen, es preferible no decir nada y que se encargue el Estado.

David asintió, sacando conclusiones.

—Y eso juega en favor de los fabricantes de chips ilegales y las clínicas que los implantan, que seguro que se forran.

—Claro, porque no se investiga nada —confirmó Dalmiro.

Pero continuaba habiendo algo que no le cuadraba. ¿Cómo no los iba a reconocer alguien, aunque no fuera un familiar? ¿No trabajaban o se relacionaban con la gente antes del fallo en el chip? Tal vez imperara una ley del silencio, de forma que nadie decía nada para no perjudicar aún más a la familia, obligándola a hacerse cargo del pobre desalmado...

David no había querido insistir más en un tema tan desagradable, pues le habían invitado a comer el domingo y no quería mostrarse desabrido en la mesa y ante su familia. Blas había cerrado el tema calmándolo, asegurando que aquello solo se daba en muy contados casos; al vivir tantos millones de personas aglomeradas en una ciudad era frecuente encontrarse con alguno tarde o temprano. No había motivo de preocupación, aunque le pareciera algo trágico.

Recibió un aviso de un correo en la esquina inferior de su campo visual, y la irrupción hizo que se desvanecieran sus recuerdos e impresiones, haciéndole regresar a la realidad de la aburrida monotonía en el despacho de la consejería. Pulsó en el icono del sobre y se le mostró el texto que le acababa de enviar su ayudante. Se trataba de los datos de la reserva que visitaría próximamente: las cifras del paro, índices de delincuencia, rentas, accesibilidad a servicios sociales... Siempre se estudiaba esos números para poder hablar con fundamento y

sonar convincente ante la audiencia.

Asimismo le ayudaban las visitas que efectuaba a menudo a organismos de la Administración del Estado. El miércoles le mostrarían el afamado Centro de Seguridad, donde le explicarían en detalle, según le había prometido el consejero Peralta, el procedimiento de la gestión informática de denuncias. David consideraba fundamental familiarizarse con esa compleja estructura para ganarse al público en las charlas. Procuraría convencerles de que lo visto y oído por los ciudadanos estaba a salvo de curiosos, que solo se consultaría por motivos justificados.

Se alegró de que la visita del próximo día no fuese a la reserva de Guadalajara. No deseaba encontrarse con la gobernadora, ni enfrentarse con ella porque se negara a concederle un salón de conferencias en un edificio oficial. Podría saltarse esa reserva, sopesó; al fin y al cabo había muchas y apenas se notaría en las estadísticas que servirían para evaluar su trabajo. Pero antes lo consultaría con su superior. El consejero de Asuntos Internos era a fin de cuentas el jefe de los gobernadores y podría poner en su sitio a los que se negaran a colaborar, o explicarle la causa de esa reacción tan airada. David no quería problemas, ni fraguarse enemistades o rivalidades, pero no se iba a achantar ante las amenazas de aquella mujer.

Se levantó del sillón y se acercó a la ventana de su modesto despacho, que daba a un pequeño jardín junto al ala posterior del edificio gubernamental. Brillaba un sol espléndido y decidió que podría consultar el correo de su departamento mientras paseaba entre los setos y parterres floreados.

Poco después subió de nuevo, hastiado de leer los numerosos e-mails que llegaban al buzón de sugerencias. Había peticiones, consultas y críticas mordaces, unos cuantos de gente de las reservas y otros muchos de personas de la zona libre. A David le había parecido una pérdida de tiempo ofrecer ese correo de consultas cuando los habitantes de las reservas solían carecer de acceso a internet. Pero el consejero había insistido, aduciendo que algunos salían al exterior para trabajar, y que además sería una señal de que sus inquietudes importaban a los gobernantes. Peralta se había llenado la boca con sus grandilocuentes palabras, delante de David y otros compañeros, pero como era previsible no había valido de mucho. Por cada sugerencia interesante recibida de un habitante de la reserva encontraba una decena de deprimentes mensajes

que hundían su ánimo y arruinaban su trabajo y esfuerzo: radicales naturalistas que aseguraban que sus monsergas serían en balde, que nadie se iba a marchar de sus reservas; o engreídos ciudadanos legales que anónimamente insultaban a los provincianos de las reservas, confiando en que no saliera ninguno de su reclusión voluntaria.

Terminó encomendándole el trabajo a su ayudante, quien con toda seguridad los reenviaba a la papelera de diez en diez.

Se acercaba la hora de comer, pero todavía faltaba un rato para que se marchara al hospital a almorzar con Dalmiro y sus compañeros. Solía hacerlo al menos un día a la semana, para disfrutar de una más grata compañía que la de los políticos y funcionarios arribistas que le rodeaban. Se sentó de nuevo en su cómodo sillón. No terminaba de habituarse a la falta de un escritorio y un monitor, además de los correspondientes papeles desperdigados por todos lados. Era más cómodo verlo todo superpuesto en la visión, sin duda, pero todavía se sentía extraño.

Aprovecharía esos minutos para continuar curioseando coches por internet, una de sus aficiones.

Le encantaba navegar por los foros. Leía las novedades, las pruebas y comparativas, y las opiniones de usuarios. Estimaba feos y apagados en general los estilos actuales. Eran bajos y aplanados, pero también más anchos que en su época. Supo que el objetivo de esto era aprovechar mejor los rayos solares, que al incidir en las superficies planas y horizontales de forma perpendicular se optimizaba la obtención de energía.

A menudo publicaban en las páginas web enlaces para visitas virtuales. Se podía entrar en salones de exposiciones de todo el mundo, donde las marcas exhibían las últimas novedades y prototipos. Se podía caminar por los diferentes pasillos y asomarse al interior de los vehículos para examinar los acabados, o pedir información y precios a los comerciales, que también accedían virtualmente.

Optó por adentrarse en el concesionario virtual de una prestigiosa marca coreana que se publicitaba en su foro favorito de apasionados de los coches. Había inaugurado recientemente un punto de venta oficial en Madrid y por fin tenían lista la simulación para acceder al sitio por internet.

Había multitud de visitantes *online* curioseando y escrutando las

novedades. Hablaban en corros, compartiendo opiniones sobre tal o cual modelo. Se hizo un hueco entre la gente, avanzando con torpeza, manejando el *joystick* inalámbrico a un lado u otro. Se detuvo maravillado a contemplar un deportivo de alta gama. Pulsó un botón superpuesto sobre el vehículo y se desplegaron en su visión las características técnicas del fascinante bólido, además del precio. No podría permitírsele, se lamentaba, cuando una voz femenina se dirigió hacia él tras su costado derecho.

—David, ¿eres tú no?

Sobresaltado, minimizó la ventana de la aplicación, creyendo que se trataba de alguien que había entrado en su despacho. Pero en la vida real no había nadie. Volvió a agrandar la ventana del concesionario virtual, desconcertado porque allí nadie podía conocerle, el rostro de su personaje no era el suyo real. Giró su muñeco sobre sí con el mando hasta poder ver lo que había a su espalda. Ahí estaba, entre otras personas que examinaban el coche embelesadas, la recreación escaneada de una mujer hermosa, vestida con elegancia, que no prestaba atención al automóvil y le miraba a él con apremio. Su rostro le resultó familiar.

—Sí... —balbuceó.

—Soy Fedora, ¿no te acuerdas?

La recordó enseguida: era la agradable chica del día del curso de aprendizaje del chip, la de la reserva.

—Sí, nos conocimos en el curso, qué sorpresa.

Se alegró de que no pudiera ver su cara de tonto.

Las expresiones faciales no variaban en los muñecos virtuales de la aplicación. Se limitaban a moverse siguiendo las instrucciones del *joystick* y a abrir la boca cuando el chip detectaba que el usuario real producía voz. Únicamente en los programas más evolucionados, como los juegos de simulación, se permitía seleccionar mediante algún botón el estado anímico y el personaje virtual adoptaba distintas expresiones. David se había llevado más de un reproche por su pasividad en ese tipo de juegos, hasta que se hizo a la idea de que debía exteriorizar sus emociones.

Se mantuvo callada unos segundos, como si no supiera qué decir. Era frustrante no poder saber si ella sonreía o estaba seria, si se hallaba insegura o nerviosa. No podía desentrañar sus sentimientos reales, ni

intuir sus intenciones. ¿Era un encontronazo fortuito? Imposible, al contrario que el de Fedora, el personaje virtual de David no exhibía su foto.

—¿Cómo sabes quién soy? Tu figura escaneada está muy bien, incluso sales favorecida, pero yo no llevo mi aspecto real, es el muñeco por defecto...

—Muy gracioso. —La oyó reír con timidez, a pesar de que su modelo digital se mantenía inescrutable—. A ver si te crees que en la realidad voy igual. Si me vieras, con las botas llenas de barro... Acabo de tomar muestras de la tierra de un cliente para analizarla. En mi imagen virtual hago todo lo que nunca puedo hacer: me maquillo, me pongo peinados elegantes y me visto de gala, elijo recreaciones de vestidos de marcas inasequibles, y con tacones. —La coqueta figura que manejaba Fedora levantó una pierna para enseñar un deslumbrante zapato de tacón de aguja—. Supongo que es triste no tener vida social para disfrutar en la realidad de estos placeres tan femeninos, pero supongo que es lo que he elegido...

David advirtió que se estaba tornando melancólica.

—Estás fantástica —se apresuró a decir, aunque en verdad prefería el aspecto silvestre y sin adornos con que la recordaba—. Pero no has contestado a mi pregunta.

—He visto tu alias, dhoyos86, y me he dicho: ¿dónde he visto yo eso antes? Y me he acordado de los ensayos que hicimos en clase, con aquellas aparatosas gafas, para aprender a comunicarnos por el chat o a hacer llamadas de voz. Este es el *nickname* que usabas todo el rato, en cada ejercicio.

David soltó un murmullo de comprensión. El alias de la gente era representado con un cartelito sobre la cabeza de cada personaje virtual. Él nunca le prestaba atención, pero para muchos era algo imprescindible: los amigos se buscaban y saludaban, y se favorecían así los contactos en futuras citas, puesto que la gente solía alterar a menudo su imagen virtual, disfrazándose o retocando vestimentas y peinado.

—Eres muy observadora.

—Sí, porque con las pintas que llevas como para reconocerte —bromeó—. ¿Es que no te has hecho aún un escáner corporal digital?

—Sí, tengo uno, pero para curiosear coches no me hace falta que nadie me vea. Lo uso donde me puede conocer alguien, para reuniones

virtuales del curro, por ejemplo. Además, aquí prefiero pasar desapercibido.

—Claro, que ahora eres un tipo importante —soltó Fedora, mordaz.

David no se ofendió, sabía que Fedora no se mordía la lengua. Le gustaba su naturalidad y trato campechano. Le habría encantado ver los hoyuelos que se formaban en sus mejillas cuando le lanzaba alguna pulla.

—Tampoco exageres; en las reservas podría ser reconocido, estando dando mucho bombo a la campaña, pero por suerte en el resto del mundo sigo siendo un don nadie.

—Ya les gustaría a muchos tener tu puesto y vivir en el anonimato.

David quiso cambiar de tema, incómodo. No le gustaba que la conversación girara en torno a él, y en especial sobre su cargo, cuando muchos en el partido lo consideraban un advenedizo. Además, Fedora podría no ver con buenos ojos la campaña que desarrollaba en las reservas, pensó.

—No sabía que te gustaran los coches —dijo David.

—En realidad no, pero recuerdo que a ti sí te apasionaban, no hacías más que preguntar cosas de coches, las autopistas, el sistema de teleguiado...

¿Qué insinuaba?, se preguntó David, confuso. ¿Había entrado en el foro para buscarle? No, seguramente estaría acompañada de algún amigo, o necesitaría comprarse un coche y ojeaba los modelos.

Comenzaba a detestar esa conversación artificial, donde solo la voz translucía los sentimientos. Era como hablar por teléfono delante de una foto estática de tamaño real del interlocutor, pues ella tampoco se molestaba en brindar movimiento o expresión alguna a su marioneta. Sin duda, a ambos les faltaba mucho que aprender para desenvolverse con naturalidad en ese mundo de relaciones sociales virtuales.

—Sí, es cierto. Pero prefiero los coches de mi época... ¿Qué te trae entonces por aquí?

Fedora guardó silencio unos segundos.

—La verdad es que no he topado por casualidad contigo —dijo vacilante, como si le diera reparo sincerarse—. Te andaba buscando, y te juro que me ha costado.

A David le dio un palpito el corazón, su especulación era

correcta. Procuró refrenar cierta excitación. Podía haber un montón de razones más plausibles que la que su pequeño cerebro, ofuscado por la libido masculina, insistía en poner sobre la mesa. Se obligó a dejar de desnudarla con la mirada, aunque ella no pudiese ver a dónde apuntaban sus ojos.

—Necesitaba contactar contigo —continuó ella. David entrevió por el tono que iba a pedirle un favor, y se desmoronó el montaje de su lasciva imaginación. Dos chicas guapas en tan poco tiempo habría sido demasiado. Además, recordaba que Fedora tenía pareja—. No contestaste a los correos que te mandé; los envié a tu departamento, porque tu dirección personal la tienes oculta. Supuse que ni los lees, así que me puse a recorrerme un montón de páginas de coches: revistas, buscadores de precios y ofertas, foros, y revisaba los *nicks* de la gente conectada.

David estaba desconcertado ante tanto ímpetu. Debía de ser realmente importante lo que quisiera de él.

—Es halagador tanto esfuerzo, ¿qué puedo hacer por ti?

—Hablar aquí da asco. Voy por la teleguiada de Valencia, estoy llegando a Madrid, ¿podemos comer juntos? —propuso Fedora, desahogada.

Tendría que avisar al doctor Blas, pero no le importaría, podría comer con él casi cualquier día, de modo que aceptó y concretaron, intercambiándose el identificador oficial para poder llamarse o chatear. Fedora se despidió y se desconectó abruptamente, y su silueta desapareció de la sala como por arte de magia.

David regresó a la soledad de su despacho. Trató de evocar la imagen real de Fedora, sentada en el banco de clase, a su lado, o mientras charlaban en la cafetería de aquel viejo edificio. No poseía la silueta estilizada ni la irresistible juventud de Lara, pero era sin duda más hermosa, natural y espontánea. Aquel lejano día se había quedado prendado de su sonrisa, de su cara redondeada y de formas simétricas, de su tupida media melena castaña. No había vuelto a saber nada de Lara, ni creyó que ocurriera nada con Fedora, pero no podía evitar hacer comparaciones. Fedora poseía una personalidad apasionante, era determinada e impetuosa, al contrario que la veleidosa hija del director, una jovencita rebelde e inmadura..., pero increíblemente fogosa, admitió.

Le apetecía verla, aunque terminara contándole las penas y el

drama de sus discusiones con su novio el tecnófobo, o lo mal que la trataban en la reserva tras su cambio de vida. Y, sobre todo, necesitaba dilucidar qué era lo que tan acuciantemente quería de él.

Fedora sonreía mientras contemplaba el rostro pasmado de David, que se acababa de instalar la aplicación gratuita del restaurante. Ella ya había seleccionado lo que tomaría y aguardaba sentada a la mesa, mirándolo divertida. Para él era una novedad eso de elegir el menú en la aplicación, a través del chip, simplemente marcando el plato y la bebida y pulsando la opción de pagar. Podía haber encargado ella misma todos los platos, pero David había insistido en probar el sistema, siempre cautivo de su curiosidad.

—Es más cómodo que me tomen nota y me sirvan —presumió él, jactándose de sus privilegiadas dietas.

—Sí, pero pagas el doble, y muchas veces la calidad es similar, aunque esto tenga fama de comida rápida. Ya veremos qué haces cuando dejes ese trabajo, porque no te imagino cocinando... —Pensó en recordarle su pasado, en referencia a su vida acomodada, pero se abstuvo. Puede que le hiciera sentir añoranza por toda la gente que había dejado atrás para siempre.

David debió de intuir el significado de su silencio, porque adoptó una mirada vengativa.

—Vaya, entre esto, las compras virtuales y los modelitos que te pones y peinados que te haces en tu escáner digital... Parece que disfrutas con todas estas modernidades, cualquiera diría que vives en la reserva y que te oponías al chip.

Fedora se rió, derrotada. Lamentó haberle admitido en el coche, de camino al restaurante, lo enganchada que estaba a las compras.

—Lo reconozco, cada vez me gusta más todo lo que hay aquí fuera, es imposible aburrirse.

—Si todos pensarán como tú, me haría rico con las comisiones —comentó David, sonriente. En el corto trayecto ya le había contado que sus emolumentos dependían, en parte, de los habitantes de las reservas que se identificaran y terminaran integrándose. Lo había explicado incómodo, como temiendo ofenderla, pero a ella le era indiferente esa nueva campaña de propaganda e incentivos—. ¿Por qué sigues viviendo allí, entonces?

—No sé, la verdad —reconoció Fedora—. Al principio me alegraba volver a casa cada día porque al traspasar la frontera sabía que ya nadie podía controlarme. Eso era lo que más reparo me daba, que se registrara mi vida privada, pero ya me he acostumbrado. Lo de ponerme el chip, la operación, no me asustaba; ni lo consideraba desvirtuar el cuerpo humano, como dicen muchos... En fin, supongo que lo que me ata a mi tierra es mi familia...

Experimentó cierta tristeza. El distanciamiento con su novio y la desgracia acaecida a su hermana —que seguía sin saber nada de Fidel y, lo peor de todo, se negaba a asumir que nunca volvería— irrumpieron en su pensamiento, arruinando el buen rato que estaba pasando con el simpático chico del pasado.

Evocar a su hermana hizo que Fedora recordara por qué estaba allí. Haber logrado encontrar a David tras tanto esfuerzo la llenaba de orgullo, y verlo sentado al otro lado de la mesa le insufló una bocanada de optimismo. Era el momento de plantearle el tema.

Lo miró de arriba abajo con disimulo. Su elegante traje, el cuidado peinado y perfecto afeitado le otorgaban un aire apuesto, pensó. Pero tras la fachada que se veía obligado a mostrar por su cargo político, con esa pose de personalidad diligente y resolutiva, se conservaba la misma expresión infantil, llena de ilusión y ganas por vivir, la misma mirada rebelde e inquieta, ansioso por conocer y dar una explicación a todo lo nuevo que le rodeaba.

—Lo siento mucho por tu hermana —dijo David, cuando ella hubo terminado de relatar la desaparición de su cuñado y sugerido que tal vez él podría ayudarla—. Pero no veo cómo voy a poder ser yo de alguna utilidad. Además no le caigo bien a la gobernadora de tu reserva, si no fuera así podría pedirle que preguntara a las fuerzas de seguridad locales, que presionara para que investigaran...

—Vamos, olvídate de los inútiles de la reserva, carecen de competencia para hacer nada distinto de mantener el orden y freírnos a impuestos. Te hablo a nivel del Estado. Tienes un cargo importante, te he visto en la tele.

—Soy nuevo, casi no conozco a personas de influencia, salvo a mi jefe el consejero Peralta. Y sinceramente, detestaría tener que deber un favor a esa gente —dijo con tono despectivo. Se revolvió en el asiento y apartó el plato, incómodo—. ¿Qué tipo de información quieres?

—Es evidente. A partir del nombre y apellidos de Fidel, habrá una base de datos, un registro donde se pueda consultar el identificador del chip que le asignaron, para poder contactar con él. O al menos si consiguieras averiguar dónde está, dónde vive o trabaja, y ya iré yo a verlo y decirle cuatro cosas. Y después podré acudir a mi hermana con la verdad —concluyó, airada, imaginándoselo con otra, joven y rica, viviendo feliz una nueva etapa—. El muy cobarde... —Se interrumpió, consciente de que estaba divagando. Sabía que podría existir otra explicación, Fidel no era mala persona.

David exhaló un suspiro.

—Veré lo que puedo hacer, pero me temo que esa información es confidencial, no te prometo nada.

Fedora asintió, sombría. Era la respuesta que se temía.

Terminó su ensalada en silencio, meditabunda. Sabía que David la codiciaba, era evidente. Aun de tiempos tan lejanos, los hombres seguían siendo igual de simples. Ya lo había sospechado aquel día en el curso, cuando David había parecido mucho más interesado en hablar con ella que con el tipo del hospital que iba con él, el típico estirado que mira por encima del hombro a los prehistóricos moradores de las reservas. Y en el rato que habían pasado juntos esa mañana había interceptado alguna que otra mirada furtiva hacia sus generosos pechos. Sí, tenía que sentir atracción, de otro modo no habría accedido a comer con ella. Tal vez pudiera ayudarse de esa debilidad.

Comprobó fugazmente, a través de la aplicación del restaurante instalada en su chip, el estado del servicio de señoras. El tocador se hallaba libre, de modo que se disculpó y se levantó.

Se miró en el espejo con detenimiento y se atusó el peinado. Se aplicó unas gotas de la muestra de perfume de sándalo y lavanda que le había regalado su amiga Wilma y que había arrojado al fondo del bolso sin expectativas de llegar a usarlo. Se recolocó las hombreras de su camisa de algodón, que no era muy elegante pero lucía limpia y sin arrugas, a pesar de haber pasado el día de aquí para allá, conduciendo y pisando tierras de cultivo llenas de barro. Se desabrochó el botón superior y practicó diversas sonrisas seductoras.

—Perdona, debería haberme aseado antes de comer, pero se me ha olvidado totalmente —dijo, tomando asiento de nuevo.

—No hay problema. Estaba echando un vistazo a las noticias y a

la previsión del tiempo para el fin de semana.

—¿Planeas ir a algún sitio?

—Llevo tiempo queriendo escarparme a la costa de Levante, donde veraneaba mi familia. A ver qué ha quedado del chalet, y tengo curiosidad por saber cómo ha cambiado la zona, contemplar la playa o las rocas donde jugaba de niño cogiendo cangrejos, o pasear por el puerto, a ver qué pinta tienen los veleros de ahora.

Fedora asintió con empatía, comprendiendo sus inquietudes.

Apesadumbrada, se dio cuenta de que ella no conocía apenas los territorios externos a la reserva, durante toda su vida se le había denegado el acceso por carecer de identidad digital. De joven, antes de formalizarse su relación con Eloy, había viajado en alguna ocasión con amigos y compañeros de estudios a alguno de los pocos países que quedaban sin DIM obligatorio. Le habría gustado no perder la costumbre, pero la necesidad de contratar la escolta hasta el aeropuerto y abonar las tasas del permiso de salida de la reserva lo convertía en un capricho caro y, sobre todo, a Eloy le sentaba fatal financiar a los que él llamaba opresores. El turismo y viajar por placer habían pasado a ser algo utópico para ella.

Fedora era consciente de que estaba desaprovechando el potencial que le daba el haberse integrado, el poseer una identificación de ámbito casi universal, gozar de libertad de movimientos. Gracias al trabajo había conocido nuevos aires, gentes y costumbres; sin embargo le apetecía hacerlo por gusto, por propia iniciativa, no por tener que analizar la composición química de un terreno de secano. Consideraba un pecado morir sin visitar Nueva York, París o tantos otros sitios que solo conocía por las películas.

Asimismo le encantaría volver a sentir la brisa del mar, cuyo olor húmedo y empalagoso apenas recordaba desde aquel viaje de final del instituto. De súbito descubrió a su subconsciente fraguando la posibilidad de pasar un fin de semana en el Mediterráneo con el alto y apuesto joven que tenía delante, pero borró la absurda idea de la cabeza.

Estaba allí por su hermana y decidió ir al grano.

—Escucha, he pensado que si no consigues que te informen sobre Fidel, a lo mejor podrías averiguar algo del representante, el que lo escoltó. Sabemos el nombre, figura en el registro de salidas que enseñaron a mi hermana las autoridades cuando denunció la desaparición.

Si consiguieras dar con él, o con su identificador, para preguntarle por correo o por chat..., quizá podría decirnos si recuerda algo de Fidel, si le comentó qué planes tenía...

—Pero es igual, no creo que me quieran dar esa información. Ni de uno ni de otro.

—Los representantes son funcionarios públicos, tienen que estar en nómina de tu misma consejería, debería serte más fácil —insistió Fedora.

David levantó las cejas, concediéndole parte de razón.

—De acuerdo, intentaré también esa otra vía, pero aun así no te aseguro que vaya a tener suerte.

Fedora sonrió agradecida, pero las palabras de David no traslucían determinación. Al fin y al cabo, era una mujer emparejada y que solo quería de él un favor. Concluyó que, si David no vislumbraba provecho alguno, no se arriesgaría a nada por ella. Posiblemente esperaba librarse de tan comprometida tarea pensando que no volvería a verla. Convenía asegurarse un nuevo encuentro.

—Genial. Oye, ¿por qué no vienes el sábado de la semana que viene a comer a mi pueblo? Se celebra una fiesta popular, por el santo que es el patrón, y se hace un guiso de carne con patatas en la plaza, para todo el mundo. Viene gente de los alrededores y el ambiente está muy animado.

Advirtió satisfecha que lo cogía por sorpresa. Si aceptaba, aunque solo fuera por compromiso, David intentaría no aparecer con las manos vacías, efectuaría alguna mínima pesquisa.

Sin embargo, a pesar de un cierto entusiasmo inicial, acto seguido lo vio reticente.

—Es que... no creo que sea bien recibido. —Le pareció sincero, le apetecía pero se mostraba pesaroso por algún motivo—. Me han aconsejado no acudir a las reservas por mi cuenta, sin escolta. Por un lado, por mi trabajo me mirarán con resentimiento. La campaña de mi departamento puede herir las sensibilidades de los más radicales, los que no aceptan que algunos puedan desear marcharse.

Fedora maldijo su propuesta, no había sido acertada.

Tenía que haber urdido otro tipo de actuación para citarse próximamente, tal vez sugerir quedar de nuevo para comer o cenar, a solas... Algo más tentador que lo espoleara. Pero era una mujer

comprometida y no deseaba sentirse indecente; ese evento social repleto de gente habría supuesto una excusa perfecta para verse y que David se encontrara en el aprieto de tener que ayudarla.

Blasfemó en silencio. Su exceso de recato iba a dar al traste con la estrategia, después de tanto esfuerzo para localizarlo. David se limitaría a llamarla o le escribiría un mensaje para informar de que no había encontrado nada, lamentándolo mucho.

Mientras cavilaba, la conversación había girado hacia los estudios de David y lo impresionado que estaba por las nuevas tecnologías de enseñanza virtual. Afirmó que esa tarde habría de asistir a un par de clases presenciales, las únicas de la semana, y que el resto de días le bastaba con conectarse por red, a la hora fijada, al aula *online*.

David debió de notar que perdía el hilo de la conversación e insinuó que se fueran despidiendo.

Fedora, acuciada, consideró como último recurso darle esperanzas, que entreviera posibilidades claras de conquistarla. Si lograba hechizarlo, David desearía impresionarla, complacerla con información valiosa. Sin apenas meditarlo, se determinó a arriesgar, a la desesperada.

—No creas que eres tan famoso, dudo que te reconozca mucha gente en mi pueblo. —Deslizó la mano por debajo de la mesa y acarició con suavidad su muslo. David pegó un respingo, azorado—. Me haría mucha ilusión que vinieras —afirmó con tono sensual, pestañeando con lentitud y volcándose ligeramente sobre la mesa para mostrar el escote.

Se le había acelerado el pulso y casi se arrepintió mientras oía sus propias palabras, pronunciadas con voz melosa. ¿Qué estaba haciendo? Aparte del cargo de conciencia que iba a sufrir, podría ser bochornoso si él tenía ya pareja, o si no existía el interés que había presupuesto. Realmente no sabía nada de David.

Fedora retiró la mano y se echó hacia atrás, avergonzada y sabiéndose ruborizada por el calor que la invadía. Maldijo una vez más su carácter impulsivo, su obcecación por lograr sus propósitos a toda costa.

David pareció recobrar el temple y sonrió, como hipnotizado, con la expresión iluminada.

—Pensándolo bien, de acuerdo. Me encantaría.

11.

Fidel Arsuaga descansaba en su catre sumido en la desesperación, mirando al techo. Había perdido la noción del tiempo. Desconocía si se contaba por semanas o por meses lo que llevaba allí encerrado, en aquel cuartucho sin ventanas y mal ventilado. Se hallaba en una fase de total resignación y desidia.

Atrás quedaron los primeros días, cuando aporreaba la puerta y gritaba con todas sus fuerzas en cuanto percibía un leve rumor, cuando no sabía si era peor el desconocimiento de por qué lo habían secuestrado y confinado allí, el temor de qué harían con él o el sufrimiento que atravesaría su familia.

Pero tras tanto tiempo de aislamiento ya poco le importaba. Nada ocurría, no veía a nadie. Algún mecanismo le suministraba alimento envasado por una portezuela de la pared, a intervalos regulares. Las luces se encendían anunciando la mañana y se apagaban señalando la noche, día tras día con la seguridad de una absoluta precisión. Nunca habría adivinado que el aburrimiento puede constituir la peor de las torturas.

Se había planteado el suicidio en más de una ocasión, en los momentos de hundimiento más profundo, pero no lo había estimado viable: no había espejos, cristales ni cuchilla de afeitar; las paredes eran acolchadas; la luz se ubicaba fuera de su alcance, y la única manta existente era demasiado gruesa para hacer un nudo. Si tuviera valor se golpearía la cabeza contra el lavabo o el váter, o se negaría a comer y a beber. Tal vez unos pocos días más y habría reunido suficiente coraje para poner fin al martirio.

No tenía sentido que lo tuvieran allí eternamente. ¿Qué ganaban sus captores con eso? Era impensable que lo hubieran secuestrado por dinero, su familia no era rica. El aislamiento debía de obedecer a alguna lógica, por cruel que fuese. Quizá, especulaba Fidel, querían someterlo a un estado tal de desesperanza que acabara aceptando sin rechistar cualquier cosa. ¿Serían terroristas que querrían utilizarlo para sus crímenes abyectos? A veces las organizaciones criminales utilizaban personas sin chip para lograr sus fines sin dejar pistas ni registros. Ojalá fuera así, aunque luego lo matasen, si eso significaba que esa maldita

puerta se iba a abrir y se iba a terminar la insoportable monotonía.

Recordaba vagamente cuando despertó. Atado y con los ojos vendados, atontado por alguna droga, apenas pudo deducir que lo transportaban en un vehículo. Cuando llegaron al destino, escuchó unas voces ininteligibles, aperturas de puertas, y sintió un nuevo pinchazo. Lo siguiente de lo que tuvo consciencia ya pertenecía al interior de esa claustrofóbica habitación.

A Fidel le constaba que no estaba solo, debía de haber otros en situación similar. Percibía gritos de angustia y desesperación de cuando en cuando, muy débiles porque las celdas debían de estar bien insonorizadas. Suponía que se trataba de recién llegados que durante los primeros días se desgañitaban inútilmente, como él mismo hizo.

Se sobresaltó cuando una voz sintetizada inundó la habitación.

—Levántese y sitúese frente a la pared opuesta a la puerta. —El sonido provenía de algún altavoz o interfono.

Las frías palabras sonaron como una melodía en sus oídos. Creía llevar meses aguardando que algo así sucediera. Se levantó con la escasa agilidad que le permitieron sus músculos agarrotados y atrofiados. Las primeras semanas hizo ejercicios, e incluso se aseaba como podía en el lavabo, mientras aún conservaba algo de esperanza; después se abandonó. El picor por el cuerpo y la barba de náufrago que llevaba habían sido incómodos, además de la suciedad acumulada en la habitación, pero la dejadez y desidia lo embargaban y terminó acostumbrándose.

La puerta, milagrosamente, se abrió. Casi no podía dar crédito a sus ojos.

En un lúgubre pasillo había dos tipos uniformados con un mono azul de operario industrial, con las caras al descubierto. Sin mediar palabra el primero de ellos se asomó y le apuntó con una pistola paralizadora.

—Salga y siga a mi compañero —ordenó.

Lo condujeron, uno de ellos abriendo el paso y otro guardándole la espalda, por un pasillo estrecho con las luces apagadas, excepto por los débiles pilotos de emergencia. El suelo y el techo eran de color claro, de aspecto nuevo, y los materiales parecían relativamente modernos. No se hallaba en un edificio viejo y ruinoso.

A ambos lados dejaron puertas idénticas a la suya. No se percibía

ningún rumor, pero sospechaba que en el interior había desgraciados como él. No le importaba a dónde lo llevaran: cualquier cosa sería mejor, incluso la muerte. Se descubrió flotando en un magnífico estado de ánimo, sintiéndose agradecido a sus captores, cuando en realidad debería odiarlos. ¿Era un síntoma de que habían conseguido doblegar su voluntad?

El pasillo desembocó en otro más amplio y mejor iluminado, del mismo estilo limpio y diáfano, carente de adornos. Doblaron a la derecha y prosiguieron.

El que iba en cabeza se paró frente a una puerta, haciéndole un gesto a Fidel para que se detuviese. Apagado el eco de sus pisadas, un completo silencio invadió el ambiente. Un par de segundos después se escuchó el calambre de una apertura electrónica. Le indicaron que pasara.

—Antes de que empiece a despotricar, le voy a dar dos opciones.

Habló un hombre de mediana edad, con la cabeza rigurosamente afeitada y sin vello facial, bien vestido. Estaba sentado en una silla de oficina, con las piernas cruzadas con decoro. Poseía una voz cálida pero su mirada era directa y hostil.

—Puede escuchar en silencio lo que tengo que decir —continuó—, sin protestar ni hacer preguntas. O puede negarse y será devuelto a su celda, donde permanecerá otra larga temporada hasta que volvamos a vernos, y así hasta que reconsidere su postura. Seguro que ya ha perdido la cuenta de los días que lleva con nosotros. —Se rió para sí—. Usted decide.

Fidel asintió y tomó asiento en cuanto le señaló la silla vacante, sumiso, sin dudarle un momento. Los dos guardianes entraron y se quedaron de pie junto a la puerta. La estancia no era espaciosa y el único mobiliario consistía en un par de sillas enfrentadas ante una mesa baja. No había ventanas ni rastro alguno de luz natural: apostarían a que se hallaban bajo el nivel del suelo, podría tratarse de la planta subterránea de un edificio.

—Bien, señor Arsuaga. —Entrecruzó los dedos de las manos sobre su regazo. Hablaba con magnanimidad y lentitud—. Tiene usted un aspecto lamentable, de modo que como gesto de reconocimiento hacia su buena disposición, en pocos minutos se podrá afeitar, duchar y arreglar ese pelo, y le darán ropa limpia. Después lo llevarán al alojamiento de la

fase 2. Allí no estará solo, supongo que agradecerá la compañía.

Fidel se moría por formular infinitas preguntas, aunque fuera de buenas maneras, y tuvo que morderse la lengua. Ahora que había recuperado algo de fuerza de espíritu, volvía a ser acuciante la necesidad de conocer el estado de su familia, o de averiguar las intenciones que escondían, lo que querían de él.

—Sé que tiene muchas dudas —adivinó el hombre—, pero no es el momento. A otros invitados suelo preguntarles el nombre y la edad, pero en su caso no es necesario porque se hallaba en posesión de la rudimentaria documentación de su reserva. Así que, por ahora, solo necesito su confirmación, saber si está ya preparado para colaborar con nosotros e iniciar el proceso de aprendizaje de esta nueva fase.

Fidel meneó la cabeza afirmativamente. No quería ni pensar en regresar al aislamiento.

—Perfecto, podéis llevároslo.

Mientras se incorporaba, Fidel presintió que se le escapaba la oportunidad, y no pudo refrenarse.

—Por favor, señor —balbuceó, con la voz tomada por la falta de uso—, déjenme contactar con mi familia, solamente decirle a mi mujer que estoy bien... Es lo único que pido —suplicó.

El hombre no se dignó a contestar y apremió a sus hombres a que se lo llevaran, aireando la mano con un gesto autoritario.

12.

El impenetrable portón de acero comenzó a deslizarse, sin que David hubiera necesitado bajarse del vehículo. Según le habían indicado, el sistema accionaba el mecanismo de apertura si el identificador de quien aguardase enfrente figuraba en la lista de visitantes previstos.

El impresionante complejo que conformaba el Centro de Seguridad se presentó ante sus ojos, en lo alto de una verde colina. Constaba de cuatro edificios cúbicos de tres plantas, revestidos uniformemente de los paneles grisáceos del material generador derivado del grafeno, y comunicados por pasillos cerrados de cristal, suspendidos en el aire a la altura de las segundas plantas de cada bloque.

Tras la puerta había una barrera convencional donde un guardia de seguridad efectuó una inspección rutinaria. La levantó y le permitió ascender por la calle que accedía a la zona de aparcamiento. Observó que una valla metálica se situaba de forma concéntrica al grueso muro exterior, cercando todo el conjunto. Comprobó que guardaban con celo las instalaciones, no en vano albergaban el repositorio de la información, lo que veían y escuchaban cada uno de los ciudadanos, los pilares de la seguridad del sistema.

Dejó el coche con gusto. Las casi tres horas de viaje se le habían hecho largas, a pesar de que casi la totalidad del trayecto había transcurrido por autopista teleguiada. El Centro de Seguridad se ubicaba ya cerca de Pamplona, en un paraje hermoso que no conocía a pesar de no quedar lejos de sus tierras cántabras. Desde las inmediaciones de Soria no había dejado de mirar por las oscurecidas ventanillas, cansado de leer en el chip, privado del tacto con el papel. Sus ojos se habían deleitado viendo cómo menguaban las extensiones infinitas de cereal y se salpicaba el horizonte de montes de pinares con viejos castillos en las cumbres, atalayando los valles de pastizales y viñedos.

David entró en el amplio y moderno *hall* del punto de acceso para visitantes y, siguiendo instrucciones, envió un mensaje al consejero para que acudiera a su encuentro.

—El *tour* guiado no es apropiado para un embajador del partido, es demasiado descafeinado —le había dicho con amabilidad un par de

días atrás. Siempre le agasajaba con su habitual palabrería vacía—. Tú vas a ver cómo se trabaja realmente en el corazón y cerebro del sistema.

Peralta no trabajaba allí, su despacho oficial se ubicaba en la consejería, pero esa mañana tenía que reunirse con un alto cargo del Centro de Seguridad y había aprovechado el desplazamiento para citar a David y enseñarle el lugar. El consejero efectuaba un pequeño esfuerzo interesado, suponía David, para que sus charlas surtiesen más efecto y mejorasen las cifras de integración de la legislatura.

En pocos minutos David vio salir del ascensor al joven político, no mucho mayor que él, con sus andares resueltos y su protuberante y afilada nariz abriendo el paso.

—Bienvenido, señor Hoyos —le saludó el consejero Peralta, estrechándole la mano. Le trataba de usted cuando le venía en gana—. Disculpe, estaba en otro bloque.

Le posó la mano sobre la hombrera de la chaqueta para dirigirlo hacia el ascensor. Desde la segunda planta el consejero lo guió con apremio por el pasadizo de cristal a otro bloque, que comprendía los departamentos de informática y almacenamiento de datos.

David se quedó boquiabierto cuando el jefe de sección les mostró, orgulloso, que su planta al completo se hallaba ocupada única y exclusivamente por *racks* de servidores y descomunales equipos electrónicos, apilados en diversas alturas. Se trataba de un espacio diáfano, sin paredes, donde las máquinas se distribuían entre incontables pasillos. El ruido era ensordecedor, procedente de la suma de los ventiladores de cada uno de los ordenadores, y hacía un frío terrible, para favorecer la refrigeración de los equipos. Allí no trabaja nadie, excepto los operarios y técnicos de mantenimiento.

El hombre aseguró que en esa planta residía la información confidencial reportada por cada ciudadano, el banco de datos que servía de campo de búsqueda para los investigadores del Centro de Seguridad. Cada día se recibía y almacenaba una cantidad inimaginable de *bytes* de información —David escuchó una unidad de magnitud desconocida para él, que se había quedado en el tera.

Agradecieron su tiempo y se dirigieron por fin hacia la Unidad de Control, el departamento que recibía las denuncias e iniciaba las investigaciones. Se hallaba en un bloque contiguo pero David propuso no hacer uso de la pasarela transparente, prefiriendo acceder por el exterior

para tomar el aire. Tanto tiempo en aquella planta repleta de equipos le había causado dolor de cabeza.

—Por cierto, señor Peralta —dijo David, al recordar repentinamente la charla con los gobernadores de las reservas—, el otro día, en la cena del partido, me dio la impresión de que a algunos gobernadores no les gusta mi trabajo, la campaña de concienciación en las reservas.

Había tratado de sacar el tema con tacto, no deseaba acusar directamente a aquella desagradable mujer, revelar sus amenazas.

El consejero se alteró y disimuló haciéndose visera con la mano para protegerse del sol, como queriendo ganar tiempo para gestar la respuesta. La vista desde lo alto de la colina donde se levantaban los cuatro bloques era agradable. Sin poblaciones en las inmediaciones, todo lo que se veía alrededor era verde, excepto las carreteras de acceso y el muro.

—Es que no tienes que visitar todas las reservas para la campaña —dijo el consejero, soberbio. De nuevo se permitía tutearlo.

No era lo que David tenía entendido. No le gustaba el trabajo, pero lo llevaba con diligencia y no estaba dispuesto a permitir que se le achacara una falta inexistente.

—¿Cómo que no? —protestó—. Le mandé el calendario con cada una de las visitas y usted me dio su aprobación.

—Ah, posiblemente no lo miré con detenimiento —replicó con suficiencia, sin reconocer culpabilidad—. Reenvíamelo y te digo las reservas que te tienes que saltar.

—De acuerdo. —David no soportaba quedarse sin la explicación de algo, necesitaba sonsacar algo más—. Solo por curiosidad, ¿por qué les puede molestar? Por ejemplo, la gobernadora de la reserva de Guadalajara se mostró muy hostil. ¿Qué tiene de malo que consiga convencer a un puñado de sus habitantes? ¿No se recompensa al gobernador local cuando se llega al punto de cerrarse su reserva?

El consejero aceleró el paso y David se esforzó para seguir a la escuálida silueta. Se rascó la nuca con la mano, incómodo, y se volvió.

—No te metas en lo que no te llaman —espetó, airado.

David tragó saliva y calló.

Entraron en la Unidad de Control, que comprendía la última

planta del edificio. A pesar de las placas oscuras y opacas que se veían desde el exterior, la luminosidad en el interior era asombrosa. Al igual que en su habitación del hospital, se percibía el paisaje de fuera como si las paredes fueran de cristal.

Quien acudió al rellano para recibirlos fue el senador Cobo, aquel hombre mayor y rollizo que acompañó al consejero el día que le propusieron el trabajo. Según le explicó a David el consejero Peralta, el señor Cobo era uno de los principales responsables del Centro de Seguridad.

—Lo admito —dijo el senador, sonriendo con picardía—, no sé por qué me siguen llamando “senador”, aunque sospecho que los muy puñeteros lo hacen para recalcar mi edad.

Según refirió, las funciones del edificio del Senado se cancelaron años atrás, pero el señor Cobo aún era aforado y había conservado el título honorífico entre los compañeros de partido.

Les condujo a la sala principal. David se alegró de deshacerse de la incómoda compañía en exclusiva del consejero. Además, el senador Cobo le había causado una mejor impresión aquel día, más sincero que el hipócrita director del hospital y alejado de las ampulosas palabras y malas artes del consejero.

Tras pasaron una puerta ancha de doble hoja y aparecieron en la parte trasera de un hemicycle, de techo alto, donde un centenar de trabajadores se hallaban sentados en la gradería semicircular. Abajo, en el centro de la sala, se ubicaba una mesa ancha y alargada. Una decena de hombres y mujeres se sentaban alrededor, en general de edad más madura que los de la bancada y vestidos con elegancia.

Bajaron los escalones enmoquetados hacia la mesa. David observó que los operarios trabajaban ensimismados en alguna aplicación instalada en el chip, unos tecleando desafortunadamente y otros conversando en voz alta como si tuvieran un teléfono.

El senador Cobo le explicaba a David, con su tono flemático, mientras el consejero charlaba con los de la mesa.

—Las personas que ves en las gradas son investigadores. Reciben las denuncias interpuestas por los ciudadanos, clasificadas según sean asuntos penales, faltas, conflictos sociales, laborales... Analizan en detalle el asunto y cursan una solicitud a los funcionarios de justicia para que les permitan acceder a las pruebas: que les dejen visionar o escuchar

los registros personales de sospechosos o testigos, o que se les entregue la relación de personas situadas en tal localización en cierto momento.

David asintió, mientras admiraba asombrado la dedicación y compenetración de los hombres y mujeres que ocupaban los escaños. Era sorprendente que todo aquello lo realizaran sin un ordenador o un teléfono delante, nunca terminaría de acostumbrarse.

—Algunos de los coordinadores —continuó, señalando a los tipos trajeados de la mesa— son oficiales de justicia acreditados y cumplen esa labor. Otros asisten en caso de dudas o problemas. Una vez autorizado, el investigador accede al servidor del centro de datos y se le permite ver los vídeos o lo que sea, la información privada en cuestión. El investigador estudia las pruebas, llega a una conclusión y genera una resolución, que revisa otro oficial de justicia diferente y dicta sentencia. Y las consecuencias son inmediatas: si es una multa se cobra por vía telemática, si es prisión se genera una orden de detención, etc.

—¿Y cuánto tarda todo el proceso, si no es urgente? —preguntó David, atónito.

—Hay casos que requieren más dedicación que otros —explicó el senador—, en los que hay que repasar las grabaciones de varios días, meses, o incluso años. Acabo de ver en la hoja del día que hay una demanda por despido improcedente de un empleado a su empresa, y el investigador de lo laboral lleva varias jornadas revisando su pasado, sus relaciones laborales, los correos intercambiados con los jefes... Podemos ver lo que hacía con su chip en el horario de trabajo, que es la razón principal que esgrime la empresa para el despido. Si el investigador no encuentra pruebas de que perdía el tiempo, el denunciante ganará el caso y será readmitido o indemnizado. Como mucho, será cosa de una semana, y se puede pedir la colaboración o delegar en otros investigadores si se alargara.

David emitió un ruido de entendimiento. Era difícil escaparse a la justicia, pensó.

—Pero otros son inmediatos. Venga conmigo.

Ascendieron unos cuantos escalones y avanzaron por una de las filas. Parecía ir buscando a uno de los trabajadores.

—Jon, perdona que te moleste —dijo, deteniéndose tras un joven con barba, palmeándole el hombro para sacarlo de su ensimismamiento.

Jon se volvió, sobresaltado ante la presencia de su jefe, y esbozó

una sonrisa sumisa y nerviosa. David supuso que no llevaría mucho tiempo en el cargo.

—He visto que acabas de completar un caso de violencia de género.

—Así es... ¿hay algún problema? —preguntó, asustado.

—No, en absoluto. Tenemos un visitante especial que siente curiosidad por saber cuánto tiempo puede llevar resolver un caso —dijo, señalando a David, que se mantenía expectante a su lado.

—Pues ha sido bien fácil, cosa de un cuarto de hora.

El senador, satisfecho, solicitó más detalles, y el chico pormenorizó el caso, más tranquilo y seguro de sí mismo. Al parecer hasta la mañana la víctima no se había decidido a denunciarlo. Había recibido una serie de golpes de su marido la noche anterior, por causas que no había querido especificar, como sintiéndose avergonzada.

—Pero claro —decía el investigador novato, perfilando media sonrisa—, aunque a la mujer le diese reparo, aquí sale todo a la luz. Tras analizar la presencia de personas en su domicilio, gracias al registro de situaciones geográficas en esa hora, descubrí que había tres individuos. Cuando visioné las grabaciones de vídeo de cada uno se hizo evidente que la mujer se lo estaba montando con otro y que fue descubierta por el marido. El amante salió escopetado, y se pueden imaginar el resto...

—En cualquier caso, ese ya no pegará a nadie en una buena temporada —dijo el senador.

—Sin duda —convino, orgulloso—. Ya han aceptado mi informe y han dictado sentencia, así que estará a punto de ser detenido.

—A no ser que en el transcurso de la noche haya huido —terció David, puntilloso.

El senador agradeció al muchacho barbudo su colaboración y condujo a David hacia la escalera, como si no quisiera debatir las debilidades del sistema delante de su subalterno.

—Es cierto, puede haber aprovechado las dudas y tardanza de su esposa —reconoció, mientras bajaban hacia la mesa de los coordinadores—. Pero no hay muchos sitios donde pueda esconderse, quedan pocos países sin seguridad centralizada por el DIM, como el nuestro, y menos aún sin convenio de extradición.

—Puede haberse refugiado en una reserva —sugirió David.

El senador Cobo ladeó la sonrosada cabeza, concediéndole de

nuevo la razón.

—Me da la impresión de que te fijas más en los aspectos negativos. ¿Es que prefieres el viejo y lento sistema de justicia de tu tiempo? Gracias a que actuamos de forma tan resolutiva no hay apenas delitos, este que hemos visto sucede de forma excepcional, y lo mismo para cualquier cosa, por irrelevante que sea: pocos se atreven a hacer una pintada callejera, si alguien la ve y lo denuncia, aunque sea días después, será sencillo dar con el autor y cobrarle la sanción de manera inmediata.

David dio a entender que le daba la razón, pero le costaba asimilar que por lograr esa encomiable seguridad se subyugara la privacidad de las personas.

—¿Y no cree usted, senador, que la causa de que esa mujer haya tardado tanto en denunciar la paliza ha sido que no deseaba que un desconocido hurgara en su intimidad, que viera lo que hacía con el amante, antes de aparecer su marido?

El senador Cobo se encogió de hombros, indiferente.

—Puede, pero es un mal necesario, como cuando el médico te hace desnudarte. A ver, los ciudadanos tienen que confiar en los profesionales, como son los que trabajan aquí analizando las denuncias. Y creo que en general nos hemos ganado esa confianza. Eres tú, David, quien tienes que cambiar de mentalidad.

Sus palabras sonaban sensatas y sinceras.

—Supongo que tiene razón.

Satisfecho, el grueso y veterano señor Cobo se unió a la animada conversación que mantenía su compañero de partido, el consejero Peralta, con un par de coordinadores. Tras unos pocos chascarrillos que David no entendió, Cobo les propuso que se quedaran a almorzar, puesto que si regresaban llegarían a Madrid tarde y hambrientos.

El tema culinario suscitó que a David le acudiera a la memoria Fedora y la invitación a la comida de su fiesta popular. Ansiaba con fervor que llegara la próxima semana. Ya lo había cautivado el día del curso con su mirada directa e intrigante, su desbordante inteligencia y su amena conversación. Aquella vez sus ilusiones se habían desmoronado cuando ella reconoció sus problemas con su compañero, al que era evidente que todavía amaba.

Sin embargo, algo habría cambiado en este tiempo. David lo había sopesado y había concluido que esta vez tendría posibilidades.

Puede que sus gestos insinuantes del último encuentro solo fueran parte de su forma de ser y que él la hubiera malinterpretado; pero confiaba en que albergara un interés en él, que lo suyo con el naturalista hubiese terminado.

Necesitaba obtener la información que le había pedido. Parecía importante para ella y complacerla le allanaría el camino para conquistarla.

En la consejería donde trabajaba había fracasado. En Recursos Humanos se negaron a darle ningún dato relacionado con el representante legal que acompañó a ese tal Fidel Arsuaga. Allí David no era nadie, era el nuevo, que ostentaba un cargo de cierta entidad pero sin poder ni influencia. En general, lo único que despertaba en los demás era envidia.

Llegó a plantearse pedirle al consejero que intercediera, pues todo el mundo se plegaba a sus exigencias; pero al final lo descartó, no considerando apropiado quedar en deuda con su jefe por granjearse el favor de una chica guapa.

En el Centro de Seguridad donde se encontraba dispondrían de toda la información, pensó. Tal vez logran proporcionarles directamente la localización de Fidel, o el identificador electrónico para que Fedora le enviara un mensaje o iniciara una llamada. Pero el problema persistía: ¿cómo conseguiría que le revelasen esos datos? Tampoco debía pedirselo al senador, no había suficiente confianza...

Quizá ese joven de barba se sintiese obligado, si lo presionase, se dijo.

Se escabulló con disimulo del grupo de la mesa central, deambulando fingiendo curiosear. Subió de nuevo hasta la posición del operario e irrumpió en su trabajo sin disculparse, como si alguien de su posición, un amigo cercano del senador, tuviera derecho a ello.

—Oye esto es fascinante, el poder que tenéis de ver por dónde se ha movido la gente.

—Sí, es verdad —dijo el joven, mirándolo complacido tras sobreponerse de la interrupción.

—Me ha dicho el senador que puedo preguntarte una duda que me ha surgido —mintió—. El sistema os da la posición exacta de cada persona, las coordenadas de longitud y latitud, pero ¿y la altura? Porque supongo que a la hora de investigar casos que ocurran en un bloque alto de viviendas u oficinas, saber la altura exacta te ahorrará mucho tiempo,

te evitará revisar los vídeos de gente que está por encima o por debajo y que no tiene nada que ver. Por ejemplo, para el caso de antes, no habrás necesitado la información de los vecinos de otros pisos.

—Claro, por supuesto. El receptor del satélite que reside en el chip calcula tanto la posición exacta como la altura.

—Es fantástico —dijo, aunque ya lo sabía. Se aproximó por un costado del investigador, agachándose y bajando el tono—. Oye, tengo un amigo al que hace años que no veo, desde la universidad. Me preguntaba si me podrías decir dónde para, me gustaría volver a verlo y recordar los viejos tiempos.

El operario sonrió, excusándose.

—No puedo dar ese dato, señor. Ni aunque quisiera. Necesito que un oficial de justicia me conceda el permiso y tendría que justificarlo por algún caso abierto en concreto.

—Entiendo —se lamentó David, decepcionado. A continuación insistió con más brío—. Si tuviera su identificador me pondría en contacto con él, y ya quedaríamos. Recuerdo su nombre y apellido, seguro que eso sí es sencillo para ti.

Se revolvió incómodo en su asiento, evitando la mirada de David.

—Bueno, realmente tampoco puedo revelar un identificador. Imagine si se hicieran públicos, el *spam* sería insoportable. Y a los famosos o gente pública les lloverían llamadas de voz, invitaciones a chats, peticiones para ingresar en aplicaciones sociales...

David se mostró molesto.

—Vamos, no pienso acosarlo, es solo un viejo compañero de clase. ¿También necesitas el permiso de un acreditado de justicia? ¿Podéis hacer algo vosotros solos? —Se burló. Había elevado la voz lo justo para intimidarlo, pero sin llamar la atención demasiado—. El senador me había dicho que eras muy competente, pero creo que le pediré que me ayude otra persona...

Levantó la cabeza simulando buscar con la mirada, abajo, al senador Cobo. Esto terminó de convencer al joven, que se rascaba la barba, nervioso.

—Bueno, para eso no hace falta, es una simple consulta en la base de datos. —Vaciló un instante y se concentró en alguna aplicación de su chip—. Ya está. A ver, como caso especial, dígame el nombre.

—Fidel Arsuaga.

Mientras realizaba la búsqueda David detectó algún vistazo inquisidor por parte del consejero y del senador, hacia arriba. Tendría que urdir alguna excusa.

—No existe nadie identificado con ese nombre —anunció—. ¿Es de una reserva?

David desatendió la pregunta y extrajo conclusiones precipitadamente: Fidel no se había puesto el chip. ¿Cómo era posible, si figuraba en los registros de salida de la reserva? Y el motivo por el que lo habían escoltado era ese, asistir al curso o al implante del chip.

Lo único que podía hacer era optar por la vía del representante, el que lo acompañó. Dudaba que ese funcionario recordara algo a estas alturas de Fidel, pero si con eso Fedora se quedaba satisfecha...

—Vaya, qué raro. Sí, su familia era de una reserva, pero en cuanto acabara la carrera tenía pensado identificarse para buscar trabajo en el exterior, puede que se fuera al extranjero... Probemos con otro compañero de estudios, que era su mejor amigo. Búscame su identificador y le preguntaré a él, que seguro que sabe qué ha sido de la vida de Fidel.

El joven de barba se disponía a protestar, como si una segunda consulta fuera ya demasiado, pero David se anticipó comunicándole con autoridad el nombre y apellido del representante legal que le había dicho Fedora, que llevaba apuntado en una aplicación de bloc de notas en el chip.

—Tampoco figura esa persona —respondió, receloso—. Oiga, ¿qué es lo que busca exactamente?

David pestañeó dos veces, sorprendido. ¿Ese hombre no existía? ¿Habían dado datos falsos a la hermana de Fedora? Advirtió que el consejero ascendía por la escalera, en su búsqueda.

—Déjalo, muchas gracias. Puede que mi memoria no sea tan buena como yo pensaba.

13.

Lucca y su jefe regresaban de la reserva de los Monegros, por carreteras polvorientas apenas transitadas y bajo un sol abrasador. El paisaje arenoso de montes y laderas yermas contrastaba con el valle que discurría abajo, a su derecha, en el que se ubicaba la principal planta de producción de hidrógeno del país.

Ya la había visitado años atrás, en una excursión con el instituto. Cientos de depósitos circulares, de una decena de metros de diámetro, se extendían hasta donde abarcaba la vista. El interior de cada uno refulgía con un intenso verde esmeralda, producto de la fotosíntesis de las algas contenidas en el medio acuático. La parte superior era transparente, de algún material que permitía pasar la luz, y todos los depósitos se hallaban comunicados por una enmarañada red de tuberías, unas para recoger el preciado gas generado y otras para reponer el cobre, el agua y demás elementos necesarios para sostener la reacción indefinidamente.

Abel se mostraba serio, casi indiferente, a pesar de volver con las manos vacías y haber perdido la mañana. Lucca, en cambio, miraba por la ventanilla el mar de verdes cubetas, disgustado como siempre que fracasaba la caza; y en especial cuando, una vez más, consideraba que de no ser por las desmesuradas cautelas de su jefe habrían regresado con un valioso cuerpo en el maletero.

—¿Pensaste en lo que te dije, Abel? —le preguntó el joven al hombre cincuentón y fornido que conducía, un auténtico veterano de la musculación, ya venido a menos. Años atrás Lucca lo había visto como un segundo padre, pero tras comenzar a trabajar con él su estima se había derrumbado.

—¿En qué?

Lucca suspiró. Lo sabía perfectamente.

—¿Has hablado de mí a tus contactos? Quiero asistir a la negociación de cupos. Es ya la semana que viene y aún no me has contestado.

En el encuentro anual se revisarían temas fundamentales como las retribuciones por cada captura; los límites en cantidad y plazos; las reservas y comarcas asignadas, que se rotaban constantemente; o las

parcelas para abandonar sin peligro coches o posesiones de las víctimas, después de cada operación.

—No les he dicho nada —repuso hastiado—. No entiendo por qué tanto empeño en entrometerte. Si alguna vez se descubre esto te vendría mejor saber lo menos posible, que no te conozca nadie. ¿Es que no te fías de que te doy un tercio del dinero? ¿Quieres asistir para comprobarlo?

Lucca sintió que le hervía la sangre. Le había dado largas como a un niño, asegurándole semanas atrás que le presentaría a sus contactos, cuando era mentira: no tenía ninguna intención de hacerlo.

Confiaba en que la cantidad era correcta. Pero Lucca quería conocer a esas poderosas personas porque aspiraba a establecerse por su cuenta, a medio plazo. No soportaba hallarse a las órdenes de Abel. Era despótico y no le dejaba participar en la toma de decisiones, y adoptaba excesivas precauciones que les hacían perder presas y dinero.

Abel no había aceptado ir a medias, cuando Lucca le reveló la reciente adquisición de su flamante rifle paralizador: un potente emisor de ondas electromagnéticas que interfería y bloqueaba los impulsos motores entre las neuronas del objetivo, operando en la misma frecuencia. A regañadientes su jefe había concedido aumentarle la proporción de lo ingresado a un tercio, puesto que con la nueva arma el trabajo se volvería menos arriesgado y más sencillo. Antes solo podían actuar contra objetivos estáticos o que se movieran con lentitud. Ahora las posibilidades se habían ampliado: desde la distancia Lucca apuntaba el arma, seleccionaba la potencia de la transmisión de radiofrecuencia y apretaba el gatillo. El objetivo perdía el equilibrio y caía desplomado, incapaz de huir o gritar.

—Me prometiste que me dejarías acompañarte al encuentro —recriminó Lucca, resentido.

—Ya, pero es que no entiendo para qué. Nos va de puta madre, nos hacemos ricos. —Hizo una pausa y adoptó un tono amigable y conciliador—. No hacía falta lo del rifle, te has gastado todos tus ahorros, pero se agradece. Ahora todo es más fácil —reconoció su jefe, consciente de la ofensa hacia su subalterno.

Lucca ya había oído esos argumentos inmovilistas una y otra vez.

Se mantuvo en silencio, airado. Por su cabeza pasaban todo tipo de ideas maquiavélicas. Se sintió como una olla a presión.

Sacó el rifle de la funda que llevaba entre los pies. Lo acarició, apreciando la alta tecnología y calidad de los materiales y degustando el olor a nuevo que todavía desprendía.

—No juegues con ese chisme aquí dentro —se quejó Abel.

Lucca hizo oídos sordos, embelesado en su tesoro. Era robusto y no muy largo, del tamaño de una caja de zapatos, pesado por culpa de la batería. En un extremo sobresalía una corona cónica, asemejándolo a un pequeño megáfono, pero en realidad se trataba del punto de salida de la antena unidireccional. En el lado posterior se ubicaba una pantalla, a modo de visor.

Se ladeó en el asiento y levantó el aparato. Apuntó hacia Abel, encuadrando en la pantalla su cabeza afeitada y grasienta. Su jefe, atento a la conducción, no se percató.

—Dime dónde es la cita y con quién —amenazó Lucca.

Abel se volvió y, sobresaltado, frenó en seco, deteniendo el vehículo en un lateral de la desierta calzada.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —le abroncó. Lucca intuyó que su jefe no se sentía intimidado, no le creía capaz de disparar—. ¡Aparta esa cosa!

Lucca se mantuvo firme. Notó que las manos con las que asía el aparato, por los laterales, le sudaban.

Su jefe sacó conclusiones:

—¿Quieres que te conozcan para quitarme el negocio, hacerme la competencia? —preguntó, indignado.

—Quiero asistir a la reunión —se reafirmó Lucca—. Quiero tomar parte en las decisiones. Estoy cansado de que negocies tú a dónde vamos, los cupos establecidos de capturas, los puntos de entrega... —Lucca era consciente de que mentía. Con eso se habría conformado un rato antes. Ahora, dada la situación tan forzada e irreconciliable, aspiraba a más que eso. Pero no se atrevía a revelar sus verdaderas intenciones, su ambición sin límite y la traición al maestro.

—¿Crees que tú lo harás mejor? —se mofó. Negó con la cabeza, sonriendo con suficiencia y arrugándose su ajado rostro—. No dispararás, chaval. —Alargó el musculoso brazo para agarrar el arma, pero Lucca lo esquivó con facilidad. Abel era fuerte, pero había perdido la agilidad de otras épocas.

En cualquier momento su jefe se abalanzaría sobre él para

terminar con la disputa. Tenía que hacerle ver que iba en serio. Con la mano temblorosa y el pulso acelerado, apretó el gatillo y le disparó una ráfaga corta de baja potencia.

La enorme mole del cuerpo de Abel se estremeció con un latigazo.

—¿Qué cojones haces? —bramó en cuanto pasó la radiación, que lo había paralizado apenas un segundo.

—Dímelo o disparo de nuevo. —Giró la rueda para incrementar la potencia, y lo hizo con lentitud para que Abel se percatara. A esa distancia era absurdo, la parálisis sería igual de efectiva, pero el dolor se tornaría insoportable.

Ahora Lucca sí percibió un destello de temor en su mirada. Abel debía de haber detectado la determinación en los ojos de su ayudante. Se conocían bien. Acobardado, ahora lo tomaría en serio.

—No sé sus nombres reales ni los identificadores. Solo sé que son cargos políticos, probablemente gobernadores de reservas. Yo trato con una mujer que se hace llamar Daisy.

—¿Dónde es la reunión?

—Donde todos los años. —Abel parecía reticente a soltar la información.

Lucca amagó con activar de nuevo el transmisor. Entonces Abel cedió y proporcionó los detalles: emplazamiento, fecha y hora. Tendría lugar en una reserva, siempre buscaban una zona sin cobertura. Nadie deseaba que quedara constancia de esos asuntos.

—No puedo avisarles de que vienes porque no sé sus identificadores. Nuestra única forma de contacto son estas citas. Es por seguridad.

De nuevo lo invadió una oleada de furia: Abel acababa de reconocer que le había estado mintiendo cada vez que le aseguraba que hablaría con ellos.

Pero esa última afirmación la tomó por cierta. Cada persona era una cámara y un micrófono andante, y lo primordial era evitar los contactos en el territorio controlado. Ni siquiera se encontraban con nadie cada vez que entregaban un cuerpo, tras regresar de una jornada exitosa de cacería: lo dejaban encerrado en el punto acordado, por el cual alguien de la organización se pasaba regularmente.

—Ven y punto, te los presentaré —concedió Abel, a

regañadientes—. ¿Contento? Ahora quita ese chisme de mi vista.

Demasiado tarde, se dijo. Lo había intentado por las buenas, pero había sido engañado. Ya no se limitaría a acudir a la reunión para conocerlos e ir ganándose su confianza poco a poco, misión tras misión, con vistas a que algún día lo emplearan de forma independiente. No, pasarían años y no estaba dispuesto a esperar. Además, su jefe podría tomar represalias por la rebelión.

La decisión estaba tomada. Con el rifle paralizante no hacían falta dos personas, se bastaría consigo mismo. Ya no había que acarrear el cuerpo dormido, como antes; ahora las víctimas se desplazaban hasta el coche por su propio pie, coaccionadas. Prescindiría de su jefe.

Solo le quedaba una duda: ¿lograría que lo aceptaran en la entrevista, apareciendo en solitario, sin Abel? Confiaba en que sí. Se sabía dotado de una habilidad intrínseca para camuflar su verdadero ser. Era capaz de ocultar su fachada de chico duro barriobajero de gimnasio y adoptar el rol de joven apuesto, serio y diligente, el empleado perfecto. Se dejaría el acostumbrado chándal de algodón en casa y se enfundaría ropa de vestir de buenas marcas. Encandilada, esa tal Daisy incluso se alegraría de perder de vista al antipático y soberbio Abel.

Aún se hallaban en la reserva, en ese paraje aislado. Si lo matara, nadie sabría nada, no quedaría constancia de su acción en el Centro de Seguridad.

Sin embargo, lo reconsideró: Abel estaba separado y apenas veía a su hijo, pero tarde o temprano alguien lo echaría en falta. Se investigaría su desaparición y las autoridades verían en los vídeos que lo último registrado consistía en el viaje por carretera y la entrada en esa reserva.

Junto a Lucca.

Escucharían su conversación, el seguimiento que hacía Lucca de los posibles objetivos, las zonas más convenientes... Los investigadores sospecharían algo sucio, puede que se destapara el negocio. Y aunque no lo hicieran, la causa de la desaparición apuntaría hacia él, sobre todo cuando revisaran sus vídeos y lo descubrieran regresando solo de la misma reserva. Aunque se deshiciera del coche de Abel y volviera por otros medios, sería complicado explicar qué había sido de su acompañante.

Le daba igual, correría el riesgo. Estaba determinado a hacerlo.

Una vez que se le metía una idea en la cabeza, era difícil que se echara atrás. Ya pensaría en algo.

—Baja del coche —espetó Lucca.

—¿Qué dices? Ya hemos perdido toda la mañana, maldita sea — protestó el viejo.

Lucca realizó un nuevo disparo. Abel se convulsionó, sufriendo su sistema nervioso una radiación corta pero más potente. Solo cuando concluyó la emisión pudo lanzar un grito desgarrador de dolor.

Le ordenó que cruzara la carretera y que caminara hacia la cercana planta de producción de hidrógeno, salvando el talud que descendía desde la cuneta. Lo siguió por su espalda, sin dejar de apuntar.

Lucca sabía que el personal necesario en las instalaciones era exiguo en proporción a la vasta extensión, puesto que tanto la recolección del hidrógeno como la agregación de los compuestos consumidos se efectuaban de forma automática, a través de esa red de conductos presurizados. Una vez en funcionamiento la planta no requería apenas mantenimiento ni mano de obra cualificada; de otro modo no estaría ubicada en una atrasada reserva.

Por si acaso echó un vistazo según se aproximaban a la primera fila de depósitos. No había un alma. Desde la carretera imponían más, pero realmente eran de escasa altura, de en torno a un metro, pues si se hacían más profundos las algas del fondo no recibían suficientes fotones.

Abel pasó en pocos minutos de preguntar y blasfemar con impertinencia, exasperado, a suplicar, intuyendo las intenciones de Lucca. En un momento dado el jefe echó a correr, en un desesperado intento de huida, pero de inmediato recibió el flujo de ondas electromagnéticas que le disparó Lucca, siempre atento, y cayó de bruces.

Mantuvo apretado el gatillo mientras localizaba la compuerta de mantenimiento del depósito más cercano. Sabía que existía porque una de las pocas tareas que se debían efectuar era la limpieza de la cara interna de la bóveda transparente, para que no decayera la intensidad de la radiación solar sobre la solución acuosa.

Giró una rueda de aspecto náutico, con precaución pues desconocía si la presión en el interior sería mayor o menor, o cómo reaccionaría el entorno con el brusco cambio de atmósfera. Recordaba que el hidrógeno era un gas inflamable y sintió miedo. Se recriminó no haber prestado más atención en aquella visita, siempre distraído entre sus

amigotes del instituto. Sin embargo la compuerta de acero rechinó y se abrió con normalidad, percibiendo Lucca una corriente de aire caliente e inodoro que se escapaba del interior.

Forzó a Abel a aproximarse hasta la entrada, fulminando sus reticencias con cortas pero dolorosas ráfagas de ondas electromagnéticas.

—Métete dentro —ordenó, señalando a la abertura dejada por la portezuela.

Abel estaba pálido, atenazado por el pánico.

—¿Qué vas a hacer? ¿Qué quieres? Podemos llegar a un acuerdo —balbuceó.

Se asomó al interior, parecía un inofensivo estanque de un jardín tropical.

—Entra —lo apremió Lucca.

—No, no puedo. No me dejes aquí, Lucca, te lo suplico —sollozó.

Lucca encontró patética y repulsiva esa actitud en un hombre que durante años había sido, en el gimnasio, el modelo a seguir por los jóvenes del área de musculación, así como un popular instructor de lucha libre, admirado por el propio Lucca.

Perdiendo la paciencia, se ayudó de un nuevo disparo paralizador y lo empujó al interior. Cayó al agua verdosa bocabajo, salpicando y generando espuma.

Abel se iba a incorporar, pero Lucca se adelantó y le aplicó otra ráfaga. Sin piedad, lo mantuvo tieso en posición horizontal. Se ahogaba sin remedio. Debía de ser angustioso, se lamentó Lucca, con cierto remordimiento, sentir la asfixia y no poder mover los miembros para apoyarse en el fondo y sacar la cabeza. Pero había que concluir con aquello. Se sucedieron varios espasmos involuntarios, mientras Lucca esperaba impertérrito durante un par de minutos, y soltó el gatillo.

Abel no se movía, tapado casi al completo por el líquido, mecido levemente por las ondulaciones que su masa había causado al caer.

Cerró la compuerta, satisfecho, y regresó al vehículo. Probablemente nunca aparecería el cuerpo, pensó. Su carne y ropa de tejidos naturales no tardarían en pudrirse y formar parte del alimento de las algas y bacterias del caldo. Puede que incluso se aumentara la producción de hidrógeno, se dijo, sonriendo con malicia.

14.

Fidel fue conducido de vuelta a su celda, finalizada la jornada. Le dolía la cabeza, pero los reclusos que compartían su sección le habían asegurado que terminaría acostumbrándose.

Todos y cada uno de ellos se pasaban el día en una gran sala, repleta de equipamiento tecnológico, sentados en filas y con las muñecas y tobillos sujetos a una estructura por gruesos grilletes. Los propios guardias enfundados en monos azules de obrero les iban llevando hasta allí por turnos. Les colocaban sobre la cabeza un aparato electrónico con aspecto de casco y aparte les ponían unas gafas grandes y pesadas que cubrían todo su campo visual. Una vez estuvieran todos ellos situados en sus puestos numerados, les dejaban solos en la sala.

Tomaban entonces el control de la sesión unos desconocidos técnicos, cuyas voces escuchaban por auriculares. Durante agotadoras jornadas les proyectaban, en las gafas, infinidad de lecciones instructivas, les planteaban problemas y cálculos y les obligaban a realizar ejercicios prácticos. A ninguno le habían dado ninguna explicación, excepto las concernientes a las tareas mentales. Fidel tenía la impresión de que los instructores no podían escucharles, ni siquiera verlos, pues pasaban desapercibidos los aspavientos o peticiones de auxilio que en ocasiones lanzaban los novatos en la fase. Era como si solamente pudieran comprobar de forma remota los resultados de los tests.

Le abrieron su celda y se tiró en la estrecha cama, derrengado y con los sentidos embotados. Se frotó los ojos, enrojecidos pero libres por fin de esas malditas gafas. Dudaba que llegara a habituarse a esa rutina. No veían la luz del sol, solo inferían cuándo era de día o de noche por los horarios establecidos. De la celda a la sala de trabajo, y de la sala de vuelta a la celda.

Eran individuales, aunque las puertas y paredes eran transparentes, de un material que suponía irrompible, algo que nadie había puesto a prueba pues cualquier salida de tono o altercado se traducían en volver a la primera fase de aislamiento, al oscuro pasillo del que todos habían salido y al que no regresarían por nada en el mundo. Había un agujero circular en el centro del diáfano tabique que daba al

pasillo, por el que podían hablar y escucharse, y por donde también les pasaban las pequeñas bandejas de comida compacta, esta vez manualmente. Solo les suministraban desayuno y cena, antes y después del trabajo, durante el cual no había descanso. Cuando regresaban a sus respectivos cubículos se encontraban una muda de ropa, y les permitían asearse y afeitarse en duchas compartidas una vez a la semana.

El primer día Fidel había experimentado de nuevo el placer de dialogar y comunicarse, después de tanto tiempo confinado en soledad. Supo que provenían de diferentes reservas y que todos habían sido secuestrados en similares condiciones. Solo había hombres, capturados en soledad, mientras trabajaban sus tierras o realizaban cualquier otra actividad.

Se fueron ocupando el resto de celdas con los compañeros que regresaban de la instrucción, todos vestidos idénticos con la ropa de deporte que les proporcionaban. Se enfrascaron, como era habitual, en una viva conversación, que siempre giraba en torno a su penosa realidad.

A todos les constaba que aquellos ejercicios mentales guardaban alguna relación con lo que veían los poseedores de chips, los modernos habitantes del exterior de las reservas, que algunos detestaban. Habían oído hablar de la forma de interaccionar con el chip y de las diversas aplicaciones disponibles, pues aun en las reservas mucha gente los tenía. Por tanto les resultaba evidente la similitud con ciertos problemas que debían resolver, tales como iniciar una conversación por red con otro preso o agrandar y mover las ventanas expuestas. Se servían en exclusiva de movimientos oculares, que las gafas evaluaban.

En todos se traslucía el resentimiento por su injusta situación y por el sufrimiento por el que estarían pasando sus familias, pero procuraban ocultarlo, ninguno lo decía abiertamente, temerosos de ser sancionados con la vuelta al aislamiento.

Día tras día la charla desembocaba en la eterna discusión: las especulaciones sobre cuál era el objetivo del secuestro y de esos trabajos mentales forzados; o quién estaba detrás: ¿una organización criminal? ¿El Estado? ¿Una gran corporación?

Habló uno para el que estaba claro que les estaban sometiendo a un aprendizaje intensivo para poder llegar a desenvolverse algún día con el chip, pero desconocía el motivo. Para otro, los captores simplemente estudiaban, con esos cascos de resonancia, cómo se comportaban las

redes de neuronas en los distintos ejercicios. Eso les permitía ampliar sus conocimientos y conseguir diseñar chips más rápidos y potentes.

—¿Dices que nos usan como un mero banco de pruebas? —le recriminó alguien—. No tiene sentido, nos están enseñando para algo, nos dijeron que había otra fase final. ¿No ves que de vez en cuando a alguien se lo llevan y no vuelve, y viene gente nueva, como Fidel? Eso es porque hay algo más.

Otro decía, por el fondo del pasillo, con tono optimista, que simplemente el gobierno quería ir cerrando las reservas, y por tanto poco a poco cogía a gente sin chip a la fuerza, la instruía, se lo implantaban y era liberada.

—¿Y cómo explicas que nadie denuncie eso cuando salgamos? —replicó otro del ala de enfrente, siempre perspicaz—. Porque no todo el mundo puede estar de acuerdo con pasar este calvario, ¿no crees? —preguntó con sarcasmo.

Muchos, que Fidel consideraba ingenuos y poco cultivados, estaban convencidos de que les aguardaba un papel como espías u otro cargo de alto secreto, para el cual los estaban formando: utilizaban personas sin chip para aprovecharse de su falta de identificación digital, su anonimato y carencia de registros en el banco de datos oficial, requisitos imprescindibles para las trepidantes misiones que les encomendarían las altas esferas o el servicio secreto.

—Esfuézate por hacerlo bien y no escuches esas fantasías —le aconsejó a Fidel el preso de al lado, Walter, un tipo bruto pero pragmático y sensato—. Es lo único que podemos hacer. Si te niegas o lo haces mal, o causas problemas, como le ha pasado a más de uno, te mandan otra temporada a la fase de aislamiento. Solo nos resta destacar y procurar pasar de fase cuanto antes, por muy malo que pueda ser lo siguiente. Al fin y al cabo, lo que queremos es salir de aquí, ¿no?

Fidel, que se había puesto de pie y escuchaba frente al agujero de su celda, concedió con la cabeza hacia su vecino.

Fidel tenía su propia teoría, pero no la había compartido con sus compañeros. Temía algún tipo de represalia si daba en el clavo. Se rumoreaba que había cámaras y micrófonos ocultos por todos lados, pues solo así se explicaba que sin apenas vigilantes se sofocaran tan rápido las contadas incidencias: agresiones al personal al entrar o salir de la celda, intentos de suicidio, infructuosas tentativas de fuga... Había

emisores de ondas paralizantes en celdas, pasillos y duchas, y alguien las activaba al detectar estos casos, apuntando con precisión desde algún cómodo despacho o sala de control.

—No sé qué quieren de nosotros, Walter —le dijo Fidel—. Pero estoy de acuerdo contigo: solo podemos esforzarnos para pasar los tests y conocer la verdad cuanto antes.

Lucca activó en el parabrisas de su vehículo la función de espejo y contempló su imagen reflejada. Se arregló el cuello de la camisa y se roció la tez, pulcramente afeitada, con unas gotas adicionales de agua de colonia; suponía que las más de dos horas de viaje no habrían dejado ya ni rastro de la fragancia masculina que se había aplicado en casa, tras ducharse y acicalarse.

Consultó la hora en la esquina de su visión: el reloj era de las pocas cosas que funcionaban en el chip, estando dentro de una patética reserva. Aún faltaban unos minutos para la reunión; confiando en que Abel no le hubiese engañado. No lo creía, pues al menos el lugar que le describió existía.

Dejó el coche en el descampado que hacía de aparcamiento y se encaminó hacia el mirador y la batería costera, en lo alto de un cerro asomado al Mediterráneo. Habría de recorrer unos trescientos metros por un escarpado sendero polvoriento, flanqueado por pinares. Quedaron atrás, en el aparcamiento, un puñado de vehículos, lo cual indicaba que habría turistas y curiosos, disfrutando los acantilados y las vistas sobre la bahía de Cartagena, o aficionados a temas bélicos examinando los descomunales cañones de la batería que defendió la ciudad en la Guerra Civil, hacía dos siglos. No era nada conveniente, pensó: le costaría encontrar a esa tal Daisy, no sabía ni cómo era ni con cuántos más estaría.

Pero lo que más le intranquilizaba era cómo reaccionarían. Si no confiaban en él se habría quedado sin trabajo. O incluso podrían pretender liquidarlo, borrarlo del mapa para que nunca hablara más de la cuenta. Y, por si fuera poco, con la justicia cerniéndose sobre él en cualquier momento por la desaparición de Abel.

Ya en la cima se vio en una explanada formada por una amplia base circular de hormigón. En el centro había una oxidada batería costera, imponente, apuntando al infinito azul del mar. Quedaban escombros de otras construcciones: una atalaya de apuntamiento y un silo

subterráneo para munición, según rezaban los carteles.

Había dos familias con niños correteando y una pareja de enamorados posando frente a la enorme boca del cañón. Ante la barandilla de madera levantada al borde del acantilado había dos telescopios desconchados de funcionamiento con monedas. Junto a uno de ellos, el más apartado, se hallaban una mujer regordeta y un hombre alto, de espaldas y mirando a las rompientes. La vista en aquel punto quedaba estropeada por los pinos que crecían justo debajo, subsistiendo entre las escarpadas rocas. No tenía sentido que contemplaran el paisaje desde allí, pensó, cuando en otros puntos de la barandilla no había ningún obstáculo. No conversaban y el hombre se cogía las manos por detrás de la espalda, como esperando. Tenían que ser ellos.

Lucca se acercó. Corría una buena brisa y las vistas eran espectaculares. Advirtió que se le aceleraba el corazón. De los próximos minutos dependía su futuro.

La mujer llevaba la cara tapada en parte con un pañuelo de seda y ambos lucían gafas de sol.

—¿Daisy? —preguntó Lucca, acercándose por detrás.

Ambos se volvieron y se sobresaltaron al verlo, esperando encontrarse con otra persona.

—¿Quién eres tú? —espetó la mujer con frialdad. Tendría unos cuarenta años, calculó, aunque era poco agraciada, tanto por su estatura y rechoncha figura como por su cara de arpía amargada.

—Trabajo con Abel. A partir de ahora tratarán conmigo —dijo con firmeza.

Intuyó cierto desconcierto en sus rostros tapados y sintió que lo miraban de arriba abajo.

—No conozco a ningún Abel —dijo ella categóricamente, pero traslucía cierto temor. Tal vez barruntaban que fuese una trampa, que Abel hubiera cantado, delatándolos, o que se hubiese descubierto toda la trama.

—No tienen por qué desconfiar —insistió Lucca, sonando amistoso—. El negocio seguirá como hasta ahora, pero yo estaré al mando. Abel se ha quedado fuera.

El tipo alto, de edad similar, se agitaba intranquilo y receloso, pero se mantenía al margen. Estaba claro quién mandaba.

—Creo que se equivoca de persona, joven —concluyó ella,

dándole la espalda.

No se fiaban. Lucca estaba seguro de que eran ellos, ¿o tal vez se hubiera equivocado? Miró en derredor, pero nadie cumplía con el perfil.

Tendría que ser más conciso, demostrarles que no mentía, brindarles datos.

—No hubo suerte en la cacería por los Monegros —se lamentó—. Esta semana sus hombres no habrán encontrado a nadie en el contenedor de reciclaje de residuos químicos. Ya saben dónde está, no me hagan dar detalles. Es un polígono industrial de las afueras de Madrid, hay una fábrica de pinturas y barnices enfrente. Pero ese contenedor es diferente. Está insonorizado y solo se abre con una clave que sabemos Abel y yo, y sus hombres. ¿Quieren que se la diga?

La mujer se volvió con lentitud, convencida.

—¿Qué ha sido de Abel?

—Está muerto. Digamos que surgieron ciertas desavenencias. — Lucca no mostró el más mínimo pesar, quería sonar implacable.

—¿Y por qué íbamos a querer trabajar contigo? No te conocemos, no hay confianza —dijo la mujer, impasible por la noticia, pero más receptiva. A Lucca le pareció que la indolencia de sus palabras había agradado a la señora.

—Puedo garantizar una mayor producción, sin riesgos. Abel era un lastre para el equipo, estaba obsesionado con poder ser visto o dejar huellas y sus miedos nos hacían perder presas fáciles y volver de vacío.

Esbozó una sonrisa cautivadora dirigida a la que se hacía llamar Daisy. La porción de cara que llevaba al aire revelaba una gruesa capa de maquillaje. Era desagradable, pero Lucca la miró con su pose favorita de tipo duro.

—No queremos a un joven temerario que nos ponga a todos en riesgo —terció el tipo larguirucho, negando con la cabeza.

—Está bien —dijo ella, ignorando a su compañero—. Te mantendremos a prueba una temporada.

—Pero Amanda, ¡puede haber dejado pistas de lo de Abel! Si lo investigan saldrá todo a la luz —protestó el alto. No se dio cuenta de que había revelado el nombre verdadero hasta que Amanda lo fulminó con una mirada airada. Se le descolgó la mandíbula, consciente de la metedura de pata, y agachó la cabeza.

No estaba seguro, pero Lucca creía recordar que había escuchado

en las noticias ese nombre, perteneciente a una gobernadora de alguna reserva. Se preguntaba qué otros peces gordos habría detrás de esa productiva actividad.

—No teman —intervino Lucca—. Ocurrió en terreno seguro, no hay registros. Simplemente hagan desaparecer mis grabaciones y las correspondientes a Abel durante el viaje de ida a la reserva, les daré las fechas exactas. Así nadie podrá relacionarme cuando se investigue su desaparición.

Llevaba días meditando pedirles ese favor, era la única manera de salir airoso si se indagaba lo ocurrido a Abel.

—¿Te crees que podemos hacer esas cosas? —estalló la mujer—. Olvídalo, buscaremos a otro más discreto, eres un insensato.

Echó a andar esquivando a Lucca, dando por terminada la conversación. Lucca, desalentado, vio cómo se desmoronaban sus planes de futuro.

—Un momento —les espetó Lucca por su espalda, elevando el tono. Sonó amenazador—. ¿Qué creéis que pasará si me investigan? En el viaje de ida nos verán evaluando las posibles víctimas, la presencia de testigos en los alrededores...

Amanda y el hombre se habían detenido y lo miraban, perplejos.

—Verán que hay algo sospechoso —continuó Lucca, con flema—, pedirán los vídeos de días anteriores, de otras salidas de Abel conmigo. Tarde o temprano se toparán con un viaje de regreso de una reserva, acudiendo al contenedor a echar el cuerpo drogado de un paleta. Y a partir de esa posición del contenedor investigarán más y saldrán vuestros hombres, los que retiran a las víctimas. Será cuestión de tiempo hasta que lleguen a vosotros y a toda la red.

Se miraron, absortos, sin palabras. Se hallaban en una situación embarazosa.

—Esos datos que quieres borrar están en el Centro de Seguridad, no hay manera —dijo Amanda por fin, preocupada, pero procurando mantener el tipo y la autoridad.

Lucca intuyó que decía la verdad. Una cosa era maquillar los registros de salida de las reservas, de lo que se encargarían los propios gobernadores o funcionarios a su cargo, y otra distinta era meter mano en el Centro de Seguridad.

—El consejero conoce a alguien de allí, un alto cargo al que

llaman “senador”. Es nuestra única posibilidad —apuntó el tipo en voz comedida, dirigiéndose a Amanda. Se le veía angustiado.

La mujer le dirigió una nueva mirada reprobatoria por mencionar al consejero. Ahora Lucca sabía que no solo había gobernadores implicados.

—No le hará gracia, pero no tendrá más remedio —se lamentó Amanda, resignada.

A Lucca se le iluminó la expresión.

—¿Entonces estoy dentro?

Amanda se volvió hacia él, con los labios apretados.

—Otra cagada como esta y estás muerto.

15.

—¿Aún crees que vendrá tu amigo? —preguntó Wilma, mirando el cielo encapotado.

Fedora se encogió de hombros. Había invitado a Wilma al evento festivo. Era su mejor y casi única amiga fuera de la reserva, y deseaba que una chica de ciudad como ella conociera su pueblo y su hermosa comarca. Sin embargo el día no había acompañado.

Se hallaban a resguardo de la lluvia bajo una enorme carpa desplegada en un lateral de la plaza. La multitud observaba expectante al equipo organizador de la fiesta, que mantenían vivo el fuego como podían y se afanaban en dar vueltas al guiso contenido en las enormes marmitas.

—No creo que David deje de venir por la lluvia —respondió Fedora—. Me prometió que tenía algo importante que contarme y que ya hablaríamos el día de la fiesta.

—¿Y qué crees que te va a decir? Pues que tu cuñado está con otra, que se han largado y están disfrutando de las ventajas que da el chip y la ciudadanía normal.

Fedora miró incómoda alrededor, su hermana había ido a la barra. Con tanta gente aglutinada bajo la carpa, charlando a voces, difícilmente habría escuchado el hiriente comentario, ni aunque estuviese justo detrás.

—Y el muy cobarde le habrá dicho a tu amiguito —prosiguió Wilma, con su tono barriobajero habitual— que les deje en paz y que no se meta donde no le llaman.

—Me conformo con eso, solo quiero que Victoria se lo quite de una vez de la cabeza, que pase página —replicó Fedora.

Comenzaba a arrepentirse de haber invitado a su indiscreta compañera de trabajo. Había pronunciado “amiguito” con un matiz que bien sabía lo que insinuaba. Fedora había aseverado una y otra vez que, aunque era simpático y bien parecido, su relación con David se enfocaba exclusivamente a lograr que la ayudase a esclarecer el paradero de Fidel.

Su hermana Victoria, que no soltaba a su hijo pequeño, y una amiga común del pueblo se acercaron, proporcionándoles sendos vasitos de sangría.

—¿Habéis visto quién está ahí enfrente? —les dijo Victoria, señalando hacia una estructurada cubierta, situada al otro lado de la

plaza. Era la zona reservada a las personalidades. No había agobio de gente, y los cargos públicos, trajeados, esperaban sentados a que les sirvieran la comida.

Fedora distinguió al alcalde de su pueblo; a su homólogo de Jadraque, la capital de la reserva; y a otros ediles y concejales de poca monta. Al resto no los identificó, ni tenía interés alguno.

—La mujer esa del vestido de primavera ajustado —dijo Victoria con desprecio—, sentada presidiendo la mesa, con sus guardaespaldas detrás, es la gobernadora de la reserva, Amanda Sterling.

Fedora cayó en la cuenta: la había visto en los noticiarios locales en alguna ocasión. Tenía fama de no pisar los territorios de su jurisdicción más que para lucirse en eventos sociales de ese tipo.

—¿Y qué? —preguntó Fedora—. Poco le importamos a esa tía.

—A esa zorra le envié decenas de cartas pidiendo que se investigara más a fondo la desaparición de Fidel, y nunca obtuve respuesta. Llamé a su delegación y lo único que me dieron fueron evasivas: “pregunte a las autoridades locales” —protestó, con hastío.

Fedora asintió, pero en el fondo sintió consternación por que su hermana continuara dándole vueltas a lo mismo. Había confiado en que en la fiesta se animara y olvidara por unos momentos el tema, pero estaba equivocada.

—¿Dónde está Eloy? —inquirió Victoria.

Wilma, que parecía distraída, recuperó de súbito el interés y se arrimó para escuchar. Al igual que su hermana, conocía sus altibajos con Eloy.

—Está allí, en la peña del Club de Cazadores —dijo con resignación, señalando a la tasca que se asomaba a la plaza en un rincón. Otros años habían pasado el día festivo juntos, pero esta vez había preferido la compañía de sus amigos. Bebían cerveza en el interior, atentos a que estuviese listo el guiso para salir en tropel a por un plato.

Su hermana, al igual que Wilma, insinuaba a menudo que debía conocer a otras personas y replantearse el futuro, pero lo hacía de manera más discreta y siempre en privado. Allí, con gente alrededor, ninguna se atrevió a criticar a Eloy.

—Oye, ese tipo despistado, ¿no será tu amigo el político? —preguntó Wilma.

Fedora divisó a David, plantado en mitad de la plaza bajo la

lluvia, escudriñando el interior de la carpa.

—¡David! ¡Aquí! —vociferó, asomándose al exterior y levantando las manos.

David la vio y se acercó con cuidado de no pisar los charcos, atravesando la plaza.

—Es guapo —dijo su hermana Victoria—. ¿Quién es? No me habías dicho que hoy tenías tanta compañía.

—Vaya planta, y mira qué elegante —soltó Wilma, embobada, casi para sí.

—¡Callaos! —ordenó Fedora, ruborizada—. Es un viejo conocido de la universidad, que ha estado en el extranjero trabajando y ha vuelto hace poco —mintió, hablando acelerada, antes de que David llegara. Su hermana no sabía nada de la ayuda que le había solicitado a David y prefería que así fuese por el momento para que no se crease falsas expectativas. Esperaba que no lo reconociese por haberlo visto en las noticias.

—Bueno, aquí sobra gente —dijo Victoria, esbozando una sonrisa pícara. Afianzó la mano del niño y se dirigió a Wilma—. Parece que aún falta para que sirvan la carne, ¿quieres que te enseñe unos cachorros recién nacidos? Fedora me ha dicho que tienes un perro. Ven, los tengo en casa, aquí a la vuelta de la esquina.

Wilma no se molestó en contestar y acompañó a Victoria y a su amiga, no sin antes guiñarle un ojo a Fedora.

—¿Cómo? No me podéis dejar sola —protestó, aun sabiendo que era inútil.

Se equivocaban, pero la reconfortó atisbar a su hermana sonriendo con complicidad: hacía tiempo que no la veía contenta o ilusionada.

Le incomodaba que Eloy o algún conocido la vieran en soledad con otro hombre, resultaría casi un escándalo; en el pueblo eso supondría convertirse en el blanco de los próximos chismorreos. Sin embargo, confió en el anonimato que confería la multitud y el ambiente festivo. Y al menos, se consoló, podría hablar abiertamente con David del resultado de sus pesquisas.

David se aproximó, jadeando y con el rostro y el cabello perlados por gotas de la fina lluvia.

Fedora sintió que su pulso era más rápido. Hacía tiempo que no le

ocurría, desde cuando, años atrás, quedaba con Eloy y aguardaba ansiosa a que llegase, para ir de paseo hasta el arroyo o al cine de verano de Jadraque, en su moto. En aquella época estaba enamorada. Esta vez creyó que, simplemente, se hallaba nerviosa, expectante por conocer la importante noticia que le había anunciado David en un mensaje.

La saludó con dos besos en las mejillas y se excusó por el retraso. Fedora sintió la suavidad de sus carrillos afeitados con esmero, fríos y húmedos. Su pelo parecía aún más oscuro al haberse mojado, algo que a él no debía de agradaarle porque sus cuidadas puntas despeinadas habían languidecido. Esta vez no lucía el traje de buena hechura que su cargo le demandaba a diario, sino que iba ataviado con pantalones de pana *beige* claro y una chaqueta ligera de algodón, oscura y con varios bolsillos en la pechera. Su estilo informal era algo estrambótico, tal vez antiguo, pero denotaba buen gusto a la hora de combinar, una cualidad poco frecuente entre los hombres de la zona.

Se acercaron a la barra a por más sangría y charlaron un rato animados. David era formal y serio, pero siempre agradable y haciendo gala de un continuo buen humor, resultando un gran conversador. Intercambiaron impresiones del pueblo, de la asombrosa popularidad de la fiesta y de la inconveniencia del mal tiempo, cuestión de suerte en plena primavera.

Precisamente cesó el repiqueteo de la lluvia sobre el tejadillo y la gente comenzó a expandirse, abriéndose huecos. Era el momento, pensó Fedora, de que le contara lo que había averiguado.

—Bueno, ¿me vas a decir de una vez lo que has encontrado sobre Fidel?

—Vaya, qué prisa tienes, si acabo de llegar. ¿Solo me quieres para eso?

Ella le devolvió la sonrisa, nerviosa. Sus peores temores se habían hecho realidad. Su impropia actuación durante el último encuentro, provocándolo, había hecho que David se generara expectativas. Era lógico.

Fedora no quería romperle el corazón, tanto por no herir sus sentimientos como porque lo necesitaba para el tema de Fidel, de modo que pasó por alto el comentario. Admitía para sí que le gustaba, y en otro tiempo y otras circunstancias habría salido con él, pero no era el momento. Aún quería a Eloy.

—Te vas a quedar de piedra —dijo David ante su expectante silencio.

—¿Está con otra? No me sorprende tanto...

—Ni idea, pero escucha: no hay nadie identificado con el nombre y apellidos de Fidel. No tiene chip.

Fedora se quedó perpleja.

—¿Cómo es posible? Si mi hermana me ha dicho la verdad, estaba en la lista de salidas de la reserva. Y la escolta era para el procedimiento de identificación, figuraba claramente en el documento como un servicio gratuito; es decir, no salía para hacer turismo, que te hacen pagar...

—Ya te he dicho que te ibas a sorprender —se complació David, vaciando el vasito de un trago.

—La única explicación es que durante el curso, o antes de la operación, escapase. —Fedora negó con la cabeza, corrigiéndose—. Pero tarde o temprano lo habrían detenido, sin identificación no se dura mucho ahí fuera...

—Dímelo a mí —dijo David, divertido, refiriéndose a su fallida escapada del hospital, que ya le había contado a Fedora en alguna ocasión—. Si esa hipótesis fuera cierta, no habrían tardado en encontrarlo y enviarlo de vuelta a la reserva, con una buena multa.

—Pareces muy seguro —dijo Fedora, frunciendo el ceño ante la suficiencia de David.

Él guardó silencio, escondiendo una sonrisa pícaro que se escapaba por un lado. Sabía algo más y se hacía de rogar, pensó Fedora. Aprovechó para escrutar sus rasgos poderosos, su nariz grande y recta. Con el pelo húmedo y revuelto resultaba verdaderamente atractivo.

—¿Recuerdas que me pediste que consultara también los datos del funcionario que lo escoltó?

—Sí, por si diera la casualidad de que recordara algo. —Fedora se encogió de hombros.

—Pues tampoco existe.

—¿Qué?

—Lo consulté en el Centro de Seguridad. No hay nadie identificado con ese nombre.

Fedora se llevó la mano a la boca, sobresaltada. Ignoró la expresión condescendiente de David y procuró sacar sus propias

conclusiones, pero David la interrumpió.

—¿Acompañaste a tu hermana cuando le enseñaron el registro de salidas de la reserva? —preguntó David, suspicaz. ¿Sospechaba de su hermana?

—Sí, claro. Estaba Fidel en la lista. Lo vi con mis propios ojos en la hoja que le tendió el comisario, orgulloso porque había resuelto el caso... —Fedora desvió la mirada hacia la carpa de las autoridades, donde estaría el incompetente comisario que se había conformado con mostrar los datos oficiales. Muchos ya estaban comiendo, eran los primeros en ser servidos.

—¿Y el nombre del representante, el que me diste?

—No lo recuerdo, ese dato solo lo sabía mi hermana a ciencia cierta, porque fue a insistir posteriormente y le volvieron a enseñar las mismas pruebas.

—Vale, no importa. Que tú misma vieras a Fidel en el listado es suficiente para descartar una de mis teorías.

—¿Cuál?

—No te ofendas —advirtió—. Que tu hermana se lo hubiera inventado todo. Que matara a Fidel, se deshiciera del cuerpo y luego se inventara que se había largado fuera de la reserva.

—Eso es muy cruel —le recriminó Fedora, molesta.

—Sí, lo siento.

—¿Y tu otra hipótesis?

—¿Conoces a alguien que pudiera querer acabar con Fidel? ¿Alguna enemistad eterna, disputas por tierras, herencias...?

Fedora negó con la cabeza.

David se acercó y bajó el tono de voz, lo justo para que ella pudiera oírlo por encima de la música y el ruido del ambiente.

—Está claro que han falseado esos datos oficiales.

Fedora creyó entender a dónde quería ir a parar, y se estremeció.

—¿Estás diciendo que lo han matado y que han querido ocultarlo haciendo creer que se ha marchado de la reserva?

—No se me ocurre otra explicación. Quien lo hizo sobornaría a algún alto funcionario para que retocase el informe del registro de salidas. Metieron en la base de datos a Fidel y a un falso representante, con la fecha adecuada, y tu hermana se lo creyó, lógicamente.

—Pero, ¿quién iba a querer matarlo? Era una persona normal y

corriente, un humilde comerciante... —Sintió ganas de echarse a llorar. Se reprendió por todo lo que había imaginado, culpándolo injustamente de haber abandonado a su familia por otra mujer.

—Son solo suposiciones —dijo David, tratando de calmarla.

Una idea se le pasó por la cabeza de súbito.

—Tengo que salir de dudas, ¿me ayudarás? —suplicó.

—No veo qué más puedo hacer, Fedora...

—Yo sí —le interrumpió con determinación.

Fedora barrió la plaza con la mirada y encontró a la gobernadora, charlando con aire altivo mientras comían en el tenderete de madera levantado al otro lado.

Cogió la mano de David, sin importarle lo que pensara la gente, y lo arrastró hacia la carpa de las autoridades. Esquivaron las largas colas que aguardaban pacientemente su ración de estofado, que se servía en la zona central, junto a la picota.

—¿Adónde me llevas?

—A hablar con la gobernadora —repuso con ímpetu. Se sabía movida por su naturaleza impulsiva, pero no se refrenó—. Si en su reserva alguien manipula los datos oficiales para ocultar asesinatos, ¿no debería esa Amanda mover su culo gordo y hacer algo?

Le pareció que David se alteraba al escuchar el nombre de la gobernadora y que trataba de oponerse, pero lo ignoró.

Un par de guardias impedía la entrada al área reservada.

—Exijo hablar con Amanda, está en esa mesa —ordenó Fedora a uno de ellos, señalando un punto en el interior. Era una estructura prefabricada de madera, al aire libre, bordeada por una barandilla y cubierta por una lona a unos tres metros de altura.

David buscaba con la mirada entre las mesas, como apocado.

—La gobernadora no espera a nadie ahora mismo —replicó tajante el guardia.

Fedora se disponía a insistir, pero David intentaba decirle algo.

—No, mierda. La conozco —masculló David.

—¿Qué? Genial.

Lo agarró de nuevo y lo arrastró, casi contra su voluntad, ignorando sus reparos. Borearon la estructura hasta el punto que quedaba enfrente de la mesa de Amanda. Se asomaron a la barandilla y Fedora trató de llamar la atención de la gobernadora.

Cuando uno de los guardaespaldas ya se acercaba para ordenarles que se alejaran, Amanda se levantó, con la vista fijada en David.

—Embajador Hoyos, qué grata sorpresa —dijo con afectada emoción.

Le hizo un gesto al guardia para que no actuase y se acercó a la barandilla. Los de la mesa no debían de conocer a David porque continuaron con la conversación, tras la interrupción. Fedora no cabía en sí de gozo. No dudaba que esa poderosa mujer, gracias a la oportuna presencia de David, se prestaría a efectuar las indagaciones necesarias para dar con el culpable. David, sin embargo, reflejaba cierto desasosiego.

Se saludaron e intercambiaron unos breves comentarios sobre la fiesta, que Fedora encontró forzados y artificiales. Decidió aguardar al momento oportuno para exponer el tema.

—¿Qué te trae por mi reserva? —le preguntó Amanda—. En un sitio tan prehistórico te sentirás como en tu época —bromeó. Fedora hizo oídos sordos a la ofensa.

—Me ha invitado una amiga, Fedora, que vive en este pueblo. — Se la presentó. A Fedora no le costó detectar cierta animadversión en Amanda al saber que ella era de la reserva—. Precisamente ha insistido en consultarte un asunto que cree de máxima importancia.

Amanda levantó la mano, señalando hacia la mesa, a punto de soltar una excusa: no estaba dispuesta a escuchar los intrascendentes problemas de alguien de allí, y menos en mitad de una comida. Pero Fedora se adelantó. Sin pausa, detalló minuciosamente lo ocurrido y los reveladores datos que le acababa de proporcionar David.

A la gobernadora le cambió la cara. Se giró hacia David, airada, pero pálida.

—¿Y cómo tienes la certeza de que esa persona no tiene chip? ¿O que el representante no existe? Esos datos son confidenciales.

David también estaba visiblemente incómodo. La temía.

—Lo averigüe en el Centro de Seguridad —reconoció, con voz temblorosa—. Me lo dijo un operario.

—Eso es un delito, señor Hoyos.

—Vaya, yo... —balbuceó David, buscando una excusa.

De repente Amanda recuperó la compostura y la autoridad, aprovechando la debilidad de David.

—Lo pasaremos por alto —dijo ella, tras suspirar, como perdonándole la vida—. En cualquier caso, ¿te fías de lo que te diga un operario cualquiera, que puede ser un novato, que no sepa utilizar la herramienta de búsqueda?

Amanda se rió, soberbia, y continuó con tono categórico.

—Os aseguro que la información de nuestro registro de salida es veraz. —Se giró hacia Fedora—. Aquí nadie falsea datos, jovencita. Ese hombre se habrá largado como hacen muchos, sin decir nada a nadie. No le deis más vueltas ni os montéis historias absurdas. Y para los problemas locales hay que acudir al comisario de la reserva, no a mí —les reprochó, a modo de conclusión.

Antes de que Fedora pudiese protestar, le obsequió a David con un frío gesto de despedida y regresó a su asiento, donde se disculpó con una sonrisa teñida de hartazgo y un ademán desdeñoso, como quejándose de los impertinentes que habían osado molestarla.

Fedora esperaba que David hiciese algo más, al fin y al cabo la conocía, pertenecían al mismo partido. Tal vez a él lo dejarasen entrar en la exclusiva carpa y pudiese sentarse junto a la gobernadora. Debería explicar de nuevo, con paciencia y venciendo su altanería, que tenían pruebas sólidas de que había algo serio y sospechoso, que merecía ser investigado.

Sin embargo David ya daba la espalda, no tenía intención de insistir. Se encaminaron resignados hacia el centro de la plaza.

—¿Tiene razón esa estúpida? —preguntó Fedora—. ¿Es posible que a quien preguntaras se confundiera al meter los datos o usar el programa?

—Imposible. Aunque el operario era joven, esa gente está muy preparada y resuelven consultas infinitamente más complejas.

—¿Y vas a dejar que te trate de esa manera? —preguntó, alterada y molesta por su indolencia.

—A ver, solo he coincidido con ella en una cena y como has visto no le caigo bien. Ya te lo conté, había algunos gobernadores que parecían repudiar mi trabajo.

—Pues díselo a tu jefe —replicó, por inercia. Poco le importaban a Fedora realmente sus conflictos y desencuentros entre políticos.

—Se lo dije al consejero y me ha dejado bien claro a qué reservas no puedo ir, para que las elimine de la planificación de la

campaña.

—Pero te daría alguna explicación, algún motivo...

—No, fue seco y tajante. Se puso del lado de Amanda sin querer decir más. Por eso deduzco que esa zorra tiene bastante influencia y prefiero no tenerla como enemiga. Cuanto menos trato tenga con ella, mejor. Necesito el trabajo, aunque no me guste.

Fedora asintió, comprendía la postura conservadora de David. Pero no se resignaba a quedarse de brazos cruzados, cuando tenía la casi total certeza de que alguien había asesinado a su cuñado y lo había encubierto untando a un funcionario, amañando la información oficial. Cuanto más lo pensaba, más colérica se sentía.

—Vale, pero habrá algo que podamos hacer. ¿Y si denuncio el caso en el Centro de Seguridad? Está claro que aquí las autoridades pasan, pero yo tengo chip, ahora soy una ciudadana de pleno derecho. Puedo denunciarlo el lunes, en cuanto salga de la reserva para ir a trabajar.

David torció el gesto.

—Me pondrías en un compromiso. Tendrías que explicar por qué tienes la certeza de que Fidel no se puso el chip, o de que el representante del listado no existe... Te verás obligada a revelar que esos datos confidenciales los obtuve yo...

Fedora concedió con la cabeza. Deseaba ayudar a su hermana y averiguar qué había pasado, que el culpable lo pagara, pero tampoco quería perjudicar a David, parecía una buena persona y no se lo merecía.

Se adivinaba en la expresión reflexiva de David que trataba de dar con alguna alternativa, o quizá buscaba explicarse la enconada actitud defensiva de la gobernadora. Ciertamente, pensó Fedora, no le habría costado nada despacharlos con un diplomático “de acuerdo, revisaremos esos datos”, aunque en realidad no hubiera tenido intención alguna. ¿Era siempre así de antipática y engreída, o escondía algo? ¿Tendría ella algo que ver con la desaparición de Fidel y la manipulación del registro local? Lo dudaba, ¿qué interés iba a tener una persona con un cargo tan importante en lo que le pasara a un simple comerciante?

El sol se asomaba con timidez. Había gente ya degustando el plato de estofado, reunida en grupos sueltos por la plaza que evitaban los charcos, o sentada a las mesas. El ambiente era agradable y festivo, pero

Fedora se sentía humillada e impotente.

Atisbó en mitad de una de las colas a la extrovertida Wilma, junto a su hermana y cuatro o cinco vecinas de edades dispares, que les hacían gestos para que se uniesen a ellas, evitándoles un buen rato de espera. No le apetecía aguantar sus miradas inquisitivas, producto de las conclusiones erróneas que habían sacado de la visita de David, pero tampoco creyó apropiado continuar paseándose en soledad con él, alimentado aún más sus presunciones.

—Ahí está mi hermana, olvida el tema.

—De acuerdo, pero no dejemos que esa arpía nos arruine el día.

—Tienes razón.

David se detuvo y le cogió la mano, quedándose confrontados en mitad de la plaza. Fedora se estremeció, recorrida por un escalofrío. ¿Qué pretendía?

—Tengo otros contactos, intentaré averiguar algo más.

—Te lo agradezco, es importante para mí —dijo precipitadamente.

Se notaba incómoda. Desvió la mirada hacia el rincón de la plaza y reparó en que los miembros del Club de Cazadores ya desfilaban desde su local, al olor de los platos de carne guisada de corzo que se repartía en las marmitas. Iban ataviados con sus habituales pantalones de camuflaje y chaleco verde oliva. Durante ese señalado día vestían así, tal vez para gozar de un aire distinguido o ganarse el reconocimiento de los asistentes, pues era el Club quien suministraba la carne, abatidos los corzos en jornadas previas, recién abierta la temporada de caza en rececho.

Fedora se temió lo peor.

—Oye —dijo David—, ¿por qué no quedamos para cenar esta semana y pensamos qué podemos hacer?

Fedora miró en todas direcciones, avergonzada. No era el momento ni lugar más oportuno.

—Verás... —balbuceó. Procuraba encontrar las palabras, que se negaban a brotar de su boca. Necesitaba aclararle las cosas, disculpándose si fuera necesario por su atrevimiento cuando almorzaron juntos. Nunca debió cometer aquella frivolidad, estaba claro que tendría consecuencias. ¿Cómo ser sincera ahora sin hacerle daño, o sin que encolerizara y atrajera la atención de la muchedumbre?

Quiso comenzar soltando su mano con delicadeza. Sin embargo, experimentaba una sensación agradable, casi excitante. Era grande y fría, sorprendentemente suave a pesar de ser una mano masculina. Se enfrentó a su profunda mirada, que la hipnotizaba de arriba abajo, desde su estatura superior.

Se sentía el centro de atención. Flotaba en un hechizo como no recordaba desde los primeros amoríos en la adolescencia.

—Esta vez iremos a un restaurante de los de toda la vida — insistió David—, he descubierto uno por el barrio de Salamanca que hacen un cocido montañés como el de mi madre. Para cenar puede ser un poco fuerte, pero seguro que tienen...

¿En qué estaba pensando?, se dijo, dejando de escucharle. Se sacudió la fantasía de su cabeza. Tenía que aparcar esos instintos irreflexivos, no podía traicionar a Eloy, no debía tirar la toalla aún, enterrar tantos años de felicidad por una mala racha.

—Escucha, lo siento —habló con voz temblorosa—, pero no creo que a Eloy le parezca bien, suena demasiado a una cita.

—¿Eloy? —David soltó su mano, extrañado. Enseguida cayó en la cuenta y se adivinó en su tez una honda decepción—. Ese es el naturalista..., pensé que ya no estabas con él, como te pusiste el chip y os peleasteis...

Fedora recordó que se lo había contado, afectada, cuando se encontraron en el curso. Sus coqueteos del último encuentro le habían hecho llegar a esa conclusión, dedujo. Agradeció que no lo mencionara: sería sencillo echárselo en cara, sin duda, pero era todo un caballero.

—Sí, nos peleamos, pero han mejorado algo las cosas, y aún no lo doy por perdido...

—Entiendo.

—Lo siento, te debo una disculpa. El otro día estaba desesperada por que me echaras una mano con lo de mi hermana, y creo que me excedí, te di una impresión equivocada. —Suspiró, aliviada, lo había soltado. Se había determinado a sincerarse, no quería volver a sentir remordimientos.

David bajó la cabeza, abatido. Fedora entendería que enfureciera, al descubrir que había sido utilizado. Sin embargo, parecía triste y resignado.

—¿Puedo preguntarte lo que piensas? —planteó Fedora,

preocupada por su silencio y expresión sombría.

—Supongo que podremos quedar para comer, en lugar de cenar. Solo para hablar del asunto de Fidel, por supuesto.

—Me encantaría —admitió Fedora, recuperando el ánimo de golpe—. Entonces, ¿vas a seguir ayudándome? —No quería perderlo, sintió que necesitaba mantenerse en contacto con él por algún motivo, más allá de lo de su hermana.

—Sí, aunque sea la única manera de seguir viéndote.

Al momento experimentó una oleada de emoción que se apoderó de ella, provocando que le temblara el labio inferior con un incómodo tic. Le obsequió con su más amplia sonrisa, incapaz de decir nada.

Le dio la espalda y echó a andar, no quería que David descubriera sus ojos vidriosos.

David dejó que la jornada transcurriera, inmerso en la desolación, esforzándose para no resultar adusto ante los conocidos de Fedora. Se había hecho demasiadas ilusiones los últimos días, según se aproximaba la fecha. Había fracasado y lo sentía porque la muchacha era encantadora. Demasiado enérgica e irreflexiva, pero tal vez la persona más natural y sencilla de las que había conocido, la que mejor encajaría en el mundo pasado del que provenía.

En parte se había sentido utilizado, pero lo pasó por alto. Fedora requería su amistad para solventar lo de su hermana, y las mujeres hacían cualquier cosa para lograr sus objetivos.

Al menos las patatas guisadas con carne habían estado deliciosas, se consoló. Se había mantenido ausente, apagado, mientras los demás conversaban animados. En ocasiones Fedora lo miraba con fijeza y David veía en sus ojos reflejada la tristeza por haber roto su corazón.

Fedora se ofreció a acompañarlos a Wilma y a él hasta donde habían dejado sus coches: un solar embarrado, en las afueras, habilitado de forma improvisada para el aparcamiento de los numerosos visitantes, en una fecha tan singular.

—¿No es ese Eloy? —preguntó Wilma.

Había al fondo de la calle un grupo numeroso de chicos y hombres de diferentes edades, algunos vestidos con atuendos de caza, que rodeaban un flamante todoterreno, aparcado frente al solar, en la acera opuesta. Alguien se había comprado un coche nuevo y lo estaba

exhibiendo, orgulloso. Unos lo admiraban; otros charlaban en tono elevado y reían sin interés, en corrillos, pasándose un par de botas de vino de mano en mano.

—No sé, seguramente estará entre ellos —repuso Fedora, sin querer mirarlos con atención—. Pero distingo a algunos de sus amigos. Daos prisa.

Fedora aceleró el paso. Iban por el lado opuesto de la calle, pero tendrían que pasar justo enfrente de ellos para entrar al aparcamiento. David se sorprendió, ¿de qué tenía miedo?

A Wilma debió de asaltarla la misma duda.

—¿Por qué? ¿No puedes salir de casa sin su permiso? Te recuerdo que apenas se ha dignado a hablar contigo cinco minutos en la plaza —le reprochó a Fedora.

A David se le hizo evidente que a Wilma no le había caído bien el compañero sentimental de Fedora, y no se esforzaba en disimularlo. Tal vez Fedora la mantuviera informada de sus desavenencias y discusiones por el tema del chip, y su amiga se había formado una opinión poco favorable del egoísta e inflexible Eloy.

—No es por él —aclaró Fedora—, pero tiene pinta de que los cazadores del pueblo se han juntado con los miembros de la asociación de Naturalismo, que han venido desde varios pueblos de la comarca. Cuando se juntan con ellos algunos ni me hablan o me miran mal, aunque son de aquí y me conocen de toda la vida. Prefiero evitarlos, además hoy irán bebidos...

—Entonces mejor nos despedimos aquí —propuso David, deteniéndose—. Sabemos encontrar nuestros coches. Muchas gracias por todo, Fedora.

Wilma iba a convenir con algún comentario, pero un vozarrón lejano irrumpió en la tranquila tarde:

—¡Eloy!, ¿no es esa tu novia robot? —exclamó alguien de forma socarrona.

David miró de soslayo. Provenía del grupo situado en torno al coche, a una veintena de metros, siguiendo la calle principal del pueblo. El que había gritado señalaba hacia ellos con expresión burlesca. Los otros se iban volviendo, mirando en la misma dirección, y estallaban en carcajadas cuando reparaban en Fedora. El hombre, achispado, era con toda seguridad del pueblo y conocía a Fedora; pretendía atraer la

atención de los demás y arrancar unas risas a costa de Eloy, de quien se mofaban por tener una novia con chip.

—Será mejor que me vaya —dijo Fedora, amagando con darse la vuelta, humillada.

—¿Y Eloy no te defiende? —preguntó Wilma, indignada—. Míralo, cómo agacha la cabeza.

Fedora buscaba a su novio con un brillo de esperanza en sus ojos, como sin creer en la acusación de Wilma. David, que había localizado a Eloy saliendo del asiento de copiloto, advirtió que protestaba en voz baja y trataba de acallarlos vagamente, por puro compromiso. No solo no iba a defenderla, sino que se avergonzaba de ella ante sus compañeros naturalistas.

Entretanto otro se quedó mirando con fijeza a David y echó a andar hacia ellos, cruzando la calle y dejando atrás a los del coche. No llevaba atuendos de camuflaje o prendas sucias de trabajo, sino que lucía un estilo más formal, como si fuera el intelectual del grupo.

—Yo a ti te conozco —espetó hacia David, señalándolo con el dedo—. Te he visto en las noticias.

A David se le heló la sangre en las venas. Se acordó de las advertencias de no visitar las reservas sin escolta, podrían identificarlo y verse en una situación comprometida.

—Eres el embajador —dijo con marcado desdén, subiendo el tono, amenazador. Era un tipo de mediana edad, de rasgos duros.

—Así es —repuso David, sin otra salida que mantenerse firme.

—Pues te voy a decir una cosa. —El matiz camorrero hizo que se acercaran por detrás del hombre algunos de sus aguerridos compañeros, envalentonados. La algarabía del resto del grupo cedió ante la expectación. La situación adquiriría un feo cariz—. Aquí la gente es feliz y no necesitamos a nadie que venga a soltar monsergas. Somos seres humanos puros y vamos a seguir siéndolo, sin injertos artificiales. —Sin duda no cultivaba la tierra como la mayoría, hablaba con propiedad, pensó David. Tal vez fuera de Jadraque y tuviera un negocio o ejerciera una profesión liberal.

David consideró mencionar que precisamente su reserva no iba a formar parte de la campaña, pero se abstuvo pues eso equivaldría a revelar debilidad.

—¿Este es el tipo del pasado? —preguntó otro de los que se

habían desmarcado del coche para salir al encuentro de David, Wilma y Fedora.

—Sí —repuso el primero, acercándose a David y situándose cara a cara—. Mira lo que ha tardado en volverse como ellos —dijo con acritud—. ¿Te crees ahora superior, más inteligente que antes, por esa cosa que escondes detrás de la oreja?

David prefirió no replicar para no enconar aún más los ánimos. Se hallaban cada vez más rodeados.

—No he tenido alternativa. Yo no elegí esto, ni soy responsable de vuestra situación —se excusó, tratando de calmarlos.

—¡Métete en tus asuntos! —le increpó otro, visiblemente eufórico por los efectos del alcohol.

—No queremos monstruos en la reserva, ¡fuera! —dijo alguien levantando un puño.

Wilma, que parecía bastante temperamental, no pudo evitar saltar.

—¡Sois una maldita secta!

—Será mejor que nos vayamos —se apresuró a decir David poniendo su voz por encima, agarrándola y encaminándose hacia la explanada que hacía de aparcamiento. Pasaron entre ellos, recibiendo algún empujón y siendo obsequiados con encendidas miradas iracundas y despectivas.

Ganaron un par de metros. David se volvió, no los seguían, aunque no dejaban de proferir insultos a sus espaldas y soltaban carcajadas llenas de sorna. Ya era una simple cuestión de continuar andando y montarse cada uno en su vehículo, la cosa no pasaría a mayores, concluyó, tranquilizado. Sin embargo, reparó en que, con la tensión, se había olvidado de Fedora.

La joven se mantenía de pie en la acera, sola y cabizbaja, en tierra de nadie. David creyó que, en cuanto se fueran Wilma y él, volvería a convertirse en el centro de las críticas, al fin y al cabo era vista como una traidora. Debería dar media vuelta e irse a casa, pero se mantenía como bloqueada, atenazada por los nervios. Dirigía miradas tímidas hacia el grupo, tal vez esperando que Eloy acudiera y la consolara, que la arropara y se alejaran ambos de esa panda de energúmenos.

No todos insultaban o increpaban, solo los más radicales. Otros se limitaban a observar, desde la distancia, como meros espectadores. Suponía que muchos no profesarían el Naturalismo y les traería sin

cuidado lo que hiciera la gente del exterior con su cuerpo y sus formas de vida. Pero nadie protestaba, ni recriminaba la conducta intolerante a los más extremistas. Ni siquiera Eloy, que seguía la escena con expresión sombría, apoyado en el todoterreno del otro lado de la calle. Estaba claro que Fedora estaba pasando un mal rato, pero prefería no hacerse notar, seguramente para evitar que las burlas recalaran en él.

David no pudo soportarlo más. Que Fedora lo hubiera rechazado por ese cobarde le enfurecía.

Dio media vuelta y se acercó de nuevo al grupo más cercano, andando con decisión. Ellos se callaron, expectantes y animados porque no terminara ahí la discusión. Sin embargo, David pasó de largo y cruzó la calle, directo hacia el flamante vehículo recién comprado.

—¿Dónde vas? —dijo uno, que David tomó por el dueño. Se había plantado en su camino, temeroso de que su coche pagara los platos rotos.

David lo ignoró, apartándolo con el brazo, y agarró a Eloy por la solapa. Como hombre de campo, era más pesado y fuerte que él, pero no le importó. En el colegio y barrio humildes de su infancia había aprendido a desenvolverse y llevar la iniciativa en las peleas, y eso, más adelante, en el instituto elitista al que fue trasladado, le había servido para enfrentarse con éxito a los que se metían con él por “nuevo rico” y trataban de marginarlo.

Le empujó contra el lateral del coche con violencia, logrando levantarlo unos centímetros del suelo. Este abrió los ojos como platos, sobresaltado.

—Ahora mismo vas a ir con ella y la vas a acompañar a casa —le ordenó con autoridad, señalando a Fedora con la barbilla—, ¿me has entendido?

Eloy balbuceó algo en señal de asentimiento.

—Maldito seas, no te la mereces —le susurró, echándole el aliento en la cara.

Lo dejó caer con desprecio y regresó hacia el solar que hacía de aparcamiento, pasando con la cabeza erguida entre las caras boquiabiertas de los que lo seguían con la mirada.

Había conducido ya durante cerca de media hora, por las viradas carreteras de la Alcarria, al encuentro de la autopista teleguiada que lo

llevara de vuelta a Madrid. David no había dejado de lamentarse por el aciago día y su desdicha, por mucho que trataba de distraer su mente admirando el castillo de Jadraque.

Rebasó, con indiferencia, las indicaciones que advertían de la salida de la reserva. Las funciones del chip se activaron de nuevo, restablecida la conexión de datos. Para muchos, acabaría de regresar a la civilización.

El navegador se desplegó en la franja inferior de su campo visual. Mostraba el mapa de carreteras, así como numerosos datos de interés como la distancia hasta la autopista teleguiada, el índice de ocupación y el tiempo de espera para incorporarse, en función de los huecos existentes y del momento estimado de llegada al punto de acceso.

Diversos indicadores de actividad en chats, mensajes de texto recibidos o llamadas perdidas fueron tomando vida, emitiendo sonidos de aviso y parpadeando los respectivos iconos en la barra de notificaciones.

David aguardó hasta la entrada en la autopista para leer las comunicaciones desatendidas por la falta de cobertura, no quería ser sancionado. La incorporación fue rápida, no había mucho tráfico en dirección a la capital y el servidor no tardó en acelerar el coche para ubicarlo en un hueco libre. Se relajó tras soltar el volante, habiendo delegado el control al sistema remoto.

Encontró un aviso de llamada de voz recibida y accedió al registro con un simple comando de voz. Sorprendido, comprobó que provenía de Lara, quien había tratado de comunicarse con él al mediodía. ¿Qué querría? Tras un par de semanas sin noticias de la chica la había olvidado.

Consultó las conversaciones de texto y, como esperaba, halló un mensaje privado de Lara: “¿Dónde te has metido? Deja los videojuegos y llámame, embajador”. David acostumbraba a desconectar las comunicaciones en el chip cuando se acostaba, o cuando estaba inmerso en películas o videojuegos virtuales, para no ser interrumpido. Aquella noche debió de comentárselo y ella había achacado a ese motivo el no poder contactar con él, pensó.

Se le antojó que la vehemencia del mensaje de Lara delataba sus deseos de una nueva cita apasionada. Se habría aburrido de quedar con los superficiales contactos de la aplicación de sexo rápido y se habría

acordado del interesante hombre del pasado. Aquel día había reconocido que se lo había pasado muy bien.

David no estaba de humor para repetirlo, ni era sensato teniendo en cuenta de quién era hija. Sin embargo, según pasaban los kilómetros, la vertiente libidinosa de su subconsciente comenzó a ganar la partida, trayendo a la memoria una y otra vez imágenes de la excitante vivencia pasada. Tal vez fuera una buena manera de aliviar el despecho, se dijo.

Volvió a la aplicación de llamadas de voz y seleccionó el identificador de Lara.

16.

Fedora caminaba pensativa hacia la céntrica cafetería donde había quedado con David para desayunar. Se hallaba alejada de sus respectivos lugares de trabajo, pero contaba enfrente con un punto de estacionamiento y recarga del servicio público de urbanos eléctricos, lo cual les permitía ir y volver con comodidad. Era temprano y ya pululaban por la calles madrileñas decenas de turistas que aprovechaban el frescor de la mañana para realizar las visitas, antes de que el asfixiante calor del verano se les echara encima.

Su relación con Eloy había mejorado desde el día de la fiesta popular. Habían discutido acaloradamente por la noche. Él echaba la culpa de todos los problemas a su estúpida decisión de ponerse el chip y aceptar ese trabajo en la ciudad. Era su postura egoísta de siempre, pero al final entró en razón. Incluso le pidió disculpas por no haberla defendido de las burlas de sus compañeros.

Esa noche habían hecho el amor.

Fedora recordó la bronca que le echó su compañera Wilma al día siguiente, en cuanto llegó a la oficina.

—¿Que le rechazaste? Eres tonta, Fedi. Lo tiene todo, es atento y con un buen puesto, y sus orígenes lo hacen todavía más fascinante... No entiendo por qué te empeñas en seguir atada a ese gilipollas —había espetado de malos modos.

Aquel último comentario la obligó a meditar. Llegó a la conclusión de que la causa era el cariño, los recuerdos de los mejores tiempos que pervivían latentes en su interior. Temió ser cautiva en el presente de las reminiscencias del pasado, que la esperanza de que todo volviera a ser como al principio la alejara de la realidad.

Desde aquel día Eloy la había tratado con más tacto, se interesaba por su trabajo y dialogaban. Sin embargo, Fedora continuaba detectando una falta de deseo, como si ya no se sintiera atraído por ella.

Había continuado viendo a David a menudo, cada semana. En teoría se citaban para hablar del asunto del asesinato de Fidel, de cómo organizarse para seguir indagando y compartir los avances. Pero en realidad a veces ni siquiera salía el tema, departían de sus trabajos, de

sus vidas privadas o de sus expectativas de cara al futuro.

A Fedora, al principio, le resultó embarazoso reencontrarse con David. No obstante, enseguida se dio cuenta de lo bien que se había tomado su negativa. Incluso se notó incómoda, pues desconocía la causa por la que él continuaba brindándole su apoyo en ese asunto. Esperaba que no lo hiciera con vistas a conquistarla, pues lo último que deseaba sería tener que rechazarlo de nuevo.

Se equivocó: David simplemente parecía disfrutar en su compañía. Las charlas transcurrían apacibles, como en el fortuito encuentro del primer día. Además hablaban con desenfado de sus sentimientos mutuos. David actuaba con naturalidad; hasta frivolisaba sobre lo que podía haber sido de ellos como pareja, consiguiendo sonrojarla.

Había pasado el tiempo y su hermana apenas mencionaba ya a su marido. Tal vez había asumido que no volvería a verlo, que la había abandonado de forma definitiva. Fedora no le había contado nada. Su intención era continuar indagando para dar con la verdad y, solo entonces, informar a su hermana.

David no había logrado ahondar en el caso, no había obtenido ninguna pista. Fedora comprendió que no quisiera involucrarse demasiado, se alegraba meramente por disponer de alguien con quien compartir lo poco que averiguara ella misma.

Esa mañana Fedora se hallaba de un humor excelente. Por algún motivo siempre iba contenta cuando se reunía con David, pero esta vez, además, sus pesquisas por fin habían cosechado datos relevantes.

—¿Tienes un hueco a media tarde? —preguntó David, al poco de sentarse a la mesa—. Por fin se va a posar el módulo de descenso en Marte, y se puede seguir en visión personal. Podías venir a mi casa, tengo cerveza.

—Buen intento —dijo ella, soltando una carcajada. Le asombraba la perseverancia de David. A la mínima trataba de engatusarla, aun a sabiendas de que la respuesta sería negativa, y ambos se lo tomaban con humor.

De verdad le apetecía verlo en directo, iba a ser un auténtico espectáculo. Por primera vez se iba a poder disfrutar el acontecimiento desde la visión de uno de los astronautas, que compartiría con millones de espectadores.

Pero no lo consideró apropiado; lo vería en el coche, por la teleguiada de vuelta a casa.

—Disculpa, tengo una llamada —dijo David de repente.

Se levantó de la mesa y salió a la calle.

Curiosa, a través de la puerta de la cafetería observó sus expresiones mientras conversaba. Sonrisas, carcajadas llenas de sarcasmo, ojos entornados... En sus labios leyó que se despedía con un beso.

Un calor lleno de resentimiento creció en su interior y le subió a la cabeza de golpe.

—Que te acompañe la niña esa que te follas —le soltó a David, airada, en cuanto tomó asiento.

Se arrepintió al momento.

—Lo siento —dijo, posando los ojos en su taza vacía de café, avergonzada del ataque de celos.

Cada día que pasaba con David, sentados cara a cara, se alimentaba una peligrosa llama. Lo sabía y la atemorizaba, pero no quería dejar de verlo.

David no se lo tomó a mal, más bien todo lo contrario. Su expresión delató que saboreaba la invectiva con fruición, pues al fin y al cabo ella acababa de hacer patentes sus celos.

—Me encanta tu lengua mordaz —afirmó con una sonrisa complacida.

—Ya he dicho que lo siento.

—No tengo la culpa de que las muchachas de estos tiempos modernos sean tan sueltas.

—No todas —precisó Fedora—. Yo ni siquiera uso el programa ese para encontrar pareja en cada esquina.

—Yo tampoco, por el momento... —bromeó—. Tú eres más tradicional, como las de mi tiempo. Supongo que por eso no puedo dejar de quedar contigo.

—¿Solo por eso te has enamorado de mí? —rió con malicia. Le gustaba sacarle los colores. Hablaban con total naturalidad del tema, lo cual resultaba curioso y hasta excitante.

Él aprovechó la coyuntura para contraatacar, siempre lo hacía.

—¿Cuándo dejarás a tu novio y te vendrás conmigo? Solo pronuncia un par de palabras y me tendrás, para ti sola, y no volveré a

ver a Lara.

—Ya lo sé —afirmó, aparentando una seguridad que no poseía—. Das todo por hecho a la ligera, para ti debe ser fácil. Sabes que quiero a Eloy, aunque te parezca un gilipollas, y a veces se comporte como tal... Ahora van mejor las cosas. Pienso darle una sorpresa por su cumpleaños.

—Ajá... —murmuró David, con una ostensible falta de entusiasmo.

—Sí, ya pensaré algo. Posiblemente le invite a cenar en un restaurante de Jadraque, hacen un cabrito asado al horno de leña delicioso. Es caro, y solo hemos estado dos o tres veces, pero creo que le encantará.

—Qué conmovedor... —dijo David, sarcástico.

Se empezaba a sentir incómoda. Decidió cambiar de tema, además ansiaba contarle lo que había descubierto.

—Bueno —dijo Fedora—, ya sabes que por mucho que he preguntado no he dado con nadie que pudiera llevarse mal con Fidel.

David carraspeó, lo que Fedora entendió como un asentimiento.

—Pero un conocido de Jadraque, el pueblo grande de al lado —prosiguió ella—, me sugirió que visitara una rudimentaria página web en la que la gente de las reservas, desde los escasos puntos con acceso a internet, informa sobre desapariciones. Es una especie de foro donde se puede subir una foto del familiar o ser querido, indicando la fecha y lugar aproximado en que desapareció. Pretenden que si alguien lo ha visto fuera o sabe algo se ponga en contacto con ellos.

David curvó los labios, cuestionando la idea.

—Será útil para los casos de gente que huye —dijo él—, que para evitar ser insultados o tratados como traidores se largan por las buenas. Al menos la familia puede llegar a salir de dudas... Pero no parece el caso de Fidel.

—Ya —dijo ella—, pero por intentarlo no perdía nada, así que entré en la web y reporté lo de Fidel.

—Vaya pérdida de tiempo. Si lo han matado, nadie va...

—Resulta —le interrumpió Fedora, impacientándose— que los datos de esta sección se publican también en una web nacional de búsqueda de personas, de todos lados, no solo de reservas. Recibe muchas más visitas, y si alguien ha visto a un desaparecido o sabe su paradero, deja un comentario.

David asintió, más atento al desayuno.

—La página muestra un mapa —continuó ella— con todas las desapariciones, y permite aplicar filtros, por ejemplo para ver solo los casos pendientes de resolver, o los pertenecientes a unas zonas u otras. Conéctate a mi visión, te lo enseño.

—Un segundo, que termino. —David devoró el último churro. Fedora suspiró.

—¿Qué has remarcado en el mapa? —preguntó David, por fin.

—Me he quedado solo con los casos de gente de las reservas, y para los que no hay pistas, como el de Fidel.

Dejó que contemplara la imagen cartográfica que había abierto ella en su chip. Las distintas reservas del conjunto del territorio se hallaban numeradas, y en cada una figuraban múltiples etiquetas, constando de un nombre y una fecha.

—Vale —dijo David, encogiendo los hombros—, toda esa gente no ha vuelto a ser vista, pero no sé a dónde quieres llegar...

—Después las he clasificado por la fecha de la desaparición —añadió Fedora—. Mira, estas son las desapariciones publicadas hace dos años. —Abrió un nuevo mapa, con unas pocas etiquetas dispersas. Le concedió unos segundos, y exhibió otro mapa—. Y este es el mapa de las reportadas el año pasado, ¿no ves algo llamativo?

—Pues no caigo...

—Lo verás mejor aquí, ahora están todas ellas ordenadas por fechas. He trazado una línea que sigue el orden en el mapa entre los diferentes casos, recorre los puntos en los que ha habido una desaparición, empezando por la más antigua. ¿Qué me dices?

David se tomó su tiempo, pensativo.

—Joder, van rotando, se alternan las zonas —cayó por fin en la cuenta, sorprendido.

—Efectivamente. Nunca se repiten, nunca verás dos casos en una misma reserva en un periodo corto de tiempo, ni en zonas contiguas. Todas las líneas que unen los puntos son largas, hay un distanciamiento.

—Esto no puede ser fruto de la casualidad —susurró David, atónito.

Mostró una última imagen, con un plano agrandado de la reserva de Guadalajara.

—Y ahora fijate solo en las desapariciones en mi reserva de los

últimos tres años. Se ve claramente que todas han ocurrido en puntos bien apartados de la reserva, en comarcas diferentes.

Cerró el mapa y salieron de sus chips respectivos.

—Sí, está claro que siguen un patrón —dijo David, mirándola a los ojos con seriedad. Mantenía un tono comedido, como si temiera que alguien los oyera—. Es espeluznante. Es como si estuviera todo planificado, no repiten zonas y dejan que pase el tiempo antes de regresar a una misma reserva... Todo para no levantar sospechas.

Fedora asintió.

—No es un caso aislado, una rencilla personal o un ajuste de cuentas como yo pensaba. No sé qué habrán hecho con Fidel, no sé de qué va esto, pero estoy asustada.

—Me pongo en lo peor —dijo David—. Puede que los maten, selectivamente y poco a poco, alternando los sitios para que no se note. Tal vez pretenden vaciar así las reservas que tanto molestan...

Fedora suspiró, no quería ni pensar en eso.

De repente a David se le abrieron los ojos y palideció.

—Un momento, enséñame otra vez el primer mapa, la visión general de todas las desapariciones sin resolver —apremió.

Fedora accedió y esperó, angustiada.

—Mierda —dijo David con voz trémula.

—¿Qué?

Se acercó, clavando los codos sobre la mesa y la miró con fijeza.

—Las reservas que tienen más etiquetas son precisamente las que han excluido de mi campaña —susurró, alarmado—. Por algún motivo no quieren que meta las narices en sus territorios, que hable con su gente... No sé qué de qué va esto, pero sospecho que los gobernadores están metidos hasta el cuello, al menos los de estas reservas, como Amanda.

—Por eso ella se sintió atacada cuando quise que tomara cartas en la desaparición de Fidel —dijo Fedora, casi para sí.

Qué ingenua había sido, pensó, pretendiendo que Amanda colaborara. No se trataba de una discusión por tierras o un lío de faldas, ningún pueblerino había sobornado a nadie para modificar la lista oficial de salidas de la reserva. Gente poderosa estaba detrás de la desaparición, con fines desconocidos.

—No sé en qué consiste, pero huele muy mal —seguía reflexionando David—. Y el consejero me dijo qué reservas debía

saltarme, no me extrañaría que él estuviera también en el ajo.

Fedora le observó, estaba desconcertado y cariacontecido. Ahora a David el asunto le afectaba de lleno, ya no podía afrontarlo como un entretenimiento: ¿y si trabajaba para un político corrupto, tal vez un criminal?

Valoró la situación. Aquello les quedaba grande. Y no iba a forzar a David, no solo correría el riesgo de perder su trabajo.

—No podemos hacer nada —concluyó ella, resignada.

—Tengo una idea —saltó David, unos segundos después, más animado—. Los que cometan estos asesinatos, o lo que sea, deben de ser de fuera: entran y salen.

Ella asintió. Intuía a dónde quería llegar. Dentro de las reservas se gozaba del anonimato, no había vigilancia por el chip, no se dejaba rastro.

Pero fuera sí.

—Entonces —prosiguió David— bastaría con ver quién ha entrado y salido en las fechas que tienes apuntadas, en las diferentes reservas. En un día pueden entrar y salir decenas de personas en cada territorio, pero seguro que los que perpetran esto coincidirán en más de un caso. Hay que analizar los registros de localización geográfica, ver qué personas se repiten.

Hablaba con demasiada seguridad, como si fuera fácil.

—Pero la información sobre dónde ha estado la gente solo está en el Centro de Seguridad... ¿Cómo eres tan optimista? ¿Crees que podrás volver allí?

David gruñó.

—No creo que pueda. Y menos si la gobernadora ha puesto al corriente al consejero. Además es mucha información, muchos datos los que hay que cotejar: fechas, personas, delimitaciones geográficas...

—Creo que deberíamos poner una denuncia.

—Mejor no, ya te lo dije. Solo tenemos suposiciones... No sabemos hasta dónde alcanza esto, y lo que hice fue ilegal, les sería fácil hacerme callar. Pero ya pensaré algo, confía en mí.

17.

Se celebraba un simposio al que David había sido invitado. Se analizaban las nuevas tendencias políticas y se escuchaban ideas y propuestas. Era un auténtico tedio, consideraba David, pero podía representar una oportunidad inmejorable para entablar contacto con el senador Cobo. Necesitaba el consejo de alguien de su posición, a quien suponía limpio y honorable.

Había decidido esperar al receso para el cóctel para acercarse y hablarle en privacidad. Lo abordó frente a la barra, fingiendo que también acudía a coger algo.

—Hola, senador —saludó David.

—El joven embajador Hoyos —dijo alegremente, con la boca llena—, ¿qué tal va la campaña? He oído que vas cosechando algunos resultados.

—Hago lo que puedo, pero no es fácil. He tumbado mitos que corren en los rincones más olvidados de las reservas, donde nos ven como monstruos. Pero muchos se resisten a cambiar de vida y de aires, y es comprensible.

Decidió ir al grano, antes de que alguien los interrumpiese o requiriese la atención del senador. Le habló de la desaparición, los datos falseados en el parte de salidas, y el sospechoso ciclo programado por el que se alternaban en tiempo y lugar otras desapariciones. Por cautela, no mencionó nombres propios; no tenía la certeza de que Cobo fuera ajeno a todo aquello.

El senador respiró hondo, pensativo.

—¿Y por qué me cuentas a mí esto? Si crees que hay algo ilegal, deberías denunciarlo.

Tendría que soltarlo todo, se dijo David.

—Por cierto, ¿no sabrá usted por qué hay ciertas reservas excluidas de mi campaña?

—¿Excluidas? ¿Cuáles?

—Varias. La de Amanda, en Guadalajara, y otras tantas que me indicó el consejero.

—Es la primera noticia que tengo... Pero, ¿qué tiene que ver con

lo de antes?

—Porque es sorprendente —respondió David—, que coincidan estas reservas, en las que se producen las desapariciones, con las que me han hecho dejar fuera de la campaña.

Concluyó relatando la actitud desdeñosa de la gobernadora Amanda cuando acudieron a ella.

Cobo parecía desconcertado.

—¿Y dices que Peralta te ha hecho la agenda?

—Así es.

—Ese joven ambicioso... —murmuró, casi para sí, meneando la cabeza—. Siempre he temido su gusto por el poder. —Levantó la mirada, como si hubiera llegado a una conclusión—. No sé si estará metido en algo, pero desde luego tiene mala pinta.

David asintió, esperanzado. ¿Iba a tomar cartas en el asunto?

—Sin embargo —prosiguió Cobo—, ahora mismo no es un momento apropiado para investigarlo de manera oficial. Queda poco para las elecciones y si se airea la noticia nos supondrá un estrepitoso fracaso, incluso aunque luego resulte que Peralta o los gobernadores estén limpios.

—Entonces ¿no piensa hacer nada? —inquirió David, desalentado.

—Si las pruebas fueran más contundentes... —se excusó—. Pero será mejor aplazarlo unos meses.

—Y mientras tanto seguirá desapareciendo gente, quizá muriendo —replicó David, indignado.

El senador, sobresaltado, levantó de golpe los párpados de sus pequeños ojos hinchados y le tembló la papada.

—¿Cómo? ¿Muriendo?

—No sé si los matarán o qué harán con ellos —se explicó David—, pero es lo único que se me ocurre: quieren que descienda la población de las reservas para poder llegar a cerrarlas. A fin de cuentas, son un incordio, ¿no?

—Eso es atroz —renegó, alarmado—. Es absurdo, queremos que se integren por su propia cuenta, por eso te contratamos y llevas a cabo tu campaña... Si quisiéramos obligarlos haríamos una ley que los forzara a identificarse e integrarse, y clausuraríamos las reservas. No haría falta llegar a ese extremo. —Le clavó una mirada severa—. Me molesta que

acuses a alguien de hacer algo así, a alguien de nuestro partido.

David se encogió de hombros.

—Admito que no me gusta —reconoció el senador—, pero sin pruebas claras no puedo hacer nada.

—Entonces —insistió David—, facilíteme hacer algunas averiguaciones.

El senador se mostró dubitativo.

—Te escucho. —Su tono denotaba que cuestionaba que David tuviese capacidad para ir más allá.

—Necesito que me consiga ciertos registros de localizaciones geográficas, las personas que había en las zonas y fechas que le diga.

Meneó la cabeza, reticente.

—No puedo sacar esa información del Centro de Seguridad. Me juego el puesto.

La rotundidad del senador dejó a David abatido.

—Está bien —dijo tras unos segundos, derrotado—. Olvídelo entonces. Pero si algún día se demuestra que se está exterminando a la gente de las reservas, su pasividad pesará sobre su conciencia.

El senador se sobresaltó. Debió de sentir una punzada de culpabilidad.

—Creo que exageras, David, pero eres inteligente y te voy a dar una oportunidad, siempre que obres con discreción —cedió, resignado—. Si llegaras a destapar algo tan salvaje como lo que sugieres, te aseguro que mi prioridad será poner a esa gentuza ante la justicia.

Cogió aire con pesadez y suspiró, como si no le gustara lo que iba a decir.

—Puedo arreglarlo para que vayas tú al Centro de Seguridad.

A David se le iluminó la expresión y dejó que se explicara.

—Los que trabajan en la planta de informática y servidores, los de mantenimiento, tienen acceso a las bases de datos. No pueden ver los vídeos ni grabaciones de audio personales, eso son palabras mayores, pero sí pueden consultar los registros de localizaciones geográficas.

—¿Pero cómo voy a ir allí? No puedo pedir al consejero que me enseñe las instalaciones de nuevo...

—Te harías pasar por un técnico de mantenimiento. Tendrás que clonar tu chip con el identificador de uno de ellos.

David enarcó las cejas. Eso era nuevo para él.

—Es ilegal, por supuesto —aclaró el señor Cobo—. Consiste en meter en tu chip los datos de otra persona, el identificador, que ya sabes que es una combinación muy larga de números y letras. Yo te daría el de uno de ellos, que está de baja.

David se vio asaltado por un sinfín de dudas.

—¿Y cómo se hace eso?

—Se necesita material especializado, como el que se usa para reprogramar chips dañados o para reemplazar la batería. Lo tienen en los centros oficiales, pero también en hospitales. Trabajas en uno de vez en cuando, ¿no?

—Sí...

—Pues búscate la vida, y si consigues los medios te proporcionaré el identificador y te diré cuándo puedes ir. Yo no puedo hacer más. Ah, y tendrías que hacerlo rápido —advirtió—, antes de que salte la alarma por duplicado en la red. —Se calló unos segundos, disfrutando la expresión perpleja de David—. De vez en cuando se hacen barridos desde el servidor central por si hay un duplicado en la red, es decir dos personas con el mismo identificador. El sistema examina los identificadores de todos los ciudadanos bajo cobertura, de forma secuencial, y si se encuentra con uno repetido actúa en consecuencia: se ordena la detención de ambas personas para dilucidar quién es el impostor y procesarlo.

David nadaba en un mar de incertidumbres. Iba a ser más complicado de lo que había previsto. Tal vez no mereciera la pena seguir adelante.

—No sé, me parece arriesgado —repuso David.

—Es tu decisión —replicó, indiferente.

David tragó saliva, angustiado.

—No quiero acabar en una de esas cárceles autónomas.

Se lo había contado un compañero de estudios días atrás. Las prisiones ya no eran como las que él conocía. Consistían en recintos con barracones en los que no había celdas, muros, vallas, alambre de espino ni vigilancia de ningún tipo: los convictos eran controlados únicamente por su localización geográfica.

Picado por la curiosidad, David se había informado en internet sobre ese curioso modelo penitenciario. Los presos se veían obligados a vivir en comunidad y organizarse para realizar las tareas cotidianas. Más

sorprendente todavía resultaba que cualquier ciudadano era libre de entrar y salir a sus anchas de esos cercos virtuales, ya fuera para visitar a un preso o para hacer negocio vendiéndoles mercancía.

—Yo tampoco —convino el señor Cobo—. Si te pillan, yo no tengo nada que ver, por supuesto. Negaré todo y borraré esta conversación de la base de datos, si es necesario.

Asintió, sin saber qué decir. El senador le puso la mano en el hombro en un gesto paternal.

—Déjame hacerte una pregunta, David. Tienes un futuro prometedor por delante, una vida cómoda te espera en un mundo nuevo por descubrir, y puedes echarlo todo a perder. ¿Tanto te importa esto? ¿Por qué no esperas y dejas que se ocupen otros?

David bajó la mirada, incapaz de encontrar una respuesta sensata.

El senador abrió la boca, como comprendiendo de repente.

—¿Es por esa mujer, verdad? La del familiar que desapareció, ¿no?

David levantó la cabeza, descubierto.

—¿Cómo lo has sabido?

El grueso señor Cobo sonrió, al tiempo que localizaba con la vista una bandeja repleta de vasos de cerveza.

—Los hombres solo hacemos estupideces por ellas.

Lara y David salieron extenuados de la finca de juegos de realidad aumentada, situada en un paraje boscoso de la sierra, atravesado por el río Guadarrama. De camino al coche, aparcado en el descampado situado al final de un camino polvoriento, comentaban las rondas más intensas de la tarde.

—Me ha costado acabar con el francotirador ruso —se lamentaba David.

Se trataba de una modalidad activa de juego a través del chip. Era necesario que los jugadores se desplazaran físicamente a un punto de reunión o arena. Había lugares gratuitos de mediocre realismo, en los que se simulaban desde luchas contra alienígenas hasta batallas épicas del mundo antiguo. Sin embargo, Lara había optado por acudir a un selecto club con instalaciones ambientadas con fidelidad en alguna guerra pasada: había búnkeres y trincheras, cráteres, edificios derruidos y vehículos militares abandonados.

Una vez en la partida, el chip del jugador sustituía la silueta de los otros participantes que se cruzaran en el campo visual por el uniforme y arma que hubieran seleccionado antes de comenzar. Para disparar, el jugador hacía uso de una mira y un botón superpuesto en su visión real. El silbar de los proyectiles o el estruendo de las explosiones se generaban desde unos u otros ángulos dependiendo de la localización de cada uno, controlada por satélite. De ser alcanzado, un mensaje se mostraba a la víctima para que abandonara el área de juego y esperase a la siguiente misión.

—Y que lo digas. Nos ha liquidado a medio equipo, y siempre desde el mismo sitio —le reprochó ella.

David frunció el ceño, pero la joven tenía razón, debería haberse encargado él de ese tipo.

—¿Y cómo iba a suponer que se iba a esconder entre las zarzas? —se excusó.

—No todo el mundo es tan cómodo como tú, que casi ni te has tirado al suelo. Si no te sacrificas un poco, eres un blanco fácil.

David esbozó una sonrisa de culpabilidad. Lara vivía esos juegos casi con fanatismo, liberaba en ellos su desbordante energía.

Se montaron en el vehículo y David suspiró, rendido, cuando tomó asiento. Tras la paliza, llegaba la recompensa: irían a cenar algo y terminarían retozando en su apartamento. La miró de soslayo mientras se introducía en el turismo con soltura, disfrutando la figura espléndida que evidenciaba su veraniego y atrevido vestido de tirantes, y se derritió tratando de recordar el cuerpo joven y atlético que ocultaba.

David ya no temía tanto que su padre pudiera curiosear por dónde andaba su hija, a través de la aplicación del chip por la que Lara compartía con él su ubicación. Tras varios meses de citas esporádicas, de haber estado interesado el director Vera en fisgar ya habría descubierto el escaqueo y formulado alguna pregunta incómoda.

—Aunque la idea de venir aquí haya sido mía, esta es la primera vez que me llamas tú para quedar —dijo Lara, con un deje recriminatorio que desconcertó a David.

Era cierto, había querido verla porque la necesitaba para hacerse con el maldito aparato de clonar identidades. Pero aún no había sacado el tema, no le había pedido ningún favor, de modo que no tenía por qué sentirse molesta.

—Siempre hemos quedado por tu propia iniciativa, eso acordamos desde el principio —se defendió, mientras pulsaba el interruptor de encendido. Nunca se acostumbraría a la ausencia de ruido, solamente por los indicadores luminosos tenía la certeza de que se podía iniciar la marcha.

—No vendría mal un poco de interés por tu parte.

David estaba confuso. ¿Ahora quería convertir aquello en una relación seria?

—Dijiste que no te iba el rollo formal, que tú elijas con quién sales. La primera noche dejaste caer que de vez en cuando me harías un hueco entre tus contactos del programa ese que usas, y así ha sido hasta ahora.

—Que sepas que no he vuelto a ver a nadie desde la última vez que estuvimos juntos —sostuvo Lara, resentida. A continuación adoptó un tono meloso—: Y me alegro de que me hayas llamado, David.

David tragó saliva, turbado. No estaba enamorado de ella ni deseaba que se convirtiera en nada serio. En el fondo no era mala chica, pero se evidenciaba que había sido malcriada. En algunos aspectos David no la soportaba, especialmente por su personalidad infantil y caprichosa, o por su ocasional soberbia que afloraba cuando miraba a los demás por encima del hombro. Sin embargo David lo toleraba por los vibrantes y apasionados ratos que le ofrecía en compensación. En alguna ocasión se había sentido mal, pero debía adaptarse a los nuevos y despreocupados tiempos.

—No suelo repetir con mis citas —prosiguió Lara, sincerándose—. No sé por qué contigo ha sido diferente desde el principio, debe ser por tu origen tan antiguo, tu forma de pensar tan tradicional.

—Me siento halagado —dijo con cierto sarcasmo.

—No, es verdad. Te da un atractivo especial.

—Puede que sea simplemente por tu padre, por el morbo... —sugirió, tratando de quitar hierro al asunto.

No quería engañar a nadie, se veía obligado a dejar las cosas claras, que la muchacha no se hiciera ilusiones.

Pero aún no podía hacerlo, la necesitaba.

Azotado por un fuerte sentimiento de culpabilidad, buscó la forma de sacar el tema, mientras recorrían los últimos metros del camino, que atravesaba un lúgubre bosque de robles.

—Oye, ¿conoces bien el hospital y los diferentes departamentos?
—preguntó.

—Claro, soy la hija del director. De niña jugaba allí al escondite, me conoce todo el mundo —repuso Lara con su orgullo habitual.

—¿Y el material médico? Si te digo un tipo de aparato, la marca y el modelo, ¿me lo podrías conseguir, o decirme dónde encontrarlo?

—Pregúntale a mi padre, para algo trabajas allí.

Parecía ligeramente contrariada, con seguridad debido al giro que había dado David a la conversación, evitando de paso un tema tan comprometido.

—No puedo —replicó David—. No se puede enterar.

Advirtió de refilón que se encendía una llama de interés en sus ojos.

—¿Qué es lo que buscas? ¿Y para qué lo quieres?

—No te puedo decir lo que pretendo, por tu seguridad. Si sale bien te prometo que te lo contaré, a su debido tiempo.

Era el momento de ser directo, de conceder importancia a la misión que le iba a plantear. Si lograba apelar al espíritu rebelde de Lara, le ayudaría. La conocía y estaba seguro de que saltarse las normas, ir contra lo establecido, y en especial contra su padre, la excitaría sobremanera. Carraspeó y adoptó un tono serio pero moderado, como confidencial.

—Necesito que me ayudes a conseguir un manipulador de chips. Ya sé que tenerlo sin permiso es ilegal y que robarlos es un delito muy grave.

—Ni de coña —renegó ella, meneando la cabeza y soltando una carcajada sarcástica—. ¿Por qué me iba a arriesgar? ¿Qué saco yo con eso?

—Te lo pido como un favor —suplicó, desviando momentáneamente la vista de la revirada carretera comarcal para asestarle su mirada—. Lo devolveré el mismo día, en pocas horas, nadie se dará cuenta. Y será emocionante.

Lara se había cerrado, con la mirada perdida por su ventanilla.

Tendría que estimularla de otra manera, aunque significara aprovecharse de ella y en cierto modo engañarla, complicando las cosas.

—Hazlo por mí —dijo. Soltó una mano del volante y le acarició la mejilla.

En pocos segundos Lara sonrió con timidez, doblando la cabeza para atenazarle la mano contra su hombro.

Se incorporaron a la autopista teleguiada en dirección a Madrid. Tan pronto como el vehículo pasó a control remoto, Lara se desabrochó el cinturón y se abalanzó sobre David, rodeándole el cuello con sus brazos.

—¿Qué haces?

—Vamos, ¿nunca lo has hecho en marcha? —le susurró, buscando sus labios con anhelo.

David se fijó en el asistente para conducción del chip, un panel de instrumentos superpuesto en la visión que proporcionaba una lectura rápida de los datos del vehículo.

—Quedan solo diecisiete minutos para nuestra salida —informó, inseguro. Nadie les podía ver desde el exterior, pero le alteraba la insistente alarma por el cinturón desabrochado; seguramente les costaría una multa, el ordenador del coche comunicaba todo tipo de incidencias a la central.

—Nos dará tiempo —prometió ella, lamiéndole el cuello.

—Escucha, mejor luego...

Lara le tapó la boca con la mano y se sentó a horcajadas sobre él, levantándose el vestido y sacando a relucir sus esbeltas piernas. Lanzada, con la mano ya luchaba para desabrocharle el cinturón del pantalón.

No iba a tener más remedio que dejarse arrastrar, se dijo, contagiándose rápidamente de excitación. Reclinó el asiento y subió sus manos por las costillas de la vivaracha joven. Tenía la piel algo pegajosa y sudada por la actividad de la tarde, pero no le importó. Cuando alcanzó sus pequeños pechos, Lara gimió de placer.

Era el mismo resuello de siempre, pero en esta ocasión David sintió una punzada de remordimiento, como si por primera vez albergase la certeza de que no hacía lo correcto: no solo no pensaba corresponder a los sentimientos de Lara, que le había abierto su corazón, sino que además la iba a utilizar para conseguir sus propósitos.

Cerró los ojos para concentrarse en la pasión del momento, pero tuvo que abrirlos porque se cruzaban imágenes borrosas de Fedora, enturbiando aún más su espíritu. En su subconsciente sabía bien que no ayudaba a Fedora por amistad o por que se hiciera justicia, sino porque se había enamorado de ella. A pesar de que se tratara de un amor

imposible.

18.

Condujeron a Fidel por el mismo pasillo que ya recordaba de la primera ocasión y le hicieron entrar en el despacho del tipo calvo de habla formal y trato correcto, pero de actitud imperativa, quien parecía estar a cargo de la formación de los reclusos.

—Fidel Arsuaga, ¿correcto? —preguntó, con la mirada perdida, atento con seguridad a alguna lista desplegada en su chip.

—Así es —repuso Fidel.

Le latía fuerte el corazón. Por fin iba a pasar a la desconocida fase final. No sabía lo que le depararía, pero era a lo único que podían aspirar, la meta de todos y cada uno de ellos. Ya fuera la muerte o la libertad lo que le aguardase, Fidel necesitaba levantar esa carta. Por ello se había esforzado al máximo en los tests y ejercicios, aferrado a toda exigua posibilidad, siempre pensando en su añorada familia.

El hombre lo escrutó por unos momentos. Un brillo incómodo refulgía en sus ojos oscuros. Fidel mantuvo el temple, mostrando una expresión receptiva, aunque lo odiaba con toda su alma. Deseaba estrangular a ese tipo con sus propias manos. Lo habían privado de su libertad, irrumpiendo en su humilde y feliz vida, sin ningún derecho. Pero se obligó a mantener la calma. Ansiaba con fervor conocer su futuro inmediato y por ahora solo avanzaría en esa dirección plegándose a los maquiavélicos planes de esa gente. Cualquier otra cosa implicaría un retraso, el regreso a la celda de aislamiento, o algo peor.

—Enhorabuena, ha completado el ciclo de entrenamiento en poco tiempo, inferior a la media.

Fidel asintió, cauto. Su mirada parecía menos hostil que en el primer encuentro, pero no se fiaba.

—¿A qué se dedica?

—Tengo una tienda especializada en caza y pesca.

—Comerciante... Eso explicaría sus buenos registros en los cálculos.

Se encogió de hombros.

—Supongo que me he esforzado.

—¿Sabe por qué le he hecho llamar?

—Acaba de decir que he completado la instrucción. Me imagino

que por fin me van a decir por qué estoy aquí —dijo con una mezcla de ansiedad y resentimiento.

El hombre carraspeó, como dispuesto, por fin, a desvelar el misterio.

—Permíteme que te tutee, Fidel —dijo en tono amistoso—. Vas a entrar a formar parte de un avanzado equipo de investigación, perteneciente a una de las más prestigiosas multinacionales de microdispositivos biónicos.

Se levantó de su asiento. Su monda y desagradable cabeza contrastaba con su camisa y pantalones de vestir, bien entallados y de calidad.

—Cada vez que algo te roza —explicó, gesticulando—, o bien tocas algo intencionadamente, sientes la textura y la temperatura, la presión del contacto, se percibe dolor o placer. En la piel del cuerpo se esconden infinidad de receptores nerviosos, encargados de transmitir los estímulos del exterior al cerebro.

El hombre continuó con la exposición. Según pudo entender Fidel, habían ido un paso más allá de los modelos actuales de chips, que integraban la informática y comunicaciones con los sentidos de la vista y el oído. Esta vez pretendían que el chip reportara al portador la sensación real táctil, ambicionaban simular el sentido del tacto para hacer que la persona sintiese un cuerpo frío en tal punto de la piel, una caricia en otro, o incluso un golpe o un arañazo.

—Esto llevará a una nueva revolución, a una segunda generación del DIM —decía entusiasmado—. Se crearán películas o videojuegos en los que aparte de la visión real en tres dimensiones o el sonido envolvente, se perciban sensaciones por la piel. Por ejemplo, el viento azotándote la cara, el temblor de la tierra, el frío del agua y la ropa mojada pegada a tu piel, sentir un puñetazo en un juego de boxeo... O la posibilidad de tocar a la gente en los foros de contactos; o los productos en las tiendas virtuales *online*, ¿no crees que las tiendas de ropa tendrían mucho más éxito si los clientes pudieran, además de ver las prendas, tocarlas y comprobar la calidad de los tejidos?

—Y también —prosiguió, ante el mutismo de Fidel— progresamos con el sentido del olfato. ¿No crees que triunfaría un juego de carreras de coches en el que se perciba el olor del combustible, o el humo del escape si te acercas al piloto de delante?

—Sí, supongo. Los de fuera se desviven por todas esas chorradas...

—En las películas se podría sentir el olor de las diferentes escenas: el perfume de los protagonistas en un primer plano, el aroma del mar en un paseo por la playa...

Hizo una pausa, y se lo quedó mirando, serio.

—No pareces muy impresionado. Esto, si sale adelante, va a cambiar el mundo.

Fidel se encogió de hombros, indiferente. Podía sonar impactante, pero para él era más bien preocupante. ¿Qué papel iba a jugar él en todo aquello?

—Nunca he visto una de esas películas ni he entrado en esas aplicaciones virtuales... —se excusó.

—Claro, perdona, por momentos me olvido de cómo sois —se compadeció. Para él los primitivos habitantes de las reservas eran seres inferiores e inadaptados, una opinión muy extendida entre los biónicos—. Pero no te preocupes, lo primero que te van a hacer es ponerte un chip experimental. Puedes alegrarte, se acabó el suplicio de las gafas, eso era simplemente para que aprendieras a desenvolverte con un chip y para evaluar vuestras capacidades.

Fidel tragó saliva. Ahí estaba la respuesta: iba a ser empleado como una cobaya de laboratorio entrenada e inteligente. Y suponía que nunca saldría de allí.

Aguantó a duras penas las ganas de hacerle callar. Le encolerizaba su ostensible alborozo, hablaba como si le estuviera describiendo un nuevo puesto de trabajo y no su próxima labor forzada, en el marco de un vil secuestro. Lo único importante era esa maldita investigación, que sin duda les haría ricos a él y otros muchos, a costa del sufrimiento de los cautivos y sus familias abandonadas.

Se obligó a asentir, ahogando un suspiro. Tal vez cuando terminase el discurso se dignase a desvelar lo que pretendían hacer con él.

—Me veo obligado a preguntarte si estás dispuesto a asumir esta nueva tarea, que implica responsabilidad y dedicación —insistió—. Hay mucho invertido en esto y no nos podemos permitir que nuestros científicos pierdan el tiempo en ensayos con alguien que no está

dispuesto a cooperar.

El encargado se quedó mirándolo fijamente, de pie y estático, como esperando una respuesta.

—¿Y después? —se limitó a replicar Fidel. Estaba dispuesto a que hicieran lo que quisieran con él, siempre y cuando lo liberaran—. ¿Cuándo me soltaran? ¿Cuándo podré ver de nuevo a mi mujer y a mi hijo? —Sintió que se encrespaba según hablaba—. ¿Y si me niego?

El hombre levantó las manos con las palmas abiertas pidiendo paciencia.

—Vayamos por partes. Si te niegas, volverás a la celda de aislamiento una temporada, para que te lo pienses mejor —dijo con gravedad. Había recuperado el tono autoritario e implacable del primer encuentro. De repente se suavizó—. Si por el contrario colaboras, como lo has hecho hasta ahora, llegará el momento en que se te recompense con la libertad. Hay un programa de incentivos y evaluaciones personales para asegurar que todo el mundo esté motivado para realizar su trabajo.

—¿Cuánto tiempo?

—Depende de la predisposición de cada uno. Puede tardarse unas pocas semanas en sumar los puntos necesarios, o años.

El tipo hablaba con seguridad, pero Fidel lo puso en duda. Si dejaban marchar a alguien, lo primero que haría sería denunciar lo que se cocía en dondequiera que se hallaran, o incluso buscaría la venganza personalmente. Pero no iba a llegar a ningún lado cuestionándolo.

—Quiero hablar con mi mujer —espetó Fidel, después de convenir con la cabeza.

—Sabes que no es posible —atajó con sequedad.

—¿Y mis compañeros? ¿Qué ha sido de Walter? ¿Trabaja en lo mismo que voy a hacer yo?

Había forjado un fuerte vínculo de amistad con el sencillo ocupante de la celda vecina y anhelaba conocer qué había sido de él.

El hombre bajó la mirada, vacilante.

—Ese garrulo salió la semana pasada... —Consultaba de nuevo algún documento. Levantó las cejas y pareció titubear—. No, su destino ha sido diferente al tuyo.

—¿Diferente?

—Verás... —vaciló, como buscando las palabras apropiadas—, esto es una investigación ambiciosa, que entraña una enorme dificultad.

Aparte del departamento de *software*, donde recalarás tú, está la sección de cirugía celular y nanotecnología. A ti te van a poner un chip experimental medianamente testado, pero en el área de cirugía las tareas se desarrollan a un nivel más bajo y no están exentas de riesgos, al fin y al cabo tienen que conseguir afinar al máximo la integración entre el chip y los nervios adecuados. Ahí es donde está ese tal Walter. —Esbozó una sonrisa que a Fidel le pareció perversa, conformándose una caricatura en su cabeza pelada.

—¿Insinúa que su vida corre peligro?

—No lo insinúo, lo afirmo. Y la tuya también, pero menos. Tú cooperarás con científicos del más alto nivel, que confiarán en tus impresiones y consejos para afinar los desarrollos. Tus buenas aptitudes te han ayudado a acceder a ese puesto más intelectual, no meramente pasivo como el de tu compañero, consistente en simple operativa del tipo ensayo-error.

Fidel negó con la cabeza, incrédulo. Era indignante la naturalidad con que se explayaba, delatando que la vida de esas personas no le importaba lo más mínimo.

—Es abominable lo que hacen —le reprochó Fidel.

—Es cruel, cierto, pero es el progreso. No se pueden poner barreras a la ciencia. Hace tiempo que se prohibió en Europa la experimentación con primates, ¿y qué hicieron las grandes farmacéuticas? Abrieron centros de investigación y laboratorios en países del tercer mundo, que no contemplaban esa normativa. Y gracias a ello, se han descubierto curas a muchas enfermedades. Con las ratas no es suficiente; a veces, saltarse las barreras legales y morales está justificado. Lo mismo pasa con los chips, es imprescindible experimentar directamente con los receptores, con personas, por el bien del ser humano.

—Y una mierda —saltó, sin poder contenerse más—. No diga que lo hacen por el bien de la especie humana, cuando en realidad lo hacen por dinero.

Al hombre se le enturbió la expresión, ofendido. Retornó a su asiento y entrecruzó los dedos de la mano, dando por concluida la entrevista. A Fidel le dio la impresión de que ese loco realmente se desvivía por la investigación, debía de ser un científico fanático para quien el fin justificaba los medios.

—¿Quiere replantearse su colaboración?

Fidel ignoró su pregunta, abstraído en sus tribulaciones.

—Es increíble —dijo cabizbajo, flemático—. Encerrados, trabajando de cobayas humanas, con la vida en juego... ¿Cómo lo han conseguido? ¿Por qué la gente hace lo que les ordenan?

El calvo sonrió de nuevo, complacido ante la aparente rendición de Fidel.

—No tienen más remedio, ya lo sabes. Pero nos ayuda la ambición genuina del ser humano, el querer pasar de fase unos antes que otros, las ganas de destacar. Supongo que la competitividad, sumada a la curiosidad por saber qué habrá después, por llegar al final y obtener la libertad, incita al esfuerzo.

Tenía razón, concluyó, abatido. En la fase de instrucción con las gafas habían luchado por superarse unos a otros, compartiendo por la tarde las puntuaciones en los diferentes ejercicios y alimentado el deseo de superación.

Se puso en pie, anticipándose a que ese personaje sin sentimientos se lo ordenara a los guardianes situados a su espalda. Se encaminó a la puerta cabizbajo, desolado. Fidel dudaba que fuera algún día a salir de allí, no creía en ese sistema que por méritos otorgaba la prometida liberación, pero era lo poco a lo que aferrarse que restaba.

Se volvió un momento, queriendo resolver la duda candente.

—Si liberan a alguien, lo primero que hará será denunciarles. Yo no me creo que se salga de aquí, al menos con vida.

—Nadie se lo cree —replicó, engreído—, pero es así. Se sale vivo y, te lo aseguro —exhibió una amplia sonrisa poderosa—, nadie denuncia a nadie.

19.

En media hora Lucca tenía la cita virtual de control con Amanda y su grupo. Hasta que se ganaran su confianza, el primer lunes de cada mes debían encontrarse para evaluar sus actuaciones, fijar los baremos y repasar las órdenes.

Se reunían en una página web de cocina y recetas que poseía un foro virtual. En él los usuarios podían acceder sin registrarse y seguir en directo a cocineros profesionales que elaboraban platos de todo tipo; o también charlar subrepticamente de sus asuntos, sin prestar atención a las lecciones culinarias, como hacían ellos. No sabían a ciencia cierta si los tentáculos del Centro de Seguridad alcanzaban a las conversaciones en chats y aplicaciones en red, pero al menos debatir en ese escenario, eludiendo reunirse en persona, dificultaría un posible seguimiento de sus actividades delictivas, y por añadido se evitaban la molestia de salir constantemente a una reserva.

Repanchingado en el sofá, accedió al foro con una imagen virtual impersonal, al igual que harían Amanda y el resto. No llamarían la atención, pues allí lo importante era aprender nuevas recetas, la gente no acudía para conocer a otras personas y por tanto casi nadie se presentaba dentro con su recreación escaneada, sino que seleccionaban uno de los sosos personajes con aire de cómic que ofrecía la aplicación del foro. Recorrió el pasillo en busca del *stand* número seis —el de siempre, no importaba el plato que estuvieran preparando—, y se colocó tras la última fila de asistentes, que conformaban un corro de una docena de personas.

Enseguida apareció Amanda, a quien pudo identificar porque su muñeco llevaba sobre la cabeza un letrero con el alias de Daisy. Al poco se les unió otro hombre que movía un héroe de tebeo de Marvel.

Lucca esperaba que por fin aceptaran sus servicios a largo plazo, como habían hecho con Abel, con quien en el pasado se reunían anualmente. El rendimiento de las últimas semanas había sido perfecto, logrando completar el cupo máximo de capturas en todas las reservas, sin dejar rastro ni arriesgar lo más mínimo. Tenían motivos para estar contentos.

—Empecemos —habló Amanda en tono comedido. Hacía uso de su voz verdadera.

Lucca también utilizaba un pseudónimo acordado, para poder ser identificado con facilidad. Le dirigió un asentimiento moviendo su personaje con el mando. El otro hombre, que no le presentaron, aceptó escuetamente, serio. Lucca había supuesto en un principio que se trataría del otro gobernador, el tipo larguirucho y adulador de Amanda, pero no era su voz ni su débil personalidad; ni recordaba a nadie con ese alias de ocasiones anteriores.

Revisaron de forma rutinaria lo acontecido desde el último encuentro. Como Lucca presumía, estaban satisfechos con su trabajo y concretaron los planes para las capturas a un plazo más largo. Hablaba únicamente con Amanda, el tipo se mantenía callado, soltando de cuando en cuando algún suspiro de impaciencia.

—Pero no te vas a librar de seguir entrando aquí, de momento —puntualizó Amanda.

—¿Por qué? —preguntó Lucca, extrañado—. Si ya tengo datos para currar un año entero...

—Puede haberse complicado uno de tus trabajos —lo interrumpió Amanda—, ya de meses atrás. Un tipo capturado en la reserva de Guadalajara.

De modo que aún no confiaban plenamente en él, sospechó.

—Pero aquello lo hice con Abel, yo solo era el ayudante... —se excusó. No recordaba a qué misión se refería, pero si tuvo lugar meses atrás podría echar la culpa a su difunto jefe.

—Tranquilo, no es tu culpa —terció el desconocido, con autoridad.

—Una chica —explicó Amanda—, que debe de ser familiar, ha averiguado que el tipo que cazasteis no tiene chip, y que además el representante que metimos en el registro, para aparentar que salió de la reserva por su cuenta, tampoco existe. —Amanda no se expresaba con su habitual suficiencia. A Lucca le pareció como cohibida, debido tal vez a la presencia de ese hombre.

Lucca se sobresaltó.

—Joder, ¿cómo es posible que haya averiguado eso? —Esa era la base de su trabajo, la forma de disfrazar las desapariciones, se dijo. Si esa información se hacía pública estaban perdidos.

—Conoce a alguien del partido —intervino de nuevo el individuo—, el embajador Hoyos, no sé si te suena. —Lucca negó con la cabeza—. Ha estado husmeando en el Centro de Seguridad.

—¿Y qué pinto yo? Encárguense ustedes de evitar esas filtraciones —protestó, irritado—. Yo capturo a la gente, no encubro sus datos.

—Vigila con quién hablas, jovencito —le espetó Amanda, mirando de reojo al hombre situado a su lado.

Lucca se calló y tragó saliva, intimidado. Solo podía ser el jefe de Amanda y de los demás gobernadores involucrados en la trama, el mafioso que manejaba toda la red y obtenía succulentos beneficios con el tráfico de personas. Lucca se sintió importante, no creía que Abel hubiera llegado a conocer al gran jefe, en largos años trabajando para ellos. Y él, en pocas semanas, lo había logrado.

—Ya te he salvado el pellejo una vez, chico —le recriminó el hombre, elevando el tono—. ¿Quién crees que ha limpiado tu historial para que no salga a la luz tu torpeza con ese Abel?

Lucca asintió empujando levemente el pulgar sobre el mando, sumiso y tragándose su orgullo. Decidió que debía andarse con cuidado, era alguien poderoso.

Alguno de los asistentes al cursillo de cocina se volvió, molesto porque la discusión le impedía oír bien. Disimularon los tres, mirando distraídos al *stand* entre los huecos que quedaban entre la audiencia. Las recreaciones computarizadas de los platos e ingredientes dejaban bastante que desear, observó Lucca.

—Bien —dijo Amanda—, no es para llevarnos las manos a la cabeza, creo que la situación está controlada. Confiamos en que la cosa no vaya a más, pero hay que ser precavidos. —Procuraba sonar optimista, pero con escaso aplomo.

—¿Controlada? —saltó el hombre—. ¿Porque les dijiste a Hoyos y a la otra que la lista oficial era correcta y que se olvidaran del tema? ¿Crees que se van a conformar con eso?

Lucca hizo memoria. Sí, la voz le era familiar, la había oído en las noticias. No era un empresario ni un mafioso millonario: tenía enfrente al Consejero de Asuntos Internos, un tal Peralta. Ostentaba un cargo de renombre y si había intervenido era porque el tema debía considerarlo muy sensible. Tal vez temía que se descubriera toda la red,

su red.

—Hice lo que pude —se excusó Amanda, resentida. Lucca intuyó que pasaba al ataque—. Han pasado varias semanas y no hay señales de que Hoyos siga indagando, te habrías enterado. Y déjame decirte que esto no habría empezado si tú no llevaras de visita turística a los novatos del partido, y nada menos que al Centro de Seguridad —le recriminó.

Peralta resopló, enfurecido, encajando el golpe. Lucca se sintió incómodo, no quería presenciar una discusión interna. Podría enterarse de detalles que no necesitaba saber, ni le convenía.

—¡No entiendo por qué has tardado tanto en decírmelo! —bramó.

Amanda no contestó. Posiblemente no había reunido arrestos para contárselo hasta pocos días atrás, carcomida por la incertidumbre, especuló Lucca.

—Ese Hoyos depende directamente de tu consejería, está en tu afamada campaña de concienciación en las reservas —dijo ella con desdén. Luego moderó el tono—. Seguro que le ves casi a diario. Podrías sondearlo, a ver si esconde algo, y si es así le dejas las cosas claras, le ordenas que se olvide de esto.

—¿Estás loca? No puedo decirle nada, eso revelaría que ocultamos algo. Se daría cuenta de que has acudido preocupada a contármelo y deduciría que hay algo turbio, que su amiga tenía razón. No podemos alentarle a investigar más, tengo que hacer como si no supiera nada. —Estaba a punto de explotar—. Maldita sea, ¡si delego en los gobernadores es para no tener que encargarme yo!

Se callaron, chistados de nuevo por los de la última fila.

El tono alterado del consejero era opuestamente diferente al que Lucca había escuchado en sus apariciones públicas, siempre cordial y rebotante de palabrería bien escogida, buscando encandilar al electorado. Se imaginó su aspecto real en lugar de aquel muñeco de cómic inexpresivo. Lo situó en su despacho, rojo de ira, con su característica nariz curva y afilada y un traje de excelente confección cubriendo holgadamente su cuerpo esmirriado. No aguantaría ni un asalto en un combate, se dijo, divertido.

—Vayamos al grano —apremió Peralta, cansado, bajando la voz—. Esta vez no ha sido tu culpa, chico, pero creemos que eres la persona indicada para cubrirnos las espaldas. Amanda halaga tu arrojo y determinación.

Lucca emitió un murmullo, expectante.

—Quiero que realices un seguimiento al embajador David Hoyos, que vigiles sus movimientos, con quién se ve, de qué hablan. Puede que necesites piratearle el chip, meterle un troyano para ver sus ficheros o grabar sus conversaciones. Si no sabes, busca ayuda de algún experto.

No le gustaba la pinta que tenía eso. Perpetrar cualquier acto delictivo en el territorio controlado era peligroso. Distaba mucho de las sencillas cacerías en las abandonadas reservas, tierras sin ley.

—Pero, ¿cómo voy a hacerlo? No sé ni dónde vive.

—Tranquilo, trabaja para mí. Yo te conseguiré esa información —aseguró, sin ocultar cierto resquemor hacia Amanda.

Era obvio que Peralta estaba molesto porque se había visto obligado a intervenir por dos veces en apenas unos meses. Lucca imaginó que dejaba la logística de los secuestros en manos de Amanda y los gobernadores para no tener que ocuparse de esas gestiones locales, limitándose a las grandes negociaciones con las corporaciones privadas, los compradores de mercancía humana. Y le irritaba que Amanda reclamase su ayuda de nuevo.

—¿Y no sería más fácil estudiar lo que hace, o ha hecho, a partir de los datos del Centro de Seguridad? —preguntó Lucca—. Ahí están sus vídeos, sus desplazamientos, conversaciones...

—¿Como si fuera tan fácil acceder a esa información! —le reprendió él—. Se trata de un organismo independiente, guardan rigurosamente los datos. Ya conseguí, de milagro, que mi contacto borrara tus datos para encubrirte, pero lo hizo como un favor extraordinario. Si volviera a pedirle algo exigiría explicaciones, o podría sospechar que tenemos algo sucio entre manos.

Lucca asintió, resignado.

—¿Y la chica? ¿No hay que vigilarla?

—No sabemos cómo se llama, de momento olvídate de ella. Quien preocupa es él, es quien puede sospechar algo y tiene medios para hacer preguntas y sacar conclusiones.

—Ella —dijo Amanda—, aunque es de una reserva, tiene chip, no será difícil de identificar si fuera necesario.

—¿Y si efectivamente ese Hoyos sigue husmeando y está tras la pista de algo? —preguntó Lucca, adivinando la respuesta.

—Habría que silenciar a los dos —decretó el consejero, tajante

—, y a todo el que supiera algo. Pero antes nos lo notificas, no actúes por tu cuenta.

—Y mucho menos con tus métodos radicales —malmetió Amanda, tildándolo de novato temerario.

Lucca apretó los labios, refrenándose para no contestar. ¿Quién se creía que era esa señora? Lo único que hacía por el negocio era controlar y sobornar a los funcionarios indicados de su reserva, con su enorme culo aposentado en algún cómodo sillón. Y quien corría los riesgos, era él, con seguridad el peor pagado de toda la cadena.

—Ha pasado ya bastante tiempo —le recriminó a Amanda el señor Peralta, volviendo su muñeco hacia ella, para alivio de Lucca—. Puede que sea tarde y ya lo sepa demasiada gente. —Lástima que las figuras virtuales no reflejasen las expresiones faciales, se dijo Lucca, pues le gustaría haber visto la cara de la arrogante gobernadora ante el grave tono de reproche del consejero.

—He tardado en decírtelo porque no quería molestarte de nuevo —se excusó Amanda, consciente de su error.

Lucca se impacientaba. Consideraba que le concedían al asunto demasiada importancia, lo más probable era que ese tipo ya ni se acordara. Aceptaría el encargo, concluyó, pero no pensaba prestarle excesiva dedicación, le parecía una pérdida de tiempo.

—Vale —interrumpió Lucca—, pero no hemos hablado de lo que cobraré por esto.

El consejero lanzó una carcajada sarcástica.

—Yo te hice un favor gratis, con esto quedaremos en paz.

20.

—Bien, Fidel, veamos cómo se comporta esta nueva versión — escuchó Fidel la voz del ingeniero, transmitida a su nervio auditivo por el chip.

Llevaba semanas colaborando con él, pero nunca lo había visto en persona. Lo único que ese hombre sabía de Fidel era su nombre de pila. Los técnicos e ingenieros debían de hallarse en otro departamento, desde el que no podían ver a los secuestrados, pero sí comunicarse con ellos. A los prisioneros, sin embargo, no se les capacitaba para responder, pues el canal de audio era de una sola dirección: los científicos nunca escucharían sus voces.

Una vez más el experto le había desconectado el chip para instalarle un *firmware* actualizado con las últimas modificaciones y parches en el código fuente. Según le acababa de notificar a Fidel, en pocos segundos el sistema operativo arrancaría de nuevo en modo depuración. Su chip, como el del resto de los integrantes de la última fase, no era del tipo ordinario. Se trataba de una unidad experimental con funcionalidades limitadas, orientado en exclusiva a probar los desarrollos del *software*, sin capacidad para establecer comunicaciones con el exterior.

Los internos continuamente especulaban sobre el lugar en que se hallaban. Sabían que las personas sin chip reglamentario que osasen salir de las reservas de forma irregular eran detenidas tan pronto como se cruzaran en la visión de alguien “normal”. ¿Cómo se explicaba entonces que no saltaran las alarmas de los guardias, o la del propio encargado calvo que tanto aborrecían, cuando se veían cara a cara? Algunos suponían que se hallaban en alguna reserva, o incluso en un remoto país extranjero sin monitorización electrónica. Otros apostaban por que se escondían en un recinto exento de la obligatoriedad de portar el chip legal, como un hospital o un aeropuerto.

Persistían entre ellos un sinfín de incógnitas, interrogantes a los que trataban de dar respuesta en el tiempo de ocio. Los más atrevidos exponían sus teorías abiertamente, en las conversaciones a viva voz desde las celdas; los recelosos solo hablaban de los temas delicados

durante las duchas comunitarias, aprovechando el ruido del agua que ocultaba la conversación a los acechantes micrófonos.

A Fidel le resultaba inexplicable que no hubiera salido a la luz lo que se cocía, lo que hacían esos despiadados con unos humildes provincianos. ¿Estaba implicado todo el personal, los innumerables equipos de investigadores? No, intuía, y por eso impedían la libre comunicación: pretendían mantener a los técnicos al margen, que no supieran nada de sus cobayas. Pero era inconcebible que ninguno de entre las decenas de científicos que trabajaban en aquel lugar nunca hubiera sospechado nada, nunca se hubiera preguntado por qué no les permitían mantener una conversación con los sujetos sobre los que experimentaban, o que viesan con normalidad los accidentes que acaecían durante las pruebas. No podían ser tan ingenuos, resultaba incomprensible.

—Empecemos, como siempre.

El ingeniero hacía que el chip de Fidel suscitase, en diversas zonas aleatorias de su piel, sensaciones de calor o frío, o bien simulase golpes suaves, pellizcos, cosquillas, roces... Fidel debía marcar el lugar exacto donde lo sentía, pulsando uno de los múltiples botones táctiles de un mono ajustado a su piel que se había enfundado. Así, el programador comprobaba si el chip había simulado el estímulo en el lugar correcto, o bien requería algún ajuste.

Era un trabajo monótono y aburrido, se pasaba la mayor parte del tiempo sentado, esperando a que el ingeniero corrigiese los fallos en su código y compilase el programa. Durante la batería de pruebas experimentaba sensaciones agradables, como cosquilleos; o dolorosas, como pinchazos, heridas o quemaduras, pero siempre momentáneas e inofensivas; su piel se mantenía intacta: era el prodigioso chip quien transmitía al cerebro la existencia de esos estímulos simulados.

—Correcto —anunció el ingeniero, suspirando—, esta vez ha ido bien. Ya he detectado el error, por eso sentías dolor en lugar de frío en el caso de prueba 13.

Fidel se preguntaba por qué le daba explicaciones, cuando no podía contestar ni expresar su satisfacción o comprensión. Debía de ser un buen tipo, pensaba, pues otros investigadores apenas conversaban, como si consideraran que nunca asimilarían los términos tecnológicos. Era desconcertante para Fidel que una persona decente trabajara en aquel lugar, ¿es que ignoraba que habían sido secuestrados y sometidos a esa

atroz esclavitud?

—El dolor lo transmiten al cerebro unos receptores situados en la epidermis —explicaba alegremente el científico, que disfrutaba a todas luces con lo que hacía—. Cuando la temperatura es extrema, se presiona o hay una herida en la piel, envían el mensaje al cerebro. Por el contrario, los que notifican la sensación de frío son los corpúsculos de Krause, ubicados en la hipodermis, la capa más profunda. Ya sabes que busco que el chip engañe a tu cerebro, que simule un mensaje proveniente desde esa zona, de frío en la prueba 13, aunque en realidad no haya nada físicamente. Me ha costado dar con el problema, pero lo tengo: en esa área la hipodermis es muy fina, son difíciles de discernir las señales eléctricas originadas en la epidermis de las de la hipodermis, y mi *software* estaba provocando que sintieses dolor virtual en lugar de frío virtual.

A Fidel le era indiferente, aunque tal vez le interesara el tema si no ostentase el cargo de trabajador forzado y hubiese sido separado de su familia. Pero intuía que eso el ingeniero no lo sabía, y por educación pulso el botón de “Ok”.

Fidel no había mostrado nunca ni un ápice de entusiasmo, consciente de la desgraciada e inaceptable situación en que se hallaba. Sí se alegraba, al menos, de haber recalado en el equipo de pruebas del *software*; no como el pobre Walter, con quien experimentaban nuevos chips, sometido constantemente a microcirugía.

Lo primero de que tuvo constancia Fidel cuando alcanzó la llamada fase final, por las palabras de sus compañeros, fue que realmente la gente alcanzaba las metas, cumplía los objetivos y se marchaban, desaparecían. Para reemplazarlos se ascendía a alguien de la fase previa y el ciclo continuaba.

Al principio lo puso en duda, pero no tardó en verlo con sus propios ojos, henchidos de envidia. Cuando ocurría, todos se apresuraban a suplicar al agraciado que transmitiera noticias a sus familias, o le susurraban que pusieran remedio a su situación, denunciándolo. Pero nunca pasaba nada.

Finalizada la jornada, su grupo fue dirigido de regreso a sus celdas, que ocupaban en parejas. Recorrían los archiconocidos pasillos sintiendo cómo se abrían y cerraban las puertas a su paso, sin que nadie los escoltara ni los apremiara. Sabían a qué atenerse y eran infrecuentes

los altercados.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó el vecino de la celda de enfrente.

—Bien —repuso Fidel, tirándose en la cama—, hoy me ha dado un punto más por alcanzar un hito en la planificación, aunque yo he hecho lo mismo de siempre.

—Sí, eso es lo que cuenta. Si el técnico ha progresado con sus objetivos el calvo te recompensa, poco le importan tus méritos, que te hayas esforzado o colaborado mucho o poco.

En pocos minutos hizo su aparición en tropel el grupo de Walter. Venían de otra sala diferente, pero a través del mismo solitario pasillo. Lucían todos la cabeza afeitada, señal de las operaciones continuas a las que eran sometidos.

—Hola —dijo Walter, tras abrirse de forma automática la puerta de la celda.

Fidel advirtió que caminaba con un paso vacilante e inseguro, diferente a sus acostumbradas zancadas.

—Te noto apagado, ¿algún problema?

—No me encuentro bien, me duele la cabeza.

Fidel se incorporó y le ayudó a sentarse en su cama, a pesar de que a Walter le correspondía la litera superior.

—Es el chip que me han puesto hoy, me ha dado mala espina desde el principio.

—Pero se habrán dado cuenta...

—No, los tests de adaptación han ido bien. Aunque noto un calor extraño por detrás de la oreja, como si estuviera sobrecalentado el chisme...

—Relájate a ver si se enfría. Pero creo que será mejor que avisemos para que te lo revisen, cuando salgamos a la ducha te acompaño.

Se aprestó a subir a la litera de Walter para dejarle a él descansar un rato abajo. Apenas había puesto un pie en el escalón cuando Walter se llevó las dos manos a la cabeza y se irguió de un brinco.

—¡Joder, quema cada vez más! Es como cuando te das un golpe en el codo, que te da un calambre, ¡pero por toda la cabeza!

Fidel se apresuró hasta la puerta transparente y soltó una voz, mirando al techo del pasillo, aunque ignoraba dónde se hallaban las

cámaras.

—¡Ayuda para mi compañero, por favor!

Los otros prisioneros se asomaron a las lindes de sus celdas, curiosos y alarmados. Los más allegados se unieron a la petición de asistencia médica.

—¡Ha salido un mensaje de error! —exclamó Walter, cuya voz temblorosa revelaba el pánico que sentía. Hacía aspavientos con los brazos y se frotaba el cuero cabelludo con violencia, como tratando de expulsar a un demonio—. ¡Dice “System halt”, o algo así!

—Mierda, hacía tiempo que no pasaba... —oyó Fidel que se compadecía alguien, en un intervalo vacío de gritos de auxilio. No entendió el comentario.

Clamó socorro hacia el pasillo y regresó junto a su amigo, preocupado, buscando tranquilizarlo. Se plantó frente a él y lo agarró por los hombros.

—Cálmate, enseguida vendrán a quitarte eso.

Aliviado, le dio la impresión de que Walter había superado la crisis nerviosa. Su amigo se mantenía inmóvil, de pie en el centro de la celda. No decía nada.

—¿Walter, estás mejor?

No respondió, y se dio cuenta de que sus ojos apuntaban al infinito, vacíos. Su rostro se hallaba carente de expresión alguna. De repente echó a andar y se golpeó la frente contra la pared.

—¿Qué haces?

Extrañado, le dio la vuelta, con la intención de acercarlo al camastro y que se sentara, pero en cuanto se vio libre del obstáculo continuó avanzando con ímpetu, desasiéndose de los brazos de Fidel. En pocos pasos se tropezó esta vez con la litera inferior y cayó de bruces en la cama.

Se disponía a levantarlo cuando irrumpieron los dos guardias en su habitual mono azul.

—Aparta, ya nos encargamos.

—¿Qué le pasa? —preguntó consternado.

Los guardias no respondieron y se llevaron uno por cada lado al desgraciado Walter.

—Pareces nuevo, Fidel —le dijo el de la celda de enfrente, cuando ya se hubieron ido, con tono despreocupado. El viejo, de raza

negra, llevaba allí más de un año y alardeaba de saber más que nadie—. ¿En tu reserva nunca habéis oído hablar de los erráticos?

Fidel conservaba una vaga idea, que pudo rescatar de su memoria, pues más de uno habían hablado de ello alguna vez: los chips fallaban y dejaban el cerebro bloqueado e irrecuperable, dando lugar a sujetos deshumanizados que caminaban como dementes, sin juicio. Aunque no tenía la certidumbre de si el concepto obedecía a hechos reales o a historias místicas y bulos que aireaban los más acérrimos adversarios de los biónicos.

—Sí, me suena... —admitió, afligido por lo que significaba para Walter.

—En mi reserva los llaman “dummies” —dijo otro—. Casi todos los que trabajan fuera, que se han puesto chip, han visto alguno.

—Yo le pregunté al encargado un día —continuaba el negro de enfrente, con afán de protagonismo—. En el exterior ocurre por usar chips defectuosos, más baratos pero no homologados. Aquí dentro es normal que suceda, al fin y al cabo experimentan con chips y puede haber fallos en la microcirugía.

—¿Y adónde los llevan? ¿Avisan a sus familias? —preguntó Fidel, consternado y molesto por la pedantería del vecino.

—Evidentemente no. Supongo que los ingresan de forma anónima en un centro de esos —repuso levantando los hombros, sin concederle importancia.

—No sé por qué armáis tanto escándalo —se quejó otro que Fidel no podía ver, con flema y masticando las palabras, como si se hallara postrado en la cama. Por la voz creyó identificarlo como uno de los del grupo de Walter, otro veterano—. Vosotros, los de *software*, no corréis tanto riesgo, pero esto pasa todas las semanas en nuestro departamento. Hay quien palma de repente, se queda frito; otros no despiertan de una operación de implantación de un nuevo chip; y otros se quedan idos como le ha pasado a Walter.

Fidel, avergonzado, se dio cuenta de que vivían engañados, cegados por el ansia de cumplir los objetivos, sumar los puntos y obtener la libertad, sin ser conscientes de que cualquiera podía ser el siguiente.

Le repugnó la frivolidad y naturalidad con que hablaban del asunto.

—Cualquiera de nosotros puede ser el siguiente —saltó resentido

—, y debatís como si aquí no pasara nada, como si fueran accidentes laborales ordinarios e inevitables. No somos más que víctimas de un secuestro, sometidos a la esclavitud y a la experimentación.

—Vigila lo que dices —le advirtió otro—, si te quitan puntos todavía tardarás más en salir de aquí.

Fidel trató de dominar su furia. Quiso gritar y despotricar, pero ahogó sus protestas propinando una patada en la taza del retrete, con la que solo consiguió lastimarse y agravar su frustración. Ponía en duda que alguien saliera realmente, con garantías de retomar su vida robada. Sus compañeros eran unos ingenuos, les habían comido la cabeza tras tantos meses de cautiverio, promesas, objetivos y reglas.

Dejó de escuchar la conversación en que se habían enfrascado los demás internos y se dejó caer en el camastro. Le corroía la ira y la sed de venganza. Barajó la posibilidad de hacer algo, no estaba dispuesto a entregarles la vida como un cordero más del rebaño, plegado a su juego.

21.

Viernes por la mañana

Golpeó un par de veces con los nudillos sobre la puerta del despacho del doctor Dalmiro Blas. Era primera hora de la mañana y David sabía que su amigo no se encontraría ocupado, no acostumbraba a conceder citas hasta las diez.

—¿Tan pronto por aquí? —preguntó, levantándose de su sillón. David envidiaba lo bien que le sentaba el pelo entrecano y abundante junto a la bata blanca. El médico emanaba un aire de profesional maduro y respetable—. Creía además que hoy no venías, no hay clientes a los que puedas convencer de las bondades de la criogenización... —dijo dedicándole una sonrisa.

—Tienes razón, Dalmiro, no he venido por trabajo.

David se notó nervioso. Había confianza entre ambos, pero lo que le iba a pedir era comprometedor, le iba a involucrar en una actividad delictiva. Y no deseaba brindarle las explicaciones sobre lo que le movía a hacer aquello.

Desechó el ofrecimiento del doctor de tomar asiento y se aproximó a él, cabizbajo. Sintió que lo seguía con la mirada, extrañado.

Sacó de su bolsillo la pequeña caja metálica.

—¿Qué es eso? —inquirió.

David extrajo el sofisticado instrumento con delicadeza. Parecía un simple bolígrafo, pero se trataba de una herramienta poderosa: unas manos adiestradas podían manipular un chip con él, modificar la auténtica alma del ser humano del futuro.

Sobresaltado, el doctor Blas no tardó en reconocerlo.

—¿De dónde lo has sacado? En nuestro departamento no hay chismes de estos.

—Me lo ha conseguido una amiga —repuso, quitándole importancia. No pintaba bien, pensó, parecía alarmado y aún no le había expuesto siquiera su petición.

—¿Qué amiga? Hay un control estricto sobre estos aparatos.

David había barajado varias opciones para evitar decirle la verdad, pero si quería que le ayudara no podía pretender engañarlo. Esos

artilugios se guardaban con más celo que las armas de fuego y Dalmiro lo sabía.

Suspiró, resignado.

—Me lo ha conseguido Lara, la hija del director.

—¿Sin el permiso de su padre? —exclamó, escandalizado.

David asintió levemente, evitando sus ojos.

—Esa niña consentida y rebelde... —farfulló. A continuación debió de atar cabos y cayó en la cuenta de que no era una mera amiga de David—. No, venga, David, con todas las que hay...

Descubierto, David ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa inocente.

—Estás jugando con fuego —le abroncó Blas, que por momentos parecía haberse olvidado del preciado artilugio—, como se entere el director... Es una cría mimada, como algo se tuerza y hable mal de ti puede hacer que te quedes sin trabajo. Tiene más poder del que aparenta cuando viene por aquí pavoneándose a ver a su padre.

—Tranquilo, no es nada serio.

Le pidió que se sentaran, aprovechando el giro en la conversación. Aguantar una charla moral era preferible antes de abordar el espinoso asunto de la clonación del chip.

—Basta con que ella en un momento dado deje de verlo de esa manera, para que te veas metido en un lío —le reprochó el médico, que renegaba con la cabeza mientras recuperaba su tazón de café con leche.

David tragó saliva, admirado por la capacidad de intuición de su amigo. Justo parecía que Lara se decantaba por convertir aquel devaneo en algo más, a lo cual no estaba dispuesto. Pero le había seguido el juego para que le consiguiera el aparato y temía las consecuencias de su falta de honestidad.

—Bien —suspiró Dalmiro—, ¿no me vas a decir lo que pretendes?

—No puedo decirte mucho, no por el momento.

Dalmiro asintió, como esperándose la respuesta. Era lógico, lo más inteligente. Iba a cometer un delito y si salía mal investigarían sus vídeos y conversaciones pasadas. Cuanto menos supieran los que le rodeaban mejor para ellos. Por esa misma razón no le había dicho nada a Fedora, a pesar de ser la causante de todo: no quería involucrarla. Incluso había evitado quedar con ella esa semana, para no irse de la

lengua y revelar sus intenciones. Solo cuando regresara del Centro de Seguridad y el doctor le restaurara su identificador original la llamaría para ponerla al día.

—Tienes que cambiarme el identificador en el chip —solicitó David, con el corazón en vilo. Si se negaba, no contaba con nadie más a quien acudir.

El doctor frunció el ceño, perspicaz.

—Te aseguro que es por una buena causa, pero cuanto menos sepas, mejor. Ya te lo explicaré todo.

El médico se mostraba dubitativo. Casi para presionarlo, David le pasó por el chat la larga cadena de caracteres correspondiente al identificador del técnico que se hallaba de baja y que le había proporcionado el senador Cobo.

—Volveré antes de que te marches esta tarde para que me restaures mi identificador —aseguró David, tratando de convencerle con un tono enfático y una mirada apremiante.

El doctor chascó la lengua, se encogió de hombros y meneó la cabeza, resignado.

—Está bien. —Se puso en pie—. Acompáñame a otra sala, no tardaremos nada.

Por el momento todo marchaba según lo previsto, consideró David mientras respiraba, aliviado, en la soledad del vestuario del Centro de Seguridad.

El largo viaje hacia el norte por la autopista teleguiada lo había dedicado a repasar las instrucciones y los planos. En todo momento había sido víctima de un incómodo desasosiego, lo cual le había impedido echar una cabezada para recuperarse del madrugón de la mañana.

Se había plantado ante la puerta metálica reservada para el personal. Tras unos segundos de incertidumbre el mecanismo de apertura se inició automáticamente. Respiró tranquilo, el identificador había funcionado.

Ascendió con lentitud por la colina, en dirección al aparcamiento para empleados. Las modernas edificaciones se erigían ominosas, en lo alto, indiferentes ante el sol estival que radiaba con creciente intensidad en la mañana. David experimentó un sudor frío, preguntándose qué necesidad tenía de meterse en semejante embrollo, de jugársela de esa

manera. Determinó que era un estúpido, pero ya era tarde para echarse atrás.

Nadie le prestó atención al atravesar los tornos. Se dirigió con resolución al vestuario, cuya ubicación había memorizado durante el viaje. Conocía su itinerario y los tiempos con exactitud, y se había permitido sentarse en un banco de madera para relajarse por unos breves instantes, una vez enfundada la vestimenta. Debía estar de vuelta en la capital y con su identificador restaurado antes de la hora límite fijada.

Recorrió mecánicamente los pasillos siguiendo el plano que mantenía abierto en el chip. Tomó el ascensor hasta la segunda planta y alcanzó la pasarela exterior que conectaba con el segundo bloque. Caminaba con aplomo e indiferencia, como si llevara trabajando allí toda su vida, y correspondía con adustos ademanes con la cabeza al cruzarse con miembros del personal.

Entró a la planta de servidores por un acceso poco frecuentado, según la información que manejaba. En el hipotético caso en que otro operario lo viera no debía alarmarse: en ocasiones acudían expertos despachados por los fabricantes de las diferentes máquinas para realizar labores de soporte o reparaciones. Si surgía algún tipo de conversación, improvisaría ayudándose de ese argumento.

Agradeció el sordo y monótono rumor de los ventiladores de los equipos, que ocultarían cualquier ruido que delatara su presencia. Cada cincuenta metros se disponía un puesto de mantenimiento: una silla de oficina frente a una pantalla táctil. Localizó el más cercano y se sentó, no sin antes mirar a ambos lados, precavido. No se veía ni un alma en aquel desolado lugar.

El sistema lo identificó como empleado del área y le presentó un amplio menú con infinidad de botones y opciones. No había tiempo que perder. El senador le había informado de la hora programada para el siguiente barrido de seguridad, a media tarde, para detectar duplicados en la red. Contando con el viaje de vuelta, calculaba que disponía de media hora para obtener la información necesaria.

Abrió en su chip la hoja tipo Excel que había elaborado Fedora, donde figuraban las personas desaparecidas, las fechas y los lugares aproximados, incluido el caso de Fidel. Ejecutó un sinfín de consultas para extraer las localizaciones geográficas de todas las personas que hubiera en un área cercana a cada caso de desaparición, fuera de las

reservas, en las zonas limítrofes, ya bajo el control del Centro de Seguridad.

El procesamiento tardaría, pero si su teoría era buena daría con los asesinos, secuestradores o lo que fueran: después de actuar abandonarían la reserva, regresarían al territorio controlado y su pista quedaría registrada en la base de datos. Y ahí estaba él para descubrirlos, para obtener pruebas sólidas y no meras conjeturas, de forma que pudieran denunciar los hechos y que se ocuparan los profesionales; y, sobre todo, que Fedora quedara satisfecha y agradecida.

Obtuvo una lista de cientos de individuos. Copió los datos a su chip y, mediante un algoritmo sencillo, filtró los resultados de forma que solo quedaran las personas que se repetían en varios de esos escenarios. Confiaba en que entonces quedaría en evidencia el autor o autores.

Esperó unos instantes más con tensión, pero cuando vio el resultado se le cayó el alma a los pies: no había ninguna coincidencia, no se había detectado la presencia reiterada de ninguna persona en más de un caso diferente.

¿Qué iba a hacer ahora? Era su única hipótesis y se había revelado equivocada, se lamentó, abatido.

Recordó el sistema de rotaciones y se le ocurrió que los criminales, si estaban tan bien organizados como aparentaban, tomarían precauciones: lo sensato sería no regresar por el camino más corto, sino dando un rodeo. Si reaparecían a unas decenas de kilómetros del punto del delito, saliendo por un punto opuesto de la reserva, sería mucho más complicado que los relacionaran.

Sin mucho convencimiento, amplió la búsqueda, ensanchando el área abarcada, de forma que no quedara fuera ningún punto fronterizo de ninguna reserva, ni siquiera las franjas marítimas de las situadas en la costa, pues tal vez escapasen en barco, se dijo a la desesperada.

La compleja consulta se tomaba su preciado tiempo y David comenzó a impacientarse, mirando continuamente el reloj superpuesto en una esquina de su visualización real. Temía que se le hiciera tarde y no se presentara de vuelta en el hospital a tiempo. Allí quieto y sentado empezó a sentir frío y se acurrucó, cruzándose de brazos.

Por fin se mostró una relación con miles de individuos hallados. Filtró la lista para obtener coincidencias y tuvo que ahogar un grito de júbilo: había datos. Cerró el puño con fuerza antes de examinar los

resultados.

Para el caso de Fidel y otros muchos figuraban dos personas, señaladas por sus crípticos identificadores. Además, se trazaban en un mapa los movimientos seguidos por esta pareja en las fechas próximas a cada denuncia y, efectivamente, entraban y salían de las reservas por puntos alejados del lugar del suceso. En fechas más recientes ya solo se detectaba a uno de ellos, que por algún motivo actuaba en solitario.

El tiempo apremiaba, pero requería saber más. No podía acceder a los vídeos o conversaciones de esas personas, ni averiguar sus datos personales. Pero esa herramienta sí le permitía consultar los movimientos de la gente, las localizaciones en todo momento. Tal vez pudiese inferir dónde vivían o trabajaban, o a quién rendían cuentas.

Debería marcharse ya. Pero no iba a gozar de otra oportunidad de conseguir esa información, tenía que arriesgarse y aprovechar la ocasión. Cuantos más datos concluyentes aglutinara, más efectiva resultaría la denuncia, ya fuera interpuesta por el senador Cobo o por él o Fedora mismos.

Con el corazón acelerado, se apresuró a realizar una nueva búsqueda. Introdujo los identificadores de esos dos tipos en el programa y, tras otro interminable rato, se desplegó en su visión una tabla enorme con fechas y coordenadas geográficas. No tenía tiempo para estudiar aquello, de modo que lo fotografió y guardó en su chip y salió de la aplicación.

Abandonó la descomunal sala de servidores henchido de orgullo por su hazaña, ansiaba contárselo a Fedora. Ya tenía los datos, había cumplido su difícil misión. Sin embargo echó un vistazo a la hora y su ánimo se derrumbó: se había hecho muy tarde.

Una vez se hubo incorporado a la autopista teleguiada consultó la hora estimada de llegada en el gestor de ruta. El dato siempre era acertado dado que la velocidad se mantenía uniforme, a no ser que cambiaran las condiciones meteorológicas. Cruzó los dedos mientras se efectuaba el cálculo. Finalmente, la aplicación intercaló en su visión la hora y minutos en que alcanzaría la salida escogida.

No llegaría a tiempo al hospital.

Un sudor frío comenzó a envolverlo. Se sintió impotente. No podía hacer nada para evitarlo, en la autopista el coche no se podía

acelerar más, controlado por el computador central. Podía solicitar la salida, pero si conducía por carreteras secundarias por encima de los límites probablemente tampoco llegaría, además de provocar una serie de multas que le serían cargadas de inmediato al operario al que suplantaba, quien denunciaría el hecho agravando aún más la situación.

Lo detendrían inexorablemente, se dijo. Y suplantar la identidad de otra persona suponía un delito grave, al que se sumarían el uso y posesión ilegal del dispositivo manipulador de chips y la usurpación de información confidencial del Centro de Seguridad. Pasaría una temporada abandonado a su suerte en una de esas cárceles sin rejas ni vallas, situadas en parajes perdidos, donde lo único que importaba era que no salieran, un objetivo asegurado por el control telemático de la posición. Ya se veía rodeado de violadores y traficantes, o siendo acosado por las bandas para que les limpiara sus váteres. Le temblaban las piernas solo de pensarlo.

Y no era todo, cuando hubiera cumplido la condena quedaría marcado para siempre como un delincuente.

En una ocasión, recordó, mientras esperaba en su coche ante un paso de peatones, cruzó una mujer con aspecto de vagabunda y el chip la encuadró en su visión, situando debajo un triángulo rojo de peligro. Los viandantes que pasaban cerca debían de ver lo mismo, porque le dirigían una mirada cauta y despectiva y se cuidaban de no acercarse demasiado.

Por entonces le pareció cruel que los exconvictos quedarán marcados de por vida, a pesar de que los partidarios del sistema insistieran en que era por seguridad.

Ahora, concluyó abatido, sería él el incluido en la lista negra del Centro de Seguridad, las personas con las que se cruzase serían advertidas de su cercanía, su silueta se señalaría con un icono para que se mantuviesen alerta y precavidos. El delito no se informaba, por lo cual a los ojos de los demás entraría en el mismo saco que ladrones o pederastas.

Se convertiría en un marginado social.

22.

Viernes por la tarde

Eloy se iba a quedar alucinado cuando viera y probara la deliciosa tarta artesanal que había encargado en una pastelería de Madrid. Al pueblo, e incluso a Jadraque, solo llegaban las tartas industriales y estaba segura de que Eloy apreciaría la diferencia, por mucho que detestara todo lo de fuera.

Fedora había planeado el día del cumpleaños de Eloy al detalle. Tenía reservada una mesa para cenar en el mejor restaurante de Jadraque. Había exigido que los colocaran en la terraza de la azotea, con vistas a todo el pueblo y al cerro del castillo, con sus faldas pobladas de olivares. De regalo le había comprado unos zapatos decentes y una camisa elegante para la ocasión, y ella se iba a engalanar con un coqueto vestido largo de noche, ligero, de tirantes y con un escote sugerente. Pero la sorpresa que más encandilaría a Eloy la reservaba para el final de la velada, cuando le deslumbraría con el sensual conjunto de lencería que había adquirido, por recomendación de su amiga Wilma, a pesar de sus airados reproches por organizar todo aquello.

Fedora estaba convencida de que esa noche iba a suponer un punto de inflexión, todo volvería a ser como al principio. Últimamente hablaban más y él la trataba con más cercanía, pero faltaba que en Eloy aflorase de nuevo la pasión, que despertara el ardor de los sentimientos. Hacía tiempo que no hacían el amor, tal vez él ya no la encontraba tan atractiva como antes, pero esa noche estaba determinada a cambiarlo.

Aparcó y empujó la pesada puerta de la entrada. Agradeció el frescor del interior de la vieja casa en pleno verano, gracias a los techos altos y gruesos muros de piedra caliza. Se apresuró escalera arriba para resguardar la tarta en el frigorífico, sin hacer mucho ruido pues suponía que Eloy estaría durmiendo la siesta. Fedora nunca llegaba tan pronto de trabajar, pero ese día le habían concedido la tarde libre.

Extrañada, comprobó que Eloy no se hallaba en casa. En otra época podría estar trabajando en el campo, pero en verano nunca hacía nada durante las horas centrales del día. Descendió a la planta baja y vio

que en efecto la maquinaria agrícola se hallaba en su sitio. Sin embargo, su vieja moto no estaba en el umbrío recoveco de siempre, junto al portón de entrada.

Claro, se explicó Fedora, con seguridad habría ido a comer a casa de su madre, para celebrar su cumpleaños. Era lógico, así que decidió coger la tarta y montarse en el coche de nuevo, se uniría a la sobremesa.

Podría haber ido caminando, pero la calle era cuesta arriba y sin sombra. Detuvo el vehículo frente a la casa, en la acera contraria y con suavidad para no alborotar a las gallinas del rincón cercado del porche, que harían ruido y levantarían polvo. Estiró el brazo para agarrar la tarta y se dispuso a bajarse, cuando advirtió que la moto de Eloy no estaba allí, frente a la puerta. Barajó la opción de entrar y preguntar, pero prefirió no hacerlo, no quería preocupar a la buena mujer.

Se dirigió a la taberna frecuentada por él y sus amigos. Entró y enseguida acaparó las miradas de los cuatro o cinco que se sentaban a la barra, con cara de aburrimiento. Eloy no se encontraba tampoco allí. Ignoró a los más viejos, que no se molestaron en disimular desvergonzadas miradas bajo su cuello, a pesar de que iba vestida recatadamente con la blusa del trabajo. Aquel antro de parroquianos no era visitado a menudo por mujeres jóvenes, que además tampoco abundaban en el pueblo.

—Hola, ¿has visto a Eloy? —le preguntó a un conocido del Club de Cazadores, buen amigo de Eloy, con el que Fedora no se llevaba mal porque su mujer era amiga suya. Vestía un uniforme verde oliva de guarda forestal, viejo y polvoriento.

El hombre saludó, pero titubeaba, incómodo. Desvió la mirada hacia su café, que reposaba sobre la barra, y luego dirigió la vista de soslayo hacia otro compañero situado a su lado, como pidiendo ayuda. El otro no dijo nada, cabizbajo.

—No, no le he visto —contestó por fin, encogiéndose de hombros. A Fedora le dio la impresión de que mentía u ocultaba algo.

—¿Seguro?

Asintió, con indiferencia fingida.

Fedora salió, resignada. Se iría a casa a esperarlo, ya volvería; a veces se quedaba dormido bajo la sombra de alguna higuera, tomándose un descanso.

Callejeó de regreso a casa. Dedicó una mirada lastimera a la tarta, que descansaba sobre el asiento del copiloto, preguntándose en qué estado se encontraría tras tanto ajetreo. Entretanto algo le llamó la atención por la ventana del acompañante: le había parecido ver de refilón la moto de Eloy, aparcada en un sombrío callejón transversal.

Frenó y dio marcha atrás, despacio. Ahí estaba, la vieja y sucia motocicleta, cuya exigua batería apenas le concedía ya una autonomía de media hora, pero que les había dado tantos paseos y que les había permitido compartir buenos momentos, en pareja y en íntima soledad, por los prados, ríos y bosques de la comarca. Eran otros tiempos...

¿Qué hacía allí?, se preguntó, en esa casa no vivía ningún amigo de Eloy. No estaba aparcada en la puerta, como para evitar que se viera desde la calle principal. Hizo memoria, debería saber de quién era esa casa. Se trataba de una más de las muchas viviendas de dos plantas de fachada encalada. Le sonaba que estaba desocupada, los propietarios se mudaron años atrás... Sí, pero los hijos de vez en cuando acudían por allí, en general de juerga, los fines de semana y con amigos. Eran jóvenes, dos hijas, creyó recordar, las conocía de vista. Entonces una dolorosa sospecha se le pasó por la cabeza.

Con decisión, sin importarle que fuera la hora de la siesta, golpeó en la puerta de madera. En unos segundos se asomó, tras descorrer la mosquitera, una de las chicas que se había imaginado, con cara somnolienta y malhumorada. En cuanto vio a Fedora bajo el dintel la mandíbula se le descolgó y los ojos se le abrieron como platos, sobresaltada.

Fedora no fue capaz de articular palabra, mientras su cerebro hilvanaba los acontecimientos pasados y extraía punzantes conclusiones. Eso explicaba todo. Su falta de compromiso de cara al futuro, su desgana y sus evasivas en la cama. Por lo que sabía, esa muchacha era una fresca que trabajaba de camarera en algún bar, pero era pura, como decían los naturalistas, y Eloy no haría ascos a ese cuerpo joven y sin implantes biónicos.

Eloy apareció por el fondo del pasillo, descalzo y en calzoncillos. La muchacha se escabulló de regreso al interior, viendo avecinarse una bronca que podía salpicarla. Fedora sintió unas ganas imperiosas de abalanzarse sobre él y abofetearle, pero se refrenó. Ahogando la quemazón de su interior, se dio la vuelta sin decir nada y se

dirigió al coche.

—Espera... —pidió él, pero sin elevar la voz.

—No quiero escuchar nada, está todo dicho —replicó colérica.

Fedora montó y cerró con un sonoro portazo.

Eloy no se atrevió a pasar del marco de la puerta. Fedora suponía que el muy cobarde no quería llamar la atención, ya habría más de una vecina asomada al balcón y la reputación en un pueblo pequeño era importante. Al menos, más importante que ella.

Al ver la tarta de nuevo a su lado no pudo contener más su ira: con un arrebato de furia la agarró y se apeó de nuevo para lanzársela con todas sus fuerzas. Erró el tiro y no le impactó, pero se abrió el envoltorio de cartón y el bizcocho y chocolate artesanales se desparramaron contra la blanca fachada. Eloy contemplaba sobrecogido la escena, como una estatua bajo el dintel, con una mezcla de culpabilidad y desconcierto.

Condujo alterada hasta casa, imprecándole a gritos que resonaban por el habitáculo. Aparcó y se derrumbó antes de llegar a salir del vehículo. Apoyada contra el volante, se tapó las manos y se rindió a su aflicción. ¿Cuánto tiempo llevaba con esa zorra? ¿Desde que se puso el chip y la repudió, o venía de antes? Fedora quería creer que era algo ocasional, de otro modo la noticia se habría aireado por el pueblo y tarde o temprano se habría enterado; aunque puede que fuera él quien se desplazara para verla, a menudo... Solo de pensarlo le hirvió la sangre. El muy bastardo, ¿no se lo pensaba decir nunca? Se sintió tan estúpida, ¿cómo había podido estar tan alejada de la realidad?

Tras unos minutos de sofoco, en su corazón afloró una extraña sensación de alivio. Entendió que su dolor provenía de haber sido engañada, no de haberle perdido. Quería a David y por fin era libre para él. Por primera vez se le habían abierto los ojos y se reprendió por haber estado tan cegada, obstinada ante el valor de la fidelidad y el compromiso.

Necesitaba contactar con él, verlo, que la abrazara y la consolara. Condujo hacia el exterior de la reserva para poder comunicarse con él. Durante todo el trayecto en su cabeza bullía una amalgama explosiva de sentimientos encontrados: ¿estaba segura de lo que hacía? ¿No estaría actuando por despecho? No, desde el primer día había sentido algo por David, el enigmático joven del pasado. Si ella no se hubiera empeñado en enterrar su pasión en lo más hondo de su ser, temiendo abocarse a algo

inmoral o censurable..., se lamentaba. Estaba decidido, se iría con David, no volvería al pueblo más que para ver a su familia. Pero, ¿le correspondería él, después de tantos rechazos?

Recuperó por fin la cobertura y se detuvo en la cuneta, no estaba dispuesta a esperar hasta la autopista para mantener una conversación y salir de dudas. Con el pecho palpitando, accedió al programa de llamadas de voz en su chip. El identificador de David aparecía sin línea. Extrañada, probó con el chat, pero igualmente su contacto figuraba como desconectado. Ambos compartían sus localizaciones geográficas, lo cual era útil cuando quedaban, para encontrarse con facilidad o saber cuánto le faltaba al otro para llegar. Desplegó el mapa en que se marcaban las situaciones por satélite de los contactos y comprobó que el punto de David tampoco estaba señalado.

¿Se hallaría en una de sus charlas, en una reserva? Era lo más probable, aunque solía avisar cuando desaparecía de la red durante una jornada entera. ¿Le habría pasado algo? Comenzó a preocuparse. Recordó que últimamente se estaba mostrando huidizo. Se había negado a quedar con ella durante esa semana, presentando excusas pobres, como si escondiese algo o no quisiese revelar sus planes.

Otra posibilidad sería que estuviese molesto por algún motivo. David podría haber decidido mostrar ese estado de desconexión en exclusiva para ella, como si pretendiera evitarla. Era una práctica habitual para librarse de contactos demasiado pesados. Pero, ¿por qué iba a hacer David algo así? Procuró recordar su último encuentro, de lo que hablaron.

Sintió un vacío en el estómago.

¿Cómo podía haberse mostrado tan desprovista de tacto? Sin duda, el contarle lo de la sorpresa de Eloy había herido sus sentimientos. David habría visto sus últimas esperanzas desmoronarse. Cansado de esperarla, había decidido romper el contacto; tampoco quería ser molestado más por el tema de la investigación.

Curiosamente, a Fedora lo de su hermana ya poco le importaba. Era en esencia lo que le había unido a David desde el principio; o eso había pretendido ella, engañándose a sí misma. Acababa de descubrir que había disfrutado cada minuto de esos encuentros para almorzar o desayunar. Le encantaba oír su voz grave, con su dicción de familia rica y su vocabulario lleno de palabras en desuso; admirar su estatura y su

buena planta, sus ojos oscuros e inquietos, su duro perfil. Le gustaba examinar sus manos sobre la mesa, sin arrugas ni cicatrices como la ajada piel del miserable Eloy, y con las uñas limpias y bien recortadas. Se maldijo por haber reprimido en más de una ocasión el anhelo de agarrar y acariciar esas manos, por desaprovechar tantas oportunidades que no se volverían a presentar.

Se sintió muy sola y desdichada.

David se aferró al volante en cuanto las señales luminosas y sonoras le advirtieron de la inminente salida de la autopista. Quedaban menos de cinco minutos para el barrido y aún debía atravesar un buen trecho de zonas urbanas hasta llegar al hospital. Gruesas gotas de sudor le escurrían por la frente a pesar de la rigurosa climatización. En general disfrutaba esos viajes por carretera teledirigidos a alta velocidad, sin tener que prestar atención a la conducción, pero esta vez las más de dos horas se le habían hecho eternas, sin poder quitarse de la cabeza el sombrío futuro que le aguardaba.

Mientras esperaba ante un semáforo, una alarma sonora intermitente retumbó en sus oídos, emitida por el chip, y un letrero se desplegó en el centro de su campo visual, con caracteres rojos y grandes:

“Orden de búsqueda recibida: las fuerzas de seguridad procederán a detenerle, manténgase en esa posición y conserve la calma”.

Un espasmo le hizo encogerse en el asiento. El barrido había detectado la duplicidad en la red. Tal y como le habían explicado, tanto a él como al técnico suplantado se les detendría para dilucidar quién era el impostor.

Aterrado, fue consciente de que huir no valía de nada, ellos podían seguir su localización.

Aunque el hospital se hallaba ya cerca, pensó. Tal vez si lograra recuperar su identidad antes de ser detenido gozaría de alguna posibilidad: una vez con su chip original ya no sabrían a quién buscar ni dónde, solo detendrían al legítimo técnico de mantenimiento. Ganaría unas horas, pero obviamente se investigaría el caso y, tarde o temprano, revisando las grabaciones, descubrirían al impostor y el delito. Tendría que huir a una reserva o a un país subdesarrollado y vivir como un proscrito el resto de sus días. Era eso o la cárcel. No tenía otra opción, se dijo, desesperado, secándose el sudor de las manos para volver a

aferrar el volante.

Se incorporó a la larga avenida donde se ubicaba el hospital, resignado a su suerte. Cuando llegó a la altura del aparcamiento ya escuchaba una sirena de una patrulla en la lejanía. No quiso mirar hacia atrás.

Recorrió el tramo de acera atropelladamente, los viandantes volviéndose hacia él y apartándose, asustados. Sin duda, su chip les advertía de la presencia de un individuo en busca y captura.

Con el corazón desbocado, corrió escaleras arriba hacia la puerta principal. Cuando apenas hubo pisado el brillante suelo de mármol del vestíbulo, un hombre joven ataviado con el traje de recepcionista se interpuso en su camino, con los brazos abiertos.

—Señor, me aparece como buscado por la policía —dijo con premura—. Debería detenerse y esperar a que se resuelva...

David trató de esquivarlo pero el tipo le cerró el paso. Siempre había alguien que trataba de hacerse el héroe, se dijo, contrariado. Sin tiempo para juegos, David le acometió con el hombro en el pecho y enfiló raudamente hacia el ascensor, orillando al hombre, que quedó postrado y quejumbroso. Algunos miembros del personal médico trataban de pararlo o dialogar con él, levantando las manos para calmarle, pero la mayoría se apartaban, asustados. Los pacientes de la sala de espera seguían con la mirada su carrera, boquiabiertos.

No se molestó en llamar a la puerta del despacho del doctor Blas e irrumpió en el interior. Se hallaba reunido con una pareja.

—David, maldita sea, ¿no sabes llamar?

Apenas había terminado de protestar cuando sus ojos se perdieron en la nada, revelando que atendía algún tipo de información de su chip. Su expresión se crispó y se levantó dando un respingo del asiento.

—¡Me ha saltado la alarma, me apareces como fugitivo!

David se acercó, sudoroso y sin resuello. El hombre y la mujer salieron rodeándole con amplitud, sin quitarle la vista de encima, asustados.

—Sí, me han detectado como duplicado. —Ahogado, cogió aire de nuevo ruidosamente—. Dalmiro, ¿tengo alguna posibilidad? Si estoy perdido saldré de aquí, no quiero involucrarte.

El médico resopló y se echó la mano a la sien, pensativo.

—¿Ha entrado ya la policía en el edificio?

—Creo que aún no, pero no tardarán.

—Bien, hay que actuar rápido. Siéntate, tengo el instrumental preparado.

El doctor Blas cerró la puerta del despacho. Entró un momento a una sala auxiliar anexa y apareció fulminante con el manipulador de chips.

—Puede que te duela, no hay tiempo para delicadezas.

David asintió, nervioso. Suponía que, desprovisto del identificador del técnico, quedaría liberado de la orden de detención. Sin embargo, no las tenía todas consigo: registrarían el edificio, y le había visto mucha gente al entrar que podría delatarlo. Dudaba que consiguiera escapar, ni alcanzar una reserva antes de que la denuncia se concretara contra su verdadero identificador.

Mientras Dalmiro le levantaba la placa de titanio que daba acceso al microchip, se escucharon pisadas precipitadas por el pasillo y voces cada vez más próximas.

—Mierda, no me va a dar tiempo —masculló el doctor Blas.

David sintió sus movimientos acelerados, soportando el dolor como podía. El roce del metal deslizándose contra el hueso del cráneo le recordaba a los desagradables tejemanejes del dentista de su tiempo.

—¡Señor Ramone, está detenido! —vociferaban desde el fondo del pasillo.

Parecía que aún no habían dado con la sala en concreto, pero estaban cerca. David se vio perdido. Su posición geográfica, revelada por el chip, les guiaría con precisión hasta el despacho del doctor. Era cuestión de segundos.

Nombraban repetidamente a ese Ramone, el operario del Centro de Seguridad al que había usurpado la identidad. Con seguridad otra patrulla se habría presentado ya en el domicilio de ese pobre hombre. Ambos serían apresados, pero el técnico acreditaría su identificación legítima y quedaría en libertad, y él todo lo contrario. Se fue resignando al crudo destino.

—Dalmiro, déjalo, guarda ese cacharro antes de que sea tarde —le pidió, derrotado.

El médico hizo caso omiso. Por fin, un pitido del instrumento confirmó la operación finalizada. De inmediato, la estridente alarma intermitente que emitía su chip se silenció y el aviso en letras rojas

desapareció de su visión. Comenzó a recibir avisos de llamadas perdidas y mensajes de conversaciones, como si hubiera estado sin cobertura. Había recuperado su identidad, su yo verdadero volvía a estar en red.

Sin embargo ya era demasiado tarde: la patrulla se hallaba justo en la puerta, no les costaría averiguar que la persona buscada se ocultaba en uno de aquellos despachos. Era el final, se dijo, no podría escapar.

El doctor ocultó el pequeño manipulador de chips en el bolsillo de su bata, le pasó a David una taza de té a medias que había dejado uno de los visitantes y se levantó con premura.

—¿A qué se debe tanto alboroto? —protestó Dalmiro Blas tirando de la puerta con ímpetu—. ¡Estaba en una teleconferencia muy importante!

Dos personas uniformadas irrumpieron en el despacho, dejándolo a un lado sin siquiera mirarle. El policía que iba en cabeza escrutaba en todas direcciones, al tiempo que se quedaba ausente, consultando algún programa de monitorización en su chip.

—Ya no está, jefe, ha desaparecido de la ventana de búsqueda —anunció, extrañado.

—¿Cómo no va a estar? —preguntó el otro, más mayor—. Me has dicho hace un momento que las coordenadas caían en esta habitación.

—Puede que fuera la de al lado, tampoco estoy seguro —admitió, levantando los hombros.

—Maldita sea —blasfemó el jefe. A continuación se volvió y miró con detenimiento al doctor, con la vista abstraída.

—Señor Blas, había una orden de detención contra otra persona situada por aquí ahora mismo, un tal Vincent Ramone. Ha tenido que ver la alerta de proximidad en su chip.

—A mí no me figura ningún aviso. ¿Y a ti, David?

El agente bajó la vista y la posó en David, sentado. Este imaginó que comprobaba también sus datos personales, ya originales y correctos.

Era sorprendente cómo controlaba la situación su amigo Dalmiro, lo cual le infundía esperanzas. Había que actuar con naturalidad, pero temía que el policía reparase en su agitación y rostro sudoroso, y prefirió no levantar la cabeza para responder. Fingió sentirse importunado apretando los labios, e hizo girar la cuchara en su taza de té.

—Sí, hace un momento me ha parecido ver algo —dijo con todo el aplomo que pudo reunir—, luego se ha desactivado. Supongo que

habrá pasado de largo.

Por detrás hizo aparición el director del hospital acompañado de un celador. El señor Vera parecía irritado por haber sido interrumpido en su trabajo.

—¿Han encontrado a su hombre, agentes?

El oficial al mando negó con la cabeza, desconcertado.

—Es realmente raro, ha desaparecido, se ha desvanecido — informó, con la mirada perdida, dedicando tiempo para examinar de nuevo su herramienta de localización geográfica de personas.

Miró a su compañero y se encogió de hombros.

—En fin, nos vamos. Nuestro trabajo es detener a los que nos marcan en el sistema, y ahora no hay nadie. Perdonen las molestias.

El director esbozó una mueca de indiferencia y salió de la sala tras ellos, seguido por el empleado, tras saludar escuetamente con un gesto a David y al doctor, que volvía a tomar asiento.

David respiró algo más tranquilo en cuanto se cerró la puerta, pero seguía sin entenderlo. Bastaba con que interrogasen a una de las muchas personas que lo había visto entrar a la carrera, o incluso al recepcionista que había arrollado. Alguien lo reconocería, al fin y al cabo trabajaba allí en ocasiones.

—Ha estado cerca... —dijo el médico, suspirando aliviado.

—¿Ya está? —dijo David, eufórico, aunque incrédulo—. ¿No van a preguntar abajo a quien me haya visto? ¿Al recepcionista que se me ha puesto en medio y casi lo tumbo? ¿O a tus pacientes que han salido escopetados?

—¿Para qué iban a preguntarles? —preguntó Dalmiro Blas.

Era inaudito. Estaba contento por la tranquilidad que transmitía el doctor, pero no soportaba ser todavía incapaz de explicarse cómo funcionaban las cosas en ese mundo.

—Pues para que me identifiquen —repuso David, airado—, ¿no van a registrar el edificio? ¿Saben que la persona que buscaban está por aquí!

El doctor Blas soltó unas sonoras carcajadas.

—¿Registrar? ¿Te refieres a buscar personas, de carne y hueso, fijándose en el aspecto o el parecido?

—¿Pues claro! —replicó David, indignado por las mofas de su amigo.

—Deja de pensar como si estuvieras en tu época. Aquí no somos más que identificadores, una secuencia de letras y números, una fila en sus bases de datos de personas, un punto en sus mapas. Si hay una denuncia, te detienen. Se dirigen a tu localización y listo, no se van a molestar en buscar tu cara. Salvo casos muy particulares, no hay registros ni interrogatorios, la policía va directa a donde les indique su aplicación. Y si la denuncia desaparece de sus mapas antes de que te detengan, te libras.

—No tiene sentido que tiren la toalla tan fácilmente —insistió David—. Deberían haber supuesto que la persona buscada era uno de nosotros dos, o como mucho alguien situado en algún despacho vecino. ¡Vaya profesionales!

El señor Blas meneó la cabeza, exhibiendo una sonrisa condescendiente.

—A ver, que no lo entiendes. La policía no es como en tu tiempo, ahora no hacen suposiciones. Su única función es detener a quien se les indique en su mapa. Ni siquiera tienen por qué saber la causa por la que tienen que capturar a alguien; son los órganos de justicia los encargados de analizar las denuncias, examinar las pruebas, es decir los registros personales almacenados en el Centro de Seguridad, y ordenar las detenciones.

David dejó de escuchar, trataba de asimilarlo. Entendió que los agentes de la autoridad ya no velaban por la seguridad del ciudadano como en su tiempo, simplemente ejecutaban las órdenes dictadas por el Centro de Seguridad.

—Vale —aceptó David—, pero en nuestro caso, si los funcionarios indagaran... Sería tan fácil como recuperar los vídeos personales de todos nosotros, ¿por qué no comprueban mis grabaciones, lo que he visto u oído? ¿O las tuyas?, si las analizaran verían que me has ayudado, descubrirían todo.

—No investigarán nada porque no hay denuncia —zanjó el médico—. ¿Recuerdas lo que te contamos uno de los primeros días, tras tu despertar? Las grabaciones de la vida personal son sagradas, se guardan con celo. Hacen falta motivos de peso para acceder a ellas.

David se negaba a aceptar que fuera tan sencillo salir impune de una situación así, de tal gravedad.

—Pero podría haber operado con su dinero, realizado

transferencias o comprado algo cargándolo a su cuenta. Y entonces luego vuelvo a mi identificador y me voy de rositas. De verdad que no lo entiendo.

—Es muy sencillo, si nadie denuncia, no te pasa nada —afirmó con rotundidad, cansado pero conservando el tono paternal—. Si hubieras robado te denunciaría el afectado, y en ese caso sí se investigaría el caso y terminarían dando con el culpable. Y te has salvado por los pelos, te recuerdo, de la denuncia por duplicidad.

—Vale... —dijo David, comenzando a comprender—. ¿Y qué me dices del tipo al que le he clonado el chip?

—Lo habrán soltado enseguida, no creo que se haya molestado en denunciar. Y si lo hace, si no puede demostrar que ha sufrido algún perjuicio, se archivará. Puede haberse tratado de una falsa alarma o un error informático, no se considerará motivo suficiente para abrir una investigación.

—¿Y el recepcionista?

—Es un buen chico, lo conozco —le interrumpió el doctor, sonriendo. Se puso en pie y se quitó la bata—. Bajemos y te disculpas, le diré que se trataba de una urgencia médica, un problema electrónico con tu chip. Por cierto, me debes una explicación. Ahora, cuando termine con los clientes que has espantado, si es que los encuentro, quiero saberlo todo.

David regresó a casa bien entrada la noche. Habría preferido volver pronto a su viejo piso de la calle Orense para relajarse, descansar y analizar la información con una taza de café en la mano; ansiaba revisar los datos que había almacenado en su memoria interna sobre los movimientos de los sospechosos. Su intención había sido hablar con Fedora, de camino a casa, para contarle todo. Había confiado en que ella accediese a estudiar los datos junto a él, sobre un mapa compartido. Pronto extraerían conclusiones, desvelarían la verdad y los culpables rendirían cuentas a la justicia. Y ella, orgullosa de él, se entregaría, algún día...

Pero no iba ser esa tarde, no había salido como había planeado. Cuando logró despachar al doctor y se decidió a llamar a Fedora, ya aparecía ella en estado desconectado, con lo que dedujo que habría regresado a su reserva como cada fin de semana. Se recriminó no haberlo

intentado antes, y más cuando descubrió el aviso de su llamada perdida que figuraba en el registro. Hasta el lunes no volvería a saber nada de ella ni tendrían manera alguna de comunicarse. Había experimentado una punzada de remordimientos, pues aquella semana no se habían visto, él mismo se había encargado de evitarlo para no implicarla, por si salía mal la osadía del Centro de Seguridad. Había obedecido a una buena causa, pero la pobre chica tal vez se sintiera dolida por sus pretextos y evasivas, y podría haber pretendido verlo esa misma tarde, antes de marcharse a su pueblo.

Había tenido la intención de quedar con Lara un momento para devolverle el valioso aparato de su padre, pero ella no admitió una cita tan escueta. La vivaz estudiante propuso cenar en una terraza de verano de su barrio, muy concurrida y popular por las generosas raciones que servían. David no tenía ánimos, pero negarse habría sido mezquino, sobre todo teniendo en cuenta la gentil ayuda que le había prestado ella.

Al final no había resultado un mal plan. Había disfrutado la cálida noche al aire libre, recuperándose de las emociones del día. Durante la cena Lara se había empeñado en sonsacarle qué se traía entre manos, viéndose David obligado a satisfacer vagamente su curiosidad, sin ofrecer datos comprometidos, pues al fin y al cabo su padre era miembro del partido y amigo del consejero, quien sospechaba podría estar involucrado en lo que fuera aquello.

No le pasó desapercibida una expresión celosa, delatada por el ceño fruncido de Lara cuando David admitió que lo hacía por ayudar a una amiga de una reserva. Comenzaba a preocuparle de verdad lo confundida que se hallaba la hija del director. Entre tapas y cervezas, Lara no había dejado de explayarse, compartiendo con él sus planes de futuro una vez superada la universidad, su propósito de afrontar la nueva etapa y dejar atrás las juergas estudiantiles. Había querido ostentar madurez, como si pretendiera cambiar el concepto que David tenía de ella, dar un giro al sentido de la relación; de hecho, era la primera vez que salían y no terminaban practicando el sexo, lo cual solía proponer la ardiente joven y a lo que David nunca hacía ascos. ¿Dónde había quedado la orgullosa y caprichosa mujercita que conoció aquella noche, en la cena del partido? ¿Era David el primero que hacía tambalear su confianza, obstaculizando sus pretensiones?

Se sintió culpable tras la entretenida velada, pues había dejado

pasar cobardemente la oportunidad, de nuevo. Debería haberse sincerado y aclarado las cosas a la muchacha. Además, viéndolo de forma egoísta, ya no necesitaba sus favores. Sin embargo, había sido un día muy largo como para rematar la jornada con un mal trago; no tenía cuerpo para explicárselo. Y no era él el único culpable, se dijo para reconfortarse: había aceptado el juego de Lara en un principio y era ella quien pretendía cambiar las reglas a mitad de la partida.

Abrió el buzón refrigerado del portal y subió a casa los diferentes artículos que habían llegado ese día, para colocarlos en la nevera.

Se dejó caer en el sofá del salón y puso las piernas sobre la mesa, dispuesto a analizar la valiosa información que había conseguido. Ayudándose de una aplicación cartográfica, situó los puntos correspondientes a las localizaciones del segundo de los tipos, el que había actuado en solitario en las reservas durante los últimos meses. Abrumado, vio que se resaltaban miles de puntos en el mapa: poseía toda la relación de posicionamientos de ese individuo.

Acotando por las horas nocturnas pudo inferir con facilidad su domicilio, fijándose en las posiciones estáticas que se registraban durante la noche. Vivía en una zona residencial del sureste de Madrid, un barrio antiguo y humilde. Apreció que pasaba largas horas en un punto concreto cercano, generalmente por las tardes. Accedió a su aplicación de callejero virtual, se situó en esas coordenadas y se descubrió frente a la fachada transparente de un gimnasio. En apariencia ese hombre trabaja allí, o bien se pasaba las horas muertas entrenando.

Decidió analizar las rutas de entrada y salida de las reservas en los días señalados, con la esperanza de que algo llamara su atención. Desplegó las trayectorias en el mapa y las observó con detenimiento.

El individuo solía partir de su barrio y no efectuaba ninguna parada. Como ya sabía, entraba a unas u otras reservas por un punto bien distante del camino de regreso, de la ruta de escape elegida. Parecía todo bien pensado para llegar, asesinar a alguien, o lo que hiciera, y volver sin dejar pistas.

No había nada concluyente. En realidad no sabía qué había esperado encontrar, pensó abatido.

Un momento, se dijo.

Advirtió que muchos de los viajes de regreso confluían en un punto, en las afueras, lejos del domicilio del individuo. ¿Qué era ese

lugar?

Introdujo la longitud y la latitud y se desplegó en su chip la visión espacial del lugar. Miró al suelo. Estaba al borde de una calle, junto a la acera. Oteó en derredor. Se trataba de un polígono industrial, una zona dotada de calles anchas para facilitar las maniobras de grandes camiones. Por doquier se levantaban naves de fábricas o almacenes, locales adosados para talleres y otros negocios menores.

¿Qué se le había perdido allí? Repasó la relación de movimientos con más detalle. Los desplazamientos cortos del hombre indicaban que apenas se alejaba, como si aparcara, caminara un trecho y al rato volviera al coche. No quedaba constancia de que se dirigiese a ningún edificio próximo.

No había ninguna pista clara, esa información era irrelevante.

Se tumbó en la cama malhumorado. Se negaba a dormirse con esa sensación de fracaso. Miró el estado de conexión de Dalmiro, quizá él, que ya estaba al tanto, aportara alguna idea.

—Joder, David, ¿qué horas son estas? —contestó a la llamada de audio el doctor, airado.

—Perdona, he visto que seguías en estado disponible... ¿Estabas dormido?

—No, estábamos viendo una película —gruñó, sin levantar la voz—. Lo dejo disponible por si surge algo en el hospital, ¿qué quieres?

David detalló sus indagaciones y el doctor Blas pareció más interesado y receptivo.

—A mí no se me ocurre nada más —concluyó David—, pero en esa esquina del área industrial hacen algo, es la clave. Puede que allí se deshagan del cadáver...

—Estás demasiado obcecado con lo de los asesinatos y el exterminio, ¿para qué iban a transportar un muerto hasta allí, pudiendo hacerlo desaparecer en la propia reserva?

—Es verdad... —murmuró David, pensativo—. ¿Qué se te ocurre?

—Hay negocios ilegales donde te puedes poner el chip sin pasar por los trámites oficiales. Se me ocurre que se encarguen hasta del transporte, que queden con los clientes en las reservas y los traigan a ese lugar, donde habrá una de esas clínicas clandestinas.

—¿Y quién iba a querer hacer eso? —objetó David—. Si todo es gratis, el curso, el chip, la operación...

—Hay gente que abandona su reserva y que además prefiere emprender su vida con una nueva identidad, un nuevo nombre. Empresarios perseguidos por evadir impuestos o por las deudas; criminales de cualquier tipo; adúlteros... Ya sabes, en nuestro mundo biónico, si te han creado una identidad digital en regla eres una persona nueva. Estás limpio.

David asintió con la mirada perdida en el techo de su habitación. Puede que su imaginación hubiera ido demasiado lejos, se dijo.

—En fin, será mejor que olvidemos esto —se lamentó—. Gracias y perdona, Dalmiro...

—Puedo estar equivocado —dijo el doctor, a modo de despedida. En efecto, a David había algo que no le cuadraba.

—Espera —le pidió—. Si traen gente sin chip, sin identificar, tendrán que ir acompañados de un representante legal.

—Cierto, no había caído en eso —admitió el médico.

—A no ser que vayan bien tapados, que no se les vea para que no salten las alarmas —dijo David.

—Claro, es una posibilidad.

Entonces David lo vio claro.

—Encapuchados, o encerrados en el maletero —continuó David, arrastrando las palabras para darles importancia.

El doctor Blas calló un momento, entendiendo.

—Como en un secuestro —dedujo, con tono grave.

—Tiene sentido —aceptó Dalmiro segundos después—. Pero hay más. Siguiendo el mismo razonamiento, deberán mantener la precaución de ocultarlos bien, donde sea que los escondan. Lo cual dificultaría las labores cotidianas...

—Claro, y eso es válido para las dos hipótesis —le interrumpió David, animado—. Tanto si es un negocio clandestino de chips, como si fuera un caso de raptos para alguna finalidad desconocida.

David se obligó a callar, expectante, ignoraba qué quería sugerir su amigo.

—David, ¿no te das cuenta? ¿No sería más sensato hacer uso de un área libre de ese tipo de control, como nuestro hospital, en cuyas

instalaciones los que carecen de chip no son denunciados?

Sí, se dijo David, que no había caído en la cuenta. Sin duda tendrían que alojar a las víctimas —o a los clientes, si fuera cierto lo de las falsas identidades— en un sitio así. En ellos no se hacía necesario portar chip ni escolta, solían ser hospitales, universidades con aulas destinadas a estudiantes de las reservas o terminales especiales en aeropuertos y estaciones.

—Vale... ¿Y qué ganamos con eso? ¿Cómo voy a saber si por esa zona hay un sitio de este tipo donde puedan esconderse?

—Hay una base de datos pública con los espacios declarados de libre circulación. Se ponen en conocimiento de los ciudadanos porque estos lugares suponen una amenaza para la seguridad, por la presencia tolerada de personas no identificadas electrónicamente, cuyos actos no se están monitorizando. Puedes encontrarla en la web del Centro de Seguridad.

—Gracias Dalmiro, no te molesto más —dijo exultante, cortando la comunicación.

De un brinco se incorporó y se sentó en la cama. Al airear las sábanas emanó la dulce fragancia de Lara, todavía impregnada en el algodón aunque ese viernes no hubieran mantenido relaciones sexuales.

Accedió con ansia a la lista.

Si figurara un sitio así por las inmediaciones, podría suponer la razón por la que ese tipo hiciera siempre una parada en aquella gris zona industrial de los suburbios. Significaría que estaría muy cerca de salir de dudas, averiguar a qué se dedicaban. Emocionado, sintió que se le aceleraba el corazón mientras se cargaba la página de internet. Después, repasó uno por uno la lista de los distintos organismos, empresas o servicios sociales exentos de la obligatoriedad de portar el DIM, con sus direcciones.

—¡Bingo! —exclamó, cuando en un fila halló unas coordenadas muy similares a las que manejaba.

BEngi, una empresa desconocida para David, contaba con unas instalaciones de considerable tamaño, a un par de manzanas del punto donde siempre detenía su vehículo el hombre en cuestión. Averiguó en internet que se trataba de una multinacional china, una de las corporaciones punteras en ingeniería biónica a nivel mundial. Figuraba como área geográfica exenta de comprobaciones de identificador porque

esa sede, una de las más importantes de Europa, contaba con varios departamentos dedicados a la investigación, en los que podían realizar prácticas estudiantes de todo tipo: ciudadanos ordinarios, de las reservas, o también provenientes de universidades extranjeras.

Pero quedaba mucho por resolver, concluyó David. ¿Era pura casualidad la cercanía de esa empresa? Si era cierto que los desaparecidos terminaban allí, ¿qué hacían con ellos? Fuera lo que fuese, resultaría demasiado indiscreto, entre cientos de trabajadores...

Si la hipótesis de Dalmiro era la acertada, allí podrían implantarles un chip de forma clandestina a los fugitivos de las reservas, con comodidad, sin riesgo de que saltaran alarmas por detectarse personas carentes de DIM. Obviamente una gran empresa no se iba a involucrar en un negocio ilegal y de escasa trascendencia; pero sí alguno de sus empleados, con acceso al material técnico apropiado y tentado de llevarse un buen sobresueldo...

Pero se negaba a descartar la teoría de los secuestros.

Solo había una manera de dilucidar el asunto.

Estudiando las fechas advirtió que casi todos los domingos había un viaje hasta allí. Aprovecharían, supuso, lo desolado del lugar en un día no laborable.

Muy conveniente, se dijo, probaría fortuna ese mismo domingo. Pero no correría riesgos, ya había sido suficientemente insensato con lo de la clonación del chip. Se limitaría a aparcar su vehículo a una distancia prudencial y observar. Sus ojos actuarían como videocámaras.

23.

Sábado

Lucca y la gobernadora Amanda esperaban a que la secretaria del consejero Peralta les hiciera pasar.

Se le había hecho muy extraño ser citado en su despacho, en la mismísima consejería, cuando ni siquiera se lo habían presentado formalmente; no era apropiado que él, un don nadie, un mercenario de barrio bajo, supiera que el cabecilla de aquella red delictiva ostentaba un cargo público de tal importancia.

—Tiene una agenda muy apretada, recuerda que estamos en plena campaña —había respondido Amanda, con sequedad, a la expresión interrogativa de Lucca, cuando se encontraron en la sala de espera.

Lucca había recibido un mensaje de texto, indicando la hora y lugar de la reunión. Se trataba de algo sorprendente pues rompía la ley del silencio que había imperado hasta el momento, incluso en tiempos de Abel: las comunicaciones entre los cazadores y la dirección solo tenían lugar en las fechas planificadas y en lugares seguros como reservas o foros virtuales. Algo debería urgirle mucho para concertar esa arriesgada entrevista.

—¿Pero a ti tampoco te ha dicho lo que quiere? —interrogó a Amanda, que se hallaba sentada mirando al infinito. Operaba absorta con su chip, menospreciando la compañía de Lucca.

—No, pero es evidente —contestó la mujer, molesta por la interrupción. Se revolvió en el asiento, cruzó las piernas y se estiró la falda del traje. Lucca, que se mantenía de pie, justo enfrente, desvió la mirada. Le repugnaba la emperifollada señora en todos los sentidos—. Quiere saber si has averiguado algo, si este hombre puede haber destapado algo que nos incomode.

Lucca dedujo que se refería al seguimiento del embajador David Hoyos. Justo como se temía.

La secretaria debió de recibir algún tipo de comunicación o aviso en su chip y les hizo pasar. Amanda se adelantó y se dirigió a la gran puerta, de madera maciza y hoja doble, con paso firme y decidido. Obviamente no era la primera vez que acudía a la Consejería de Asuntos

Internos, el organismo del que dependían los gobernadores de las reservas.

Lucca abrió la boca sorprendido de la espectacular vista. El despacho hacía esquina en el edificio. Las dos paredes exteriores eran de cristal generador, y ofrecían un panorama sensacional de ese distrito de la capital, lleno de ministerios y sobrios edificios oficiales separados por anchas avenidas. El interior no tenía nada que envidiar: los muebles de maderas nobles, los cuadros y la gran alfombra que cubría casi toda la sala dotaban a la estancia de un aire clásico y refinado.

Algún día trabajaría desde un lugar así, se dijo Lucca, envidioso. Aspiraba a ganarse la confianza del consejero y apoderarse del negocio que se repartían ese puñado de gobernadores, peles a las órdenes de Peralta.

Disfrutaba de la caza, era lo que mejor sabía hacer. Dedicaba días enteros a planear la estrategia con esmero: estudiaba la orografía del terreno para encontrar los puntos adecuados donde acechar a posibles víctimas y escogía rutas poco frecuentadas de entrada y salida.

El consejero, que no se levantó para recibirlos, les indicó que se acomodaran con un gesto desdeñoso. Parecía estresado, con sus pequeños ojos enrojecidos y hundidos a ambos lados de la fea nariz aguilina. Tras un breve intercambio de frases protocolarias con Amanda se puso en pie y comenzó a dar vueltas en torno al amplio y luminoso despacho.

El consejero no tardó en revelarse ansioso por conocer sus evoluciones en cuanto al seguimiento de David Hoyos.

—¿Seguro? ¿Nada relacionado con... el tema? —inquirió de nuevo el señor Peralta, tras la contestación negativa de Lucca. Era una conversación abierta y había que cuidar lo que se decía.

Se había quedado de pie, con las manos cogidas detrás de la espalda, pensativo. Parecía un maniquí exponiendo un caro traje de verano, holgado de más.

—No, le he vigila... observado varias veces, y nada —se reafirmó Lucca, tratando de sonar tranquilizador. Deseaba que se olvidasen de ese asunto, era una pérdida de tiempo. Y no le convenía, puesto que no había hecho sus deberes.

—¿No se ha visto con la chica? Me extraña, parecían muy unidos —intervino la impertinente mujer, con tono altivo, como deseando estar a

la altura de su jefe, en el bando de los interrogadores. Era evidente que no se hallaba a gusto sentada al mismo nivel que Lucca, el muchacho del más bajo escalafón en la red.

Lucca vaciló, viéndose en un aprieto. Había acometido esa empresa con dejadez, solo había seguido al embajador en una ocasión. Desde el principio había considerado la misión como una labor superflua, por la que no recibiría recompensa alguna, y no se había empleado a conciencia.

—En un par de ocasiones quedó con una chica joven —mintió en cuanto al número—, pero vive en un barrio del norte, no es de una reserva, así que no es la mujer en cuestión.

Sintió que la esmirriada figura del consejero se plantaba frente a él y bajaba la cabeza, asestándole una dura mirada. A pesar de su delgadez se cernía amenazador; era un cretino poderoso por su situación y contactos en las altas esferas.

—¿No has escuchado las conversaciones? Supongo que *hackearías* su chip para obtener el audio, ¿no? —El tono de Peralta se había tornado más grave.

Tragó saliva. Lucca se había situado en todo momento a una distancia prudencial, ignoraba el contenido de los diálogos. Era un delito grave espiar a un cargo público. La vida le sonreía y no había estado dispuesto a correr riesgos por las injustificadas sospechas y aprensiones de ese tipo.

Lucca sacudió la cabeza, apocado.

—¡Maldita sea! —bramó Peralta, cerrando el puño. Se pasó la mano por la frente y se rastrilló hacia atrás el pelo, que presentaba despeinado y desgarrado en comparación con sus apariciones en los medios.

Presintiendo el vendaval, Lucca trató de demostrar su dedicación dando toda la información que poseía.

—Pude oír que ella se llamaba Lara... Tras la cena se la llevó a su apartamento y luego por la noche la acompañó en el coche oficial de regreso a su casa.

—¿Eso es todo lo que sabes? ¿Cuántos días le has seguido? —estalló el consejero, haciendo aspavientos y con la vena que cruzaba su frente a punto de explotar.

—Varios... —mintió, titubeando—. Fue con la única persona con

la que habló...

—¿Y en su casa? ¡No sabemos con quién habló desde su casa! ¡Ese hombre puede estar ahora mismo firmando nuestra entrada en la cárcel!

Amanda, con la cabeza erguida, capeaba el temporal como si con ella no fuera la cosa.

—¿Lara? ¿De qué me suena?

—¿Y qué más da? —protestó el consejero, dedicándole una mirada iracunda.

—Sí, de algún evento del partido... —Hacía memoria la mujer en voz alta, ignorando a su jefe—. Dices que la llevó a su casa, ¿dónde vivía?

Lucca le describió el exclusivo barrio residencial del norte de Madrid, una zona con acceso restringido. Había tanto villas y chalets modernos como elegantes mansiones señoriales de piedra presidiendo suntuosos jardines.

—Sí, tiene que ser ella, la hija de Vera, tu amigo el director del hospital —afirmó, poniéndose en pie y dirigiéndole una sonrisa divertida al consejero.

—Alan... —murmuró para sí—. Sí, a Alan le gusta que su familia le acompañe a las cenas y galas del partido...

Lucca suspiró aliviado, por momentos parecía que se habían olvidado de su existencia, enfrascados en el chismorreó.

—Pues de ser cierto no tiene ni idea, me lo habría dicho, tanto si le pareciese bien como mal —comentó Peralta. Lucca creyó intuir una sonrisa picarona y un brillo travieso en sus ojos oscuros—. Cuando se entere de que un empleado suyo, y un compañero del partido, se está tirando a su niñita, a quien siempre ha tenido entre algodones, le va a dar algo... Y como se extienda la noticia entre los afiliados, con lo poco que le gusta a Alan que se burlen de él...

Amanda soltó dos carcajadas, complacida.

De repente, el señor Peralta bajó la vista hacia Lucca, que permanecía sentado cómodamente, para fijarla de nuevo en Amanda.

—¿Y qué tiene que ver con esto? No creo que suponga ninguna razón para estar más tranquilos —le dijo a la gobernadora con un nuevo arrebato de acritud.

—O sí —replicó ella con firmeza, enarcando las cejas—. Lo de

la chica de la reserva fue meses atrás, en primavera. Entonces puede que Hoyos la ayudase, que investigase y nos causara problemas, pero si ahora está con otra... ¿qué necesidad tendría de seguir tomando riesgos?

El consejero ladeó la cabeza, falto de convencimiento.

—Puede que solo fueran conocidos, buenos amigos, familiares, primos... No hace falta que sea su novia para ayudar a alguien.

—¡Si el mundo de Hoyos se quedó un siglo atrás! —le interrumpió Amanda, gesticulando con el brazo como para hacerle despertar—. No tiene familia ni amigos reales.

—Vaya, es verdad, lo había olvidado —concedió, cabizbajo.

—Tenía que ser su pareja, o trataba de conquistarla —concluyó la gobernadora, segura de sí misma—. Y todo indica que su situación sentimental ha cambiado, así que se habrá olvidado del tema.

Amanda sonreía triunfalmente, mientras el consejero reflexionaba. Parecía que daba por buena la argumentación.

—Pero no deja de ser una hipótesis —insistió Peralta al poco, más tranquilo. Se sentó y le asestó de nuevo a Lucca una mirada severa—. Conviene estar seguros de que el embajador no mete las narices en nuestros asuntos. —Le apuntó con el dedo—. Quiero que te lo tomes en serio, si quieres seguir trabajando para mí no puedes dejar esto de lado. Convénceme de que no supone una preocupación. Y es tu última oportunidad.

24.

Domingo

Lucca se levantó de mal humor aquella soleada mañana. Humillado por la reprimenda del día anterior, se había visto obligado a cancelar la habitual y ansiada cacería, que tan a conciencia había preparado.

La tarde anterior se había desahogado en el gimnasio con el saco, con el que se había cebado con gusto, imaginándose la cara enjuta, el pelo repeinado y los ojos autoritarios del consejero impresos en el cuero. De vuelta en casa, resignado y más relajado, había asumido que debía ser responsable y acatar sus órdenes, aunque implicara que esa semana no generaría ingresos.

Para hacer un seguimiento a Hoyos en condiciones y poder presentarle al consejero pruebas sólidas, como grabaciones de conversaciones o registros de localizaciones, necesitaba la ayuda de un experto.

Se lavó la cara y se enfundó un pantalón corto de deporte y una arrugada camiseta de tirantes. Bajó por la escalera los dos pisos del edificio, de ladrillo rojo y cinco alturas, como la mayoría de los viejos bloques que conformaban su barrio obrero. Era casi mediodía y, en cuanto se asomó a la calle, le cegó la luminosidad del sol estival, por lo que activó la función en el chip para reducir la intensidad. Se trataba de una magnífica aplicación que interponía un filtro en el campo de visión, inyectando en el nervio de la vista las secuencias apropiadas de actividad neuroeléctrica. El resultado era el oscurecimiento de la escena percibida por el cerebro, de forma graduable y sin pérdida de calidad, y evitando el engorro de llevar gafas de sol.

Sí que las llevaba, sin embargo, durante las incursiones en las reservas para secuestrar a algún provinciano solitario. Siempre procuraba no ser visto, pero unas gafas de sol le otorgaban un extra de protección ante indeseados testigos casuales. Allí debería estar en aquellos momentos, se dijo con fastidio.

Solo de pensar en una emocionante jornada de caza se excitaba,

sintiendo cómo su respiración se aceleraba y la adrenalina se repartía por sus venas. Escutar un valle desde un cerro, agazapado tras unas rocas de granito, en busca del individuo que había identificado un rato antes en la aplicación de visión por satélite —antes de entrar en la reserva y perder la cobertura—; localizar de repente al objetivo, levantar el fabuloso fusil paralizador, situar a la presa en el centro de la mirilla y... verlo caer a plomo, abatido.

Lo que hicieran el consejero y compañía con esos desgraciados poco le importaba. Eran seres detestables, una rémora para el progreso. Y ese condenado Hoyos, el embajador de las reservas, que pretendía convencerlos de que se unieran a la sociedad civilizada... Y lo curioso era que trabajaba para el consejero, como si a Peralta le importara el bienestar de esas gentes. Maldito hipócrita, se sonrió.

Volvió a concentrarse en el asunto de Hoyos, la espina clavada que tanto molestaba al consejero. Le iba a salir caro, pero Igor, un conocido del barrio y viejo amigo del colegio, podría ser la persona adecuada. Se encaminó hacia su domicilio, a solo un par de manzanas. La gran incógnita que nublaba su optimismo era en qué estado se encontraría a Igor, de quien se rumoreaba que había recaído en su adicción.

Desde niño Igor había destacado por su habilidad con los ordenadores. Era un genio en las matemáticas y asignaturas tecnológicas. Sin embargo, poseía un carácter marcadamente introvertido y su incapacidad para socializarse se acentuó en la juventud, por culpa de un físico poco agraciado que suscitaba burlas y rechazos.

Descubrió en el chip un mundo nuevo, donde sus defectos quedaban ocultos.

Lo que causó su más grave adicción fue una red social denominada Virtual Life, recordó Lucca, en la que se simulaba el desarrollo de otra vida. Permitía configurar el aspecto, se elegía el sexo, la edad, un lugar de residencia y una profesión, y a partir de entonces el servidor incluía al nuevo personaje en el sistema: pasaba a formar parte de un nuevo mundo que simulaba un entorno real, con vecinos y compañeros de trabajo que eran igualmente personas virtuales que habían escogido esas opciones, cada cual con su rol. Se podía interactuar con cualquiera que se cruzase: saludar, charlar, ligar o dar un puñetazo, y cada acción tendría sus consecuencias. Era necesario atender obligaciones como acudir al trabajo o desempeñar las tareas cotidianas;

se recibía dinero virtual con el que se podía adquirir un mejor vehículo o mudarse a una casa más grande; o incluso se podían simular relaciones sexuales con otras personas, casarse o cometer adulterio.

Muchos lo consideraban un mundo paralelo para los inadaptados o fracasados, como un refugio para eludir la responsabilidad de encarar la vida, una droga para evadirse de la realidad. Sin embargo, la mayoría lo utilizaba con moderación, y la realidad era que la aplicación gozaba de una popularidad incuestionable. Gracias a ella, los ricos y poderosos podían experimentar las calamidades de un mendigo, o los trabajadores del montón disfrutar de la fastuosa vida de una estrella deportiva o un alto ejecutivo; un anciano podía sentirse rejuvenecido iniciando una partida con el rol de un universitario; o un cónyuge de un matrimonio insatisfecho podía desquitarse flirteando inofensivamente, sin delito carnal ni miedo a ser descubierto.

Aunque a menudo esa vida paralela trascendía y se mezclaba con la realidad.

Igor debió de conocer a sus contactos en el mundo de los delitos informáticos en esa red social, o tal vez en uno de los muchos foros de temática tecnológica que frecuentaba. Alguien se aprovechó de su juventud y candidez para convencerlo de que con su experiencia y aptitudes podría hacer dinero rápido y fácil. Contrataban sus servicios para *hackear* chips de terceros: obtener ficheros almacenados de información personal, grabar conversaciones o leer mensajes privados. Igor explotaba las vulnerabilidades que dejaban muchas páginas virtuales o juegos en red para acceder a los chips. El espionaje industrial, político o financiero le hizo rico en poco tiempo.

Hasta que alguien lo delató.

Salió del ascensor con decisión y localizó la puerta. Le envió un mensaje de texto y en pocos segundos la puerta emitió un zumbido electromecánico y se abrió. Lucca se adentró por un pasillo estrecho y lúgubre hasta llegar al salón, una estancia igualmente oscura y que hedía a falta de ventilación y restos de comida.

—Hola Lucca... —habló un bulto inerte desde el sofá.

Se incorporó con lentitud y se dieron un apretón de manos. Lucca advirtió por la cercanía su macilento rostro, el pelo sucio y descuidado y la extrema delgadez de Igor. Siempre había sido flaco, pero tras la salida

de la cárcel, donde superó el vicio, todos lo notaron más recio y fibroso. Ahora, de nuevo, parecía que hubiera estado un año orbitando en el espacio, sin mover un músculo.

—Tengo algo que proponerte, Igor. ¿Sigues con el tema de las escuchas, el espionaje...? —Lucca se interrumpió, temeroso de estar abordando el asunto con falta de precaución y poder irritarlo; todo se grababa en el Centro de Seguridad.

—Sí. Puedes hablar tranquilo, este sitio es seguro. Tengo un distorsionador. —Levantó la vista hasta el techo, donde había una minúscula antena helicoidal apuntando hacia abajo.

Lucca abrió la boca, sorprendido. Esos chismes, además de ser caros, eran ilegales y su uso estaba perseguido y castigado con severidad. Se utilizaban exclusivamente en ámbitos militares o de seguridad nacional. Emitían interferencias en una frecuencia próxima a la de la voz humana, que resultaban inidentificables para el cerebro y que por tanto no molestaban. Sin embargo, el chip sí recogía esas percepciones del nervio auditivo y la información de audio enviada al Centro de Seguridad quedaba convertida en una cacofonía.

Igor debió de advertir la sorpresa de Lucca.

—Si alguien me delata, prefiero que me caiga la pena por usar esto a que descubran todas las violaciones de intimidad que acumulo —explicó con despreocupación—. Ahora solo negocio aquí, no dejo pruebas; no me van a pillar tan fácilmente como la otra vez. Además, ya no me junto con gente importante —se jactaba.

Lucca emitió un murmullo que denotó cierta indiferencia. Se sabía que ahora lo contrataban para espionaje doméstico: adulterio, vigilancia de adolescentes problemáticos, *voyeurs*...

Igor le ofreció tomar asiento en un sofá de tres plazas que había pegado a la pared. Debió de adquirirlo por una fortuna antes de ser condenado, pero ahora, incluso en la penumbra, la tela lucía vieja, sucia y deslustrada. Se sentó con verdadera aprensión.

—¿Por qué estás a oscuras? —preguntó Lucca—. ¿Qué escondes aquí que no quieres que vean?

Igor sonrió complacido, como si esperara esa pregunta. Dejó la cerveza en una pequeña mesa al pie del sofá, sucia y llena de botes de refrescos y bolsas de aperitivos vacíos. Se levantó con decisión y descorrió una cortinilla que tapaba la balda inferior de una estantería, en

la pared opuesta. Había un aparato electrónico voluminoso, una caja metálica con una pequeña pantalla en el frontal.

—Es el servidor, el corazón de mi red de *sniffers* —declaró con solemnidad, antes de regresar al sofá.

—¿De qué?

—Por ese cable de radiofrecuencia —señaló Igor a un cable grueso y cilíndrico, que discurría a lo largo del rodapié—, que va hasta una antena camuflada en el balcón, el aparato recibe los datos de los *sniffers* que tengo distribuidos por la ciudad, en un rango de 20 kilómetros.

—¿Pero qué es un *sniffer*? —inquirió Lucca, comenzando a desesperarse.

—Es un chisme que captura todas las comunicaciones, todo el tráfico de red inalámbrica que pasa por su ubicación, para un ancho de banda configurado. Son pequeños, una antenita y un microchip adherido, cabe en una lata de refresco.

Lucca entendió vagamente. Interceptaba los datos emitidos por cada chip hacia el Centro de Seguridad: las grabaciones de la gente, lo que ven y oyen.

—Pero esas transmisiones van cifradas, no puede ser tan sencillo...

—Sencillo no es —le interrumpió—. Pero todo algoritmo de cifrado es vulnerable, toda clave se puede encontrar tarde o temprano. Es cuestión de tiempo y de potencia de procesamiento. Si te dijera cuánto me costó este cacharro no me creerías —señaló de nuevo a la caja de la estantería, lo que había llamado corazón—. Pude ponerlo a salvo antes de que me detuvieran, sin él ahora sería un muerto de hambre.

Lucca emitió un silbido de fascinación, observando esa caja mágica que se pasaría las veinticuatro horas decodificando las señales de las víctimas de Igor.

—Los *sniffers* los tengo escondidos en puntos clave, para tener cobertura en las zonas que me interese, dependiendo de los encargos que me hagan —desveló con una sonrisa traviesa.

Lucca le explicó lo que quería de él con paciencia. Sin embargo, en varias ocasiones percibió que Igor no le seguía, que se quedaba como ausente.

—Te estoy hablando —tuvo que decir al final Lucca, molesto—.

¿Qué hacías?

Igor bajó la mirada, acariciando nervioso el bote de cerveza.

—Nada, nada. Perdona... —dijo en voz baja, como avergonzado.

—¿Estabas en el Virtual Life, verdad?

Balbuceó algo, cabizbajo. Parecía que rehuía contestar, pero al final suspiró, resignado.

—Sí, lo siento, no puedo evitarlo —reconoció.

Lucca asintió, era lo habitual con los adictos. No eran capaces de mantenerse dos minutos sin acceder a su otra vida. Necesitaban estar siempre pendientes, comprobar si alguien les hablaba o si se perdían algo importante de lo que les rodeaba en el escenario creado por la aplicación.

Lucca sacudió la cabeza, dándolo por perdido.

—Bueno... con tu infraestructura, ¿puedes averiguar lo que dice esta persona en todo momento, por ejemplo durante la próxima semana? Cueste lo que cueste —añadió, remarcándolo. Quería evitar que Igor desestimara el trabajo por no considerarle suficientemente pudiente, en el barrio no era más que un triste monitor de gimnasio.

—Si está en un punto bajo la cobertura de un *sniffer*, sí. Si no, habría que colocar alguno, para empezar en su barrio, donde viva, o también por donde trabaje. Tengo algunos libres...

—¿Puedes ver ahora si está bajo cobertura? —insistió Lucca, cansado de la conversación.

—Claro. —Igor se levantó resuelto del sofá y en dos pasos se situó frente al aparato. Lucca le acompañó, esperanzado—. Se puede saber con facilidad qué personas están ahora mismo bajo la cobertura de cada *sniffer*. Sin embargo sacar los datos, por ejemplo el contenido de los vídeos, ya es más complejo: hay que enviarlos al servidor para que los *hackee* —dio un par de palmaditas en la preciada caja— y eso lleva tiempo.

Lucca le proporcionó el nombre de David Hoyos. Igor se agachó y efectuó una consulta, tecleando en la pequeña pantalla táctil integrada en la caja metálica.

Lucca sintió que se le aceleraba el pulso.

—Vaya, has tenido suerte —anunció Igor.

Lucca apretó un puño y ahogó una exclamación triunfal. Todo sería más rápido, podrían empezar de inmediato a guardar sus datos de

vídeo y audio, y en cuanto el cacharro descifrara la clave tendría disponible el material. Se arrodilló a su lado, exultante.

—¿Y dónde está ese tipo ahora? ¿Hay un *sniffer* de esos por su barrio?

—A ver, deja que sitúe las coordenadas... Ya está, te he compartido un mapa, conéctate a mi chip y lo ves si quieres. Es un polígono industrial de las afueras —explicó—. Si no recuerdo mal —dijo, divertido—, tengo puesto ahí el chisme porque un directivo de una empresa de reformas sospecha de su socio...

Lucca no escuchaba, accedía al chip de Igor para visualizar la imagen cartográfica compartida.

Se quedó helado: el punto donde se hallaba escondido el aparatito electrónico caía a solo unos centenares de metros del lugar de entrega de las capturas, tras las cacerías... Podría ser casualidad, pero sintió que una fatal sospecha tomaba forma y le revolvía el estómago.

—Joder, no puede ser... —murmuró para sí, negando con la cabeza y apretando los labios con fuerza—. ¿Qué hace allí este hijo de puta? —preguntó elevando el tono.

—Y yo que sé... —dijo Igor, echándose un paso atrás. A nadie le gustaba ver a Lucca cabreado, todos lo temían—. La verdad es que es raro, un domingo, en un sitio así...

Lucca se mantuvo allí de pie, con la cabeza gacha, atando hilos. Puede que ya supiera tanto de la trama que fuera demasiado tarde para hacer nada. Lo más sensato sería huir, escapar a una reserva o a un país remoto extranjero, antes de que una posible denuncia y una rápida investigación desembocaran en su arresto inmediato.

—Solo por curiosidad —dijo Igor, con voz temblorosa—, ¿qué te ha hecho ese tipo? ¿Debe dinero en el gimnasio?

O, continuaba cavilando, si intervenía ahora quizá lograra salvar la situación. Era una emergencia, se requería una acción drástica, Peralta lo entendería.

Le apartó con el brazo sin contestar y se encaminó a paso rápido por el tenebroso pasillo.

—¿Te vas ya? ¿Entonces quieres que capture sus transmisiones o no? Por cierto, no hemos hablado de dinero...

—Olvidalo.

David se revolvió en el asiento de su vehículo, incapaz de encontrar una postura adecuada. Se notaba entumecido por las interminables horas que llevaba allí aparcado, deslizando su vista monótonamente a lo largo de la calle de aquella solitaria zona industrial. Si al menos Fedora estuviera con él, haciéndole compañía, el tiempo transcurriría mucho más deprisa, se lamentaba.

Allí no había un alma. Nadie iba a pie, ¿quién iba dar el paseo dominical por aquel desolado paraje de fábricas cerradas y calles desiertas? Aunque circulaba algún camión o coche de forma esporádica, ninguno se había detenido.

Cansado de esperar, se bajó del coche y se propuso recorrer a pie, a pesar del calor y el sol implacable, los desplazamientos exactos del individuo, que figuraban con precisión casi milimétrica. Se dirigió hacia la franja de acera junto a la que siempre aparcaba, donde se mantenía estático varios minutos, como si, precavido, no se atreviese a salir del coche hasta albergar la seguridad de que nadie merodeaba por la zona.

A continuación el hombre no se alejaba en ningún caso más de una decena de metros. David anduvo por la descuidada acera, llena de baldosas rotas o levantadas y malas hierbas, procurando ceñirse a las coordenadas exactas. No sabía realmente lo que buscaba, pero escudriñaba el suelo, esperando descubrir una remota pista como manchas de sangre o un objeto personal que portase una de las víctimas.

Con goterones de sudor chorreándole por la frente, hizo y deshizo el camino varias veces para concluir que no había nada relevante. El edificio más próximo era una vieja industria química con un nombre que sonaba a producción de pinturas. Junto a la valla oxidada que cercaba el recinto había una serie de contenedores de reciclaje de tamaño industrial, y a los pies de estos reposaban bidones vacíos y cajas de cartón. El aspecto en general era sucio y desangelado, no había nada que arrojase alguna luz sobre por qué se detenía en ese paraje.

Cabizbajo, se volvió de regreso al coche. Antes de entrar levantó la mirada. Unas manzanas más allá la dejada área industrial daba paso a un parque empresarial bien cuidado, con edificios altos y modernos destinados a oficinas y con abundancia de zonas verdes, aparcamientos y puntos de carga para los pequeños utilitarios del transporte público. Las impresionantes instalaciones de BEngi ocupaban varios bloques de un

complejo situado dentro del área financiera, junto a los rascacielos de las sedes centrales de grandes bancos. Aquella corporación representaba la única línea de investigación que David podía explotar todavía, pero no sabía cómo.

Lo único claro era que aún no había aparecido nadie por allí. Aguardaría un rato más y se marcharía. Confiaba en regresar con Fedora el próximo domingo a repetir la vigilancia, seguro que aceptaba cuando la pusiera al tanto de las últimas averiguaciones. Al menos, pasaría una mañana a solas con ella, embelesado por sus grandes ojos almendrados y codiciando sus piernas, robustas por sus aficiones y profesión campestre, pero a la vez esbeltas y bronceadas, que exhibía ella últimamente bajo esos cortos pantaloncitos veraniegos que le habían costado más de un toque de atención. Quizá tampoco tuvieran suerte; pero junto a ella, el éxito o fracaso pasaría a un segundo plano.

El sol que derretía su cabeza le hizo regresar de golpe al caluroso presente. Retiró la vista perdida del fondo de la avenida, y se aprestaba a agacharse para entrar en el turismo cuando una presencia cercana lo distrajo.

Un hombre solitario se acercaba caminando por la desquebrajada acera, maltratada por coches y camiones en días laborables. David se preguntó qué haría alguien paseando por aquel lugar bajo un sol abrasador. Lo tomó por un loco, quizá uno de los muchos adictos al chip, o incluso podría tratarse de uno de esos erráticos.

Según se aproximaba apreció que se trataba de un joven recio, no tan alto como él pero más vigoroso. Llevaba una camisa de tirantes que delataban sus brazos y hombros musculosos. Caminaba a paso rápido, con demasiada determinación para tratarse de un desgraciado errático o un demente de cualquier tipo. Recordaba que en su tiempo las áreas industriales no eran zonas seguras, que a menudo cobijaban actividades como prostitución, tráfico de drogas o carreras ilegales. Pensó que en ese nuevo mundo con tan exhaustiva vigilancia no habría nada que temer, pero decidió meterse en el coche, cauto.

El hombre hizo un aspaviento con el brazo y aceleró el paso.

—¡Espera un momento, por favor!

El grito parecía albergar un deje de súplica. Tal vez el muchacho necesitara ayuda. Iba afeitado y llevaba el pelo bien cuidado, a pesar del sofoco, y no presentaba un aspecto desarrapado, aunque vistiese de modo

informal con prendas deportivas. Sus rasgos eran duros, con la mandíbula marcada, y su tez morena.

David, confiado, abrió la puerta y salió.

—Hola —dijo el joven sin aliento, ya a pocos metros de distancia—. Necesito que me echés una mano.

De pie junto al coche, pero sin cerrar la puerta, David le instó a explicarse alzando el mentón; tal vez fuera un transportista perdido o que hubiera sufrido algún percance.

—Verás —dijo, pareciendo encontrarse en un aprieto—, me he quedado tirado. —Señaló hacia la calle por donde había venido.

—No sé cómo te voy a poder ayudar, no soy mecánico. Contacta con el...

David había distraído la mirada, oteando curioso en busca de un vehículo averiado. Era justo lo que pretendía el individuo, se percató demasiado tarde: el tipo se abalanzó raudo por su espalda para inmovilizarlo retorciéndole un brazo. Antes de que pudiera reaccionar David sintió un golpe seco en el cuello, propinado con el canto de la mano a la altura de la nuez, que lo dejó sin respiración.

Sus piernas se doblaron y quedó postrado ante los pies de su asaltante, boqueando sin aliento, tosiendo y crispándose la garganta con ambas manos.

Necesitaba pedir ayuda por el chip. Todo ciudadano contaba en la interfaz visual con un botón de fácil acceso para casos de emergencia. Una vez pulsado, se daba permiso a los teleoperadores para acceder a la localización geográfica del solicitante, así como a su visualización y escucha en tiempo real, de forma que pudiesen determinar el tipo de urgencia y brindar el servicio requerido con celeridad.

Pero el matón también lo sabía.

Lo último que vio fue un pequeño aerosol rociando insistentemente sobre su nariz y boca. Antes de percatarse, todavía luchando por recuperar el resuello, había aspirado el vapor sin oponer resistencia.

Dada la ausencia casi total de circulación, los semáforos de la vecina área empresarial se hallaban en verde permanente. En solo un par de minutos Lucca alcanzó la entrada principal del complejo que constituían las oficinas y centros de investigación de BEngi. Nunca había

estado allí, jamás le había preocupado el destino de los secuestrados: una vez depositados en el contenedor dejaba de considerarlos asunto suyo.

Como le acababan de asegurar, la barrera se levantó en cuanto se aproximó. Frente a él se erigían varios bloques modernos de cinco plantas, rodeados de exuberantes jardines. Rodeó los edificios por la calle circundante para alcanzar el punto acordado en la parte posterior, circulando sobrecogido por la suntuosidad y las dimensiones del lugar. En aquellas oficinas, laboratorios y centros de investigación debían de trabajar miles de personas, se dijo, fascinado.

La calle se ensanchó y murió en una amplia explanada. Junto a ella se levantaban dos naves largas y achatadas de aluminio corrugado. Había palés, cajas de cartón y contenedores de metal en los laterales de la calle y repartidos por una zona de malas hierbas adyacente.

No sabía quién le esperaría en la dársena seis, a donde se dirigía, en una de las naves. No había nadie trabajando ni camiones aparcados, se respiraba un vacío absoluto.

Salieron dos operarios, que ordenaron a Lucca que esperase en el vehículo y que activase la función de opacidad total de la estructura, de forma que nadie lo viese desde el exterior, y se apresuraron a llevar a David al interior de la nave.

Un rato después, uno de ellos reapareció en el descargadero y le invitó secamente a seguirlo. Fue conducido a lo largo de varios pasillos anchos y solitarios, dejando a los lados almacenes diáfanos y salas polvorientas atestadas de material embalado apilado en varias alturas. Lucca estaba ya desubicado cuando se asomó a una habitación mal iluminada y que olía a humedad, sin apenas mobiliario excepto por una mesa redonda y varias sillas de oficina raídas alrededor.

Halló en soledad la delgada silueta del consejero, andando en círculos por la zona libre de la habitación, desasosegado. Pequeñas gotas de sudor perlaban su huesudo rostro.

—Si pudiera elegir me quedaba con su despacho en la consejería —le comentó en tono guasón Lucca al señor Peralta, sin siquiera saludar.

No se habría atrevido a tratar al consejero de Asuntos Internos con tanta confianza de no ser por la relajación que lo embargaba tras el estrés de la operación.

—Aquí no trabajo habitualmente —explicó, deteniéndose y reprimiéndolo con la mirada. Le hizo un gesto al tipo del mono de

operario, que les dejó solos—. Pero soy accionista principal de la división europea de la empresa, si yo quisiera me asignarían un despacho de una planta entera, y por supuesto no aquí en las naves, sino en el edificio de la junta directiva —alardeó con su tono pedante y arrogancia habituales.

Lucca bajó la cabeza, arrepentido del comentario. El consejero no estaba para bromas. Su palabrería de político no bastaba para ocultar su preocupación y malhumor latentes.

Peralta señaló hacia la mesa y se sentaron.

—Entonces, ¿estás seguro de que no ha tenido tiempo de lanzar una petición de auxilio? —inquirió el consejero, asestándole una mirada escrutadora.

—Seguro, lo reduje en un solo asalto y lo drogué al momento.

El consejero suspiró, algo más tranquilo.

—¿He hecho mal llamando a Amanda? —preguntó Lucca, por si fuera ese el motivo de su enojo—. Creo que la situación era crítica. Ya sabes dónde estaba el señor Hoyos, en el punto de entrega, y justo un domingo...

—No, tranquilo. Has hecho lo correcto. Está claro que sabe demasiado, podría habernos denunciado en cualquier momento.

Lucca había hablado con Amanda porque era la única con quien le estaba permitido contactar, y solo si se trataba de una situación de extrema gravedad. Ella había informado a Peralta, quien había dispuesto todo para alojarlo como medida cautelar. Era revelador que Amanda no estuviera presente. Supuso que ese lugar era de dominio exclusivo del consejero: allí recalarían los secuestrados, que se emplearían para un desconocido pero sin duda lucrativo uso. Posiblemente ni siquiera los gobernadores habrían pisado nunca esas colosales instalaciones. Ellos solo se ocuparían de sus reservas, de sobornar a funcionarios y camuflar las desapariciones. Lucca se sintió privilegiado, debatiendo y analizando junto al cabecilla la delicada crisis que había originado el embajador.

—Pensé en solucionarlo yo solo, pero no sabía qué hacer con él. No podía matarlo, por la alarma biológica...

—Por supuesto —le cortó Peralta, incómodo—. Esto no es una reserva, a ver si te crees que se puede acabar con alguien con chip tan alegremente.

Lucca maldijo la puñetera alarma. Si el chip dejaba de recibir los

impulsos nerviosos inherentes a la vida, lo comunicaría al Centro de Seguridad. Para un individuo de edad avanzada o localizado en un hospital, las autoridades lo pasarían por alto. Pero en otro caso, se procedería a indagar en la visión y escuchas recientes del fallecido.

—La situación no deja de ser muy comprometida, para todos — dijo Peralta con tono lúgubre.

A Lucca se le ocurrió una idea.

—¿Y si lo llevamos a una reserva? Me encargaré de que nunca se encuentre el cadáver.

Peralta negó obstinado con la cabeza, como si ya se hubiera devanado los sesos estudiando todas las posibilidades.

—No, demasiado arriesgado. ¿Y si se investiga la desaparición? Es alguien conocido, un empleado del partido. Tarde o temprano alguien lo echará de menos. Se verá que lo has acompañado y que él no ha vuelto, y tirarán del hilo hacia atrás, hasta dar con las grabaciones de cuando lo asaltaste y lo metiste en el coche. Tú estarás perdido, y además los inspectores verán que lo trajiste hasta aquí...

—¿Y tus contactos en el Centro de Seguridad? Ya borraste mis datos una vez...

—Imposible —repuso con rotundidad, perdiendo la paciencia—. Cuando la cagaste con ese compañero tuyo, te salvé de milagro. Pero ya no puedo pedir más favores, y menos para un personaje público como el señor Hoyos.

Bajó el tono, como si hubiera llegado a una fatal conclusión.

—Joder, podrán reproducir esta misma conversación —concluyó mascando las palabras, aterrorizado, con la vista perdida en un punto indefinido de la pared.

Lucca vio en sus ojos el miedo y la inseguridad por primera vez. El consejero temía que se arruinase su fulgurante carrera como político. Diría adiós a sus ambiciones en la cúpula del gobierno y se olvidaría del lujoso tren de vida que le permitían sus variopintos negocios. Lucca apostaba a que aún no había asimilado la cruda posibilidad de ser condenado y pasar el resto de su vida en prisión.

—¿Dónde lo han llevado tus hombres? —se interesó Lucca, que prefería vivir el día a día.

—Está en un lugar seguro —repuso cortante, como evitando entrar en detalles—. Pero lo que me preocupa es que ya haya denunciado,

aun con los vagos datos que tenga, y que se esté investigando y que en cualquier momento vengan a por nosotros.

—No lo creo —descartó Lucca con rotundidad—. Si se ha pasado allí la mañana es porque sospecha algo, pero no tiene pruebas, o no las suficientes.

El consejero se tapó la cara con ambas manos, pensativo. Su afilada y ganchuda nariz se asomaba entre ellas como si fuera la aleta dorsal de un tiburón. Lucca se preguntaba cómo un tipo tan esmirriado y carente de encanto podría haber llegado tan alto. Probablemente por el dinero, se contestó. Desde su puesto privilegiado en BEngi se habría catapultado con facilidad a la política, provisto de los contactos apropiados.

—¿Qué vas a hacer con él? No pretenderás tenerlo drogado indefinidamente...

Peralta gruñó, molesto por ser importunado en sus cavilaciones.

—No me presiones, si existiera una salida fácil ya habría tomado una decisión, y no tendría ni por qué estar aquí, hablando de esto contigo —dijo con cierto desdén.

Lucca fue consciente de que el consejero no lo tenía muy claro. Se sentía impotente y le incomodaba tratar el tema en una conversación monitorizada, pasando por alto todas las precauciones.

—Me preocupa que más gente pueda saberlo —se sinceró el señor Peralta, echando mano del nudo de la corbata—. Su novia, por ejemplo, la hija de Vera... O la de la reserva, la que destapó todo y le contó sus sospechas. —Hizo una pausa y frunció el ceño, para continuar con resentimiento—: Esa vieja zorra de Amanda estaba equivocada. Puede que Hoyos no tenga ninguna relación sentimental con ella, pero está bien claro que no se ha olvidado del tema. Y nos ha puesto entre la espada y la pared.

Lucca asintió, en eso llevaba razón. Ignoraban lo que sabían esas mujeres. Si estaban al tanto de todo suponían una bomba de relojería. Pero, guiado por su optimismo habitual, procuró tranquilizarlo.

—Te digo lo mismo, dudo que tengan ideas claras. Pero no debemos hacer que sospechen, que lo echen en falta y denuncien su desaparición. Hay que decidir algo rápido, si lo tenemos aquí encerrado y alguien empieza a hacerse preguntas, nos estallará en las manos.

El consejero reflexionó unos segundos y de repente levantó la

cabeza y le miró con fijeza.

—Bien, creo que es la única opción que me queda —dijo por fin. Parecía que por momentos había recuperado la entereza.

Lucca enarcó las cejas, solicitando una explicación.

—Tú ocúpate de las chicas —zanjó el consejero, recuperando el aire autoritario—, averigua lo que saben y hasta qué punto están unidas al embajador. Es urgente, olvídate de la discreción. Y mantenme informado, voy a necesitar de la colaboración de alguna de ellas —dijo con una sonrisa perversa.

Lucca se encogió de hombros, ignorando qué tramaba. Era un tipo astuto, poderoso y con recursos, de modo que no tenía por qué dudar de sus intenciones.

Peralta se puso en pie y le estrechó la mano a modo de despedida.

—Tengo plena confianza en ti, Lucca. Si salimos de esta, te tengo reservado un puesto a mi lado, la posición que te mereces.

Lucca, henchido de orgullo, cayó en la cuenta de que era la primera vez que se dirigía a él por su nombre.

25.

Lunes

David despertó con un insoportable dolor de cabeza, descubriéndose tumbado en el suelo, en un lugar desconocido. Se sentó, dolorido y mareado. Miró en derredor y solo vio paredes vacías de textura metálica. Se dio cuenta, extrañado, de que el frío suelo y el techo eran igualmente de acero o un material similar. Se trataba de una estancia sin ventanas, vacía por completo de mobiliario. Sí distinguió una única puerta, también metálica, remachada con solidez y con una gruesa manija circular al estilo náutico. Era como si se encontrase en un compartimento estanco, pensó, quizá de un barco. Sin embargo, no percibió el más mínimo movimiento o vibración bajo sus pies, tenía que hallarse en tierra firme.

Se incorporó. Se sentía confuso, atorado. Trató de hacer memoria y logró recordar que había sido atacado por el individuo del polígono. Dedujo que a continuación habría sido drogado y encerrado allí. Desconocía cuánto tiempo había pasado, a dónde lo habían llevado o qué pretendían de él.

Según recuperaba la lucidez, comprendía que su situación era desesperada. Lo habían descubierto, por algún motivo, fisgoneando en el negocio, y tomarían medidas. Barajó una tras otra distintas opciones sobre lo que podría depararle el destino, y sintió que su respiración se agitaba y que sus piernas temblaban.

Se acercó a la puerta con andar tambaleante. Giró la rueda para intentar abrirla, sin mucha fe, y comprobó que estaba cerrada. Se apoyó contra la pared, tratando de poner en marcha su embotada cabeza. Entonces cayó en la cuenta de que podría pedir ayuda por el chip, comunicarse con alguien. Buscó los accesos directos y menús que se presentaban en su campo visual, para enseguida descubrir el simbolito de desconexión. Al menos pudo ver la hora: eran cerca de las ocho de la mañana del lunes, llevaba casi un día entero allí metido.

Conjeturó que se hallaría en una reserva o en un remoto país extranjero, donde no pudiera comunicarse a través el chip. Comenzó a lamentarse de sus actos. Se maldijo por haberse metido en lo que no le

llamaban, sin necesidad.

Pasaban los minutos lentamente, sin novedad. Aporreó la puerta y gritó con insistencia, pero no obtuvo respuesta. No se escuchaba nada en absoluto al otro lado de esas gruesas paredes de acero. Derrengado, se dejó caer, arrastrando la espalda contra el metal.

Era ya media mañana cuando un chirrido provino de la compuerta. David se incorporó de un brinco y se situó en la pared opuesta, alerta y expectante. Vio cómo el volante efectuaba una vuelta completa y a continuación se abría hacia dentro. La empujaba un hombre enfundado en un mono de trabajo.

El individuo levantó la cabeza, recorrió la estancia con la mirada y se fijó en David con indiferencia, como si estuviera llevando a cabo una comprobación rutinaria. Entonces se hizo a un lado y apremió a alguien que permanecía en el exterior a que entrase.

Un hombre delgado y bien trajeado se apresuró hacia dentro, resonando los tacones de sus relucientes zapatos en las planchas metálicas. El operario cerró la compuerta con rapidez y se quedó detrás. David, todavía atolondrado, se preguntó a qué venía tanta prisa. Pero cuando sus tardos ojos se posaron en la cara del hombre, sus fútiles especulaciones se interrumpieron: tenía ante sí al mismísimo consejero de Asuntos Internos, al señor Peralta.

—Veo que te sorprendes de verme, Hoyos —anunció, esbozando una sonrisa.

En verdad había barajado en más de una ocasión que su propio jefe pudiera estar involucrado. Eso explicaría su respaldo a la gobernadora, o que él mismo le asignase los enclaves a visitar, dejando fuera de la campaña precisamente las reservas en las que se habían reportado más casos de desapariciones. Pero todo habían sido hipótesis, y encontrarse con él cara a cara corroboraba las crudas teorías que tan a menudo habían discutido Fedora y él, en placenteras y distendidas conversaciones. Quién le iba a decir en aquellos momentos que sus juegos detectivescos terminarían así.

—Antes de nada —dijo el consejero, de pie y estático, con las manos detrás de la espalda—, quiero pedirte disculpas por los golpes y el trato deparado por mis hombres.

No soportaba su tono de falsa cordialidad y diplomacia. No repuso nada, no estaba dispuesto a creerse su medida palabrería. Cuanto

antes soltara lo que iban a hacer con él, mejor, pensó con resignación.

—Yo te estimo, Hoyos —continuó, ante el mutismo de David—. Me caíste bien desde que te conocí, en el hospital. Eres inteligente y tienes visión de futuro, has sabido adaptarte a esta nueva época. Tus discursos a favor del sistema nos impresionaron a muchos, y has demostrado en tus charlas en las reservas que tienes poder de convicción y empatía con esas gentes que reprueban el progreso y la tecnología. Estaba orgulloso de haberte incorporado al equipo.

David le miraba impertérrito, preguntándose a dónde quería llegar prodigando tales adulaciones. El consejero le clavaba su fría mirada, hablaba con una seguridad abrumadora. No tardaría en soltar las malas noticias.

—En fin —añadió—, es una lástima que te hayas distraído con un asunto que no te concernía. Has estado a punto de ponerme en dificultades, aunque por suerte te hemos parado a tiempo.

David ya daba todo por perdido, no pudo evitar saltar movido por la repulsión que le generaba su jefe, transigida durante tantos meses.

—Al grano, joder —exigió, haciendo un aspaviento—. Esto no es ningún debate de tu maldita campaña, ahórrate la palabrería.

Peralta abrió los ojos y la boca, sorprendido. Sin duda, nadie osaba dirigirse a él de esa manera, y esperaba una actitud más sumisa de David, dada su situación.

—¿Qué queréis de mí? ¿Por qué estoy aquí? —insistió, airado.

—Vayamos por partes —dijo Peralta, ahogando un suspiro y levantando las manos, pidiendo paciencia—. Sé que sabes cosas, tienes sospechas. Quiero que lo sepas todo, así que contestaré a todas tus preguntas con sinceridad. Luego te pediré que respondas a mis dudas con la misma sinceridad.

David se extrañó. Tal vez no iban a liquidarlo en cualquier momento, como barruntaba. O quizá pretendía averiguar quién más estaba al tanto, para después de deshacerse de él ir a por el resto, acabar con todos los que supusieran una amenaza. Pero no, no iba a caer en la trampa.

—Me da igual morir sabiendo mucho que poco —replicó, firme—. No pienso decir nada.

—No te vamos a matar —aseguró, soltando un par de carcajadas forzadas—. Por supuesto que habría sido lo más fácil —reconoció,

crispando los labios en media sonrisa, como resignado—, pero no pienses como en tu tiempo. Aquí tarde o temprano se descubriría, se estudiarían tus últimos datos registrados, y no nos interesa que vean lo que sabes. Y, sinceramente, no me resultaría agradable una solución tan radical; ya te he dicho que te aprecio, tanto en el plano personal como profesional, y mi intención es conservarte.

David asintió, algo más tranquilo. El bastardo poseía un poder de convicción envidiable, de ahí su trayectoria política. Decidió tomarle la palabra, tenía tantas preguntas que hacer que se le amontonaban en la lengua.

—¿Dónde estoy? ¿Es una reserva? ¿Y por qué esta habitación... estancia?

—Estamos en los sótanos del módulo 23 de la sede central de la corporación BEngi, en Madrid.

Entonces estaba en lo cierto, se dijo David. Se trataba de aquellas enormes instalaciones, cercanas al polígono industrial. El área se hallaba exenta de la alarma por ausencia de chip, para permitir la asistencia a estudiantes en prácticas, y así manipulaban con facilidad a los que traían de las reservas. De nuevo pasaron por su cabeza teorías como el exterminio, la experimentación o el tráfico de órganos, o incluso la más benévola de la implantación de chips clandestinamente. Ojalá se tratase de esa última opción, eso significaría que no eran tan despiadados criminales como suponía, pensó esperanzado.

—Pero, ¿por qué no puedo comunicarme? No tengo conexión...

—Me decepcionas, Hoyos. Tú que eres persona de ciencias, deberías haberte dado cuenta. —El consejero recorrió con la vista la habitación, pasándola por paredes, techo y suelo, con los ojos entornados y exhibiendo una arrogante sonrisa.

David echó una nueva ojeada al interior, completamente metálico, y entonces comprendió: se trataba de una jaula de Faraday. Era tan evidente, se reprochó. ¿Cómo no había reparado en ello?, lo había estudiado ya desde el instituto. Un recinto cerrado construido con un material conductor bloquea los campos eléctricos, impidiéndoles tanto entrar como salir al exterior. De ahí que los coches llevaran la antena de la radio por fuera de la carrocería; o que en los ascensores se perdiera o debilitara la señal del móvil.

Dentro de la sala, forrada o construida celosamente en metal, el

chip no era capaz de comunicarse. Por eso tanta prisa en abrir y cerrar la puerta, entendió: no querían darle la menor oportunidad de pedir auxilio.

—Ya creía que no se iba a usar nunca, pero al final está siendo útil. La montamos por precaución, por si alguno de los secuestrados resultaba que contaba con chip oficial, por negligencia de los cazadores. Deben cerciorarse, pero no nos podemos fiar de esos zafios matones... Metiéndolo aquí ganaríamos tiempo para estudiar la situación, evitando que al despertar pidiese auxilio. —Se encogió de hombros, mostrando de nuevo una sonrisa de satisfacción—. Nunca pensé que algo parecido fuera a suceder, pero contigo.

David tragó saliva. Eso descartaba la sutil teoría de Dalmiro de la implantación clandestina y voluntaria de chips a habitantes adinerados de las reservas. Peralta había hablado sin ambages de secuestros y de traer a las víctimas drogadas: ya no había duda de que se enfrentaba a una mafia de criminales sin escrúpulos. Se esperó lo peor.

—Entonces los tenéis por aquí, ¿no? ¿Qué hacéis con ellos?

—Sí, en este mismo módulo, en los sótanos. Para que entiendas lo que se hace, mañana, en cuanto resolvamos unos asuntos pendientes, te pediré que me acompañes a la sala de control —dijo con amabilidad. David se sorprendió, ¿le iban a permitir salir de esa estancia bloqueadora de las comunicaciones?

—Si te estás planteando pedir ayuda en cuanto pongas un pie fuera, quiero que sepas que hemos implantado un *software* malicioso en tu chip, capaz de dejar tu dispositivo inoperante, inservible, en cuanto lo deseemos, mediante una sencilla comunicación por internet.

El consejero guardó silencio, dejando que calara la amenaza en David.

—¿Sabes lo que significa eso? —le acució Peralta.

David tenía una ligera idea, pero se encogió de hombros.

A Peralta le brillaban los pequeños ojos, sin duda le apetecía recrearse explicándoselo.

—Básicamente, si osaras denunciarnos o nos crearas problemas, enviaríamos una señal a un troyano en tu chip, que se activaría para borrar ciertos ficheros del sistema operativo y causar un error general irrecuperable. Te quedarías como un errático, de la misma manera que si hubieras comprado un chip barato de contrabando. Solo tu cuerpo seguiría vivo, tu mente...

—Vale, vale —le cortó David exasperado—. Ya sé lo que son. ¿Y por qué no habéis hecho eso ya? ¿No sería una manera fácil de deshaceros de mí?

—No, sería arriesgado, tú no eres cualquiera. Eres un personaje público, alguien puede reconocerte y dar pie a que se examinen tus datos, llevando a las autoridades hasta aquí... Así que mejor lo dejamos como medida de disuasión —sonrió, mostrando una mueca de complacencia.

David comenzaba a ver plausible la posibilidad de que lo liberaran. Se sintió más optimista y comenzó a elucubrar otras formas de denunciarles.

Peralta debió de leer su mente.

—Por si se te pasa por la cabeza, si intentas quitarte el chip también se activa el mecanismo de destrucción. El virus detecta la ejecución de la subrutina de apagado y entra en funcionamiento. Así que olvídate de cambiarte de modelo, tendrás que conformarte con el que tienes —advirtió.

David, descubierto, se quedó pensativo, barajando otras opciones. Podría denunciarles y, de inmediato, huir a un territorio sin conexión, donde no recibiese la señal de activación de ese *software* dañino que le habían implantado.

—De igual manera —irrumpió Peralta en sus cavilaciones—, está programado para activarse si transcurren más de 24 horas en estado de desconexión. Te lo advierto, por si tienes la tentación de delatarnos y marcharte a una reserva.

David refunfuñó para sí, ignorando la repelente expresión victoriosa de su jefe. Lo tenían todo planeado, parecía condenado a callar para siempre.

—Bueno, como he dicho, mañana proseguiremos. Tengo que pedirte que tengas paciencia.

El consejero ya se volvía hacia la compuerta, cuando se giró de repente, como si hubiera olvidado algo.

—Ah, una cosa más, para que lo vayas pensando. Por si te sientes con la obligación moral de sacrificarte para que salga a la luz lo que vas a ver, te advierto que no eres el único que sufriría las consecuencias de una heroicidad. También habrá represalias para tus... digamos... seres queridos.

—¿A quién te refieres? ¿Qué represalias? —bramó David.

Ignoraba de qué eran capaces, pero bien podían secuestrar a Fedora, a Lara o a Dalmiro, sus personas más cercanas, con tal de mantenerle callado. Eso era el colmo. Solo pensar que ese matón cachas pudiera hacerle daño a Fedora hacía que le quemara la sangre en las venas.

—A quien haga falta —atajó con pretendida firmeza.

David no pudo contenerse más y se abalanzó en dos pasos hasta el señor Peralta, cuya reducida figura reculó, con los ojos abiertos de par en par. Alzó el brazo derecho y, justo cuando iba a descargar su puño contra la boca del joven mandatario, se interpuso el operario, alto y atlético, que le propinó a David un golpe bajo y contundente.

A punto de desplomarse, tuvo que hincar una rodilla en el duro suelo.

—Bien, era de esperar esa reacción —declaró Peralta pasados unos segundos, altivo de nuevo—. Durante la visita no se tolerarán más tonterías, ¿has entendido?

Furioso en su interior tuvo que asentir, sumiso.

Quería creer e intuía que iban a liberarlo tarde o temprano. Sin embargo, su propio destino ya no era su única preocupación.

Le habían conseguido una autorización para acceder al exclusivo barrio de circulación restringida, y desde primera hora de la mañana del lunes Lucca se había apostado frente al chalet indicado en la nota del consejero.

A media mañana Lara atravesó el cuidado jardín y caminó hasta la estación de recarga de automóviles públicos, situada en la avenida principal de la urbanización. Iba vestida con ropa moderna y veraniega de aspecto caro, y maquillada y arreglada con esmero.

Lara dejó el coche en el punto de entrega de un gran centro comercial cercano, donde la esperaba una amiga. Subieron por las escaleras mecánicas y se metieron en una popular tienda de moda joven.

Lucca esperaba el momento oportuno para hablar con ella con discreción, observando con disimulo cómo curioseaban y se superponían ropa entre risas y comentarios. Consideraba que la presencia de su amiga era un inconveniente. Si por el consejero fuera, nervioso y apremiante, debería haberla abordado para interrogarla en cuanto se hubiese alejado de su barrio. Pero Lucca creía preferible no asustarla. Su primera intención era sondearla, obtener información, y en un lugar público y

frecuentado la muchacha se sentiría más segura.

En un momento dado, la amiga señaló hacia el probador, sujetando en la otra mano una decena de perchas con bikinis y minúsculas camisetas. Lara le respondió con un gesto, dando a entender que luego acudiría ella, mientras rebuscaba afanosamente en un gran cajón de coloridas prendas de saldos.

Era el momento oportuno.

Lucca se acercó y se situó al lado de la grácil universitaria. Pudo respirar su fragancia, y de cerca le pareció todavía más atractiva que cuando la había contemplado junto a Hoyos, en aquellos momentos tediosos en que los seguía, imaginado con envidia lo que harían en el apartamento del maldito embajador.

De repente, todo lo que había planeado se desvaneció de su mente. No conseguía que las palabras precisas acudiesen a su lengua. Se notaba nervioso; su corazón latía acelerado, como si se hallara a punto de pedirle una cita a una compañera de clase del instituto. Nunca se le había dado bien, de hecho ni recordaba la última vez que había mantenido una conversación con visos sentimentales. De adolescente encontraba más emocionante hacerlo por la fuerza, con alguna joven desprevenida de alguna reserva, en una escapada como colofón a juergas y borracheras. Años después, con dinero, descubrió que era más fácil relacionarse con sumisas prostitutas.

Pero era absurdo, no estaba allí para nada de eso, simplemente quería formularle unas preguntas. Ella, extrañada de ver a un hombre curioseando la ropa femenina, no tardó en volverse ligeramente y mirarle de soslayo con gesto suspicaz.

—Si te ha saltado la alerta en el *Love Alert*, olvídalo —espetó Lara muy subidita, retomando su ardua tarea de hurgar entre las prendas, cogiendo y descartando tras revisar la talla de la etiqueta.

No comprendió a qué venía eso de primeras, pero luego cayó en la cuenta. Se refería a la conocida aplicación virtual para encuentros amorosos. Él la tuvo instalada tiempo atrás, pero terminó quitándola. Era más fácil pagar y elegir; le encantaban los clubs en los que se exponían las chicas virtualmente para acordar una cita posterior.

La muy engreída era consciente de su poder de atracción, pensó.

—No, verás... —Lucca balbuceó algo ininteligible.

—No insistas —le atajó ella con tono airado, sin mirarle.

—Escucha, quería...

Él se bloqueó y se mantuvo dubitativo en el sitio. Por primera vez, no sabía cómo reaccionar.

Lara suspiró, perdiendo la paciencia ante su quietud, y se giró hacia él con expresión contrariada.

La observó por primera vez cara a cara, y pudo apreciar sus grandes y penetrantes ojos verdes, que contrastaban de forma sublime con el oscuro flequillo, cayendo liso y uniforme hasta casi taparlos. Sus rasgos eran finos, con una cara pequeña de nariz menuda y afilada.

La chica ya abría la boca para abroncarle y deshacerse definitivamente de él; pero contra todo pronóstico Lucca detectó cierta vacilación. Descubrió cómo deslizaba su mirada desde su cara a sus hombros robustos y a sus brazos musculosos, quedando cautivada y desconcertada durante unos instantes.

—Mira —dijo ella con tono más manso—, últimamente lo tengo desconectado, por eso no he visto la alerta de tu posición. Te habría hecho un gesto para que no te acercaras, desde lejos; a nadie le gusta ser rechazado, estas situaciones son incómodas.

Lucca se sintió halagado: a pesar del malentendido, la chica daba a entender que él cumplía los requisitos.

—En realidad venía para otra cosa... —intentó decir.

Pero Lara puso su voz por encima.

—Hace semanas que no uso el *Love Alert*, no estoy de humor —reconoció con tono melancólico, como queriendo explicarse—. Pero podemos quedar en septiembre, cuando vuelva de la playa —sugirió, clavando la mirada en sus ojos. Lo había escrutado de arriba a abajo, ralentizándose para recrearse en su marcado tórax, con la expresión iluminada.

Se sintió tentado, alguien debería enseñarle a esa joven traviesa lo que era un hombre de verdad. Pero tenía que ir al grano, necesitaba tomar las riendas de la situación.

—Estás confundida, yo no tengo esa aplicación ni me he acercado a ti por eso.

Ella dio un paso atrás, con el ceño fruncido.

—Soy agente secreto del partido —mintió—. Tengo que hacerte unas preguntas sobre el embajador Hoyos.

—¿David? —preguntó ella, descolocada.

—Nuestras fuentes te han visto con él, y sospechamos que puede estar envuelto en algo ilegal que puede perjudicarnos.

Ya estaba, se dijo, lo había soltado con toda la seriedad de la que había podido hacer acopio. Dejó que calara la mentira unos segundos. Sin embargo ella no revelaba estar tan impactada como esperaba.

—¿Y a mí qué me cuentas? Si ha cometido algún delito, denunciadlo y que examinen sus grabaciones. ¿Me vas a interrogar, como en el siglo pasado? —preguntó con sarcasmo. Hablaba con autoridad, como habría escuchado a su padre gestionar los negocios o tratar a sus empleados.

—Esto es una investigación interna.

Lara mostró una mueca de indiferencia y volvió a lo suyo. Era una joven impertinente e indolente, no mostraba el más mínimo respeto por el partido de su padre. O eso, o estaba involucrada, y pretendía ocultarlo.

Lucca no tenía más remedio que arriesgar, por las buenas no iba a soltar nada.

—Muy bien, te voy a ser sincero. Si tu familia no fuera del partido y tu padre no fuera quien es, yo no habría venido hasta aquí. Sabemos que le has ayudado a obtener información, y estás metida en un buen lío —dijo con tono amenazador, tratando de asustarla.

—¡Y una mierda! Ni sé en qué está metido ni le he ayudado a nada...

De repente su voz se desinfló y se quedó con la boca medio abierta, como si acabara de caer en la cuenta de algo.

Desconocía el motivo de su turbación, pero era el momento de cerrar la tenaza.

—Solo si colaboras podrás salvarte y que, cuando tengamos las pruebas, la denuncia vaya solo contra Hoyos, que cargue con toda la culpa.

Pero ella no lo escuchaba, absorta en sus pensamientos.

—Joder, lo de clonarse el chip, lo había olvidado —admitió, angustiada, con la mirada perdida.

—Continúa —ordenó con firmeza.

—Me dijo que le hiciera el favor de sacar del hospital un aparatito, pero según él no era para nada ilegal. Quería investigar algo en el Centro de Seguridad. —Su deje pesaroso mudó a un agrio resentimiento—. Todo para ayudar a esa zorra de la reserva.

La cosa se ponía interesante, se dijo. Tenía pinta de que Hoyos simplemente la había utilizado. Y estaba claro que, corroída por los celos, se refería a esa otra chica de la reserva de Amanda. Se le antojaba que no era una amiga cualquiera.

—¿A quién quería ayudar, y a qué? —preguntó. Necesitaba un nombre; eso facilitaría sus próximos movimientos, era fácil presagiar los comandos del consejero en cuanto le pusiera al tanto.

—No sé, alguien se había largado de la reserva, creo que el cuñado de su amiga, y querían saber dónde estaba —dijo Lara con desdén. Parecía sincera; y ofendida con Hoyos, como si hubiera sufrido un desengaño.

Se mantuvo en silencio unos instantes, cabizbaja y compungida. Sus ojos se llenaron de lágrimas y sus pequeños labios temblaban. Lucca, extrañado por la veleidad de la joven, deslizó su brazo sobre sus delicados hombros, pero no para consolarla, sino porque no quería que se derrumbara.

—¿A quién? —insistió, en un susurró.

—Se llama Fedora, no sé nada más. —Negó con la cabeza y apretó los labios, reprochándose algo. Habló como para sus adentros—: Cómo he podido ser tan tonta. Cuando me lo contó lo vi claro, en sus ojos y en su entonación, en cómo evitaba mi mirada cuando pronunciaba su nombre... Es a ella a quien quiere.

Dejó de escuchar, no le interesaba su frustración amorosa. Ya tenía lo que buscaba, no le sería difícil al consejero o a la gobernadora proporcionarle más datos de esa tal Fedora. Sonrió para sí, pensando en la cara que iba a poner su jefe: de eso de que Hoyos se había olvidado de ella, como había afirmado a la ligera Amanda, nada de nada.

—Muy bien, informaré positivamente de tu colaboración, y pasarán por alto que le ayudaras —aseguró, ostentando autoridad para que creyera el embuste y olvidase el asunto.

Lara se secó el líquido sobrante de sus ojos y retomó con desgana la búsqueda en el montón de ropa.

Satisfecho, amagó con despedirse, pero antes admiró la espléndida silueta de la jovencita. Tentado, se planteó aceptar la golosa posibilidad de tener una cita con ella. De nuevo, sintió un temblor en las manos y un incómodo nerviosismo.

—Bueno, me marcho... —balbuceó, inseguro. Trató de vencer

esa puñetera sensación de vacío en el estómago—. ¿Sigues en pie la propuesta de septiembre?

—Nunca había deseado tanto que llegara el lunes —le confesaba Fedora a Wilma, después de contarle sus penas.

Había pasado un fin de semana muy desagradable. Aparte del persistente dolor en el corazón, había tenido que soportar las miradas y los chismorreos que se extendían por el pueblo. De poco habían servido los gestos de consuelo de sus amigas y familiares: ellos no sabían que la traición de Eloy no le suponía ni la mitad del sufrimiento que el presagio de que David se hubiera olvidado de ella. Y por si fuera poco, había tenido que soportar las insinuaciones de su conservador padre, que le recriminaba haberse puesto el chip para salir a trabajar al exterior, como si todo hubiera sido culpa suya.

Se había encontrado con Eloy en más de una ocasión durante el fin de semana, cuando había acudido a su casa para recoger cosas. Él había tratado de disculparse, y en el fondo le pareció arrepentido, pero ella se había negado a escucharle. Había abierto los ojos, paradójicamente gracias a él, a quien se había confiado durante tantos años, a quien había entregado su corazón en la adolescencia. Pudo haber elegido a cualquier otro del instituto, pero escogió a Eloy.

Su único pesar lo constituía haber sido tan estúpida como para no darse cuenta, haber malgastado tantos años de su vida y, sobre todo, haber perdido a David. Trataba de solapar sus punzantes pensamientos y reproches a sí misma planeando su futuro próximo. Necesitaba un cambio de aires, pasar página. Proyectaba mudarse a la ciudad, alquilar algo cerca del trabajo; ese pueblo se había quedado pequeño para ella.

Con Wilma se despachó a gusto, dando rienda suelta a sus emociones, liberando todo lo que tenía guardado y que por algún motivo no había compartido con su hermana ni amigas del pueblo.

—Será que no te lo dije veces, que te olvidarás de ese cabrón y que te quedarás con David —le recriminó Wilma, con tono inusualmente medido, consciente de la compunción de su amiga.

—Ya, ya lo sé. Hasta mi hermana me lo insinuó el día de la fiesta...

Wilma se levantó de la mesita para traer la jarra del café y llenar las tazas.

—¿Y estás segura de que pasa de ti? Mira que me extraña, así de repente...

—Aparece como desconectado, no responde en el chat, ni a las llamadas de voz... Está claro, me ha *baneado*, está harto de mí — sollozó.

—No sé, yo no perdería la esperanza. Puede que se haya cansado de tu juego, de ayudarte con la historia esa de tu cuñado y no conseguir nada a cambio. Porque a ver si te crees que los hombres hacen esos favores gratis, algo de interés siempre existe, aunque sea en su imaginación, ya sabes con qué piensan...

Fedora se encogió de hombros, resignada, y asintió lánguidamente.

—Pero si consigues que se entere de que todo ha cambiado, seguro que se le pasa el cabreo, y cae rendido —dijo con optimismo Wilma, intentando levantarle el ánimo—. Vete a buscarle al trabajo y se lo cuentas.

Fedora se lo agradecía, pero no lo veía tan claro. Y no podría soportar una nueva humillación, no por el momento.

El trabajo la mantuvo entretenida y más animada durante el resto de la jornada. Inmersa en los cálculos y análisis químicos había logrado apartar sus pesares, dejar de compadecerse de su suerte. No pudo evitar, sin embargo, volver a insistir alguna vez más en contactar con David, que para aflicción suya persistía sin dar señales de vida.

Por la tarde, de vuelta en casa de sus padres, se obligó a permanecer ocupada. Los días eran largos y calurosos, y aprovechó las últimas horas de la tarde para ayudar en el huerto familiar, situado en una parcela de las afueras, en la vaguada por donde se alejaba el riachuelo que alimentaba las fuentes del pueblo. Conseguiría además librarse de los inapropiados comentarios de su madre, interesándose por otras amistades o posibles candidatos, como si temiera que su hija ya no fuera a encontrar pareja.

Aún sentía cierto resentimiento hacia su padre, pero hizo como si no hubiera pasado nada y le echó una mano: clavaron las altas varas para las judías, que las había tirado un vendaval la tarde anterior, y alzaron el trecho de valla que saltaban los corzos por la noche, que preferían comerse los tiernos tallos de las hortalizas a los secos matorrales y las pajas amarillentas del campo.

Su padre se encaminó cuesta arriba hacia casa para ducharse, cargado con una banasta con los primeros tomates de la temporada. Fedora se quedó sentada en el muro de la balsa de riego, contemplando melancólica las carpas de colores mientras devoraban el pan duro que les arrojaba. Sintió una extraña sensación, como si estuviera siendo observada, pero no le concedió importancia. Desde que pasaba tanto tiempo en la ciudad, su oído se había deshabituado de los gorjeos de los pájaros y demás susurros de la naturaleza.

Era pronto para la cena, de modo que se dispuso a dar un paseo, el sol caía y la temperatura era más llevadera. Tras la jornada de duro trabajo y ejercicio físico se sentía reconfortada. Ya no temía la soledad, o al menos no tanto como a las molestas iniciativas de su madre, que le proponía constantemente invitar a tomar café a alguna vecina o conocida, cuyo hijo consideraba un buen partido, en base a Dios sabe qué baremos.

Ascendió hasta un risco desde el que se oteaba un buen sector del pueblo. Con la respiración entrecortada, contempló la aglomeración de casas de dos plantas, algunas erigidas en piedra caliza y todavía luciendo tejados de pizarra negra, jalonadas en la ladera opuesta. Respiró hondo y disfrutó del paisaje de amarillentos campos de cereal, algunos ya cosechados, desperdigados entre las baldías colinas, pedregosas y peladas salvo por algún olivar de ejemplares canijos e improductivos.

Comenzó a percibir el tañido lejano de los cencerros de las ovejas y cabras que conducía el pastor, y los constantes ladridos de los perros que ayudaban a mantenerlas reunidas. Subían por la vega, de vuelta a los establos de la parte alta del pueblo, habiendo pastado entre los rastrojos sobrantes una vez recolectada la mies. Decidió que era el momento de regresar: el pastor era un hombre sencillo y simpático, pero no le apetecía hablar con él: podría salir el espinoso tema de Eloy, amigo suyo.

A paso rápido descendió por el polvoriento sendero, con cuidado de no pisar uno de los muchos cantos inestables. Mientras caminaba, escrutaba distraída las matas silvestres a ambos lados, queriendo localizar una planta de tomillo que había pedido su madre. Se detuvo porque creyó descubrir una de ellas, apenas levantando un palmo del suelo, con sus finas ramas leñosas de minúsculas agujas.

Se adentró un par de pasos entre la maleza y se agachó con la intención de tocarla y olerla, para cerciorarse.

De súbito recibió una especie de calambrazo que le abrasó los nervios desde la cabeza a los pies. Perdió el equilibrio y cayó de boca, incapaz de colocar los brazos para protegerse. Ya en el suelo comprobó, aterrada, que no podía mover absolutamente ningún músculo, ni siquiera abrir la mandíbula para gritar. ¿Qué estaba pasando?

Pasó unos eternos y angustiosos segundos allí tirada, de costado, con media cara contra la tierra caliente y sintiendo las punzadas de los cardos y espigas silvestres en sus brazos y muslos. Presa del pánico, comenzaron a circular por su cabeza una docena de hipótesis, a cada cual más absurda. Lo primero que pensó fue en una picadura de un escorpión o una víbora, aunque ignoraba en realidad los efectos. Solo podía tratarse de un arma paralizante, concluyó, como las que utilizaba la policía. Pero allí, en medio del campo, sin nadie alrededor... No era posible.

Entonces escuchó unas pisadas apresuradas que se acercaban y se detenían junto a ella. El sonido procedía de su espalda, no podía distinguir nada con su único ojo al aire. Imaginó que se habría internado en un coto privado y que habría acudido un guarda forestal. Desconocía que utilizaran esos medios tan expeditivos, se dijo, tratando de calmarse. Todo por el maldito tomillo.

—¿Te duele? Creo que tengo la potencia demasiado alta —dijo una voz masculina joven, con sorna velada.

Fedora experimentó una nueva oleada de pavor: no sonaba como un autoritario funcionario, no era el saludo reglamentario de un miembro de algún cuerpo de seguridad.

Escuchó cómo posaba un artilugio pesado en el suelo y lo manipulaba. Debió de regular la potencia a la baja porque la quemazón se alivió, pero permanecía bloqueada, inerte sobre su costado. Se trataba, en efecto, de una de esas armas, cuyo funcionamiento había estudiado en el instituto. La radiación electromagnética bloqueaba la sinapsis, la comunicación neuronal desde el cerebro, y los músculos no recibían las instrucciones, no respondían a órdenes motoras voluntarias. Ni siquiera podía mover las órbitas oculares, su mirada permanecía fija en un punto. En cambio, sí se conservaban inalterados los movimientos involuntarios, como el parpadeo, la respiración o los latidos del corazón.

—Vaya, me has hecho cansarme —se quejó, faltándole el resuello. Por el ruido, le pareció que se sentaba. Se movía siempre por detrás, evitando que su ojo viera nada más que piedras y espinos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Hacía tiempo que no ocurría en su pueblo, pero de vez en cuando, en cualquier reserva, se daban casos de salvajes que se internaban para cometer sus fechorías, aprovechando la falta de monitorización y relativa inmunidad con que contaban fuera del territorio controlado. Violadores, perversos, gamberros de bandas o simples intolerantes, enemigos de las reservas que odiaban a muerte a sus habitantes. ¿Qué le había tocado a ella?, se preguntó desconsolada y atenazada por los nervios.

—Bueno, vamos a lo nuestro —dijo por fin, incorporándose. Se acercó hasta arrodillarse junto a su cabeza y le retiró el cabello que cubría su oreja.

No había sentido tanto miedo en su vida. Luchó por revolverse o chillar, inútilmente.

—Es la primera vez que hago esto, pero me han dicho que no es difícil. Espero que no te duela. —Hablaba con voz neutra, pero sonaba divertido, como si no le importara lo más mínimo.

Fedora escuchó el repiqueteo metálico de algún tipo de instrumental, y a continuación el frío tacto de algo fino y punzante sobre la piel que cubría su chip, tras la oreja. ¿Qué iba a hacer ese loco?, se planteó angustiada. La impotencia de no poder oponer resistencia resultaba desesperante.

Durante un minuto en el que se sintió desfallecer, el hombre retiró la tapa de titanio, manipuló algo, y la colocó de nuevo, con dolorosa torpeza. Fedora percibió la calidez de su propia sangre escurriéndose por la nuca.

—Ya está, te has portado muy bien —anunció, soltando una carcajada socarrona.

Volvió a sentarse detrás de ella, soltando un suspiro, y guardó el equipo médico en algún lugar con cremallera. Fedora, que se había visto a punto de desmayarse, notó cierto desahogo.

—Lástima, toda la tarde perdida para acabar tan pronto.

Le parecía como si el hombre descansara. Durante unos eternos segundos, Fedora sintió su mirada clavada en su cuerpo, recorriéndolo desde los pies a la cara.

De repente, se incorporó de nuevo sobre ella y le volvió la cabeza, tapándole los ojos con la mano. Quería contemplar su rostro sin ser visto. Percibió su cálido y repugnante aliento.

—Eres muy guapa, ese Hoyos tiene buen gusto, el jodido — comentó con voz envidiosa.

El corazón se le detuvo y su cuerpo se quedó helado, vacío por dentro. Tenía que ver con David...

No sabía si eso mejoraba o empeoraba la situación, consideró aterrada, pero quedaba claro que lo que investigaban era real, que había algún tipo de mafia criminal detrás de esas desapariciones. Probablemente habrían descubierto a David haciendo algo que no había tenido ocasión de contarle. ¿Qué le habrían hecho a él? Dedujo que eso explicaría el mutismo de David en las comunicaciones. Se estremeció al ponerse en lo peor.

Y a ella el destino no le depararía mejor suerte.

—A ver, antes de que se me olvide, las instrucciones —dijo con desgana. Volvió a colocarle la cara contra el suelo y, de forma inadvertida, posó la mano sobre el muslo de su pierna superior. Era fría y fuerte.

—Te hemos instalado un *software* en el chip... —comenzó a explicar, con lentitud e incorrecta entonación, como un lector poco habituado.

La mente de Fedora, al borde del colapso por la angustia y avalancha de emociones, no fue capaz de asimilar lo que refería, pero le pareció entender que cualquier denuncia o actuación sobre el tema de Fidel provocaría algo fatal en su chip, y por consiguiente en ella misma.

—En el fondo tienes suerte, no sabíamos si acabar contigo o concederte esta segunda oportunidad —reconoció. Utilizaba un tono dulce, como invitándola a sentirse agradecida, a creer que le debía un favor.

Fedora luchaba por tranquilizarse, concienciándose de que todo iba a pasar pronto y que no perdería la vida, que había sido una seria advertencia para que olvidara el asunto de las desapariciones: le habían puesto algo en el chip para tenerla controlada, espiándola tal vez, con el fin de asegurarse su silencio.

Comenzaba a preocuparse más por lo que le habrían hecho a David, cuando la mano del desconocido inicio un lento ascenso por su muslo. Entonces comprendió a qué venían esas palabras confortantes, era fácil adivinar sus intenciones. Se sabía codiciada en general por los hombres, y ese bastardo la tenía a sus pies, inmóvil e indefensa.

Concentrado y en silencio, el canalla alcanzó sus cortos pantalones campestres y trasladó su mano hasta sus costillas, deslizándola por debajo de su camiseta. Se inclinó ligeramente sobre ella para bordear su costado, y a continuación bajó con lentitud el brazo hasta agarrar uno de sus pechos.

—Vaya, sin duda he tomado la decisión correcta —hablaba despacio, baboseando y deleitándose.

Fedora quiso que todo acabara, necesitaba despertar de aquella pesadilla. Pero la realidad era que él continuaba aprovechándose de su parálisis, disfrutando de cada sensación. Estiró el brazo aún más para escurrir la mano por debajo del sujetador y acariciar su delicada piel.

En un arrebato se tumbó junto a ella, a su espalda. Le costó encontrar la postura, seguramente queriendo evitar el rayo que mantenía apuntado a su cabeza. La apretó contra él y Fedora sintió el torso de un cuerpo vigoroso. Escuchó cómo se agitaba su respiración contra su nuca, lo cual le provocaba náuseas.

Con la otra mano forcejeó y dio un violento tirón para bajarle el pantalón. Impotente y asqueada, notó que sus lágrimas comenzaban a brotar y rodaban por sus mejillas. No se acordaba de que el llanto podía suscitarse de forma involuntaria. Se sintió desgraciada solo de pensar que lo único que podía hacer era llorar.

De súbito un tintineo brotó de entre los arbustos, creciendo en intensidad. Provenía de la zona baja de la ladera y sonaba como los cencerros de las cabras y ovejas. Al principio el violador no se percató, o no quiso darse cuenta, absorto como estaba manipulando su bragueta en una difícil posición, sobre el pedregoso e incómodo suelo. Pero en poco segundos llegaron a sus oídos los inconfundibles balidos de las ovejas y los nerviosos ladridos de los perros pulgosos, que subían en tropel.

—¡Joder! —exclamó, poniéndose en pie de un salto y abrochándose los pantalones.

Recogió su equipamiento apresuradamente y se escabulló en alguna desconocida dirección.

Respiró aliviada, pero no había ya hueco en su ánimo torturado para sentir consuelo.

Fedora había dejado de sentir el leve calambre que bloqueaba sus músculos. Era consciente de que podía moverse, pero no lo hizo. No quería ver a aquel hombre: su figura desapareciendo entre los chaparros

se quedaría grabada en su mente, atormentando el resto de sus noches de insomnio. No solo representaba al degenerado que había estado a punto de violarla, sino también a la amenaza que se cernería sobre ella durante el resto de sus días.

Algo desconocido y dañino le había puesto en la cabeza que limitaba su libertad. Y a saber qué más haría: ¿vigilarían sus movimientos, escucharían sus conversaciones? Nunca debió marcharse de la reserva, aceptar el trabajo y ponerse el maldito chip.

Se vistió y arregló como pudo, sacudiéndose el polvo y ocultando alguna rasgadura. Se limpió también la sangre reseca del cuello. Humillada y llena de vergüenza, descendió colina abajo, dando un rodeo para evitar encontrarse con el pastor.

26.

Martes

David había pasado una noche lastimosa, tumbado sobre las incómodas planchas de metal. Por mucho que había aporreado la puerta y vociferado pidiendo una miserable manta, nadie había hecho acto de presencia.

A primera hora del martes había acudido el consejero acompañado de un par de tipos.

—Pero te recuerdo —le advirtió, justo antes de invitarle a salir de la cámara—: ya está todo dispuesto para que más gente sufra las consecuencias de una estupidez por tu parte.

David asintió, reprimiendo su rabia, sin ganas de discutir. Solo quería salir de aquel claustrofóbico lugar.

La puerta daba a un corredor largo y ancho por el que lo guiaron. Se respiraba un silencio sepulcral.

Recuperada la cobertura, comenzó a recibir mensajes y avisos de llamadas perdidas. Lo primero que quería hacer era contactar con Fedora, comprobar si esos criminales le habían hecho algo. Por la hora que era, ella debería de estar ya en su oficina. Sin embargo, no contestó en el chat, ni aparecía *online*. Comenzó a preocuparse, sintiendo un molesto vacío en el pecho.

—Estamos en la planta -1 —informaba Peralta, mientras avanzaban por el pasillo—. Hace años era un aparcamiento subterráneo, pero lo reconvertimos.

David se dio cuenta de que todas las paredes eran iguales, de color claro y con el aspecto de tabiques prefabricados.

—Al fondo de este pasillo —dijo, señalando una estrecha y oscura galería que salía a su izquierda— está el área de admisión. Allí mantienen aislados a los recién llegados, hasta que deciden cooperar por iniciativa propia. Te aseguro que la total incomunicación es difícil de soportar —comentó con sorna.

David tragó saliva pero no dijo nada. Lo más prudente era dejar que se quedara a gusto y que revelara sus intenciones.

—Pero lo veremos todo mejor desde la sala de control, aquí cerca.

No se cruzaron con nadie ni se percibía el sonido de pisadas lejanas. Se detuvieron frente a una puerta de hoja doble, que se desbloqueó automáticamente con su sola presencia. Se adentraron en una sala espaciosa. Había un hombre de pie, de mediana edad y gesto adusto, aunque les recibió con una sonrisa cordial. Llevaba la cabeza afeitada y vestía de forma sobria y correcta, pero sin chaqueta ni corbata.

—David, te presento a Leroy, el encargado. Bueno, es más que eso —se corrigió, lanzándole una mirada aduladora al calvo—, es el mentor de todo esto, a quien le debemos lo que hemos conseguido y que pronto dará sus frutos, asombrando al mundo entero.

Leroy agradeció el cumplido y le dio la mano a David, quien la apretó sumiso a pesar de la aprensión que lo embargaba. Los guardias se marcharon y Leroy señaló hacia varias sillas que había a lo largo de la pared. Las arrastraron hacia un punto central de la sala, donde se sentaron. David sintió un inmenso alivio en su castigada espalda.

Advirtió que los paneles que hacían de tabiques brillaban de forma diferente. Enseguida salió de dudas: el encargado miró hacia ellos y como por arte de magia se iluminaron las paredes de todo el perímetro de la sala. La situada justo enfrente de ellos mostraba el interior de distintas habitaciones individuales, con un número asignado en la esquina de cada imagen. Eran angustiosamente pequeñas, con un rudimentario catre y un lavabo y retrete, sin ventanas. Las que se hallaban ocupadas dejaban ver a gente sucia y desaliñada, tumbados dormitando o deambulando en círculos con desidia y desesperación en sus rostros macilentos.

Entre el consejero y ese tal Leroy le explicaron que esas eran las celdas de lo que llamaban una primera fase, donde retenían a los secuestrados hasta subyugar su voluntad.

—Esa gente se pasa semanas sin ver un rostro humano, incluso la comida se sirve de forma automatizada por una máquina dispensadora —decía el consejero.

—Sí, es una parte fundamental del tratamiento —confirmó el encargado, todavía más orgulloso de su creación.

David escuchaba asqueado. Allí estaría, quizá, el desgraciado Fidel.

Le hicieron girarse. En el siguiente ángulo los monitores mostraban otra serie de habitaciones, de aspecto más confortable, con paredes transparentes. Los reclusos iban vestidos con uniforme deportivo y parecían aseados. David pudo ver en una de las pantallas que justo en ese momento dos de los guardias invitaban a salir a uno de ellos, que les acompañó por el pasillo.

—Es la segunda fase. Ahora empiezan el entrenamiento y las pruebas de aptitud.

Señaló hacia otra imagen, donde se veía una sala grande. Allí, a los internos les ponían un casco en la cabeza y unas gafas que tapaban casi toda la cara.

—Se les plantean problemas y actividades a resolver mediante esas gafas, algo similar a lo que harías en el curso antes de ponerte el chip —explicaba Leroy—. Reciben instrucciones por voz de los técnicos, que son empleados de BEngi del departamento de formación y evaluación del voluntariado, situado en otro edificio del complejo.

David asintió, anonadado. Aquello constituía una estructura colosal. Había mencionado incluso otro departamento, en otro bloque. Debían de trabajar cientos de personas para mantener aquella abominable red, para lo que fuera que los estuvieran entrenando. Le resultaba incomprensible que no hubiera filtraciones, que alguno de esos científicos no diera la voz de alarma, de algo tenían que ser conscientes.

Le sorprendió, por otro lado, que se refiriera a ellos como “voluntarios”. Supuso que sería por precaución, una palabra de su argot, para evitar calificarlos como secuestrados.

—Una vez que están debidamente preparados, pasan a la tercera y última fase, la de experimentación con nuestros chips. Aquí es donde finalmente se nos recompensa, por tanto tiempo perdido, capital invertido y riesgos corridos. Gracias a esta fase nuestras investigaciones se ven impulsadas de una manera definitiva. Pronto tendremos lo que merecemos tras tanto esfuerzo.

De modo que finalmente era eso, no eran más que ratas de laboratorio, como había supuesto en más de una ocasión, concluyó David.

Para aquellos dos chalados, el aspecto negativo no era secuestrar o someter a la esclavitud a esas personas, sino la preocupación por recuperar la inversión de lo que habían montado. Le repugnaba estar sentado junto a ellos, contemplando en infinidad de pantallas los

sufrimientos de gente inocente.

—En cuanto acceden a la última fase se les pone un chip experimental. No tiene comunicación con el exterior, pero por lo demás es bastante funcional y seguro, y permite que nuestros desarrolladores informáticos prueben las evoluciones de los diferentes proyectos. Los técnicos hablan a los voluntarios directamente por el chip.

De nuevo los voluntarios; oír esa palabra le ponía enfermo. ¿Cómo podían ser tan cínicos?

—Creo que a Hoyos le interesará saber —intervino Peralta—, además de la teoría, qué es lo que investigamos con exactitud —dijo con tono paternal. David seguía sin comprender por qué tanto interés en ilustrarle.

—Por supuesto. Avisaré al módulo de I+D, dos bloques más allá.

El consejero le proporcionó ropa limpia y le permitió asearse. Mientras subían por la rampa que en otros tiempos usarían los vehículos, le hizo una nueva advertencia respecto a las consecuencias de una salida de tono, y le instó a mantenerse callado mientras visitaran las oficinas. Insinuó que los ingenieros desconocían la actividad delictiva, pero David no lo comprendió. ¿Cómo no iban a preguntarse de dónde salían esas cobayas humanas a las que transmitían órdenes?

—Un gran hombre, este Leroy —comentaba Peralta, caminando a paso rápido por el sendero de grava que circundaba todo el complejo, atravesando un jardín frondoso—. Sacrificó su puesto de investigador jefe para conseguir los recursos que necesitaba, no podía soportar ver su proyecto parado por falta de voluntarios. Ahora tiene que conformarse con seguir los avances desde lejos, como un espectador, pero se siente realizado solo de saber que los chicos progresan a buen ritmo en las investigaciones. Lleva la ciencia en la sangre.

—¿Voluntarios? ¿De qué me estás hablando?

—Ah, verás. Antes todos los que se sometían a los experimentos eran voluntarios, y bien pagados, por supuesto. Los sigue habiendo, es lo normal y legal, lo que hacen todas las empresas de investigación en biónica cerebral, campo en el que de poco valen las pruebas con animales.

David comenzó a intuir por dónde iban los tiros. En su tiempo había gente que se sometía, a cambio de una remuneración, a probar

medicamentos experimentales, pero siempre bajo un mínimo de garantías y seguridad.

—Sale muy caro, y preferís secuestrar a la gente —le apremió.

El señor Peralta miró a ambos lados, incómodo. Un par de ejecutivos caminaban al fondo del serpenteante paseo, a buena distancia. Le hizo un gesto para que bajara el tono.

—No solo eso. Aparte del dinero, es muy poca la gente que se arriesga a este tipo de pruebas. Resulta totalmente insuficiente para la categoría y volumen de los proyectos que llevamos aquí. Nuestros científicos tenían muchas ideas que no podían poner en práctica porque no había dónde probarlas, pasaban meses hasta que surgía una oportunidad. Se formaba un cuello de botella que ahogaba nuestras aspiraciones. Gracias a esta fuente extra vamos por delante de la competencia, y pronto obtendremos resultados demoledores.

David asintió, comprendiendo la macabra estrategia.

—Pero aquí trabajan miles de personas —dijo David—, ¿cómo nadie se ha dado cuenta? Los científicos trabajan con ellos, habrán oído algo, una voz de auxilio, una súplica, un mensaje en clave...

—Para ellos son voluntarios —se adelantó a resolver Peralta—. No se permite el contacto visual, ni que se comuniquen con ellos excepto para órdenes de trabajo. El técnico no escucha nada que provenga del voluntario, no hay petición de auxilio posible.

David abrió la boca, cayendo en la cuenta. Por eso los llamaban así, con esa alegría. Era el término oficial, que podrían utilizar sin miedo en otros departamentos.

—¿Y no sospechan de que no se les permita una comunicación abierta con los “voluntarios”? Si yo fuera un investigador, no me gustaría estar en otro edificio. Preferiría ver en persona cómo funciona lo que haya hecho, o cómo le sienta al individuo, sus sensaciones...

—No sospechan nada porque la ley dice que los voluntarios tienen derecho a conservar el anonimato en toda experimentación. Los científicos no pueden ver sus caras ni oír su voz porque podrían reconocerlos.

—Eso es absurdo —replicó David.

—¿Por qué? Ten en cuenta que quien se somete a esto, el verdadero voluntario, lo hace por dinero, porque se encuentra en una situación desesperada. Tiene una familia que alimentar y es su último

recurso. Se juegan su integridad física, la vida en algunos casos. Y es normal que no quieran que nadie se entere.

David tuvo que admitir que eso era cierto.

Era todo una farsa repudiable, un sistema urdido minuciosamente. Continuaban utilizando una mínima parte de voluntarios legítimos, pero engrosaban las listas de candidatos para experimentación con su inagotable y económica fuente de desdichados capturados en las reservas. Aducían ante los ingenieros razones de confidencialidad para no permitirles verlos o escucharlos: los “voluntarios” tenían derecho a mantener en secreto su identidad.

—Por supuesto —añadió Peralta—, los que más cobran son los que aceptan pruebas de cirugía, y los que más riesgos corren. A estos sí que los ven en persona los científicos, pero van sedados.

—Así, si quien va en la camilla es un secuestrado, en lugar de un voluntario, no dice ni pío y nadie se entera.

—Claro —confirmó el consejero con una sonrisa, mirando intranquilo de nuevo alrededor por los términos empleados por David—. Los que estamos en esto se cuentan con los dedos de las manos: Leroy; ocho guardias, que se alternan la vigilancia en la sala de control, las escoltas por los pasillos, la recogida de los recién llegados, las comidas y la limpieza; y yo, que gestiono la red de suministro de personas. Aparte están los cazadores, y los gobernadores de algunas reservas, pero no saben lo que se cuece aquí dentro —concluyó con desdén. No los consideraba parte de su equipo, más bien instrumentos indeseables pero necesarios, pensó David.

—Pero me resulta increíble que nadie, aunque seáis pocos, haya encontrado esto espeluznante y lo haya denunciado. ¿Es que esos guardias no tienen escrúpulos o remordimientos? ¿De qué hablan con sus mujeres en la cena, cuando ellas les preguntan qué tal el trabajo?

El consejero soltó un par de carcajadas.

—Perdona, no me he explicado bien. No pienses que los guardias son meros *seguratas*, asalariados sumisos que se limitan a cumplir con su labor. De eso nada, son eminentes científicos, neurocirujanos o ingenieros biónicos, cercanos a Leroy y que se metieron en esto desde el principio. Por turnos, abandonan sus trabajos para venir a colaborar aquí. Derrochan vocación e idealismo, admiran el progreso y la ciencia, y no podían permitir que se detuvieran sus investigaciones por carecer de

sujetos donde probar. Todos nos sentimos responsables a partes iguales, y cuando lleguen los beneficios ganaremos por igual. No hay riesgo de denuncias, si es lo que te descoloca, porque todos están implicados, creen en lo que hacen con convicción.

David negó con la cabeza, cada vez más indignado.

—¿Cómo os puede parecer tan sencillo todo? Estáis hablando de personas, no de ratas de laboratorio. ¿Cómo podéis anteponer la maldita ciencia, vuestro dichoso chip y el negocio al sufrimiento de esa gente?

El consejero le interrumpió con un gesto y le puso la mano en el hombro, haciéndole detenerse. Le miraba directamente con sus ojos pequeños e insidiosos.

—Ninguno de los que estamos en esto consideramos a los de las reservas personas normales. No son ciudadanos, son de segunda clase. Tienen sentimientos, sí, pero también los tienen los primates, con los que se ha investigado toda la vida. Estamos convencidos de que suponen la opción perfecta para que la ciencia pueda seguir su camino.

David suspiró y miró al cielo.

—¿Ya has olvidado la teoría de la evolución? —prosiguió el consejero—. Estamos mejor adaptados al medio que los de las reservas, y por selección natural los que no se adaptan terminan extinguiéndose. Mientras queden individuos sin chip los seguiremos utilizando.

—Por eso no queríais que hiciera mi campaña en algunas reservas.

—Claro. —Echó a andar con brío, como recordando de repente que su apretada agenda no le permitía perder el tiempo de esa manera—. Como político me interesa que poco a poco se vayan integrando, no te mentí al ofrecerte el puesto. Pero tengo que asegurarme de que algunas de esas sórdidas regiones subsistan, que no se despueblen y se cierren, privándonos de tan valiosa mercancía.

David no pudo contener su indignación y le habló con desprecio, entre dientes:

—Casi alardeáis de vuestro clasismo, de cómo os aprovecháis de la segregación. Suponía que un siglo después las lacras discriminatorias, como el racismo, estarían ya erradicadas, pero me equivocaba. Todo lo contrario, da la sensación de que la humanidad se va pervirtiendo cada vez más...

—No te alarmes tanto, en tu tiempo se hacían cosas peores —le

replicó con sequedad. Se quedó con la mirada vacía durante unos segundos, buscaba algo en internet—. En efecto, hay numerosos casos de experimentaciones con humanos en países subdesarrollados. Sin ir más lejos, según leo, una de las más grandes farmacéuticas, la creadora de Viagra, fue denunciada por Nigeria, a principios del siglo veintiuno, por probar sus fármacos para la meningitis en doscientos niños, de los cuales once murieron.

—Muy interesante, pero ¿en qué es diferente eso de lo que hacéis aquí? Es igual de deleznable.

—Te confundes, hay una diferencia bien clara: te repito, los de las reservas no son humanos normales, como nosotros. Son incompletos, decadentes, deficitarios. Y en tu tiempo esos experimentos sí eran despreciables, porque se hacían con humanos igual que tú, pero pobres, enfermos o sin recursos.

David hizo un aspaviento con la mano, tirando la toalla. Tenían esa mentalidad tan arraigada, esa arrogante superioridad, que discutir era inútil.

—Lo que hacemos es ilegal, cierto —concedió Peralta—, pero no monstruoso como quieres pensar.

David negó con la cabeza y aceleró el paso, negándose a escuchar más. Pretendía legitimar lo indefendible, dando por sentado que esa pobre gente no tenía más derechos que los chimpancés.

Había vuelto a nacer en un mundo futuro, fascinante y abrumador, pero era como haber retrocedido en el tiempo. De nuevo, para algunos, había seres humanos de primera y de segunda, aunque ahora no fuera por la religión o el color de la piel.

Las puertas del ascensor se abrieron en una planta intermedia del bloque de ingeniería. Aparecieron en un amplio rellano, elegantemente decorado con plantas naturales. Un hombre de menos de cuarenta años, alto y de complexión delgada, que vestía una camisa *sport*, los recibió con expresión agitada. Llevaba una larga melena rubia de pelo liso, pinzada por detrás de las orejas. Se lo presentaron como el ingeniero Velin, jefe de la sección.

—Justo me iba al módulo de neurocirugía, hay ahora una intervención que nos interesa a los de *software*. Pero me puedo demorar unos minutos, no es problema.

Se sentía apocado por la presencia de Peralta. Velin se tocaba incómodo el cuello de la camisa, como lamentando no llevar corbata, conjeturaba David.

Con un gesto les apremió a seguirlo.

David abrió los ojos, sorprendido. Había esperado encontrarse con puestos ordinarios de oficina, mesas individuales o en hileras, gente sentada trabajando frente a un ordenador y un teclado, rodeados de papeles y bolígrafos, así como teléfonos sonando e impresoras escupiendo folios. Por un momento se había olvidado del mundo en que vivía.

Se trataba de una gran sala diáfana en la que había repartidos cómodos sillones y sofás frente a mesas bajas, relucientes y vacías excepto por tazas o vasos de café. Allí trabajaban plácidamente los informáticos, repantigados y con la mirada desenfocada de la realidad, escribiendo código fuente al tiempo que escuchaban música a través de su chip.

El rubio les invitó a pasar y sentarse en su despacho. Desplegó una serie de diapositivas en la visión compartida con ambos. Gesticulaba, explicando con orgullo, y se apartaba una y otra vez los mechones para recolocarlos tras las orejas.

Por instinto David lo miraba con malos ojos, pero cayó en la cuenta de que, según la argumentación anterior del consejero, aquellos científicos no estaban al tanto de la macabra red que suministraba los sujetos para experimentar.

—Pero no es suficiente con la visión y el oído, ¿qué falta? El gusto, el tacto y olfato —decía Velin. El consejero asintió en silencio, con una sonrisa de satisfacción—. Solo entonces la integración del hombre con el mundo electrónico, con las comunicaciones y las aplicaciones de ocio, será total.

En apenas media docena de diapositivas David ya se había dado cuenta de que estaban trabajando en algo sensacional, habiéndose contagiado poco a poco del entusiasmo del ingeniero.

—¿Quieres decir que se pueda oler algo a través del chip? —preguntó David, pasmado.

—Por ejemplo —afirmó Velin, esbozando una sonrisa de dientes blancos y perfectos—. Llevamos varias investigaciones en paralelo, y tanto el tacto como el olfato van bastante encauzados. Hemos avanzado

mucho a la hora de codificar los olores, así como distintos estímulos relacionados con el tacto: temperatura, localización, presión...

—Creo que me he perdido... ¿Tienen chips que pueden, por ejemplo, recibir un olor de internet, y hacer que la persona lo huela, como si lo tuviera debajo de la nariz?

—Exactamente. Queda mucho por hacer, pero así es.

El rubio debió de advertir el asombro en el rostro de David.

—No es tan complejo —se aprestó a explicar—, en tu tiempo iban las imágenes y los sonidos por la red, te bajabas una foto o una canción de internet, y luego el monitor la mostraba, o el altavoz la reproducía creando un sonido inteligible para el oído humano. Ahora es igual, pero es el chip quien hace esa cadena de *bytes* que componen la foto comprensible para el cerebro, comunicándola a los nervios ópticos en forma de estímulos eléctricos. Y al igual que ya se hace para las imágenes, traducidas y reenviadas al nervio visual, lo perseguimos para otros sentidos, como el tacto o el olfato.

—Claro... —musitó David, comprendiendo.

David estaba fascinado por las infinitas aplicaciones que tendría aquello. Desde el punto de vista tecnológico era fantástico: juegos en los que los programadores recrearían el olor particular del ambiente, películas que transmitirían al espectador la fragancia de cada escena... En las redes sociales se podría abrazar a los otros personajes virtuales, que sentirían el calor y presión del contacto, o bien enzarzarse en una pelea, percibiendo el dolor de inofensivos puñetazos.

Le hizo reflexionar. Sin duda, la escalada en realismo sería brutal, pero ¿qué consecuencias tendría eso en la gente? Los usuarios se verían tentados de manera definitiva a no despegarse del chip, habría millones de adictos. Incluso el sexo podría ser simulado; significaría el final de las relaciones humanas de verdad.

—Toda la competencia está detrás de estos objetivos —comentaba Peralta, ajeno a las cavilaciones de David—, no somos pioneros en nada. Pero sí podemos decir que vamos muy adelantados. Quedan décadas para que otros logren resultados que ya obtenemos nosotros.

Velin asintió, feliz por la satisfacción del consejero.

—No queremos entretenerte más —le dijo Peralta, dedicándole una mueca de agradecimiento bajo su nariz ganchuda—. Puede que ya no

llegues a tiempo a la intervención.

El alto ingeniero debió de ver la oportunidad de quedar en óptimo lugar ante Peralta.

—¿Por qué no me acompañáis al bloque de neurocirugía?

Entraron en una habitación de tonos azulados, de la cual desfilaban hacia la salida personas ataviadas con bata blanca. Parecían cariacontecidas. Al fondo, frente a una mampara de cristal que dividía la sala, permanecía en pie un hombre, de espaldas a ellos, contemplando en soledad lo que había al otro lado del cristal.

Velin se colocó junto al hombre, que respondió al saludo con un gesto apagado con la barbilla, sumido en sus pensamientos. No vio al consejero en un principio, y cuando se percató tuvo que fingir un recibimiento algo más cordial. A David se lo presentaron como el doctor Osuna, responsable del equipo, un señor menudo de unos cincuenta, de espesa barba blanca.

—Vaya caras, Osuna. ¿No ha ido bien? —le preguntó Velin, colocándole la mano en el hombro.

No respondió, limitándose a contemplar lo evidente. Al otro lado de la cristalera, dos personas con bata y mascarilla retiraban una camilla con un cuerpo cubierto con una sábana.

En primer plano podían escrutar en detalle la mesa de operaciones y el robot de microcirugía. David había oído hablar de él y lo contempló asombrado. Se trataba de un vasto artilugio montado en un puente sobre dos raíles, a ambos lados de la ya vacía mesa, y que se podía deslizar sobre el paciente.

—Ninguna persona toca ya al paciente —le había contado un buen día su amigo el doctor—, la era del bisturí ha quedado olvidada.

Los humanos eran demasiado propensos a errores, y carecían además de las capacidades y precisión del robot. En la actualidad el cirujano dirigía la máquina mediante una aplicación en el chip.

—Lo hemos perdido —informó por fin Osuna con tono lúgubre, mesándose la barba—. Los pares craneales de nuevo, demasiado sensibles.

El rubio suspiró y se encogió de hombros, como si le disgustase aun sin ser su responsabilidad, pensó David. El grupo de desarrollo informático era independiente del de la implantación de chips, pero se

necesitaban.

El consejero se había quedado mirando al doctor Osuna, exigiendo una aclaración.

—Ah, sí, perdone. Los pares craneales son un grupo de doce nervios que parten de la base del cerebro. Hoy tratábamos de conectar el chip con el nervio olfatorio, en el hueso etmoides. Lo hemos hecho otras veces con éxito, pero por algún motivo para algunas personas se presentan incompatibilidades: el cerebro rechaza los microconductores de titanio, los toma por agentes externos y hostiles.

—Entonces depende del sujeto. A veces funciona y otras no — concluyó Velin, contrariado.

—Como ves, queda mucho trabajo por hacer —le dijo a David el consejero, resignado.

—¿Y se muere así, de repente? —preguntó David, conmocionado, al respetable señor de barba. Desdeñó el comentario del consejero, a quien solo le importaba el proyecto.

—Sí —confirmó compungido el neurocirujano—, a veces la muerte cerebral es inmediata, como en este caso. Otras, se quedan erráticos poco tiempo después de poner en marcha el sistema operativo del chip. Es una desgracia, perdemos a mucha gente.

—Recuerda que son voluntarios —sentenció Peralta, con acritud. Parecía molesto por tanto sentimentalismo—. Se ganan su buena pasta por correr el riesgo. Preocúpate más por arreglar la integración de este chip, no quiero que nos retrase. Los chicos de *software* dependen de vosotros, ya lo sabes.

El rubio apoyó la insensible actitud autoritaria del consejero con un leve asentimiento.

David no podía creerlo: ¿cómo podía ser tan cínico el maldito político y empresario como para declarar eso abiertamente? Sintió que la ira crecía en su interior según resonaba en su cabeza el comentario. Estaba claro que voluntarios verdaderos habría bien pocos. Y con seguridad que, para esas operaciones tan delicadas, echarían mano especialmente de los secuestrados, silenciosos y económicos. Quizás era uno de ellos el que acababa de fallecer, dejando atrás una familia desamparada, sumida en la ignorancia sobre su paradero. Y ni siquiera tenía la decencia de guardar silencio y bajar la cabeza, mostrando un mínimo de respeto por una muerte de la que él era responsable.

Entonces pensó que ese mismo podía haber sido el desconocido Fidel.

—¿Cómo se llamaba el... voluntario? —preguntó David en voz alta, apretando los labios para ahogar su indignación.

—No nos proporcionan sus datos personales —repuso el afable doctor, con voz queda y la mirada perdida en el quirófano—, por ley tienen derecho al anonimato. De los voluntarios solo manejamos la edad, sexo y patologías, para escoger los individuos más adecuados a cada operación.

—¡Y una mierda voluntarios! —saltó David. Sentía responder así al señor mayor, que no sabía nada, pero no pudo contenerse más.

Peralta se volvió con la boca abierta y sin aliento. Sus mejillas se tornaron rojas, turbado.

—Disculpadle, es demasiado sensible —se apresuró a decir a los científicos con una sonrisa nerviosa.

De inmediato lo cogió del brazo y lo arrastró fuera de la sala. A pesar de su enclenque constitución apretaba con fuerza, irritado.

—¡A qué ha venido eso! —le espetó entre dientes—. Te recuerdo que no estás en posición de hacer tonterías. Ya me estoy arrepintiendo de haberte enseñado todo esto.

—Tiene que haber una lista con los nombres, ¿figura un tal Fidel en ella? —preguntó David, ignorando la reprimenda.

—¿Quién es ese? —replicó con desprecio—. ¿El familiar de la chica de la reserva?

David gruñó como confirmación. Como se temía, sabían de Fedora. Algo habría tenido que ver la gobernadora Amanda, que fue a quien preguntaron directamente aquel día de la fiesta. No eran buenas noticias, y más con las amenazas del consejero cerniéndose sobre sus “personas cercanas”. ¿Qué le habrían hecho?

—No sé quién está o no, yo no llevo eso, es cosa de Leroy —informó el político de mala gana—. Puede que ya haya sido liberado, no todo el mundo sufre accidentes como el de hoy.

David abrió los ojos de par en par, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Soltáis a los secuestrados?

—Baja el tono, joder —le abroncó, mirando hacia la puerta del ascensor, al otro lado del rellano—. Hay un sistema de recompensas por

objetivos, para fomentar que colaboren. Una vez alcanzada una suma de puntos, los sueltan. Pero es Leroy quien se encarga de eso... —dijo incómodo, frunciendo el ceño, con ganas de cambiar de tema.

—Quiero hablar con él, saber si Fidel está dentro todavía. — Realmente poco le importaba Fidel, a quien no conocía, pero su enojo le empujaba a presionar a su jefe.

—No estás aquí para exigir nada.

David alzó el puño frente a la cara del consejero.

—¡Pues dime de una puta vez qué quieres de mí!

Peralta resopló, repartiendo vistazos furtivos alrededor con visible azoramiento. Le rodeó el hombro con su huesudo brazo y lo empujó hacia un rincón. David podía oler su caro perfume y sentir la suave y excelsa tela de la chaqueta en su nuca.

—Sé que estás estudiando algo relacionado con la ingeniería, poniendo al día tus obsoletos conocimientos —afirmó con voz templada, contenida la irritación con esfuerzo—. Eres hombre de ciencias y posees una mente abierta. Quiero darte la oportunidad de formar parte de nuestro equipo de investigadores —anunció con solemnidad—. Cuando concluyas tus estudios podrás integrarte en cualquiera de los muchos proyectos que desarrollamos aquí, el que consideres más atractivo.

Aunque detestaba a ese hombre, David no podía negar que debían de tratarse de trabajos muy interesantes. La mayoría de los jóvenes universitarios ambicionaban entrar en esa selecta plantilla, en una multinacional a la vanguardia mundial en biónica, y a él se lo ofrecían en bandeja.

Se zafó de su brazo y se situó cara a cara. Le miró con fijeza a los pequeños ojos inescrutables.

—¿Por qué yo?

—Me interesa tenerte en casa, en el equipo. No nos engañemos, supones una amenaza, y no puedo hacerte desaparecer como se haría en tu época. Pero sé que te gusta la ciencia, la experimentación. Te involucrarás y te sentirás realizado en el trabajo. Los dos saldremos ganando. Tú forjarás una carrera brillante, sin política, sin verme la cara si lo deseas, y yo estaré más tranquilo.

David se quedó pensativo, sorprendido. No se esperaba tal cosa, esa forma sutil de comprar su silencio.

—Y recuerda, si aceptas y las cosas marchan bien a largo plazo,

haremos que te retiren ese virus que te han metido en el chip —dijo—. Solo mis chicos saben desactivarlo con seguridad.

Había hecho gala de nuevo de su mejor palabrería y una convincente entonación. Por suerte, David sabía perfectamente quién se escondía detrás de la fachada de cercanía que trataba de desplegar.

Por otro lado, sería una forma sensata de quitarse de problemas y llevar la vida futura que había soñado. Era egoísta, significaría traicionar a esa pobre gente, a Fedora y a Fidel; pero, al fin y al cabo, ¿qué iba a hacer? Con eso metido en la cabeza, nunca podrían pararles los pies.

No, rectificó. No podía, así de primeras. Su mente se hallaba embotada tras los vertiginosos sucesos, su voluntad estaba doblegada y tendía a buscar el cobijo y la seguridad, a dejar atrás los miedos: había temido por su vida. Necesitaba descansar y recuperarse.

Concluyó que no le daría una respuesta hasta tener noticias de Fedora, que permanecía extrañamente desconectada, un simple martes laborable. Tal vez con ella no se habían tomado tantas molestias como con él, barruntó sombrío. Tembló solo de especular con las hipótesis que se cruzaban por su mente. Si le habían hecho algo...

El consejero emitió un suspiro de impaciencia.

—¿Puedo tomarme unos días para pensarlo? —pidió David, con la mirada perdida en un punto de la pared.

Peralta se cogió las manos a la altura del pecho, entrelazando los dedos. Torció el gesto, contrariado, pero lo disimuló de inmediato exhibiendo una amplia sonrisa.

—Por supuesto.

27.

Miércoles

—Tía, ¿qué te pasó ayer? —preguntó Wilma en cuanto Fedora se asomó por la puerta. Sin dejar responder, añadió con tono recriminatorio —: Podías haber avisado, el *dire* preguntó por ti, tuve que inventarme una excusa...

Se interrumpió en cuando Fedora se acercó al mostrador de la recepcionista y Wilma pudo descubrir su pálida y desmejorada cara. Se había pasado todo el día anterior vomitando y sumida en una profunda depresión, y apenas había pegado ojo.

Wilma se levantó con premura y expresión grave. Cerró la puerta de la pared con claraboya que separaba la recepción de la sala de trabajo, pretendiendo ganar algo de privacidad.

—¿Qué te ha pasado? Pareces una muerta —dijo en tono alarmista, volviendo hacia ella.

A Fedora no le apetecía hablar de nada con nadie. No había dicho ni palabra a su familia, achacando su malestar a un fingido dolor de tripa. Nunca se había sentido tan vacía, le torturaba no poder contar su angustia a su madre, pero no quería implicar a los suyos. No solo sufría cada vez que le sobrevenían los recuerdos de aquellos momentos, sino que se atormentaba repitiéndose que no había acabado ahí todo, con ese programa maligno vigilando en su cabeza. Si ella denunciaba el hecho, o alguien lo hacía por su cuenta por habérselo contado...

Pero su parlanchina amiga se había plantado en su camino, frente al mostrador, con los brazos en jarra. No se iba a rendir fácilmente.

—No es nada, he estado pachucha del estómago...

Wilma le tomó el bolso y la bolsa térmica de la comida y los dejó en la mesa del *office*, donde desayunaban o almorzaban. Señaló hacia allí con una mirada severa. Sus ojos refulgían de un blanco inmenso enmarcados en su piel bien bronceada. No se iba a tragar cualquier excusa.

Quizá debería desahogarse con alguien, se dijo Fedora. Nunca podría superarlo ella sola, iba siendo el momento de asumirlo.

Resignada, se dejó caer en la banqueta.

—David no me estaba evitando, como suponía cuando no conseguía contactar con él el viernes. Estaba equivocada —admitió apesadumbrada, con un hilillo de voz—. Algo descubrió, seguro...

—¿El qué? ¿Te refieres a lo de tu hermana?

—Wilma, es mejor que te olvides de todo eso.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Fedora cogió aire con lentitud.

—Si yo estoy viva solo puede ser porque no sé tanto como él.

A Wilma se le abrieron los ojos y contuvo el aliento.

Fedora aprovechó el silencio y narró, en voz baja y mirando una mancha de café pegada en la mesa, la agresión y las intimidaciones que sufrió. No entró en detalles, no mencionó la manipulación de su chip ni el intento de violación, pues no quería rememorar las náuseas ni el espanto de aquellos segundos, ni involucrar a Wilma en exceso. Además, tenía muy presente lo que fuera que le habían puesto en la cabeza; ignoraba qué función tenía, si escuchaba o grababa lo que decía, y temía que pudiesen cumplir su amenaza.

Wilma mascullaba y negaba con la cabeza, pasmada. Para alguien de fuera era difícil comprender que algo así pudiese suceder: vivían confiados en la seguridad del sistema, que vigilaba y descubría cualquier falta o delito; se cuidaban mucho hasta de escupir un chicle al suelo.

—Tienes que denunciarlo —dijo Wilma.

—No.

—A ver, ya sé que en las reservas es más complicado, puede que no cojan a ese tío. Pero si crees que a David le ha pasado algo peor, y está relacionado, tienes que denunciarlo. Seguro que tienen grabaciones, las del propio David, para poder investigar, y no tienes nada que temer, en cosa de horas se resuelve...

—Imposible —negó tajantemente, meneando la cabeza. Le molestaba el tono condescendiente de su amiga, que a veces la trataba como a una ignorante provinciana, como si aún no conociese cómo funcionaba el mundo fuera de la reserva—. Me ocurriría algo malo.

—¿El qué?

Levantó las palmas de las manos, dejando claro a Wilma que no pidiese más detalles.

—Hemos ido demasiado lejos —concluyó Fedora. Su voz se

desinfló y a continuación balbuceó—: Seguro que a él le ha esperado un destino peor, eso explica que apareciese desconectado. Lo mejor que puedo hacer es olvidarlo todo, hacer como si no supiera nada. Lo siento por mi hermana, que vivirá en la ignorancia. Yo no sé mucho, pero sí lo suficiente para saber que son gente peligrosa.

Wilma asintió, perpleja.

Fedora sintió que sus labios temblaban, estaba a punto de derrumbarse.

—No puedo hablar más, no quiero acabar como David. Lo siento por él, ha sido todo por mi culpa, no debí pedirle ningún favor, ni meterle en esto. Solo quiero olvidarlo todo —se lamentó entre sollozos. Wilma se situó a su lado y la envolvió con su brazo. De repente Fedora abrió los ojos, arrepentida por haber dado demasiada información—. Y repito, olvídalo, Wilma, por favor, es por tu bien.

Su compañera suspiró, resignada ante el mutismo de Fedora, pero sin querer presionarla, consciente de la gravedad.

Wilma se tomó unos segundos para pasar una llamada a un gerente, sin levantarse del sitio. A primera hora de la mañana era cuando la secretaria atendía mayor número de consultas y recados.

—¿Estás segura de que le ha pasado algo? ¿No estarás exagerando? ¿No sabes nada de él? ¿Hoy tampoco está *online*? —preguntó Wilma, volviendo a la carga tras despachar la llamada.

—No sé, tengo todas las aplicaciones desconectadas en el chip: el chat, las llamadas...

—¿Por qué?

—No quiero usarlo ni para mirar la hora.

Notó cómo su voz se encendía. En el fondo la culpa de todo la tenía el maldito chip. Si no se lo hubiera puesto, su hermana nunca le habría pedido ayuda, ni ella habría contactado con David. Estaba decidido. Ni siquiera lo utilizaría para que se le listasen las ofertas de sus tiendas de ropa favoritas, cuando detectara un logotipo luminoso por la calle, ni para que la avisara de la existencia de un Burger King cercano a su posición.

Wilma negaba con la cabeza, frunciendo el ceño. Sabía que le ocultaba algo, pero Fedora no quería dar más explicaciones. Tenía pánico de que se activara lo que fuera que le habían implantado.

Wilma comenzó a susurrar mensajes de ánimo. Fedora no la

escuchaba, absorta en sus cavilaciones.

Estaba asqueada de ese mundo, de que en las reservas pudieran pasar cosas así, como las extrañas desapariciones —que bien podrían ser asesinatos selectivos, un plan de exterminio como suponía David— o las violaciones, y que quedaran impunes. ¿De quién era la culpa? ¿De los gobernantes, que no ponían los medios, o de ellos mismos, que se negaban a integrarse en la sociedad, a aceptar esa plena seguridad de que disfrutaban los biónicos?

Poco le importaba ya todo eso. Cargaría durante el resto de su vida con el estigma de un chip que la atemorizaba. Se sentiría incapaz de volver a hacer uso de las aplicaciones, algunas de las cuales había encontrado realmente útiles. Allí, en el territorio controlado, sería considerada un bicho raro por negarse a comunicarse como hacía todo el mundo. Tampoco podía dejarlo todo y regresar a la reserva, donde no volvería a pasear sola sin sentir miedo. No tenía sitio en este mundo, concluyó, abatida.

Necesitaba empezar de cero, sumergirse cuanto antes en el trabajo, volver a la rutina y acallar las siniestras voces interiores que la habían incitado a cometer una locura, a poner punto final a todo, engañándose al creer que tal vez allí se reuniese con David... El trabajo era para lo único que valía en la vida, donde se sentía útil y a gusto. Se planteaba incluso aplazar sus inminentes vacaciones, no quería tiempo libre para pensar.

Aprovechó que la mirada de Wilma se vaciaba, obligada a atender alguna llamada corporativa o mensaje en su chip, para levantarse.

—Sí, aquí es... —respondía la secretaría con tono monótono—. Disculpe, pero no acostumbramos a recibir visitas ni tratar negocios en persona, ¿busca asesoría agrícola? ¿Es usted un nuevo cliente?

Fedora se secó las lágrimas que rodaban por sus mejillas y le agradeció a Wilma su atención ofreciéndole media sonrisa de circunstancias. Se disponía a adentrarse en la sala de trabajo de la pequeña empresa, cuando notó que la agarraba por el brazo.

Se volvió.

—Wilma, déjalo, por favor... —rogó Fedora, pero al instante se calló al ver los ojos de Wilma, que parecían salirse de su cara profusamente maquillada.

—Sí, ella está aquí... —continuaba Wilma en la llamada,

vacilando, como temiendo meter la pata—. ¿En la puerta? —preguntó alterada—. Bien, ya está abierta...

Se puso en pie de un salto y le asestó una mirada excitada a Fedora.

—Está aquí —murmuró Wilma, agitada, señalando hacia la puerta de entrada, que acababa de abrir mediante el chip.

—¿Quién? —preguntó extrañada. No entendía nada.

Fedora se asomó desde el reducido *office* hacia la recepción.

La puerta se abrió y apareció David.

El corazón le dio un vuelco tan violento que creyó que no iba a lograr ponerse en marcha de nuevo. ¡Estaba vivo!, con esa camisa sosa que se ponía demasiado a menudo en verano porque decía que era ligera y fresca.

Sin dudarle, pasó frente al mostrador como una exhalación y se lanzó a sus brazos de un salto.

—¿Estás bien? —preguntó David, alarmado—. ¿Por qué estás desconectada en el chat, y en todo? No podía hablar contigo, me tenías muy preocupado. —Su voz sonaba alterada, casi quebrada, pero revelaba un profundo alivio.

Fedora fue incapaz de articular palabra. Lo apretó tan fuerte como pudo, sin poder evitar derramar más lágrimas, aunque esta vez de alegría, sobre su hombro.

David correspondió al abrazo y se dieron unos eternos segundos que a Fedora le supieron a gloria. Se sintió levitar.

¿Por dónde empezaría? Él no sabía nada de Eloy, ni que se había destapado la venda que cegaba su corazón, y era evidente que se hallaba confuso ante lo efusivo del recibimiento. A Fedora su cuerpo la empujaba a dejarse de explicaciones y besarlo allí mismo, pero se forzó a serenarse. Su estado de ánimo no aguantaría más sobresaltos, debía tomárselo con calma.

Y, sobre todo, no podía olvidar que su vida estaba en peligro, por algo directamente relacionado con él. Recordó las palabras del asaltante en el monte, el pavor y angustia que experimentó en aquellos interminables momentos... Necesitaba respuestas; quería saber qué había pasado, qué había descubierto o en qué lío se había metido David que había tenido consecuencias para ella, quizá fatales. La simple presencia de David allí podrían entenderla esos criminales como una amenaza...

De repente, sintió una oleada de pánico y lo soltó, retrocediendo un par de pasos.

—¿Qué pasa? ¿A qué viene esa cara de susto? ¿Te han hecho algo? —preguntó David en voz baja.

Contempló en silencio su cara. Tenía un cardenal en el cuello y los ojos hinchados. Su mirada tristonza y apagada delataba que había pasado por malos momentos.

Volvió frente a él, recuperando la confianza al entender que habían compartido penurias. Siguiendo una intuición, se acercó por su flanco y levantó la cabeza para mirarle tras la oreja. Con facilidad comprobó que también él tenía una pequeña costra en forma de raja, que revelaba una reciente manipulación.

—¿Qué nos han puesto? —le preguntó con voz temblorosa.

—A ti también... —dijo David para sí, comprendiendo. Su expresión se crispó con resentimiento y su vista cayó al suelo—. Tenía que haberme quedado quieto, todo ha sido por mi culpa... —Fedora le hizo callar mostrando la palma de la mano. No sabía qué había hecho, pero no iba a aceptar que cargara él con la responsabilidad.

David levantó la cabeza y la miró a los ojos con severidad.

—Se han asegurado nuestro silencio —afirmó.

Le contempló enmudecida, valorando la respuesta. En otras ocasiones no se permitía alzar la vista y escrutarle tan fijamente, por lo que pudiera pensar, pero ya poco le importaban esas tonterías. Admiró su escrupuloso afeitado, que no había perdonado a pesar de las circunstancias, y sus facciones llenas de carácter, con una nariz fina y prominente, y pómulos y mandíbula destacados. Con su cabello moreno, corto y despeinado, lograba un toque informal y juvenil, en contraste con su acostumbrado atuendo elegante. Fedora reconoció para sí que le encantaba cuando aparecía con su traje de los actos oficiales.

—Tenemos mucho de lo que hablar —dijo ella.

—Desde luego, pero supongo que no es el momento —repuso David.

Fedora asintió. No quería que la vieran emocionada y con los ojos vidriosos.

—Será mejor que me vaya, quizá podríamos quedar para comer... —propuso él.

A Fedora se le ocurrió algo. Su ánimo se había disparado, y

necesitaba cambiar de aires.

—¿Fuiste al final a la playa, a donde veraneabas con tu familia, en el Mediterráneo? Donde sufriste el accidente, si no recuerdo mal.

David se rascó la ceja, parecía desconcertado.

—No..., no encontré a nadie con quien ir.

—Tengo vacaciones la semana que viene. Me vendría bien respirar la brisa del mar y un bañito en la playa, para recuperarme. Si tienes días libres, podría acompañarte.

Le dedicó una sonrisa que sabía que hacía a David derretirse, y vio que en los mortecinos ojos de David renacía un brillo de ilusión. Se sintió reconfortada, eso delataba que nada había cambiado, como había temido ella equivocadamente. Además, no soportaba verlo con esa cara de pesadumbre, cuando siempre ostentaba un humor excelente tras su fachada de seriedad y formalidad.

—Claro —respondió rápido—, el curso ha terminado y en el hospital está muy parado ahora todo... —Se interrumpió, algo no le cuadraba—. Pero... ¿no le importará a Eloy?

Descubrió su habitual expresión traviesa en la cara, como cuando él le sacaba los colores con sus insinuaciones directas. Era la batalla de siempre, su juego, y, divertida, no pudo evitar frenar sus expectativas.

—Tranquilo, le diré que voy con una amiga.

David torció el gesto, escamado. Fedora disfrutó del momento. Hacía varios días que no experimentaba una leve relajación de espíritu, había tenido que aparecer David para ayudar a que se sintiera mejor, ¿significaba eso que no podía vivir sin él?

Pero para David la proposición de por sí era un logro, sin duda, y la sonrisa no tardo en volver a su castigado rostro.

—Será mejor que me vaya.

Se fundieron en un nuevo abrazo. David cerró la puerta tras de sí y Fedora se quedó de pie mirándola, embobada, inmersa en su pensamiento, recorrida por un agradable cosquilleo.

—¿No había que olvidarlo todo? —se mofó Wilma, mientras regresaba a su silla tras el mostrador.

Fedora se sobresaltó y se volvió, ruborizada. La muy cotilla lo habría escuchado todo. Le clavó una mirada reprobatoria, pero vio que Wilma disimulaba una sonrisa y que le brillaban demasiado los ojos, emocionada. Sacudió la cabeza y se fue a su sitio; su chismosa amiga no

tenía arreglo, pero estaba demasiado eufórica para enfadarse.

28.

Agosto

—Sigo sin entender por qué no me mató —dijo Fedora, pasados unos segundos de silencio.

Habían determinado de mutuo acuerdo que no volverían a hablar del tema, pero de una u otra manera continuaba colándose en sus conversaciones.

David miró hacia el puerto deportivo, al otro lado del paseo marítimo, desde la terraza del restaurante donde esperaban a que les sirvieran la cena. La brisa, cargada de la húmeda fragancia del Mediterráneo, les traía el tintineo de las jarcias golpeando contra los mástiles de los veleros, amarrados en orden bajo la oscuridad de la noche, tal y como lo recordaba.

Solo hacía un par de días desde que ella le contó, durante el plácido viaje en su coche oficial, los detalles de la agresión, y cada vez que lo recordaba le hervía la sangre. Se sentía aún más ultrajado que por lo que le hicieron a él mismo.

—Por lo mismo que tampoco me mataron a mí, ya te lo dije —contestó David—. Tienes chip, eres una persona identificada, una ciudadana de pleno derecho.

—Sí, pero a mí me asaltó en la reserva. Por mucho chip que tenga, al morir no se habría enviado la alarma biológica, lo que sí habría pasado en tu caso, si te hubieran matado en aquel sitio industrial solitario.

David asintió.

—Cierto que allí habría sido más fácil deshacerse de ti, pero aun así para ellos hubiera supuesto un riesgo.

—¿Por qué? ¿Por si mi familia me echa en falta y lo denuncia? —replicó airada—. Las autoridades locales no harían ni caso, como pasó con la desaparición de Fidel.

Eso era verdad, y más con Amanda como gobernadora, reconoció para sí: le sería sencillo bloquear una denuncia incómoda interpuesta en su jurisdicción. Pero fuera las cosas eran diferentes, el Centro de Seguridad operaba con diligencia y libre de la corrupción de los

gobiernos locales de las reservas.

—Vale, pero si te echara en falta alguien identificado electrónicamente, tu amiga Wilma o yo mismo, por ejemplo, y lo reportáramos, habría muchas posibilidades de que se investigara tu paradero. Y al no figurar ninguna localización, se revisaría tu pasado reciente. Puede que no se descubriera ni resolviera tu asesinato, pero sí que salieran a la luz datos comprometedores para ellos. Ten en cuenta que ignoran cuánto sabes, lo que has visto u oído.

Fedora levantó las cejas y afirmó con la cabeza, más convencida.

—Y ese riesgo era mayor que dejarme libre.

—Supongo. Conmigo igual, también podrían haberme llevado sedado al exterior y liquidarme, pero si por cualquier circunstancia se investigan mis datos almacenados... —David se encogió de hombros, resignado a la evidencia—. Lo habrán valorado bien, y habrán decidido que con eso que nos han puesto en el chip nos tienen bien pillados.

Ella asimilaba la información con gesto serio, y David se concedió unos segundos para contemplar su hermoso rostro redondeado, con sus mejillas sonrosadas por los primeros rayos de sol del Levante, y la voluminosa melena acrecentada por la humedad.

Todavía no podía creerse que estuviera allí, con ella. Admiró lo bien que le sentaba su elegante vestidito veraniego de tirantes, y su imaginación se perdió de nuevo en los gratos recuerdos de la mañana. Compartir con ella una jornada de playa resultaba excitante, al tiempo que tortuoso. Cuando caminaban por la orilla le gustaba descubrir, entre la atestada playa, continuas miradas furtivas destinadas a su sensual cuerpo en bikini. Incluso se sentía halagado por que pudieran pensar que Fedora le pertenecía. Pero tarde o temprano su ego se desvanecía y se daba cuenta de que no era así, de que él no era más que un mero acompañante.

La expresión de Fedora se tornó preocupada de nuevo.

—Siento preguntártelo tantas veces, pero entonces ¿estás seguro de que no hace nada malo, ese virus residente o lo que sea? Lo mío son las plantas, no la electrónica ni los ordenadores.

—Tranquila, el consejero es una persona ambiciosa y sin escrúpulos, pero dice la verdad, es la impresión que tengo tras meses trabajando con él. Esa cosa no nos graba, no les transmite lo que hablamos o lo que vemos. No tiene otra función más que esperar una

señal de internet, emitida por ellos, para dejarnos idiotas: inutilizar el chip y volvernos erráticos. Como siempre te vengo diciendo, puedes utilizar las aplicaciones sin miedo. Si nadie les denuncia, no hay de qué preocuparse.

Ella torció el gesto, como si le tomase como un ingenuo, pensó David.

—¿Y también te crees lo de que liberan a los raptados?

David exhaló el aire con un soplido, concediendo sus dudas.

—A mí también me parece chocante, pero te repito que ese cretino hablaba con sinceridad, incluso diría que con orgullo.

Fedora apretó los labios, disconforme. Una ráfaga de la brisa nocturna, que poco a poco se invertía al caer la noche, según la norma, para soplar de la tierra hacia el mar, la despeinó, y se arregló como pudo su indomable cabellera castaña, recolocándola tras la oreja. No se había maquillado, como siempre, pero se había puesto unos bonitos pendientes finos y alargados, de brillo plateado, que resaltaban su arrebatadora cara angelical, siempre desprendiendo naturalidad.

—Es increíble lo que tienen ahí montado, llevo los dos días sin dejar de pensar en lo que me contaste en el coche —admitió Fedora—. Me gustaría olvidarlo y disfrutar de este sitio, de las vacaciones, pero me cuesta. No solo por mí; también al pensar que Fidel puede ser el siguiente en sufrir un accidente, un experimento fallido... si es que sigue vivo. Y que mi hermana nunca sabrá nada...

En mitad de la autopista teleguiada del Mediterráneo, Fedora se había quedado boquiabierta, según él narraba los detalles. Incluso le mostró algunas fotos y vídeos que capturó aquel día y almacenó en la memoria interna de su chip, cuando todavía conservaba alguna esperanza de poder denunciar todo aquello.

A David, por su parte, tras escuchar su trágica historia, le había preocupado que, derrumbada, hubiera soltado todo a su familia o a su amiga del trabajo. Una denuncia cursada con toda la buena voluntad de una persona cercana podría tener consecuencias fatales para ambos.

El camarero trajo una bandeja de una deliciosa fritura de pescado humeante y se marchó acelerado. Mientras pinchaba el limón sobre los calamares, David expuso su inquietud con tono despreocupado.

—¿Le has contado a alguien más...?

—No he dicho nada a nadie, bastante miedo me metió en el

cuerpo ese cabrón —contestó ella, irritada—. A Wilma ya le advertí que olvidara lo poco que le había contado, no dirá nada.

David no tardó en maldecir su ocurrencia, y transcurrieron unos segundos incómodos.

—¿Y esa con la que te acuestas, sabe algo? —contraatacó Fedora con su lengua afilada habitual, ensartando con ímpetu chopitos en el tenedor. A David le agradó percibir de nuevo los celos en su tono despectivo—. ¿No nos pondrá en peligro? ¿Sabes si han ido a por alguien más?

La había llamado tras ser liberado de las instalaciones de BEngi, para interesarse por su estado, sospechando que a ella también le habría podido pasar algo. Tras la breve conversación, solo pudo concluir, confuso, que lo de Lara se había terminado para siempre. No volvería a recibir un mensaje en el chat preguntando si esa noche estaba disponible.

—Sí, fueron a por ella, pero no creo que le hayan hecho nada malo.

—¿No “crees”?

—No puedo saberlo con certeza, no quiere hablar conmigo. Cuando la llamé me colgó, muy borde. No sabe demasiado de lo que investigamos, supongo que simplemente fueron a sondearla. Después no sé qué le habrán contado, que soy un delincuente o alguna mentira, para que se aleje de mí...

Fedora emitió un sonido de entendimiento y su expresión se relajó. A David le pareció complacida por la noticia.

—¿Cómo han llegado a ella?

—Yo creo que me han estado siguiendo o espiando de alguna manera, no me explico otro motivo. Que supieran de ti es normal, tú iniciaste todo, incluso te plantaste delante de Amanda, pero Lara nunca ha tenido nada que ver. Al principio pensé que la iban a usar para chantajearme, que le iban a hacer algún daño para tenerme callado...

—Como a mí —completó Fedora, con un deje de envidia, tal vez porque David hubiera compartido el mismo temor para ambas.

—Claro, pero su padre es un tío importante, amigo del consejero —trató de explicar con naturalidad.

Fedora asintió, encogiéndose de hombros.

Al poco advirtió que le miraba con sus grandes ojos inquietos, como buscando las palabras adecuadas, mientras mordisqueaba un

boquerón rebozado cogido con los dedos, brillantes y llenos de grasa. Le encantaba lo campechana que era, aunque se vistiera de señorita.

—A la vuelta —vacilaba—, ¿tratarás de hablar con ella? Saber por qué se enfadó, arreglar las cosas...

David se emocionó. Fedora había fingido un tono desinteresado, pero David la había descubierto. Algo le ocultaba, lo había sospechado desde el día en la oficina, cuando se reencontraron y se ofreció a acompañarle. Ir de vacaciones una semana con otro no era nada ortodoxo, ni aunque durmiesen en habitaciones separadas. Algo pasaba con Eloy y ella esquivaba el asunto cada vez que él trataba de sonsacarle algo.

Se propuso ponerla a prueba, tratar de forzarla a enseñar sus cartas, a conceder algún gesto positivo, una señal, un pequeño compromiso, aunque solo lo hiciera incitada por los celos.

—Sí, quedaré con Lara en cuanto vuelva a Madrid —afirmó con indiferencia.

Apreció divertido cómo se crispaba el rostro de Fedora. Había mentido, de hecho llevaba tiempo buscando la forma apropiada para terminar el juego que se traían entre manos.

Pidieron los postres envueltos en un tenso silencio. Ella miraba hacia los turistas que caminaban por el paseo marítimo, flanqueado por farolas de forja y palmeras. Las luces se perdían más allá del puerto, bordeando la bahía y la hermosa playa de arena dorada de Jávea. Fedora no disimulaba que se sentía contrariada, tal vez ofendida. David ya había dejado clara su posición en infinitas ocasiones, ¿por qué no hablaba ella con claridad? Resultaba desesperante.

Fedora contemplaba cabizbaja el flan que le habían traído. Aún no lo había probado, se limitaba a jugar con la nata que lo cubría. La noche murió y David, oprimido por un vacío creciente en su interior, tuvo la certeza de que se había equivocado de nuevo.

Fedora miraba con aprensión las luces roja y verde de la bocana del puerto que abandonaban, agarrada con fuerza a la borda del pequeño bote a vela de alquiler. David, en la popa y disfrutando cada sensación del timón, viró hacia el norte, en dirección al parque natural, hacia las calas escondidas entre acantilados donde acostumbraba a bucear o pescar. Pasarían sin remedio por donde sufrió el accidente, pero no le importó: sus piernas se movían, ¿quién se lo iba a decir, en los malos

momentos que atravesó, abatido y desesperado, sin ilusión por la vida?

Una centuria después sentía, henchido de ánimo, la brisa sobre la cara, las rociadas de las pequeñas olas rompiendo contra el casco y salpicando, la tensión de la escota de la mayor cuando cargaba una racha de viento y la posterior excitante escora del velero.

—¿Seguro que sabes manejar esto? —preguntó atemorizada, una de las veces que se inclinó más de la cuenta, dando la impresión de que iban a volcar.

David le contestó con una sonrisa tranquilizadora. Los materiales eran diferentes, pero la esencia de la navegación a vela siempre era la misma.

Perfilaron la abrupta costa desde una distancia prudencial, suficiente para admirar el alto macizo de roca caliza que se erigía sobre ellos, empequeñeciendo aún más la diminuta embarcación. Diversos barrancos lo cortaban, dando lugar a pequeñas calas de aguas cristalinas y playas pedregosas de guijarros blancos.

—Es impresionante —comentó Fedora, más relajada, una vez acostumbrada al vaivén y a la escora. Se había despojado del pareo y tomaba el sol acomodada, con las piernas estiradas sobre la bancada de la borda de enfrente.

David ya no le dirigía comentarios picarones ni insinuaciones atrevidas. No quería tensar los delicados mecanismos que habitaban en su cabeza, prefería no dar lugar a momentos amargos y disfrutar de su cautivadora compañía y de las vacaciones.

Pronto dejaron atrás el alto cabo de San Antonio, quedando oculta a la vista la turística población costera. Solo estaban ellos y los acantilados. Mar adentro se distinguían yates y embarcaciones grandes, alejadas de la peligrosa costa.

—¿Quieres llevar el timón? —propuso David.

—¿Yo? ¿Estás loco?

—Venga, es muy fácil —la animó—. Es al revés que un coche, para ir a la izquierda empujas este palo, la caña, a la derecha, y viceversa. Lo importante es fijar un rumbo, buscar un punto en el horizonte y mantener la proa apuntando hacia allí.

David sabía que aceptaría, su curiosidad y vitalidad vencerían su miedo. Ella se levantó y en un par de pasos se situó detrás, sentándose frente a él.

—No, el patrón se sienta siempre en barlovento, en la borda por la que viene el viento. Así las velas no te tapan la visión.

David se desplazó hacia delante para dejarle hueco junto a él. Ella se cambió de lado y David le cedió la caña del timón.

Fedora no tardó en coger el truco, tras un par de correcciones bruscas y carcajadas histéricas. Sonreía, poderosa, como es normal la primera vez que se doman el viento y el mar. A David le gustaba contemplarla, concentrada con la cabeza bien erguida escrutando el horizonte, pero sobre todo tenerla allí apretada contra él, sintiendo el roce de su piel húmeda contra la suya. Sus ojos irradiaban felicidad. Verla contenta de nuevo suponía para él suficiente recompensa.

Se aproximaron a una cala recóndita que conocía David, inaccesible por tierra y evitada por yates y barcos de más calado por la cantidad de escollos traicioneros.

—Tiene que haber un ancla —dijo David, señalando a las portezuelas de los compartimentos estancos, bajos los asientos laterales donde se sentaban.

—¿Para qué?

—Para bañarnos —respondió como si fuera algo elemental—. No se puede dejar el barco suelto, a la deriva, en pocos minutos acabaríamos contra las rocas.

La expresión de inseguridad de Fedora, que miraba alrededor con respeto, dejaba claro que no le parecía una buena idea. David sabía lo que pensaba, muchas veces había dado paseos a amigos o ligues veraniegos: una cosa era una vuelta en un pequeño velero y otra muy distinta nadar en medio del mar, entre las rocas. David trató de animarla.

—La cala no es de arena, por eso no viene nadie. Pero para bucear es lo mejor de la zona.

—Creo que te esperaré en el barco —dijo sentándose, mientras David arriaba las velas, que flameaban ruidosamente.

David se puso sus gafas y se zambulló para comprobar que el ancla se había fijado bien.

—Vamos, coge tus gafas y tírate, no seas tonta. Se ve de lujo —le gritó desde el agua.

Le atraía la naturaleza y la aventura, y su curiosidad enseguida pudo con sus infundados temores. Fedora le siguió de cerca, acobardada al principio por las caprichosas formas de las moles de roca submarina,

cubiertas de erizos, y la profundidad de algunos fondos de arena blanca e inmaculada.

Ella señalaba a todo ser animal que descubría y le cogía del tobillo para que David sacara la cabeza y le dijera de qué especie se trataba, si era comestible o inofensivo. Terminó tan resuelta y embargada por la visión submarina que no quería regresar al bote. Agotados, se encaramaron con dificultad sobre la borda y se dejaron caer en la bañera, tirándose uno a cada lado, disfrutando del sol que calentaba su piel arrugada.

—Será mejor que volvamos, tenemos el tiempo justo para devolver el barco —dijo David levantándose con pereza.

—Es una pena que quede tan poco. Han sido unas vacaciones magníficas —se lamentó ella.

—¿Lo dices porque el hotel y las comidas van a cuenta de las dietas de la consejería?

—No, idiota —replicó riendo.

Con lentitud pusieron proa al mar abierto y David buscó un rumbo adecuado para regresar. El silencio y la tranquilidad regresó una vez cazadas las velas. David gobernaba desde la popa y ella se había vuelto a tumbar en la borda contraria.

—¿Sigues en pie aquello de que por mí dejarías de verla? —preguntó Fedora con la voz entrecortada, como nerviosa. David se fijó en que ella evitaba sus ojos, mirando hacia el cielo.

—Por supuesto —repuso David, que sabía perfectamente a quién se refería. Se le había acelerado el corazón, de nuevo sacaba el tema. Decidió sincerarse—. En realidad te mentí, no tengo intención de volver a quedar con ella.

El rostro de Fedora se había iluminado a pesar de tratar de amagar con una mueca de enfado. Era el momento de insistir, se dijo.

—Sé que algo ha cambiado, ¿es que nunca me lo vas a contar?

Ella le dedicó una sonrisa tímida e indecisa, pero no contestó.

Transcurrieron unos eternos minutos envueltos en silencio, solo roto por los crujidos de la embarcación y el rumor del agua rompiendo contra el casco.

Detectó una nueva sonrisilla traviesa en su boca, cuya causa desconocía. David comenzaba a ponerse nervioso. Ella estaba allí frente a él, tumbada boca arriba y con los ojos cerrados para evitar la luz

cegadadora del sol del mediodía, el cuerpo bronceado perlado de gotas de agua. Con el pelo mojado y su pequeño bikini resultaba terriblemente atractiva, pero inalcanzable. Era una tortura, y a ella debía de parecerle gracioso tanto secretismo e incertidumbre.

De repente, Fedora se incorporó y se desabrochó la parte de arriba del bañador. La arrojó al suelo de la bañera y se tumbó de nuevo, con los ojos cerrados.

David no daba crédito a lo que veía. Su silueta era la efigie de la perfección, culminada por unos pechos blancos y relucientes, redondeados e irresistibles, tal y como habían copado su imaginación en muchas ocasiones. No tardó en sentir un incómodo cosquilleo bajo el bañador y experimentó un azote de sudor frío. Apenas era capaz de mantener el rumbo, atacado.

Pasados unos segundos de emociones contrapuestas, que bullían en David entre el azoramiento y el deseo, Fedora rompió a reír. Se colocó la mano de visera y le miró, divertida. David, avergonzado, cruzó las piernas. Sentía su tez acalorada y ruborizada.

—Lo siento, no he podido evitarlo —dijo con malicia—. Tenía que ver tu cara.

David, perplejo, no supo qué decir. ¿Debía ofenderse o alegrarse? Todavía no sabía lo que pretendía. Si era una broma desde luego que no tenía...

Sus especulaciones se interrumpieron de súbito cuando ella se levantó. Caminó hacia él sensualmente, voluptuosa, manteniendo el equilibrio a duras penas y sin dejar de mirarle con expresión seductora.

A David le costaba pensar con claridad, lleno de júbilo.

El mundo se detuvo cuando se sentó a horcajadas sobre él. No podía evitar dejar de mirar sus senos firmes y naturales. Fedora le pasó los brazos por detrás del cuello y agachó la cabeza para buscar primero su boca, luego sus labios y su lengua. David percibió su respiración acelerada, contagiosa. Ella sació su sed y levantó la cabeza, ofreciéndole el cuello y el pecho, que David lamio con ardor, saboreando la sal sobre cada centímetro de la piel.

El flameo de la vela le indicó que perdían el rumbo. Tuvo un arrebatado de cordura.

—Es peligroso... —dijo, mirando por encima del hombro de Fedora para tratar de enderezar el barco.

—Echa el ancla —susurró ella, entre resuellos.

—Joder, aquí no se puede, cubre mucho. Esto no es un coche que puedas parar cuando quieras...

—Entonces volvamos a esa cala —ordenó.

—Llegaremos tarde al puerto... —dijo, aunque se lamentó en cuanto salieron las palabras de su boca. Por algún motivo, se comportaba con demasiada responsabilidad. Tal vez fuera porque todavía tenía muy presente el accidente.

Ella deslizó la mano por debajo de su bañador.

—¿Y a quién le importa? —preguntó con su temperamento acostumbrado.

David empujó la caña del timón hasta el fondo y el velero viró con brusquedad.

Atravesaban a alta velocidad algún rincón de la meseta manchega. David dormía sobre el asiento reclinado del copiloto, y ella se mantenía pensativa, sentada sobre su regazo y abrazada a él, contemplando los viñedos. Habían sido unos días maravillosos y sentía lástima que hubieran tocado a su fin. Pero en el fondo no le importaba regresar: estaba con él, ilusionada y llena de optimismo. Había pasado de renegar de su existencia a anhelar vivir cada segundo de cada día.

Observó cómo dormía, tan plácido. La última noche había sido agotadora, no se habían dado tregua. Fedora se había descubierto dotada de una fuente de pasión desbordante, como si se hubiera desatado un instinto reprimido durante mucho tiempo. Incluso David se había sorprendido de su insaciabilidad, haciéndola sonrojarse con sus comentarios burlones.

Estudió embelesada los rasgos pronunciados de su cara. Era atractivo, y más con el moreno adquirido en los días de playa y excursiones. Su agreste peinado le daba un toque juvenil, pero a veces le daba la impresión de que no le pegaba, ya no era ningún adolescente. Quizá necesitase reconvertirlo y renovar su vestuario, se dijo distraída con cierta maldad.

David se despertó como si hubiera sentido su mirada. Se estiró y esgrimió una mueca de hastío al ver el gran monovolumen que llevaban todavía delante, desde casi el principio del viaje, tapándoles la visión frontal.

—Nunca me acostumbraré a esto —se quejó—. Se viaja muy cómodo, pero tener siempre a los mismos coches delante, detrás o al lado... ¡Qué aburrimiento, se debería poder adelantarlos!

—Sabes que eso es imposible —repuso ella entre risas.

Se preguntó quién se escondería en el inescrutable interior, bajo esa opaca carrocería. Tal vez dormían, comían, veían una película compartida por alguno de los ocupantes, o incluso hacían el amor, como ellos mismos habían hecho un rato antes.

Vio un área de servicio que desaparecía raudamente.

—Lo único que puedes hacer es solicitar la salida para tomar un café, cuando nos reincorporemos los vecinos serán diferentes...

David negó con la cabeza.

—Olvidalo, hay mucho tráfico. Nos harán esperar para reincorporarnos.

—Bueno, pues paciencia —dijo ella, posando su cara contra su pecho de nuevo.

Pasaron unos segundos en silencio. Le dio la impresión de que David reflexionaba.

—¿Por qué hiciste eso en el barco? —preguntó él con curiosidad—. Estuvo bien, pero vaya mal rato, hasta que te acercaste...

Fedora soltó una carcajada vengativa. Levantó la cabeza para mirarle a los ojos.

—Te lo merecías, eres un descarado —le reprendió amistosamente—. Toda la semana mirándome y babeando, a ver si te crees que no me daba cuenta. Me apetecía ponerte en un apuro.

David negó con la cabeza, sonriendo.

—¿Y lo de Eloy? ¿Por qué no me lo dijiste desde un principio? ¡Habríamos aprovechado aún más las vacaciones! —soltó un par de carcajadas, mostrando su dentadura blanca y perfecta.

—Entonces habríamos necesitado otras vacaciones para recuperarnos —contestó ella, pellizcándole—. No, en serio. Quería estar segura, necesitaba tiempo. Lo he pasado muy mal, se me ha juntado todo. Me hacía falta tranquilidad, serenarme...

David hizo un gesto de asentimiento. Su expresión se había tornado seria también. Fedora sentía haber mencionado el tema de nuevo, intuía que volverían a la eterna conversación, al pasado reciente que nunca conseguían enterrar.

—¿Crees que debería aceptar la oferta del consejero? ¿Trabajar para esos criminales? —preguntó sombrío.

Fedora se encogió de hombros.

—Es tu decisión, tu carrera profesional, yo no puedo influir en eso.

—Antes podías decir eso, ahora no —replicó tajante—. Ya no eres simplemente una buena amiga. No tomaré una decisión que pueda molestarte.

Tenía razón. Fedora meditó, cabizbaja. Quería lo mejor para él.

—No sé, creo que te conviene aceptar. Si dices que puedes elegir un proyecto que no tenga nada que ver con la experimentación con personas... Y te librarás de los aburridos trabajos que tienes ahora, de los que siempre te andas quejando...

Había opinado con la mirada gacha y con escaso convencimiento, pero David asintió, satisfecho. Era como si se hubiera quitado un peso de encima: deseaba coger ese trabajo, pero solo si contaba con su aprobación. Su voto era importante para él.

Sin embargo, Fedora percibió una punzada incómoda en su interior. Se dio cuenta de que en realidad tenía miedo a las represalias si David rehusaba el brazo tendido de ese mafioso. No quería que nada estropease esa nueva etapa, los planes de futuro que se asomaban por su mente en color de rosa: ¿dónde vivirían?, ¿se casarían?, ¿qué pensarían en su familia, en su pueblo? A su madre le parecería encantador, con sus buenos modales, siempre serio, comedido y responsable... ¿Qué cara pondría Wilma? Seguro que se le caerían los lagrimones, se imaginaba Fedora emocionada.

Si David enfurecía a ese loco todo se podría truncar de nuevo. Pero no podía ocultárselo, tenía que hablar con sinceridad, no marcharían bien las cosas entre ambos si empezaban a esconderse miedos o impresiones.

—Cada vez que pienso que Fidel puede estar todavía allí, o haber muerto, o haberse quedado errático tras un experimento... —dijo arrastrando la voz, pesarosa.

—Ya, es triste... —convino David, compasivo.

—David —le dijo alzando la vista, notando sus propios ojos vidriosos y su voz temblorosa—, me repugna la empresa de ese hombre. Pero ¿qué hará Peralta si rechazas el trabajo?

David se quedó meditabundo, como intuyendo la postura real de Fedora.

Ella puso las palabras a sus pensamientos:

—Puede que te vea de nuevo como una amenaza.

—Puede ser —admitió él con voz lánguida.

Fedora le concedió unos segundos. Apostaba a que él mismo ya le había dado muchas vueltas al asunto.

David, con la vista perdida, suspiró y negó con la cabeza.

—No, no lo haré —concluyó con determinación. La miró a los ojos—. Mi conciencia no me lo permitiría, ir y volver todos los días, sabiendo lo que se cuece en el sótano de algún edificio vecino del complejo. Terminaré los estudios, me queda un solo curso, y ya encontraré algo, no te preocupes.

Que encontrara o no trabajo no era su preocupación prioritaria, se dijo Fedora. Agradecía la valiente decisión de David, pero sus temores recobraron fuerza.

—Espero que se lo tome bien...

David se encogió de hombros.

—Peralta confiaba en tenerme cerca, controlado, casi como un aliado, para estar más tranquilo, seguro de que nada saldrá a la luz. Le molestará, pero no creo que cambie nada, sabe que no podemos hacer nada para incomodarle —dijo, apuntándose con el dedo al chip oculto tras su oreja.

—Y no lo haremos —sentenció Fedora, recorrida por un escalofrío—. Seguiremos con nuestras vidas, por mucho que me pese ocultar lo que sabemos. Por primera vez en mucho tiempo soy feliz, y quiero que siga siendo así.

29.

Septiembre

David se aflojó el nudo de la corbata. Subía con la respiración acelerada en el ascensor hasta la siguiente planta de la consejería, donde se ubicaban los despachos del alto funcionariado, así como los de secretarios, asesores y otros miembros del séquito del que se rodeaba el señor Peralta. El del consejero se encontraba al final del largo corredor, ocupando toda una esquina del edificio.

David albergaba la certeza de que el ser citado en su despacho, justo el día en que Peralta se reincorporaba tras sus vacaciones, solo podía deberse a que le iba a exigir una respuesta.

Aguardaba a ser atendido con un incómodo vacío en el estómago. Había perdido la iniciativa, tenía que haber solicitado él audiencia con el consejero a primera hora de la mañana, pero se le había adelantado. Eso revelaba la ansiedad de Peralta, no había olvidado el tema como deseaban Fedora y él.

La secretaria le hizo pasar con un gesto mecánico. Cogió aire y se adentró en el fastuoso despacho. Como recordaba, se ofrecía una sensacional vista del tramo central de la Castellana.

—Mi buen amigo Hoyos —dijo con una de sus sonrisas postizas, en pie—. ¿Qué tal el trabajo? Creo que llevas ya unos días por aquí.

David asintió, esforzándose por parecer sosegado.

Conversaron unos minutos sobre las encuestas de intención de reinserción que manejaba. Sin embargo, David sabía que no era ese el motivo por el que le había hecho sentarse frente a él en uno de sus caros sillones tapizados en piel flor.

—Necesito que me des la respuesta que me debes. ¿Has tomado ya una decisión? —preguntó levantando las cejas, con cordialidad.

David advirtió que su pulso se aceleraba. Consideró adecuado tratarle de usted.

—Verá...

Peralta le interrumpió con un par de carcajadas.

—Ya, es evidente, no sé ni por qué te pregunto, ¿trabajar rodeado

de científicos, en investigaciones de primera índole a nivel mundial, o seguir soltando aburridas monsergas a un atajo de paletos?

El consejero Peralta rió su propia broma y ladeó la cabeza, quedándose mirándole exhibiendo una amplia sonrisa.

David rebuscó las palabras adecuadas.

—Escuche —balbuceó, mirando a la mesa baja de cristal—, no puedo aceptarlo.

Se atrevió a levantar la vista hacia el consejero y fue testigo de cómo su expresión de cercanía se crispaba y sus mejillas se enrojecían. Había apretado los labios tanto que se curvaron hacia fuera.

—¿Es firme esa decisión? —inquirió con sequedad.

David afirmó con la cabeza, acobardado. Se temía que se iba a desatar una de sus conocidas explosiones de furia.

—¡No sabes lo que estás rechazando! —bramó, lleno de ira, revolviéndose en el asiento—. ¡Cuánta gente se mataría por entrar a trabajar en la sede tecnológica de BEngi en Madrid, un referente en biónica a nivel mundial!

—Lo sé, soy consciente de que pierdo una gran oportunidad —admitió—, pero lo siento, no podría ir cada día al trabajo sabiendo lo que... —se interrumpió. No era conveniente repetirle la inmensa repulsa que sentía hacia su tinglado de falsos voluntarios. Peralta no debía verlo como una amenaza. David quería que cada uno siguiera con su vida, tenía que dejárselo claro—. Pero oiga, nunca diremos nada, su secreto está a salvo por nuestra parte...

—Muy bien —le cortó Peralta con determinación, sin escucharle.

El consejero se puso en pie. Necesitaba situarse en un plano superior, pensó David.

—Siempre te he hablado con sinceridad —dijo con lentitud, mirándole desde arriba—. Si no te tengo de mi parte, supones un peligro para mi imperio. No puedo permitir que nada arruine lo conseguido, ahora que estamos cerca de ver los primeros frutos, de desencadenar una segunda revolución biónica. —Negó con la cabeza y gruñó, contrariado—. Había confiado en convencerte, contagiarte nuestro entusiasmo por lo que investigamos, que no te fijaras solo en los medios que utilizamos, feos pero absolutamente necesarios, sino en lo fabuloso de lo que tenemos entre manos.

David experimentó un sudor frío.

—Pero he fracasado, y me plantearé tomar nuevas medidas, contra ti y esa tal Fedora Souto que removió todo —recalcó Peralta con acritud y desprecio.

—Le aseguro que no es necesario... —trató de calmarle.

Le señaló con el dedo, amenazador.

—No me resignaré a continuar como si nada hubiera pasado, a vivir con la incertidumbre de que os dé un arrebató y lo cantéis todo, o que os vayáis de la lengua y un tercero lo denuncie, fuera de nuestro control —dijo, encrespado.

David se levantó, cansado de su postura de corderito. Con una actitud sumisa no iba a conseguir nada.

—Eso no ocurrirá, ya sabemos bien a lo que nos atenemos. ¿Es que no recuerda esa cosa que nos han puesto en la cabeza? —preguntó elevando el tono, apenas reprimiendo el desprecio que sentía por ese tipo —. Olvídense de nosotros y siga con su maldito negocio, no nos pondremos en su camino.

Peralta gesticuló indeciso, turbado por que le hicieran frente en su propio despacho. Le dio la espalda y se dirigió pensativo al gran ventanal.

Le había plantado cara, se dijo David, pero ahora tenía que terminar de convencerlo con una dosis de adulación, así era como le trataba todo el mundo.

—Le doy mi palabra, déjenos seguir con nuestras vidas. Seremos tumbas.

Peralta suspiró tras unos segundos eternos.

—Voy a intentar creerte y dar el asunto por zanjado —dijo por fin.

David entornó los ojos y exhaló el aire contenido, inmensamente aliviado.

Con gesto adusto, Peralta le acompañó hasta la gran puerta de madera noble maciza. Los tacones de sus pulcros zapatos resonaban autoritarios a cada paso.

Había algo pendiente, recordó de repente. Fedora le había suplicado que lo intentara, pero solo si el encuentro se desarrollaba positivamente. Quizá sería pedir demasiado, pero no quería que Fedora lo acusara de ser un blando, como el día de la fiesta de su pueblo, cuando evitó enfrentarse a Amanda. Debería haber venido ella, se dijo,

acobardado.

—Una última cosa —dijo David a su espalda, adelantándose para apoyar la mano contra la puerta, que ya se disponía a abrir—. Solo pedimos algo a cambio —acertó a decir, armándose de valor.

Peralta se volvió con los ojos bien abiertos, desconcertado.

—Sería de agradecer que liberaran a Fidel, ya sabe, el familiar de Fedora. Si sigue allí, claro...

Se miraban cara a cara. Era flaco y algo más bajo que David, pero el vil personaje no se apocaba ante nadie. Su piel se enrojeció de nuevo, marcándosele la vena de la frente.

—¡No estás en posición de pedir nada! —le espetó, furioso y alterado, gesticulando con la boca—. ¡Debería ordenar que os metan drogados en un maletero y que os entierren vivos en una maldita reserva, donde nadie os encontrará nunca!

David se sintió recorrido por un escalofrío. Sus ojos inyectados en sangre le atravesaban como flechas de fuego. Solo pudo agachar la cabeza, reprochándose haber mencionado nada.

Con un violento ademán, el consejero abrió la puerta. Bajando el tono, le dijo entre dientes, a pocos centímetros de su cara:

—¿Eso es lo que queréis? Muy bien, lo tendréis.

Concluida la jornada, Fidel se despojaba con dificultad del ajustado traje para pruebas táctiles. No transpiraba apenas y exhalaba un considerable hedor a sudor, pero ese detalle no era lo que le mantenía absorto en sus pensamientos.

—Te veo como atontado, Fidel —le dijo Pello, un hombre joven y entusiasta, a pesar de las circunstancias, que habían asignado a su celda tras la baja de Walter.

Sus compañeros ya se habían puesto sus homogéneas ropas deportivas y le miraban con expresión interrogante. Solían regresar juntos a las celdas, conversando en tropel. Los paseos de ida o vuelta al trabajo, o a las duchas, eran de los pocos momentos de semilibertad de que gozaban, pues nadie los escoltaba, a pesar de permanecer siempre bajo la vigilancia de invisibles cámaras.

—No te vas a creer lo que me ha dicho el técnico —respondió Fidel, todavía sentado en el banco del vestuario. No bajó la voz: allí nadie guardaba secretos.

Pello y los otros formaron en corrillo frente a él. Fidel se incorporó para subirse los pantalones y agarró la sudadera con parsimonia.

—Me han concedido de golpe trece puntos —informó con voz neutra.

Se elevó un coro de sorpresa en el corro que le rodeaba. En una sesión ordinaria de trabajo que resultara satisfactoria se solían otorgar uno o dos puntos, y en casos extraordinarios en los que el ingeniero declarase haber logrado un hito complejo o largamente perseguido, el encargado les podía dar hasta cinco puntos.

—¿Así, de golpe? —preguntó uno con incredulidad.

—Oye, te faltaban esos, más o menos, ¿no?

—Justo esos puntos —confirmó Fidel en tono lúgubre.

Se levantó y se abrió hueco en dirección a la puerta del vestuario.

—¡Te vas a ir, tío! ¡Deberías estar dando saltos de alegría! — exclamó Pello, mientras le palmeaba la espalda con fuerza para felicitarle.

Recorrieron en grupo la monótona galería de paredes blancas. Los comentarios para darle la enhorabuena no cesaban. Según el procedimiento habitual, la salida se produciría a última hora, cuando acudieran a buscarlo, tras la ducha. Allí, sus compañeros aprovecharían el ruido del agua para acercarse y suplicarle que trasladase un mensaje a sus familias, o incluso que denunciase aquella esclavitud, aunque todos asumían que la organización establecería condiciones o chantajes para que eso nunca ocurriera. Era la rutina del día más esperado por todos, su día. Había alcanzado el objetivo perseguido durante tantos meses, lo único por lo que se podía esforzar allí dentro, lo que alimentaba, aun vagamente, la ilusión por vivir, el no claudicar. Debía estar eufórico, pero Fidel se mantenía serio.

—Algo gordo han tenido que descubrir, los has debido de dejar bien contentos —dijo Pello, ya en la celda, tratando de animarle. Se pasaban una pelota compuesta por calcetines enrollados, procurando que no cayera al suelo. El joven era bastante mejor que él.

—No sé, es muy raro, tantos puntos así de golpe... —dijo Fidel, pensativo. Por dentro, el alborozo comenzaba a ganar terreno poco a poco, a pesar de no comprender por qué se había precipitado su liberación. Ya se imaginaba derramando lágrimas en los brazos de su

familia.

Entretanto regresó el grupo de las pruebas invasivas.

—Yo creo que quieren largarte —especuló el negro pedante de la celda de enfrente, cuando se enteró—. Si no les funcionas bien o no les eres útil, te dan puntos a puñados para deshacerse de ti.

—Qué tontería —terció otro—. Fidel está en los tests de *software*. Si fuera un inútil lo cambiarían a las pruebas de implantación de nuevos chips, donde están los lerdos como tú. —Se escucharon carcajadas por doquier. Nadie aguantaba al viejo de color, que se llevaba bien con el encargado y se jactaba de saberlo todo, pero que era poco espabilado.

Durante las duchas, Fidel procuró memorizar los múltiples datos personales con que le bombardeaban para que contactara con sus familias en el exterior. Olvidaría la mayor parte, pero se vio obligado a intentarlo; él también había pedido encarecidamente lo mismo a los reclusos soltados en ocasiones anteriores, y confiaba en que algún mensaje hubiera alcanzado a su mujer.

Atendió también a ruegos y peticiones de auxilio, con respeto por muy irracionales que sonaran. Desesperados, los más novatos le proponían absurdos planes y estratagemas de rescate y salvación, que fingía escuchar. En realidad lo que le preocupaba era bien distinto: ¿cómo impedirían que hablara y denunciara todo, una vez fuera? ¿A qué tipo de chantaje lo someterían? ¿O era lo de los puntos y el premio de la liberación una farsa: lo matarían y se deshacerían del cadáver, como había sospechado a menudo, pero se negaba a creer?

Por fin llegó el momento. Uno de los empleados ataviado con el clásico mono azul acudió a la celda. Su cara y las de sus colegas eran ya conocidas por todos, no debía de haber más de cuatro o cinco intercambiando turnos. Los guardias cumplían su cometido sin saludar o gesticular, ni cruzaban más palabras de las estrictamente necesarias.

Le ordenó en tono neutro que le acompañara, siguiendo el insulso protocolo que precedía a las liberaciones. Pello, emocionado y de lágrima fácil, le dio un abrazo y le brindó los mejores deseos. El resto de presos, contemplativos en pie tras los transparentes paneles de sus cubículos, se despedían con gestos más o menos afectuosos, según recorría Fidel el pasillo tras el hombre del mono azul.

Ignoraba qué hora era, desde que entró en aquel abominable lugar

nunca había visto la luz del sol. Suponiendo que el horario de trabajo de los científicos fuera estándar, o que la última comida del día, que acababan de recibir, se correspondiera con la cena, entonces debía de estar ya anocheciendo, aventuró. Tenía sentido que fueran soltados bajo el cobijo de la oscuridad.

Su moral crecía a cada paso que daba, según dejaban atrás cruces de pasillos solitarios y traspasaban compuertas que se abrían automáticamente. Se adentraba en una zona desconocida para él y sintió que su corazón se aceleraba. Se respiraba humedad, como si se hallaran en un inmenso sótano o planta subterránea. Los tabiques parecían más endebles y no se hallaban insonorizados como en el sector que había habitado tanto tiempo. Al doblar una esquina percibió el lejano pitido intermitente de la marcha atrás de un vehículo pesado, quizá un gran camión o una grúa industrial. Ignoraba su paradero, pero casi podía respirar el aire del exterior.

El guardia le hizo entrar en un cuarto sobrio y frío, donde le indicó que se cambiara de ropa. Debía despojarse del chándal que le había acompañado durante tantas semanas, y enfundarse unos pantalones de calle y una camiseta de manga larga de algodón que había doblados en un banco de madera.

—Espera, voy a ver si está todo preparado para la intervención —dijo el operario, acercándose a una puerta ubicada en la pared opuesta.

—¿Qué intervención?

El tipo le ignoró. Abrió la puerta, asomó la cabeza, asintió y se volvió hacia Fidel.

—Puedes pasar. Hay que ponerte el chip, por supuesto —explicó con seriedad—. Uno oficial, un Dispositivo Identificador Multitarea, no el que llevas para pruebas de trabajo, sin comunicación con el exterior y desprovisto de identificador legal.

—¿Para qué? —preguntó Fidel acercándose lentamente, dubitativo—. En mi reserva no me hace falta...

—Vamos, pasa —le apremió el guardia, cansado—. A ver si te crees que te vamos a llevar a tu casa.

Fidel asintió, confuso. Lo soltarían por allí cerca, tal vez. Si se hallaban en territorio controlado, no tardarían en detenerlo si no portaba un identificador válido, de modo que tendría sentido que le proporcionaran una identidad digital.

Se internó en la sala anexa. Era pequeña pero estaba intensamente iluminada. En el centro había una camilla y en un lateral varias estanterías y mesas auxiliares con instrumental médico y aparatos electrónicos desconocidos para él. Una persona preparaba algo frente a una de las mesas, de espaldas. Llevaba bata y gorro de quirófano.

—Tumbate bocabajo, por favor, apoyando la cabeza por el lado contrario al del chip —ordenó, sin volverse—. Te sedaremos, pero es una operación rápida y sencilla, como cuando te pusieron el chip experimental para las pruebas del equipo de *software*. —A pesar de la mascarilla, la voz afable le sonó familiar.

Mientras se tumbaba, atenazado por una incómoda mezcla de aprensión e inseguridad, captó el rostro de soslayo del doctor, y un escalofrío le recorrió la espalda: era Leroy, el encargado, el despreciable calvo de actitud implacable y mirada fría e insensible.

—¿Usted? —preguntó sorprendido, echando un pie al suelo de nuevo.

—Puedes confiar en mí, soy neurocirujano —dijo efectuando un ademán de hastío con las palmas de las manos abiertas.

Se aproximó con un pequeño dispositivo y se cruzó de brazos frente a la camilla, esperando a que Fidel se echara.

—Pero si lo prefieres puede hacerlo él —añadió, señalando al hombre del mono que esperaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿El guardia?

Leroy soltó un par de carcajadas. Su frente se arrugó, rompiendo la uniformidad de su cabeza afeitada.

—Es ingeniero biónico, está capacitado de sobra. A ver si te crees que solo vale para llevaros la comida o fregar vuestras celdas. Que sepas que todos estamos en esto por la ciencia, amigo.

Fidel miró al guardia, que permanecía mudo, con expresión cansada.

Apenas podía dar crédito, pero cedió y se tumbó bocabajo.

—¿Cuando me explicarán las condiciones para liberarme? —inquirió Fidel.

—¿Condiciones? —repuso con tono interrogativo. Leroy le colocaba una sabanilla en la nuca, remetida por la camiseta.

—Recuerde que lo hemos hablado en alguno de nuestros encuentros. Usted me aseguró que no me mentía, que no era una farsa lo

de la liberación, una forma de mantenernos con la moral alta y con actitud cooperativa.

—Y no te mentía, ¿verdad? Hoy es tu gran día —concedió magnánimo.

Se acercó con una mascarilla, dispuesto a colocársela en la cara a Fidel. Pero este siguió hablando, necesitaba quitarse de encima de una vez la incertidumbre:

—Me costó creer en sus palabras —admitió Fidel—. Pero insisto, yo siempre le decía que tenía que existir algún chantaje, una forma de asegurarse de que en cuanto salga de aquí no les denuncie. Y nunca me respondió a eso —le acusó.

Levantó la cabeza para estudiar la expresión del encargado, confiando en que por fin revelase el secreto. Tenía el alma en vilo, podría tratarse de alguna medida que afectase a su familia, sospechó. Preferiría pudrirse allí antes que salir y descubrir... O puede que simplemente fueran a aplicarle una inyección letal, sopesó, maldiciendo su ingenuidad.

Leroy apretó la mascarilla contra su rostro, con sutileza pero forzándole a apoyar de nuevo la cabeza sobre la camilla.

—Créeme, no denunciarás a nadie —dijo con una amplia sonrisa y tono paternal—. Solo relájate, vas a sentir sueño en pocos segundos.

30.

David y Fedora paseaban cogidos de la mano por mitad del Parque del Retiro, aprovechando la temperatura más llevadera de la tarde, una vez concluidas sus respectivas jornadas de trabajo. Mientras conversaban, ella escrutaba con disimulo cada uno de los castaños de indias centenarios que les flanqueaban y cobijaban bajo su sombra.

David, por su parte, no dejaba de asombrarse de la cantidad de adictos al chip que descubría, tirados en soledad sobre el césped o sentados eternamente en los bancos, con la mirada vacía. Las ropas sucias, los cuerpos delgados o las greñas evidenciaban los casos más graves, en los que el vicio superaba en prioridad a las necesidades esenciales.

—A veces me apetece que llegue el frío. En invierno se quedan en sus casas y nos ahorran espectáculos tan lamentables —dijo David.

—Esto es una de las cosas que advierten en las reservas, uno más de los motivos para convencernos de que se está mejor allí...

—Ya, siempre que voy a hacer propaganda me preguntan si es verdad que hay problemas de adicción, y a veces no sé qué decir —reconoció David—. El chip tiene muchas cosas buenas, pero si se abusa...

Fedora le interrumpió con un suspiro. Le cogió por la cintura y levantó la cabeza con una amplia sonrisa.

—Por cierto, después de cenar podíamos darnos otra sesión de inmersión remota.

Se refería a una página web en la cual cualquiera podía compartir lo percibido por su vista y oído, la acción en directo. Así, el visitante tenía a su disposición una serie de eventos que podía vivir en primera persona, visionando y escuchando exactamente lo mismo que el protagonista.

—Te gustó, ¿verdad? —preguntó David, complacido.

Había visto juntos un espeluznante salto al vacío desde una presa gigantesca y una bajada suicida de *snowboard* por cumbres escarpadas de nieve virgen. A David le recordaba al *youtube* de su época, pero visto en directo y por realidad virtual.

—¡Todavía se me ponen los pelos de punta! Sobre todo por el

morbo de que pueda pasar algo, vivir un accidente en persona... ¿Cómo supiste de esa página?

—Me lo comentaron los del máster. Son chavales jóvenes, están al tanto de todas las novedades...

Decidió picarla un poco. Ella ya no temía el chip, aunque le había costado un tiempo asimilar que aquello que les habían implantado los hombres del consejero fuera inofensivo.

—¿Ves cómo se puede disfrutar del chip y no pasa nada?

Fedora se encogió de hombros.

—Estoy contenta de que todo haya pasado, de que no se tomara mal tu negativa. Supongo que tendremos que acostumbrarnos a vivir con eso metido en la cabeza... Por suerte ya a veces ni me acuerdo.

David asintió, satisfecho. Desde su difícil reunión con Peralta, hacía más de una semana, no había vuelto a tratar con él. Ignoraba si soltarían a Fidel, como había asegurado el consejero que haría, resentido.

De una cosa estaba seguro: no iba a volver a preguntarle, ni insistir de ninguna manera. Todo aquello pertenecía a un oscuro pasado. La vida les sonreía, los planes de futuro e ilusiones llenaban sus conversaciones, e incluso Fedora, ya casi desvanecidas sus esperanzas de que lo liberaran, parecía haber asumido que nada más podía hacer por su hermana.

—¿A dónde vamos hoy? —preguntó David, confortado en ánimo y espíritu, pero con las piernas doloridas.

Por mucho que caminasen, ella nunca se cansaba. Habían completado por fin el interminable recorrido alrededor del parque, incluido un descanso placentero sobre la escalinata del monumento a Alfonso XII, al pie del estanque. Tendidos sobre uno de los duros escalones de piedra, abrazados, habían contemplado las barcas de remos y acaparado los últimos rayos del decadente sol estival.

Cruzaron una avenida ancha en dirección a uno de los múltiples puntos de estacionamiento y recarga de microurbano de transporte público, un medio siempre preferible para moverse por el centro y más cómodo que el metro.

—Mientras que no cocines, a cualquier sitio —repuso con sorna, pero esbozando a tiempo una amplia y tierna sonrisa conciliadora.

—Muy graciosa. Anda, mira a ver en cuál hay menos gente. — Fedora asintió de buen grado. David sabía que si por ella fuera elegiría

siempre uno de los malditos Burger King. Iban tan a menudo que no hacía falta ni mencionarlo.

Callejaban en dirección al bulevar de Alonso Martínez, donde según Fedora la estación para devolver el coche eléctrico quedaba justo en la glorieta, a pocos pasos de la hamburguesería, cuando a David le apareció el icono de aviso de llamada entrante.

—Mierda, ¿quién llama a estas horas? —saltó David, contrariado—. Seguro que es el director Vera, que quiere que me pase por el hospital mañana a soltar el rollo a alguna visita...

Pulsó el botón de descolgar. Las llamadas de voz eran de las pocas operaciones permitidas con el DIM durante la conducción. Sin siquiera tiempo de responder, una voz imperativa espetó:

—Te mandó por texto las coordenadas. Preséntate en ese punto en una hora, tengo algo para ti, de parte del señor Peralta.

Tuvieron que pasar por casa a por su vehículo privado, aquel descampado quedaba fuera del ámbito permitido para los pequeños urbanos del servicio público.

—Cuando se acerque alguien, yo salgo. Tú espera aquí —ordenó David.

Fedora detectó la inseguridad en su voz temblorosa. Ella, sin embargo, se mantenía optimista, a pesar de la poco halagüeña conversación descrita por David. Estaba convencida de que les iban a entregar a su cuñado, tal vez contagiada por el dulzor que envolvía su vida en las últimas fechas. No era un pensamiento descabellado, a ella le parecía perfectamente lógico: Peralta y sus socios debían de ser los primeros interesados en que todo siguiera como antes, y con ese gesto de conciliación recobrarían seguridad para continuar con su actividad delictiva.

Aguardaban ambos inmóviles dentro del coche, en la quietud de la noche. A él lo notaba arredrado, como si lo carcomiese un mal presentimiento que prefería no compartir con ella. Fedora no paraba de morderse las uñas. Se le había pasado el hambre, con el estómago encogido, pero albergaba la confianza de que todo saliera bien. Incluso se sentía orgullosa: había hecho lo correcto insistiendo a David. Puede que Peralta se ofendiera, y que David se arrepintiera, pero al final esos criminales habían cedido. No podía esperar más el momento anhelado en

que acudiera uno de los esbirros de Peralta para efectuar la entrega. Ya se imaginaba la cara de su hermana, desbordando felicidad. No podría darle explicaciones, pero le estaría eternamente agradecida.

Se hallaban en un suburbio constituido por solares y parcelas en construcción, cruzado por una red de calles perpendiculares que formaban manzanas desocupadas. Las farolas apagadas conferían a la solitaria escena un toque tétrico; pero no había nada que temer, se hallaban en territorio controlado.

—Guardaré la distancia —determinaba David, como hablando para sí, nervioso—. Puede ser una trampa, y no daré la oportunidad de que me sorprendan y me dejen sin conocimiento otra vez. Mientras esté consciente, saben que puedo denunciar una agresión, pulsar el botón de emergencia.

—Por si acaso, aquí estaré yo, mirando sin perder detalle —trató de calmarlo Fedora.

Los haces de dos focos paralelos se asomaron por un extremo de la cuadrícula de calles y avenidas desiertas. Solo las grúas, los montones de tierra y las pilas de material de construcción ocultaban a intervalos las luces, según se aproximaba el automóvil al punto geográfico exacto de la cita. Suponía que se trataba del emisario de Peralta: allí, en las obras, una vez terminada la jornada, no quedaba un alma. Nadie vigilaba la maquinaria ni los palés porque un robo era impensable, al contrario que en las inseguras y abandonadas reservas.

Un todoterreno se detuvo en la acera de enfrente. Le pareció nuevo y de alta gama, aunque poco entendía de coches.

David le apretó la mano con fuerza, a lo que ella correspondió con otro estrujón, con el corazón encogido. Se apeó, cerró la puerta tras él y se mantuvo expectante, contemplando el coche sin acercarse.

Alguien se asomó al exterior del otro auto, apenas discernible en la oscuridad. Fedora se agachó por instinto, aun a sabiendas de que desde fuera nada podía verse, ni siquiera con la luz interior encendida. Un hombre joven y corpulento se plantó en la calle y miró impaciente hacia David, que permanecía de pie junto al coche, cauteloso.

El desconocido le espetó algo con rudeza, pero Fedora no pudo entender sus palabras debido a la excelente insonorización del habitáculo. Podría tratarse del bastardo que la atacó en su pueblo, conjeturó, pero pronto descartó la idea: en esa organización criminal

habría decenas de mercenarios al servicio del consejero.

—De eso nada. Lo que sea déjalo ahí y lárgate —repuso David con forzada autoridad, cuya voz atenuada, más cercana, sí llegaba hasta ella.

Le pareció que el hombre farfullaba algo, gesticulando con indiferencia, como si considerara aquello una pérdida de tiempo. Parecía solicitar a David que le ayudara a descargar algo, intuyó Fedora. Solo podía tratarse de Fidel.

El individuo se acercó al portón trasero, lo levantó y a continuación reclinó una portezuela baja que quedaba entre los pilotos. Operaba con presteza, como si realizara ese tipo de transportes de forma rutinaria, pensó Fedora. ¿Ese hombre sería uno de los “cazadores”, tal y como los denominaban, según le contó David? Ahogó su repugnancia en el bálsamo que suponía la cercanía del reencuentro.

Se agachó y tiró con fuerza de un bulto informe. Forzando la vista, Fedora vislumbró lo que en efecto podía ser un cuerpo humano, envuelto en algún tipo de funda, del que tiraba por los tobillos. Contuvo el aliento, expectante, con el pecho palpitando.

Con un grito de esfuerzo final que Fedora pudo percibir, el fardo cayó al suelo a plomo y quedó inmóvil. Sintió que sus latidos acelerados se paraban de golpe, comprendiendo de repente.

Solo podía tratarse de un cadáver.

Fedora sintió crecer un fuego que la quemaba por dentro. Maldijo a ese canalla, y a sí misma, reprochándose haber sido tan ingenua. Desde el mismo momento en que David le informó de la llamada, se había suscitado en ella esa incómoda sospecha, que había ignorado, cegada por la esperanza de un final feliz. Ahora se le pasaban por la cabeza todo tipo de reacciones vengativas, insensateces producto de la rabia que a duras penas lograba dominar.

El tipo cerró el maletero con brusquedad y se dispuso a regresar a la parte delantera del voluminoso vehículo. Andaba con aire displicente, suspirando y sacudiéndose las manos, dando por terminada su faena, cuando tropezó con uno de los extremos del cuerpo inerte. Tuvo que echar una mano a la calle para frenar la caída y recuperar la verticalidad. Enojado, se revolvió para propinar una violenta patada al bulto.

—¡Maldito saco de carne! —gritó, con voz rasgada y tan fuerte que Fedora consiguió entenderlo.

Sintiéndose gratificado por la represalia, el criminal continuó pateándolo. Fedora hundió su cara entre las manos, negándose a presenciar la cruenta escena.

—¡Basta! —saltó David.

Fedora le miró, casi prefería que no se entrometiese. No valdría de nada, al fin y al cabo estaba muerto. Ya solo quería que, una vez desahogado ese salvaje, se esfumara. Recogerían el cadáver y se lo entregarían a su familia, por muy duro que resultase.

No obstante, creyó descubrir una agitación fugaz en el interior del saco.

Fedora dio un brinco en el asiento y abrió los ojos de par en par. A lo mejor solo estaba drogado y acababa de despertar. Otra sacudida confirmó su sorpresa: ¡estaba vivo! Siempre sacaba conclusiones con demasiada rapidez, se reprochó.

No pudo evitarlo, abrió la puerta y salió, dispuesta a cualquier cosa para impedir que continuara con la paliza.

—Se ha movido, ¡lo he visto! —gritó Fedora, apuntando con el dedo a un punto indeterminado del saco.

El matón dio un par de pasos hacia ellos, plantándose en mitad de la calle, con la cara desencajada por el esfuerzo y la ira desatada.

—¡Pues claro que se mueve! —exclamó con sorna.

Ahora percibió con claridad su timbre de voz y un frío abrumador cayó sobre ella, paralizándola: era el perturbado que la asaltó en el monte. En aquella ocasión no le había visto la cara, pero ahora lo tenía delante, con esa expresión de joven chulo y arrogante. Según iba recordando, hacía presa de ella una ardiente cólera que a duras penas lograba contener.

—Es un paleta de mierda... —decía el tipo, justificando sus patadas. Había reparado en su presencia, pero no en que se trataba de Fedora, y cuando sus miradas se cruzaron se interrumpió.

Sus labios se curvaron en una mueca, con los ojos entornados. Parecía divertido ante el acontecimiento, se temió Fedora, como si su presencia animara el aburrido trabajo que le habían encomendado.

—Vaya, señor Hoyos —dijo, remarcando su nombre con desdén —, tengo que admitir que sabes rodearte de buena compañía.

Cruzó la calle y se acercó, enfilado hacia ella.

Fedora quiso recular, pero sus músculos, atenazados por el

pánico, no respondían. Comenzó a recobrar las mismas náuseas de aquella tarde mientras él manipulaba su chip y la manoseaba.

Como esperaba, David rodeó el coche y se plantó ante el despreciable personaje. Fedora, cobijada a su espalda, respiró más aliviada.

El tipo abrió los robustos brazos con un ademán amenazador.

—¿Quieres que te dé otra paliza? —masculló entre dientes. De modo que también fue él, dedujo Fedora.

David, a pesar de su estatura, no era rival para ese bárbaro. Sin embargo, se mantuvo firme. Preocupada, rezó para que no brotase el espíritu rebelde de sus orígenes, que persistiera el hombre sereno y responsable que había conocido.

—Si ya has hecho el recado, chaval —espetó David con menosprecio—, lárgate.

Fedora tragó saliva, ese animal lo destrozaría.

El otro rió exhibiendo una mueca burlona, sin saber qué contestar, por momentos desubicado. No se había esperado resistencia.

Hizo el amago de volverse hacia su coche, no obstante, antesladeó la cabeza para soslayar el cuerpo de David y mirarla de nuevo con fijeza. La señaló con el dedo, desafiante, y Fedora se aferró a las costillas de David, acobardada.

—Contigo tengo un asunto pendiente... —Esbozó una repugnante sonrisa de chulo de discoteca—. No me gusta quedarme a medias.

Fue demasiado humillante como para que David pudiera aguantarlo. Se abalanzó hacia él, pero Fedora se lo había esperado y le detuvo a tiempo, agarrándole del brazo.

—Déjalo, por favor —suplicó. No podría soportar que le pasara algo, y menos por defenderla.

David hizo oídos sordos y trató de avanzar costosamente hacia él, arrastrándola, al tiempo que le insultaba. El cretino retrocedió hacia su coche sin perder la sonrisa altanera. Puede que se asustara al ver la cara desencajada de David, o quizá no le interesaba enconar más los ánimos y que hubiera consecuencias impredecibles, se explicaba Fedora, aliviada.

Se metió en su vehículo con la cabeza bien erguida, pero antes de cerrar la puerta les dirigió una fría mirada.

—Casi se me olvida... El señor Peralta responde que a él nadie le exige nada.

Soltó un par de carcajadas y se esfumó acelerando el silencioso motor eléctrico.

No había tiempo para buscar una explicación al mensaje, llevaba unos segundos viendo que el saco se agitaba; puede que el infortunado Fidel se estuviera quedando sin aire. Soltó a David y cruzó la calle como una exhalación.

—Espera, creo que... —advirtió David, cauto.

—Calla y ayúdame a soltarlo —demandó, ya postrada ante el bulto.

Localizó el inicio de una cremallera en un extremo de la funda. Fidel no dejaba de menear brazos y piernas, dificultándole la labor, a pesar de las palabras que ella transmitía para infundirle tranquilidad. David se arrodilló para ayudarla, sujetando con firmeza el cuerpo.

Perdiendo la paciencia, se dirigió hacia el bulto en el extremo donde se evidenciaba la cabeza.

—Fidel, soy Fedora, ¿quieres estarte quieto de una vez?

—Tengo un mal presentimiento... —decía David para sí.

Ella no le escuchó, lo que fuera poco importaba. Sus lágrimas brotaban de felicidad: tenían a Fidel, aun magullado por las patadas y a saber en qué demacrado estado, pero vivo, y en pocos segundos lo sacarían de ahí.

La abertura ya era suficiente, y entre ambos bregaron para sacarlo y levantar el cuerpo. A Fedora le resultaba incomprensible que no pusiera nada de su parte; tan pronto se quedaba inerte como se activaban las caóticas sacudidas de nuevo. Llevaba una capucha ceñida que cubría al completo su cabeza. No decía nada, sin duda estaría amordazado, pensó Fedora.

Por fin, en posición vertical, pareció que se estabilizaba y guardaba el equilibrio.

—Fidel, tranquilo —rogaba ella una vez más—. Ahora te vamos a quitar la capucha.

Comenzó a desatar el cordón pero Fidel echó a andar de repente. David tuvo que retenerlo agarrándolo por la cintura.

Por fin le quitó la prenda y su cara quedó visible al débil resplandor de la noche en las afueras de la gran ciudad. Ninguna mordaza tapaba su boca, ¿por qué no articulaba palabra? El aspecto físico era

bueno, pero parecía un muñeco, con la mirada hueca, inexpresiva. Ejecutaba movimientos sin sentido con las manos, y de súbito rompía a caminar en cualquier dirección, hasta que David lo atenazaba por la cintura. Fedora se puso justo delante de su cara, con una monstruosa certidumbre creciendo en su interior.

—Fidel, soy yo, la hermana de Victoria, ¿es que no me oyes?

Sus palabras entrecortadas no tuvieron respuesta alguna, ni siquiera los ojos de Fidel se desviaron un solo grado para buscar su cara.

Se estremeció. No podía ser cierto, había visto a más de uno en el tiempo que llevaba fuera de la reserva, pero nunca se habría imaginado...

Se puso en cuclillas y se derrumbó, rompiendo a llorar desconsolada. ¿Cómo habían podido hacerle eso?

David, en pie sujetando a Fidel, quiso dirigirle unas palabras compasivas, con tono afectado.

—Lo sospechaba, pero no sabía cómo advertirte —se disculpó, afligido.

Ella sacudía la cabeza, renegando de todo. Odiaba al mundo entero.

Segundos después buscó a David con la mirada, lo necesitaba a su lado. Él, más entero, trataba de colocar a Fidel frente al coche, con la puerta semiabierta, de forma que cuando arrancara a andar quedara retenido en el ángulo. Volvió junto a ella, se agachó y la rodeó con su reconfortante brazo.

—Supongo que habrá sufrido un accidente, en uno de esos macabros experimentos —se lamentó Fedora, más calmada, con expresión interrogadora.

—Me temo que no, no estaba en el equipo de pruebas de más riesgo. Ha sido su venganza, su respuesta a mi rechazo y a la petición que le hicimos.

—¿Cómo? ¿Esto lo han hecho ellos, a propósito? —preguntó indignada, mirando a su cuñado con incredulidad.

David asintió, apesadumbrado.

—Me dijo que lo soltarían, y lo han hecho, pero a su manera. —Apretó el puño y exhaló un bufido de rabia—. Peralta no ha faltado a su palabra, el muy...

—Pero, ¿cómo se puede dejar a alguien así, por capricho? Se supone que son fallos técnicos de los chips, inesperados, que dañan el

cerebro...

David la interrumpió.

—Tienen conocimientos de sobra para provocar un fallo similar. —David se señaló con el índice a su cabeza, por detrás—. Recuerda que lo que nos han colocado en el chip es creación suya, y que está en su mano dejarnos igual que a Fidel.

Fedora no podía dar crédito a lo que oía.

—¿Y ese loco lo ha hecho por nuestra culpa, por presionarle? — De ser así, nunca se lo perdonaría, ¿cómo se lo explicaría a su hermana?

Pero David negó con la cabeza.

—No, solo han adelantado los acontecimientos.

Ella le dirigió una nueva mirada exigiendo una aclaración. Su mente torturada no era capaz de discurrir con agilidad.

—Ahora lo he entendido todo, cómo he podido ser tan estúpido —decía David, recriminatorio—. No me explicaba que de verdad soltaran a esa gente después de los experimentos, cuando sumaran los puntos de ese programa incentivado de trabajo. Era inconcebible que fuera cierto y que nadie lo denunciara una vez fuera, pero de alguna manera me lo creí, Peralta es un tipo de palabra, a su manera... —Rió con sarcasmo sacudiendo la cabeza, asqueado—. Y efectivamente el canalla no mentía, pero nunca habría podido imaginar que se tratara de esto.

La miró con la tez muy seria.

—Los liberan —prosiguió David—, como prometen, pero antes les ponen un chip defectuoso, o bien provocan un fallo crítico de alguna manera, de forma que se daña el cerebro de manera irreversible, mostrando exactamente los mismos síntomas que en los casos de accidentes cotidianos.

—Los abandonan en cualquier lado, y las autoridades nunca sospechan nada —continuó Fedora para sí, comprendiendo—. No hay datos ni grabaciones de ellos en el Centro de Seguridad, porque nunca han tenido un identificador. Es la ventaja de usar a habitantes de las reservas en sus experimentos...

—Exacto. —El volumen de voz de David creció con su indignación—. Y esta es la recompensa que les espera tras meses o años esforzándose en los laboratorios secretos de ese puñado de bandidos. Engañados para que cooperen, bajo la promesa de una liberación.

—Es espantoso —masculló Fedora, secándose las lágrimas de su mejilla con el hombro.

Sus lazos con Fidel nunca habían sido muy estrechos, pero sí le constaba que era un gran trabajador, se desvivía por su tienda, así como un padre de familia ejemplar. Se lo podía imaginar colaborando con ahínco con los científicos para sumar puntos, ansiando reencontrarse con su hermana y su hijo.

Sintió ganas de prender fuego a todos aquellos edificios de la corporación; incluso aunque fuera cierto lo que aseguraba David, que solo unos pocos integraban la trama criminal de Peralta, que hacían pasar a los secuestrados como voluntarios anónimos y que la casi totalidad de científicos ignoraban la abyecta red que alimentaba las pruebas con seres humanos.

David se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a incorporarse, en mitad de aquella calle solitaria entre obras y descampados.

—Mientras lo sujetaba me ha saltado la alarma, vendrán a recogerlo —informó él con cara de circunstancias, con un toque de apremio.

Fedora tardó en comprender a qué se refería. Fidel no portaba un chip operativo ni identificador alguno, de modo que el propio dispositivo de David, al detectar a una persona en la visión y resultar fallida la comprobación automática de identidad, había alertado al Centro de Seguridad. Por eso, dedujo ella, lo habían transportado tan celosamente, metido en ese saco y encapuchado: sería el protocolo que seguían esos criminales para efectuar los traslados, para introducir a los secuestrados o deshacerse de las víctimas ya explotadas.

Bloqueada, Fedora todavía no era capaz ni de pensar en qué harían con él. Pero la insinuación de David de abandonarlo allí no era admisible.

—Tenemos que llevárselo a Victoria —dijo con firmeza.

David cogió aire.

—Piénsalo dos veces. Se vería condenada a cuidarlo, limpiarlo, alimentarlo, sacarlo de paseo, todo sin esperanza de cura ni recibir un mínimo gesto de gratitud. Es como un vegetal, ya no es una persona; no piensa ni tiene consciencia. Se mueve por impulsos, encadena movimientos rutinarios alojados en algún rincón de la corteza motora,

pero él no los ordena, el cerebro no controla nada. Tu hermana no podrá trabajar ni criar a tu sobrino en condiciones. Si tienes alguna esperanza de que rehaga su vida, no la cargues con esto. Puedes contárselo o no, eso es tu elección, pero vámonos, deja que se ocupen las autoridades. Lo llevaran a un centro...

Fedora admitió para sí la sensatez de sus palabras, ya conocía aquel drama.

David, adivinando su angustia, la abrazó, y ella enterró la cabeza en su pecho, necesitada de consuelo. Hubiera deseado quedarse así por siempre, no volver a levantar la mirada para enfrentarse a la realidad; pero David la obligó a despertar y la guió con delicadeza hasta el asiento del copiloto.

Fedora, aunque percibía los ruidos de su cuñado golpeando las rodillas contra la carrocería, chocándose en su absurdo caminar sin destino, no pudo reunir valor para volverse a mirarlo por última vez.

31.

La llegada del otoño no contribuyó a levantar el alicaído estado de ánimo de Fedora. El fatal desenlace de la desaparición de Fidel le había supuesto un enorme desengaño, un duro golpe que la mantenía hundida y nadando en resentimiento.

Por suerte no había ocurrido nada más, ningún mensaje desafiante del político y empresario hacia David, ni nuevos encuentros con el mezquino sicario.

Le parecía que David había pasado página. Su templanza lo había rescatado una vez más y de nuevo se prodigaba en comentarios tranquilizadores hacia ella, con vistas al futuro. No dejaba de tratar de animarla con mensajes llenos de energía y optimismo.

Era fácil para él sobreponerse a las adversidades, mientras que ella rumiaba en silencio sus tribulaciones, día tras día, sin poder apartarlas de su mente.

—Ya ha pasado todo, esta vez sí —aseguraba David—. Se ha vengado y ha dejado claro quién manda. Está lleno de orgullo y se siente victorioso, no volverá a molestarnos.

De poco servían sus bienintencionadas palabras. Aún tenía en la cabeza la imagen de la cara de su hermana Victoria, crispada por el dolor y la incredulidad.

Fedora había optado en un principio por no decir nada, pero no le pareció justo, su hermana debía dejar de esperar y torturarse, tenía que rehacer su vida. Fedora, condicionada por el agente maligno que llevaba en el chip, se había limitado a anunciar a Victoria que Fidel era un errático, que lo había encontrado tras recorrer decenas de centros de internamiento especializados. Aseguró que nadie sabía nada más, ni dónde había sido hallado ni en qué condiciones.

Su hermana, una vez superado el *shock*, había comenzado a formular hipótesis, llenas de resentimiento y terriblemente injustas para el pobre Fidel, dando por hecho que había huido, que la había dejado por otra y que se había implantado un chip defectuoso o ilegal...

Fedora, atormentada por el remordimiento de haber ocultado información, se había prometido que algún día le contaría la verdad. Dejaría en buen lugar el nombre de su cuñado, su sobrino no crecería

avergonzado de su padre.

Pero no era solo su hermana quien nublaba su estado emocional. Veía constantemente la cara de ese ser despreciable, su gélida mirada y su expresión de suficiencia; escuchaba su risa burlona, su amenaza de volver a asaltarla; sentía la cercanía de su cuerpo robusto de matón de gimnasio, su repugnante aliento en la nuca. Le causaba náuseas crónicas, y temía que ni el tiempo desvaneciera nunca esas evocaciones estremecedoras y lacerantes, latentes en su memoria.

Se esforzaba por no transmitir su angustia interior a David, pero le constaba que él percibía su continua pesadumbre. Por dentro, en silencio, sufría por ella.

Se había concienciado para tratar de mejorar su ánimo, en especial durante ese par de días: pasaban ese fin de semana de primeros de octubre en su pequeño pueblo, en casa de sus padres. Estos, desde que se hubo quedado a vivir con David, la echaban de menos, y Fedora sabía que les haría ilusión una nueva visita en pareja. No quería hacerle a David la estancia desagradable, sumando su apagada actitud a lo incómodo que la presencia en el pueblo pudiera resultarle, tanto por el cargo político como por su pasado sentimental con Eloy y los chismorreos que se suscitaban.

Bajaron por el valle, verde y húmedo tras las lluvias de las últimas semanas. David llevaba la cesta de mimbre, que alojaba un puñado de setas de cardo. Las habían encontrado todas ella misma o su padre, y David comenzaba a desesperarse, mostrando síntomas de frustración, escrutando inútilmente cada palmo de terreno.

—Ahí no hace falta que mires —le aconsejaba ella—, ¿no ves las pisadas y las boñigas? En la tierra pisoteada no salen las setas, busca lejos de los senderos, entre los arbustos...

Su padre se había quedado atrás. Había insistido en llevar a los perros, que a menudo se perdían entre los matorrales, fieles a su instinto, para husmear o seguir la pista de algún pájaro o conejo. Su padre ya no cazaba, pero había conservado a los tres viejos bretones españoles, rebosantes de vitalidad en cuanto eran sacados del cercado.

Se acercó a David y se agarró de su brazo, aprovechando la lejanía de su padre. Todavía se sentía incómoda exhibiendo gestos de cariño ante él.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó Fedora.

—Sí, aunque sea un negado para las setas, me gusta pasear por el campo. Además hace un día genial.

Fedora detectó que no era del todo sincero, pero asintió. Sabía que David anhelaba que volviera a ser la de antes; esperaría e iría con ella al fin del mundo. Se emocionó y bajó la cabeza, fingiendo que escudriñaba una zona de pajas aplastadas y medio podridas, todavía de la primavera pasada.

—Lo siento si sigo un poco apagada... —comenzó a disculparse.

—No te preocupes, tómate tu tiempo.

Caminaron un rato pensativos, parando cuando los ladridos se percibían demasiado lejanos, para esperar a su padre.

—Me temo que no es solo cuestión de tiempo. Ya no es tanto la pena que siento por mi hermana, o por Fidel. Eso poco a poco va pasando, pero la rabia y la impotencia persisten como el primer día —se sinceró Fedora. Levantó la cabeza para mirarle con severidad—. Tiene que haber algo que podamos hacer.

David suspiró.

—Es inútil, ya sabes lo que nos harían...

—Ese amigo tuyo del partido —le interrumpió—, el que te ayudó a colarte en el Centro de Seguridad...

—¿El senador Cobo? —preguntó David, conociendo de antemano la respuesta.

—Sí, él te ayudó —le presionó—. Le contaste tus sospechas, te dio acceso, y gracias a esa información descubriste a los secuestradores, a los que llaman “cazadores” —apostilló con repulsa y desprecio.

David negaba con la cabeza gacha. Con un brazo llevaba la cesta y con la otra blandía un bastón tosco, removiendo la hojarasca del suelo con torpeza.

—Si le contara en lo que se han traducido nuestras sospechas —dijo David— lo denunciaría sin dudarle, es un hombre responsable. No le temblaría el pulso, aunque le duela dañar la imagen del partido. Pero ya sabes lo que nos pasaría a nosotros...

—Puede que se le ocurra algo —insistió—, tiene un cargo importante. Si le explicas todo, incluido lo del virus, lo que nos haría Peralta...

—No correré el riesgo de contárselo. —David apretó los labios, negando con más rotundidad—. Repito, no dudará en denunciarlo, es un

firme creyente del sistema. No perderá el tiempo buscando una solución para nosotros, aunque tenga consecuencias fatales.

Fedora, contrariada, se agachó para frotar con las yemas de los dedos unos hongos que parecían champiñones silvestres. Si el sombrero tomaba el color adecuado, significaba que era la especie comestible. Extendió la mano hacia David y este le pasó el cuchillo.

—Es mejor que lo olvidemos, te lo he dicho mil veces —continuó David.

—¿Y tu amigo el médico? —preguntó ella, poniéndose en pie de un brinco y mirándole de frente—. Me prometiste hace días que hablarías con él, puede que haya una manera de que nos quiten eso del chip...

David bajó los párpados y ahogó un nuevo suspiro.

—Cambie de opinión, decidí no contárselo a Dalmiro. No por él, es de fiar, pero ya sabes que es peligroso ir diciéndolo alegremente. Si alguien se va de la lengua, lo pagaremos nosotros.

Fedora lo vio más vulnerable. Ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa lastimera, de las que utilizaba con invariable éxito para conseguir sus caprichos, ya fuese salir a cenar fuera o ver por la noche una película de su elección en visión conjunta.

—Está bien, hablaré con él —cedió David al final—. Pero dudo que pueda hacer nada.

Fedora le abrazó como muestra de agradecimiento. Aunque ella tampoco albergaba muchas esperanzas, cualquier pequeña perspectiva de que cambiaran las cosas la hacía animarse. Si lograrán desprenderse de la mordaza que suponía eso que les habían metido en el chip... ¡Con qué inmenso placer lo denunciarían! No quitaría ojo de las noticias, disfrutaría de las detenciones de esos delincuentes y científicos fanáticos, lloraría de alegría con las liberaciones de esa pobre gente. Y después correría a relatar la verdad absoluta a su hermana; y a su familia, todavía necesitaba el consuelo de su madre, compartir con ella sus penurias.

Los perros irrumpieron junto a ellos, persiguiéndose y rodeando a Fedora, hostigándola para que jugara con ellos. Ella observó que su padre se aproximaba por detrás de las zarzas que flanqueaban el arroyo.

—No dejo de preguntarme —se apresuró a decir Fedora, antes de que su padre pudiera oír algo—, ¿por qué no te hicieron lo mismo que a Fidel, cuando te pillaron? ¿O a mí? De esa forma se asegurarían nuestro silencio para siempre, convertidos en peleles... ¿No habría sido más

fácil?

—Porque nosotros tenemos chip, somos ciudadanos de pleno derecho, debidamente identificados. Los datos que hay sobre nosotros almacenados en el servidor central suponen una amenaza para ellos. Es inusual, pero a veces se investigan estos casos en que una persona queda errática, aunque solo sea por si dan con el establecimiento donde se ha puesto el chip ilegal o defectuoso, para bloquear una partida o indagar el origen del contrabando.

—Por eso les vienen tan bien los habitantes de las reservas — concluyó ella, indignada.

—Exacto, para ellos son perfectas ratas de laboratorio. Sin identidad, sin DIM, sin un pasado registrado que pueda delatar cómo ni dónde han sido capturados, adónde han sido trasladados...

Callaron al aproximarse su padre. Fedora se esforzó por reprimir una nueva oleada de rabia, que brotaba según asimilaba las palabras de David. Habían tenido más de una vez esa conversación, y no dejaba de crisparla.

—Unas pocas más —le dijo Fedora, arrebatándole la cesta de David y mostrándosela con afectado entusiasmo.

—Vayamos ladera arriba —ordenó su padre. Acostumbraba a tratar a sus acompañantes como jornaleros, aunque sin mala fe. Desde niñas Fedora y su hermana habían colaborado en las tareas cotidianas, como echar las mondas a las gallinas o recoger las olivas caídas del suelo, y su padre nunca perdería el rol de mando—. Hay un pinar donde puede que estén empezando a salir los niscalos.

Se alejaron de la vaguada, ascendiendo por una colina de suave pendiente poblada de encinas y jaras, encaminados hacia los pinares de la parte más alta y escarpada.

—¡Esperad! —gritó David, eufórico—. ¡Mirad qué champiñones! Son pequeños, pero bueno...

Fedora se acercó, suspicaz. Señalaba unas setas pequeñas y pardas, recién eclosionadas. Con el sombrero todavía redondeado y hemisférico, era fácil una fatal confusión.

—Ni las toques —advirtió Fedora, cuando David ya sacaba el cuchillo de la cesta.

—¿Por qué? —protestó él.

—No son champiñones.

—¿Cómo que no?

—Observa esas otras, algo más grandes. —Fedora señaló a un grupo de hongos de la misma especie, en las proximidades. Eran setas ya maduras, con el sombrero abierto y plano, de tono verdoso.

—Esas no son las mismas —se quejó, reticente a admitir que su hallazgo era infructuoso.

—Sí que lo son, *amanita phalloides* —aseveró ella. Su padre asintió por detrás, sin perder de vista a los perros—. Es muy venenosa, incluso mortal. Al nacer se pueden confundir con champiñones, por eso también lo llaman “el hongo de la muerte”. Dicen que las usó la mujer del emperador Claudio para asesinarlo y conseguir que su hijo Nerón subiera al trono.

—Muy interesante —dijo David, sarcástico. Se puso en pie y agarró la cesta, con aires de frustración, y se arrancó ladera arriba. Fedora sonrió por detrás, divertida. Por algún motivo le encantaban sus piques, siempre pasajeros. Casi le hacía olvidarse de sus pesares.

Pero había algo más que le había levantado el ánimo de repente. El casual encontronazo con esos hongos ponzoñosos había suscitado que una idea se engendrara en su interior, algo que quizá sirviese de bálsamo para su alma soliviantada.

—Siempre me apetece tomar algo contigo, David, pero no me puedo quedar mucho —se excusó el doctor Dalmiro Blas en cuanto apareció y le estrechó la mano—. Hace un día muy bueno y queremos ir un rato al parque con los niños, antes de comer.

David le había citado en un bar-restaurant que ambos conocían, en el bajo de uno de los rascacielos del distrito de oficinas de Nuevos Ministerios.

—Tranquilo, será cosa de un rato.

Se sentaron en una mesa al sol y apartada, y pidieron un par de cañas. Aun sin bata ni traje, la presencia de Dalmiro imponía, vestido con pantalones de pinzas, camisa y jersey de punto.

David le preguntó por la familia, temeroso de abordar el tema principal directamente. Su mujer había recibido una tentadora oferta de trabajo y estaba valorando la posibilidad de cambiarse.

—¿Se fue ya tu cuñado? ¿Encontró trabajo? —preguntó David, al recordar al hermano de su mujer, un tipo simpático, quizá un tanto

aprovechado, que conoció en una cena con ellos. La charla era distendida y no le apetecía ir al grano.

—Sí, se fue hace tiempo, pero ahora no está muy bien —dijo con tono apesadumbrado.

David levantó las cejas.

—Encontró un trabajo de guía en un museo —explicó—; el chico había estudiado algo de arte o historia, no lo recuerdo. Por fin se mudó a un piso de alquiler, y parecía que le iba todo bien. Pero tenía demasiado vicio con el chip... De alguna manera alguien le habló de esta ampliación del Virtual Life, los escenarios dedicados, ¿los conoces?

David asintió.

—Creía que a él no le iban esos rollos —dijo David.

—Y así es, le gustaba el chip pero siempre criticaba a la gente que mantenía una o más vidas paralelas, artificiales. Decía que esos sucedáneos no eran para él, que no necesitaba relacionarse con la gente por internet, ni fingir que tenía otro trabajo o ser otra persona diferente a la que era en la realidad.

—¿Y entonces? ¿Cómo pudo...?

—Un compañero del museo le habló de esos escenarios... Mi cuñado es un gran aficionado a la historia, y enseguida le picó la curiosidad. Inició una partida ambientada en la Antigua Roma, al final de la República, y quedó fascinado. Cuando nos veíamos no dejaba de hablar del realismo increíble de monumentos y edificios, reconocía que no podía dejar de pasear por las calles, mirando a todos lados. Aseguraba que hasta el estado de las edificaciones se mantenía fiel a la cronología histórica; él mismo lo había comprobado para el Circo Máximo: dependiendo del año del escenario virtual escogido, el programa lo mostraba como inexistente aún, en construcción o destruido. Se ponía muy pesado, alabando el detalle de todo lo que se veía, las ropas, los mercados callejeros, las costumbres y roles que tenían asignados los participantes...

David sabía que las empresas desarrolladoras contrataban a historiadores de prestigio para que ayudaran a recrear los escenarios a los diseñadores gráficos e informáticos.

—Sí, es cierto que están muy logrados —convino David—. Yo he probado alguno, pero enseguida me canso y lo acabo dejando en modo automático, hasta que me quitan el personaje por no entrar lo suficiente.

A David le iba la acción, pero no le interesaba desarrollar una nueva vida *online*, a la que era necesario dedicar un tiempo del que no disponía entre el trabajo y sus estudios.

—Y ya sabes cómo son esas cosas..., lo echaron del trabajo por distraerse y por falta de interés. Ahora está en rehabilitación —se lamentó Dalmiro.

—Ahora puede caer cualquiera —dijo David—. Alguien me dijo un día que los primeros en quedar enganchados, los más vulnerables, eran las personas con más bajo nivel cultural, pero de eso nada.

—Sí, ya no estamos hablando de partidas virtuales para hacer nuevos amigos, vivir pasiones secretas o disfrutar de un nivel de vida de estrella de Hollywood... Ahora las tentaciones son de más tipos, se siguen haciendo escenarios y cada vez más atractivos. Hay que tener mucho cuidado para no engancharse. Te lo digo por experiencia, ya sabes lo de mi primera mujer. Empiezas dedicando media hora después de cenar, y terminas olvidándote de tu familia.

David apretó los labios y entornó los ojos, compartiendo sus sentimientos. Era el momento de introducir el tema que le había llevado allí.

—Pues habrá más casos, no lo dudes —afirmó David con severidad—. Solo imagina que aparte de ver y oír dentro de esos sensacionales escenarios, puedas oler, o sentir las texturas por la piel, el frío o el dolor. Imagina que puedas percibir el olor de la mierda de los caballos que invaden el Londres de la Revolución Industrial, la mayor ciudad del mundo, o sentir el picor en los ojos por el humo del carbón, o la dolorosa puñalada que te asesta un ratero para robarte, sin sufrir daño real alguno. Y que tú puedes causar el mismo dolor a tus adversarios en el escenario, o en cualquier juego virtual.

—Algún día, supongo... —dijo el médico con el ceño fruncido, sin darle mucha credibilidad. Miró a los ojos de David y dedujo que no eran meras hipótesis—. ¿A dónde quieres llegar?

David vació la cerveza de un trago, buscando que le infundiera algo de valor para comenzar a sincerarse con su amigo.

—Te debo una disculpa, Dalmiro. Te mentí, te dije que estábamos equivocados, que seguíamos una pista falsa. Era para que te olvidaras del tema. Te lo voy a contar todo, pero tienes que prometerme que guardarás silencio, mi vida y la de Fedora dependen de que nada salga a la luz.

El doctor asintió con un imperceptible movimiento de la cabeza, expectante y preocupado.

Una hora después, el doctor no salía de su asombro. El sol otoñal había quedado tapado por uno de los colosales edificios, trayendo una sensación de fresco que a Dalmiro no parecía incomodar, atento al relato de David. Solo le había interrumpido para llamar a su mujer y avisar de que no les acompañaría en el habitual paseo dominical.

—En fin —concluyó David—, necesitaba hablar contigo por si veías una posible solución. ¿Se te ocurre alguna manera de que nos deshagamos del virus, o lo que sea eso?

Dalmiro bajó la cabeza, reflexivo, y se pasó la mano por la coronilla, tupida y canosa como el resto de la cabellera.

—Me temo que no —repuso, sombrío—. Tiene pinta de que esos tipos saben lo que hacen.

—¿Y si me cambio el chip por otro? Todo el mundo se lo actualiza cada cierto tiempo, lo cambian por dispositivos más modernos, más potentes.

—Sí —convino el doctor Blas—, pero como te advirtió ese sinvergüenza del consejero: al apagarlo para proceder a la sustitución, el *software* maligno detectará la secuencia de apagado y activará el procedimiento para dañar tu cerebro.

—Ya sé lo que me dijo pero, joder, tú eres médico —replicó David, perdiendo la paciencia—. ¿No se puede quitar directamente el chip, a lo bruto por así decirlo, sacarlo y punto, sin apagarlo antes? Aunque sea en un taller clandestino, yo qué sé —propuso David.

El doctor volvió a negar sacudiendo la cabeza.

—Si se extrae sin seguir el proceso de desconexión ordenada se pueden quedar dañadas funciones cerebrales de forma irreversible. El DIM no es un ordenador o un teléfono como los de tu época, David. Interactúa con nervios y grupos neuronales muy sensibles.

—Pero tiene que haber una forma de ir contra esos mafiosos sin que ejecuten su venganza...

—Lo siento, David, pero no veo cómo.

—¿Y si me clonases el identificador otra vez? Así, de denunciarles, no me podrían hacer llegar la señal de activación, porque tendría el identificador de otra persona —sugirió, a la desesperada.

—Sería igual que si escaparas a una reserva o a una zona sin

cobertura. Si te ponemos un identificador diferente, el *software* que te han metido no será capaz de conectarse a la red, porque está programado para hacerlo con tu identificador original. Por tanto se activaría él solo, una vez excedido el tiempo máximo de dos días en desconexión.

David suspiró, resignado. Pensaba en Fedora, no le gustaría la conclusión de la nada fructífera conversación con el doctor. Y ahora había que sumar otro punto de preocupación: ¿guardaría el secreto su amigo, sabiendo que había gente que sufría y que nada cambiaría si él se lo callaba?

David le clavó la mirada y la mantuvo durante unos segundos.

—Ahora que lo sabes todo, me doy cuenta de que no te puedo pedir que guardes silencio. Si tu conciencia te pide denunciarlo, estás en tu derecho.

Dalmiro negó con rotundidad.

—Te lo he prometido antes, no lo haré. Lo que me has contado no me ayudará a dormir mejor, pero no podría hacerte eso, dejar que a ti y a tu amiga os fríen el cerebro...

David se emocionó y bajó la cabeza.

—Gracias —acertó a decir.

Dalmiro alargó el brazo y le palmeó el hombro, dándole ánimo.

—De todas formas —añadió David, con voz tenue—, no creo que se vaya a quedar la situación así por mucho tiempo.

—¿Cómo? Ya sabéis que no podéis hacer nada.

David levantó la mirada.

—Estoy preocupado por Fedora. Sospecho que planea algo, que se le ha metido alguna locura en la cabeza.

El doctor Blas alzó la vista al cielo.

—Pensaba que el cambio había sido para mejor, David, después de tu insensata aventura con la niña mimada del director... —gruñó como si fuera su padre.

No sonreía, pero David le conocía y sabía que bromeaba, trataba de distender el ambiente. Además, ya le había hablado de Fedora, poniéndola por las nubes, asegurando que la naturaleza de la relación no tenía nada que ver con la de Lara.

—Es muy impulsiva, cuando se le ocurre algo... —se lamentó David, con la mirada perdida en la transitada calle que flanqueaba la plazoleta, bajando hacia la Castellana—. Y creo que busca venganza: me

preguntó dónde vive el matón de Peralta y en qué trabaja. Sabe que tengo esa información, por las trazas de posicionamiento.

—¿Y?

—He tenido que dárselo.

El doctor ahogó una blasfemia. Se echó hacia atrás contra el respaldo y se tapó la cara con ambas manos.

—Si ella quisiera lo cogería por su cuenta —se excusó David—, tiene acceso a mis datos en el chip, nos compartimos fotos, vídeos...

—¿Y qué va a hacer? —preguntó Dalmiro, elevando el tono—. ¿Apuñalarlo en una esquina por la espalda? Aunque sea de una reserva, espero que no sea tan ingenua; si lo mata saltará la alarma de desconexión, verán lo que ha pasado y en pocos minutos estará detenida y sentenciada a un cerco de por vida...

—Ya, no lo sé. Si le pregunto cambia de tema. Pero es lista, confío en que no haga una locura así... —David se encogió de hombros—. Puede que trame seguirlo en una de sus escapadas a una reserva, para allí...

—Aun así terminarían pillándola —le interrumpió, tajante—. Con que un amigo, compañero, o familiar de ese criminal denuncie su desaparición, se descubriría quién le ha andado siguiendo por el terreno controlado, quién lo ha planeado todo.

David asintió, cabizbajo.

—Y además, es absurdo —insistió el médico—, ¿qué iba a conseguir con ese desquite personal? El consejero y esos científicos fanáticos continuarían con sus abominables experimentos, ya encontrarían a otro matón. Tienes que quitarle eso de la cabeza.

—Es que estoy desesperado, Dalmiro. Ya no sé qué hacer para animarla, para que se olvide de toda esta mierda. Parecía que se había recuperado, pero lo de Fidel y, sobre todo, el ver de nuevo a ese hijo de puta, cara a cara, ha sido demasiado para ella. No ha vuelto a ser la misma. Sus sonrisas son forzadas, las finge para tranquilizarme...

El doctor no dijo nada durante unos instantes. Se había quedado abstraído, no escuchaba sus lamentos sentimentales.

—Un momento —le interrumpió—, dame un par de días que lo estudie con calma. Puede que una cosa funcione.

32.

Fedora dejó el coche público anclado en el punto de recarga e inició el recorrido a pie de las cuatro o cinco manzanas que la separaban del gimnasio. Caminaba con la misma sensación de vacío en el estómago que la tarde anterior, cuando se había acercado al local por primera vez, de forma infructuosa para sus propósitos. Si hoy tampoco le encontraba, regresaría al día siguiente; era cuestión de paciencia.

Divisó al fondo de la calle la fachada transparente del gimnasio, ubicado en un amplio local comercial, en los bajos del edificio. Desde la acera se veía la sala de musculación, plagada de hombretones fornidos levantando mancuernas o ejercitándose en las máquinas. Ralentizó su paso y escrutó el interior con disimulo. Sin éxito, no parecía estar, a simple vista.

Los marcos de las puertas acristaladas y el letrero luminoso colgado sobre el dintel necesitaban una renovación urgente, pensó, así como muchas de las máquinas del interior, que evidenciaban el paso de los años.

Por las trazas de posicionamiento que consiguió David en el Centro de Seguridad había sido fácil deducir que el indeseable entrenaba allí, o que incluso trabajaba en ese gimnasio. Sin embargo, por los horarios no se infería una rutina clara, podía pasarse tanto por la mañana como por la tarde. Tampoco habría resultado muy complicado averiguar su domicilio, pero para las intenciones de Fedora no era conveniente presentarse en su casa, resultaría demasiado peligroso.

—¿Qué tal las agujetas? —le preguntó la recepcionista, sentada tras un desconchado escritorio en el *hall*.

Parecía aburrida, con ganas de charla de nuevo. El día anterior Fedora se inscribió en el gimnasio, y apenas había terminado de configurar la transferencia mensual en la aplicación bancaria del chip cuando la joven ya la estaba bombardeando a preguntas, ávida de conversación. Tardó un rato en soltarla y dejarla adentrarse hacia el vestuario. Por fortuna, se dijo Fedora, aún quedaba gente poco amiga de los chats y relaciones sociales *online*, con más apego al trato personal.

—Bien, solo un poco en las piernas.

—Deberías cambiar de ejercicio, me ha dicho Félix que te pasaste toda la tarde en la bici.

—Es verdad —admitió, incómoda.

El bienintencionado monitor, al percatarse de que Fedora era nueva, había insistido en que realizara un circuito ligero por la sala, para conocer las máquinas y ejercitar todos los músculos. Pero Fedora le había dado largas: se había hecho con un buen sitio para comprobar quién entraba y salía, sin ser vista; y además, atenazada por los nervios, no tenía cuerpo para ningún plan de entrenamiento ni para atender las directrices del monitor.

Sin dar más explicaciones Fedora le dedicó una sonrisa y se metió en el vestuario, dejando a la chica con ganas frustradas de conversación. No estaba mucho más relajada que el día previo, pero al menos el conocimiento del lugar le brindaba cierta confianza. Se enfundó la ropa de deporte y dejó la mochila en la taquilla. Atravesó con cautela los pasillos, repartiendo ojeadas a las salas aeróbicas interiores por si el esbirro de Peralta estuviera por allí, pero no lo vio. Una vez en la gran área de musculación enfiló hacia su bicicleta, la última de la hilera y que quedaba en ángulo muerto respecto de la entrada. Con seguridad ese individuo frecuentaría esa sala, pensaba, y desde allí lo vería entrar sin que él la advirtiera.

Al igual que la tarde anterior, cada vez que escuchaba la puerta abrirse le daba un pálpito el corazón. No sabía cómo reaccionaría, si aunaría el coraje suficiente para seguir el plan o si agacharía la cabeza y se escabulliría, acobardada.

Comenzaba a desesperarse. Llevaba desde las seis y eran ya más de las siete. Se hallaba cansada de pedalear, a pesar de su buena forma física, acostumbrada a largos paseos que daba por gusto y a extensos y minuciosos recorridos para examinar los sembrados de los clientes. Esperó quieta sobre la bicicleta, pedaleando ya solo cuando asomaba el monitor del gimnasio.

Era incómodo sentir las miradas curiosas y lascivas de algunos. Los había jóvenes y musculosos que se mataban a entrenar, profiriendo gritos de esfuerzo, y otros señores barrigudos que más bien se dedicaban a dejar pasar el tiempo, charlando con los amiguetes. Unos y otros comentaban por lo bajo y le dedicaban vistazos mal disimulados de cuando en cuando, antes de sonreírse con complicidad. Fedora se sabía

codiciada: era carne nueva en el gimnasio, una desconocida en el barrio, y además vestía a propósito ropa ajustada que dejaba su liso vientre al aire; razones más que suficientes para atraer la atención de esos tristes personajes y alimentar su ego de masculinidad.

—¿Estás segura de que no quieres cambiar de ejercicio? — volvió a insistir Félix—. Si te va el entrenamiento aeróbico también puedes hacer *spinning*.

—No, muchas gracias —respondió Fedora, reanudando el pedaleo—. A mí lo que me gusta es montar en bici. Ahora que empieza a hacer frío y se hace pronto de noche, no me queda más remedio que hacerlo aquí dentro.

El joven le hizo un gesto amistoso con el pulgar hacia arriba y se retiró. Era un poco pesado, pero le parecía simpático y atento. Lo supuso homosexual, pues en ningún momento había desviado la mirada hacia su ceñido *top*.

Suspiró, hastiada, planteándose irse a casa. Tal vez ahora el matón solo acudía por las mañanas, especulaba, o puede que se hubiera cambiado de gimnasio... Al fin y al cabo los datos de posicionamiento que obtuvo David eran ya antiguos, habían pasado meses. Podría incluso haberse mudado a otro barrio más pudiente. Si al menos supiera su nombre trataría de sondear a la recepcionista con discreción, pensaba, contrariada.

La puerta vaivén de doble hoja se abrió de nuevo. Por instinto bajó la cabeza, fingiendo estudiar la cadencia del pedaleo, aunque era improbable que reparara nadie en ella, dada su esquinada posición. Levantó la mirada, ya con la seguridad de haber quedado a la espalda de quien hubiera entrado.

Fedora se sintió recorrida por un escalofrío. Un hombre se alejaba con paso resuelto hacia el fondo de la sala, donde se disponían las bancadas y espalderas. Por su vigorosa planta, estatura media y el pelo corto podía tratarse de él. Llevaba además un chándal del gimnasio, como el de Félix.

El individuo se detuvo a saludar a dos chicos que se ayudaban a hacer dominadas por turnos. Se giró, mostrándose de perfil, mientras estrechaba la mano de uno de ellos.

Fedora se quedó de piedra: era él, sin duda, el mismo miserable.

Sus latidos se desbocaron y fue presa de los nervios. Se obligó a

tener paciencia y conservar la calma. Debía esperar el momento más oportuno. Se arrancó a pedalear con fuerza: un rostro sudoroso y la respiración entrecortada darían credibilidad a su papel.

No dejó de observarle, con disimulo, desde su posición privilegiada.

Se había despojado de la chaqueta del chándal. Lucía una camiseta de algodón de tirantes, descolorida y holgada por el uso. Calentaba con gestos llamativos y ostentosos, complacido de las miradas envidiosas que le dedicaban otros jóvenes novatos o menos musculados. Seleccionó de un estante los discos de hierro del peso adecuado y se sentó en un banco. Iba a iniciar el entrenamiento personal, infirió Fedora; o bien ya no trabajaba allí, o aún no era su turno. Levantó con la cara desencajada una de las pesadas mancuernas, con un brazo, efectuó varias repeticiones y se la pasó a la otra mano.

Era el momento de actuar. Con el estómago encogido se levantó de la bicicleta estática y recorrió el pasillo en su dirección, con andar distraído. Se alborotó el pelo, con ayuda de uno los múltiples espejos que forraban las columnas de la diáfana estancia, para que le tapara parte de la cara. Sin mirarle, se aproximó a una de las máquinas de musculación, situadas dentro del ángulo de visión del hombre, al otro lado del pasillo. Se sentó dándole la espalda.

Con torpeza dedujo cómo funcionaba el mecanismo e inició una serie de repeticiones con escaso peso. Consistía en bajar con los brazos, sentada, una barra horizontal que colgaba de una polea. En ningún momento Fedora se volvió para mirar en su dirección, no quería que él la reconociera demasiado pronto; pero suponía que ya se habría fijado en ella, atraído por la novedad de sus curvas, y más en un área del gimnasio mayoritariamente masculina. Era importante que iniciara él el contacto, de otro modo podría sospechar.

El cansancio le ayudaba a sobrellevar los nervios. Pasó a la máquina de al lado, donde permanecía de espaldas a él, pero esta vez de pie y algo más cerca. Tenía que llevar la pierna hacia atrás, empujando un rodillo a la altura del gemelo, para ejercitar, según el esquema, el glúteo y el femoral. Las mallas *legging* tan sugerentes que había comprado para la ocasión cumplirían el papel: él era un cerdo perturbado, lo sabía por propia experiencia, y eso se convertiría en su debilidad.

Durante la segunda tanda, le buscó con la mirada a través del

espejo. Había dejado de escuchar el ruido metálico producido por las pesas al dejarlas en el suelo, ¿se habría ido? No, lo encontró, como esperaba, hipnotizado, con los ojos clavados en su trasero.

Se sentía sucia, pero había que continuar con las malas artes seductoras. Rodeó la máquina, tapándose la cara fingiendo que se secaba el sudor con la mano. Caminó sensualmente, con los hombros levantados y sacando pecho, sabedora de la esbelta figura que marcaba su ropa deportiva. Se agachó despacio para ajustar el peso y reanudó el ejercicio.

Tardó más de lo que esperaba, pero por fin escuchó, por su espalda:

—¿Puedo ayudarte? —Era su voz. Trataba de sonar cálido y servicial, pero parecía nervioso. No atesoraba la soberbia y engreimiento del último encuentro.

Fedora se volvió. De frente y con los robustos hombros y brazos desnudos resultaba aún más imponente. Iba afeitado y llevaba el pelo rapado por detrás y los laterales, con solo dos o tres dedos de longitud por el resto. Le rodaban ya algunas gotas de sudor por la frente.

Fingió darse un susto, sorprendida, pero la sorpresa se la llevó él. La boca se le descolgó de la mandíbula y levantó las cejas al mismo tiempo. Se quedó paralizado. A continuación apretó los dientes, en guardia.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, con el ceño fruncido. Sus ojos brillaban perspicaces, intimidando con una mirada directa y escrutadora. Su vigoroso pecho todavía se agitaba con un ritmo rápido por el esfuerzo.

Fedora se había llevado la mano a la boca. Debía aparentar, tras el sobresalto inicial, ser presa del pánico.

—¿Por qué me sigues? —preguntó alarmada, alzando el tono—. ¿Qué quieres de mí? No vamos a decir nada, dejadnos en paz.

Algunas caras se volvieron hacia ellos. Él sacudió la cabeza mirando en todas direcciones, incómodo.

—¿Qué dices? Nadie te está siguiendo. Yo vengo aquí casi desde niño. —Estaba extrañado, pero había bajado la voz.

Por detrás apareció Félix casualmente, ajeno a la discusión. Fedora no contaba con eso.

—Ah, Lucca, ya estás por aquí. Fedora se apuntó ayer. —Le dio un codazo acompañado de una sonrisa picarona—. No intentes

convencerla para que asista a tus clases de lucha, solo le va la bicicleta...

El llamado Lucca se agitó, embarazado ante la irrupción de su compañero.

—Yo... ya me iba —dijo Fedora, entrecortando una voz angustiada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Félix.

Lucca, molesto, le mostró la palma de la mano en un ademán autoritario, y el simpático monitor, más joven y con menos galones en el gimnasio, se alejó acobardado.

—Escucha, no quiero más problemas —dijo Fedora, mientras recogía atropelladamente su botella de agua y la toalla que había dejado en la máquina contigua—. Este gimnasio me pillaba cerca del nuevo trabajo, pero ya buscaré otro, está claro que me he equivocado de sitio.

Le fulminó con una mirada llena de resentimiento y pasó ante él, airada, como si hubiera aunado suficiente arrojo para recobrase del encontronazo. Él se quedó perplejo, como una estatua.

Mientras se alejaba por el pasillo, percibió de reojo cómo la observaba por detrás, y confirió un toque de garbo femenino a sus andares.

Él no tardó en ir tras ella. Ya fuera, en una antesala donde había una dispensadora de agua embotellada, estantes con pilas de toallas y la puerta de acceso a la sauna, la alcanzó y la cogió del brazo.

—Perdona, no quería asustarse —dijo en tono bajo, mirando a la puerta que se balanceaba adelante y detrás, a su espalda, por si alguien le oía. Quedaba poca gente entrenando en el interior—. Puedes quedarte, no te molestaré.

—No, no quiero volver a verte. —Fedora no quiso sonar muy rotunda.

En lugar de enfilear el pasillo hacia el vestuario de inmediato, se demoró unos segundos para contemplar sus robustos bíceps, hinchados por el entrenamiento, y el nacimiento de sus pectorales. Mantuvo la boca semiabierta, de forma que él se apercibiera.

Lucca, sintiéndose codiciado, se puso nervioso. No sabía qué decir.

—Hagamos como si no nos conociéramos... —propuso, balbuceando—. Me he dado cuenta de que hacías mal uno de los

ejercicios, ¿me dejas que te lo explique? Podías haberte lesionado.

Fedora ladeó la cabeza, pero al final asintió sin denotar demasiado convencimiento.

Pasaron un rato en las máquinas. Lucca no dejaba de hablar sobre los movimientos, las flexiones y extensiones, señalando los músculos trabajados en cada ejercicio. Se expresaba de forma aturullada, torpe, adquiriendo un rol de instructor que le haría sentirse más confiado, imaginó ella. Pronto le quedó claro a Fedora que lo suyo no era conquistar a las mujeres sin usar la fuerza; el criminal debía de comportarse como un inadaptado en sociedad, apostaba a que era una persona individualista e implacable, sin reparos a la hora de hacer daño a los demás para conseguir sus propósitos.

Ella le siguió el juego. Al principio solo le contestaba con monosílabos y se tomó su tiempo hasta que comenzó a dedicarle alguna fría sonrisa. Mientras él le explicaba los ejercicios, Fedora le dedicaba miradas estudiadas hacia su tórax, lo que agudizaba su desasosiego.

Pasaron a una máquina diferente en la que Fedora ejecutaba los movimientos de forma incorrecta, para provocar que él la corrigiera, dejando que le colocara la espalda o las piernas con sus fuertes manos. Lucca pronto venció su timidez y pasó a aprovecharse. Fedora soportó con resignación la repugnante sensación de ser manoseada y las miradas desvergonzadas hacia su *top*, en especial durante las posturas más comprometidas.

—Doy clase de *jiu-jitsu* a las ocho —se lamentó él, con los brazos en jarra, porque había llegado el momento de despedirse.

—¿De qué?

—Es un arte marcial japonés, ¿quieres pasar a ver un combate?

Fedora se levantó de la máquina y se puso frente a él.

—Estoy un poco cansada, necesito una ducha larga —dijo con voz melosa. Se acercó y le pasó una mano por el brazo, con lentitud, desde el hombro desnudo hasta la muñeca, palpando con fervor cada músculo—. Me da un poco de vergüenza reconocerlo —admitió, pegada a él y mirando al suelo con timidez, posando su otra mano sobre su pecho—. Pero a mí tampoco me gusta que me dejen a medias...

Notó cómo Lucca se ruborizaba y se volvía a ambos lados para vigilar que nadie les oyera. No era tan valiente ni tan gallito como cuando ejecutaba los encargos del consejero.

—Esto... tardo una hora —masculló, atacado—. Si quieres esperarme, podemos tomar algo en mi casa, vivo aquí al lado.

Ella asintió, complacida. Le guiñó el ojo y le brindó una evocadora sonrisa, y se encaminó hacia el vestuario, dejando que se recreara una vez más en sus afectados andares.

Se estremeció cuando la puerta de su piso se abrió. Le daba la impresión de estar metiéndose en la boca del lobo. Tuvo la tentación de dar media vuelta y echar a correr escaleras abajo, pero una vez llegado hasta allí estaba obligada a continuar.

Le había costado días tomar la difícil decisión. Lo que se proponía era arriesgado, sin duda, y aun saliendo bien existía la posibilidad de ser descubierta y terminar en la cárcel, lo cual significaría el truncamiento definitivo de su nueva vida colmada de ilusión y planes de futuro. Pero era eso o subsistir mortificada el resto de sus días, presa de los recuerdos y de la sed de venganza.

No podía hacer nada contra el ambicioso consejero Peralta ni su actividad criminal; eran poderosos e inalcanzables. Pero sí podía liberar su frustración contra ese tipo insignificante que le abría la puerta con un aire endiosado, al que acababa de seducir. Su voz y su cara las tenía todavía grabadas a fuego, junto con los movimientos erráticos de Fidel o las lágrimas de su hermana al escuchar la noticia. Necesitaba borrarlas de su memoria, taparlas poniendo por encima el sufrimiento de ese canalla.

Tragó saliva al recordar a David, llena de remordimientos. Durante la espera en el gimnasio le había llamado, asegurando que su segunda jornada en Tenerife había sido agotadora, pero que el trabajo en los campos y laboratorios había marchado bien. Le dolía haber tenido que urdir esa historia del proyecto de modernización de cultivos de piña, por el cual su empresa la habría destinado tres días en la isla. Había desactivado la función en su chip por la que compartían la localización, para que él no pudiera descubrir dónde estaba, aunque confiaba en que no se le ocurriera consultarlo.

Se sacudió la cabeza; no quería pensar en David. Si seguía haciéndolo el sentido común la debilitaría y terminaría abandonando.

—Como verás está todo un poco desordenado —se disculpó Lucca, recogiendo apresuradamente la ropa tirada en el sofá.

La casa olía raro y había trastos por todas partes, aunque no estaba demasiado sucia. Los muebles eran de diseño y de aspecto caro. Había todo tipo de artilugios electrónicos, de buena marca, aunque muchos, como uno de los robots de limpieza, acumulaban polvo en algún rincón. Las paredes contaban con paneles de visualización, que se iluminaron al dar la luz del salón. En lugar de mostrar paisajes o fotos familiares se cargaron imágenes de escudos, trofeos y celebraciones de su equipo de fútbol favorito, que cambiaban cada pocos segundos. Con su sueldo de sicario debía de poder concederse todos los caprichos, pensó Fedora. Era la típica casa de un joven solitario, adinerado y dejado.

—Ponte cómoda, enseguida vuelvo.

Lucca se internó por el pasillo hacia las habitaciones. Fedora aprovechó para entrar en la cocina y dejar en una banqueta su mochila, junto con su abrigo. Volvió al salón y se sentó, pero no tardó en removerse, inquieta. Se puso las manos sobre las rodillas, cogiéndoselas para que no se notara el tembleque de sus dedos. Ese momento de soledad estaba reavivando sus nervios. Puede que Lucca no fuera tan estúpido como había creído, que se hubiera olido algo y que le hubiera seguido el juego; hasta que allí, en su territorio, se tomara la revancha con sadismo, dando rienda suelta a sus más bajos instintos. Se conmovió solo de pensarlo.

Cuando Lucca regresó al salón Fedora se sobresaltó y disimuló soltándose el pañuelo. Después de la ducha en el gimnasio, se había puesto la ropa limpia que llevaba preparada en la mochila, para evitar reutilizar las prendas usadas del trabajo. Llevaba un coqueto vestido de cuadros por encima de la rodilla y cardigan y pañuelo a juego. Se había maquillado y perfumado sutilmente, aunque suponía que a ese cabestro poco le importaría la fachada.

Lucca se dejó caer en el sofá del salón junto a ella. Se había despojado del chándal y la camiseta sudada y se había puesto unos pantalones cortos y otra camiseta. Fedora sospechó que, superada la indecisión y titubeos iniciales, y lleno de ego y confianza, buscaba liberar su libido por la vía rápida.

No se equivocaba: sin mediar palabra posó la mano sobre su muslo. Acto seguido acercó la cara hacia su boca con brusquedad, como si fuera un paso superfluo pero obligatorio que quería quitarse de en medio cuanto antes.

Fedora no pudo evitar retirar la cara, asqueada.

—Pensaba que íbamos a tomar algo... —se excusó, arrepintiéndose de su hosquedad. Demudó su tono para sonar más receptiva—. Además, ¿no te vas a duchar? Con lo limpia que me he quedado yo, y tú seguro que estás pegajoso...

Él se apartó, contrariado.

—Mientras, puedo pedir algo para cenar —añadió Fedora, más cariñosa—. No me gusta hacerlo con hambre, ¿te gusta la comida china?

Lucca convino y marchó de nuevo, resignado, hacia el interior de la casa.

Tardó menos tiempo de lo que ella hubiera deseado en ducharse. Fedora le daba conversación en el sofá, deseando que llegara el pedido lo antes posible; no se le ocurrían más temas que sacar. Lucca ya ni siquiera parecía interesado en soltar sus monsergas sobre competiciones de lucha o tipos de deporte. Sabía que solo tenía que esperar para poseerla, y se limitaba a dar tragos de cerveza y a acariciar sus muslos como un baboso. Ella, incómoda, comprobaba cada minuto, en la aplicación del restaurante, si su pedido estaba en camino y en qué localización exacta se hallaba el mensajero.

—¡Ya está aquí! —exclamó aliviada, levantándose de un brinco, aunque aún le faltaban un par de manzanas—. No te muevas, ya cojo yo los platos y cubiertos, y más cerveza.

Lucca asintió con un murmullo.

La puerta de la cocina se hallaba junto al *hall*. Entró y preparó las cosas en una bandeja. Luego cogió su mochila de la banqueta y la dejó a mano, sobre la mesa. Por fin recibió un mensaje del restaurante para que abrieran la puerta: ya estaba en el descansillo. Nunca se acostumbraría a que no usaran el timbre, se dijo.

—¡Enseguida está! —gritó, mientras llevaba la bolsa de papel recién entregada a la cocina.

Sabía que tenía que actuar con rapidez. Miró con disimulo al salón, Lucca seguía sentado, con la mirada perdida, distraído en alguna aplicación *online* o viendo una emisión deportiva.

Dejó el pedido sobre la mesa y abrió los recipientes de aluminio, uno por uno, hasta encontrar el que contenía el de ternera con bambú y setas. Blasfemó, estaba lleno hasta arriba. Lo dejó abierto y sacó de su mochila la tartera con las mortales amanitas, ya cocinadas.

—¿Qué haces? Tengo hambre —la apremió él con una voz.

Ahora tenía que quitar parte del contenido del recipiente original, para que cupiera una cantidad suficiente de las setas venenosas. Se estaba poniendo nerviosa.

—Ya voy, es que están llenos de grasa, deja que los limpie para que no nos pringuemos al servirnos.

—Joder, sí que eres remilgada —protestó.

Tiró una pequeña parte a la basura y rellenoó el envase de aluminio con el contenido de su tartera. Estaba removiéndolo para que no notase la diferencia de temperatura, cuando escuchó el crujir del sofá.

Se había levantado.

Todavía tenía su tartera en la mesa, junto con la mochila también abierta. Confíoó en que fuera al baño a desaguar la cerveza; si se acercaba a la cocina...

Oyó que los pasos se aproximaban. Creyó que el corazón iba a saltar de su pecho. Con urgencia arrojó la tartera y la tapa a la mochila, sin tiempo para cerrarla. Iba a agarrar el asa de la mochila para bajarla a la banqueta, cuando él se asomó por la puerta, a su espalda.

—¿Qué haces? —preguntó, extrañado, mirando a la mochila, abierta sobre la mesa.

Fedora se volvió de un brinco.

—Me has asustado... —Sintió sus piernas flaquear. Tenía que decir algo—. Ya está todo preparado, coge la bandeja —ordenó, con toda la naturalidad que pudo. Cerró la cremallera de la mochila y la dejó junto al abrigo—. Me tocaba tomarme una pastilla antes de cenar, casi me olvido.

Él asintió y salió hacia el salón, olfateando ansioso los recipientes.

Fedora se tomó unos segundos para respirar hondo, antes de seguirlo.

No tenía nada de hambre, un nudo en el estómago le impedía tragar, pero se forzó a hacerlo.

—¡Uf!, ya estoy llena —dijo Fedora cuando no pudo fingir más, dejando el tenedor en el plato, sobre la mesa de centro, y acomodando la espalda en el mullido respaldo del sofá.

—Si no has probado ni la ternera —protestó, hablando con la boca llena.

—Me he llenado con el arroz y el pollo —se excusó.

A él no le pareció importarle y continuó devorando con fruición. Cuando se terminó el rollito de primavera y agarró la fuente de las setas venenosas a Fedora se le aceleró de nuevo el ritmo cardíaco, ¿notaría algo raro?

Se sirvió una generosa cantidad en su plato y se llevó el tenedor bien colmado a la boca. Ella le miraba de soslayo con atención disimulada. Pudo discernir al menos un trozo del hongo mortal asomando entre la salsa y las tiras color claro del bambú. Según se había informado, supuestamente la *amanita phalloides*, una vez cocinada, gozaba de un sabor agradable, pero por razones obvias nadie se atrevía a asegurarlo. Sí había comprobado días atrás, mientras las cortaba con guantes, antes de freírlas y congelarlas, que en crudo desprendía un apetitoso aroma a harina fresca. En cualquier caso podrían resultarle repugnantes, o el conjunto de la mezcla extraño; si las escupía..., tal vez ella se viese en una situación comprometida.

Lucca dejó de masticar de repente y levantó las cejas. Fedora desvió la mirada y contuvo la respiración.

—Vaya, esta carne está deliciosa. Han debido de cambiar la receta de la salsa, el bambú o yo qué sé. La pena es que se ha quedado un poco frío.

Siguió masticando al tiempo que cargaba de nuevo el tenedor.

Fedora exhaló el aire, aliviada. Apoyó la cabeza contra su hombro y contempló con atención los movimientos rítmicos de su mandíbula y las contracciones de su enorme cuello. Disfrutó, por primera vez, observándole.

Le siguió hasta el dormitorio, vacilante. Ahogaba las náuseas concentrándose en los siguientes pasos del plan. Había tenido de nuevo la tentación de salir corriendo, mientras reposaban la cena con una copa en la mano y el muy repugnante insistía en besarla y sobarla. Pero si huyera lo echaría todo a perder: el efecto de la toxina era lento, hasta las seis horas no comenzaría a sufrir los primeros vómitos y diarrea, de modo que Lucca tendría tiempo más que suficiente para sospechar, pedir ayuda o denunciarla. Las autoridades revisarían sus grabaciones y descubrirían todo con facilidad. Ella sería condenada y, lo peor de todo, Lucca se salvaría.

Lucca se desnudó y se tiró en la cama con una sonrisa triunfal, volviéndose para mirarla con ojos lascivos, expectante. No había vello en todo su cuerpo. Fedora, turbada, sugirió apagar la luz, pero él se negó; no podía hacer nada, Lucca controlaba mediante su chip el servidor de domótica de la casa. Resignada, dejó la fina chaqueta sobre la mesilla y se quitó el vestido. Cuando se quedó en ropa interior a Lucca se le abrió la boca, extasiado. Incómoda por su atención desvergonzada, hizo el amago de arrojarse sobre la cama al resguardo de las sábanas, pero él la detuvo con un ademán y la instó a seguir desnudándose.

Fedora cogió aire y tragó saliva. “Va a ser lo último que veas, hijo de puta”, pensó, mientras se desabrochaba el sujetador. A Lucca se le salían los ojos de las órbitas. Anhelante, dio una palmadita impaciente en el colchón y estiró los brazos hacia ella.

—No tan deprisa —repuso Fedora, en un tono lento y sensual—. Me gustaría palpar cada uno de tus músculos, ¿puedo darte un masaje?

Él arrugó la frente, remiso. Le pareció que se sentía a medio camino entre halagado por el cumplido y fastidiado por la nueva interrupción. Fedora no le dio tiempo para responder.

—Tengo aceite hidratante en la mochila del gimnasio, ahora vuelvo.

Desoyó su bufido y salió a por el frasco. Al regresar le hizo tumbarse bocabajo y ella se sentó a horcadas sobre sus nalgas desnudas. Se echó crema en la mano, dejando el bote a su lado, sobre la cama. La extendió con suavidad sobre sus hombros, brazos y dorso, concediéndose tiempo para afrontar el decisivo movimiento. Por fortuna, él parecía a gusto, no se impacientaba.

Manteniendo una mano deslizándose sobre su piel desenroscó con la otra el frasco de crema y lo volcó con sigilo sobre la sábana. Entre el líquido vertido emergió la chaira de su padre, un fino cuchillo puntiagudo y afilado que usaba para el despiece de la caza.

Lo asió con cuidado con la mano derecha. Era el momento crítico: debía actuar con precisión milimétrica. Había estudiado cómo efectuar la incisión en documentos de oftalmología, neurocirugía y biónica consultados por internet, y practicado decenas de veces en los últimos días con calabazas y melones de la cosecha familiar, así como con la cabeza de oveja muerta que le había conseguido el sorprendido carnicero de Jadraque.

Trasladó la mano izquierda a su nuca y comenzó a mesarle el cabello rapado. La desplazó lentamente hasta la parte posterior de la oreja, junto al chip, buscando con tacto la hendidura que identificara la base del hueso temporal del cráneo, como había leído.

—Ahí no hay ningún músculo —protestó él.

Agobiada, cogió aire y apretó los dientes, necesitaba concentrarse. Aproximó la cabeza, palpando con insistencia, tratando de distinguir el escalón bajo el pabellón auricular. Se dio cuenta del error que habría supuesto apagar la luz, y eso suponía que su plan podría tener otras muchas debilidades, pensó angustiada.

—Ya, perdona, es que he visto aquí un punto negro... —dijo nerviosa, rascando con la uña para disimular.

Ahí estaba. Solo unos milímetros por debajo debía de hallarse la rama de microconductores que conectaba una de las patas del chip con un segmento del nervio óptico: su objetivo. Una incisión en ese punto, profunda y con la inclinación apropiada, provocaría la disfunción del motor gráfico del chip, y en consecuencia una sensación de ceguera total.

—Venga joder, menos cremas y tonterías —insistió, impaciente.

Tenía que hacerlo ya, antes de que se agitara y dificultara la operación, o que se levantara y viera el cuchillo en su mano derecha, sudorosa por la tensión.

Luchando contra el tembleque de su pulso acercó el fino y cortante instrumento.

Con una rápida y precisa incisión lo introdujo bajo la oreja, entre el cráneo y el ángulo de la mandíbula, por donde penetró un par de centímetros, antes de sacarlo.

Lucca lanzó un grito desgarrador al tiempo que un fino chorro de sangre brotaba.

—¡Maldita zorra!

Se incorporó de un salto, lanzándola hacia atrás y haciéndola caer rodando al suelo, como si su peso en la espalda fuera insignificante. De rodillas en la cama, se llevó una mano a la nuca y otra a uno de los ojos, sin comprender.

—¡No veo nada! ¿Qué me has hecho?

Fedora, con el corazón a punto de salirse de su pecho, se levantó y salió con sigilo de la habitación. Lucca vociferaba como un energúmeno, insultándola puesto en pie sobre la cama. De un salto se tiró

al suelo y recorrió a tientas el cuarto, blandiendo los brazos amenazadoramente.

—¡Te mataré!

Ella le contempló desde una distancia prudencial, en el pasillo, consciente de que si no hacía ruido nunca la encontraría. Lo había logrado, se dijo satisfecha, en parte para infundirse tranquilidad y acallar su sonora respiración. Lucca no podía pedir ayuda, incapaz de operar con el chip: el nervio óptico era el encargado de mostrar, además de la visión natural, los menús, pantallas y botones del chip. Si le hubiera dejado ciego simplemente —con un spray o similar—, aunque no pudiese contemplar nada del exterior, sobre el fondo negro habría seguido percibiendo lo proyectado por el chip, dándole acceso a la aplicación de llamadas o emergencias. En cambio, inutilizando la conexión gráfica del dispositivo había matado dos pájaros de un tiro: ni visión exterior, ni acceso a los menús y funciones del chip.

Regresó silenciosa a la cocina y sacó de la mochila la pequeña inyección de *zoletil*, el anestésico que usaban en la granja de sus tíos para las cesáreas de cerdos y ovejas. Tenía que atarlo para que no saliera a la calle, que no pudiese pedir ayuda. Quería que muriese lenta y agónicamente en esa casa, envenenado de forma accidental. Escondida, esperaba en silencio a que cesara en sus coléricos golpes al aire y sus inútiles carreras por las habitaciones. Pronto los sustituiría por sollozos y lamentos, y entonces le inyectaría el somnífero por la espalda.

Al día siguiente Fedora salió de la oficina sobre las seis y se dirigió de vuelta al barrio de Lucca. La embargaba una cierta incertidumbre por lo que se encontraría, pero flotaba en un novedoso estado de relajación y sosiego: habían quedado atrás los nervios del día anterior, el repaso exhaustivo y repetitivo de la planificación, los repulsivos momentos junto a él... Solo sentía remordimientos por haber vuelto a mentir a David, en la llamada durante la comida. Había ingeniado los detalles de una nueva jornada de trabajo en las Canarias y le había descrito con imaginación la habitación del hotel, cuando en realidad había dormido en casa de su compañera Wilma, quien había aceptado alojarla sin exigir explicaciones.

Empujó la puerta, que había dejado encajada con un paño de cocina la noche anterior. Lucca yacía sobre el suelo, de costado en

posición fetal, con las manos ligadas por la espalda al anclaje del radiador. Tenía el cuerpo hinchado y amarillento. El aire del dormitorio hedía: había un charco de vómito alrededor de la cabeza, y el pantalón corto que ella misma le puso, una vez sedado, se veía teñido de excremento líquido.

Hizo un ruido con el tacón de la bota y Lucca reaccionó, levantando la cabeza con dificultad. Como suponía, seguía vivo: todavía convalecería varios días.

—¿Quién es? Ayúdame, por favor... —Bajó la cabeza, sin fuerzas para mantenerla erguida, incapaz de ver nada.

Fedora se agachó, haciendo caso omiso de sus palabras, y se puso manos a la obra. Aguantando las arcadas que le suscitaba el olor nauseabundo, le limpió y desinfectó la herida de la incisión situada tras la oreja y le aplicó un cicatrizante.

—Eres tú otra vez... Maldita seas —farfulló, con gestos de dolor cada vez que ella lo movía ligeramente.

Por último lo desató; sabía que ya no sería capaz de levantarse o arrastrarse. Recogió la cuerda y se sacudió las manos desnudas. Habría sido una tontería usar guantes: si por algún motivo se investigaba el caso estaría perdida, había grabaciones perfectamente esclarecedoras. Ella confiaba en camuflarlo como un desgraciado accidente.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué veneno me pinchaste? —preguntó con un hilillo de voz.

—Ah, no era más que anestesia —le dijo con indolencia, de rodillas ante él.

—Zorra mentirosa. Me muero por dentro... —Se agarraba el vientre con torpeza.

—No tiene nada que ver con la inyección. Lo que ahora sufres, el dolor abdominal y los sudores fríos, son culpa de unas setas, de mi propia cosecha, que eché en la cena.

—Maldita hija de puta —soltó con un susurro sordo lleno de ira. Cada vez que terminaba una frase su cara se crispaba de dolor, cerrando los ojos y enseñando los dientes—. No te bastaba con dejarme ciego... ¿Y por qué sigo vivo? ¿Por qué no me inyectaste algo para matarme?

Fedora rió, burlona.

—Habría sido más fácil, sí, pero no te mereces una muerte tan rápida. Pasarás unos cuantos días en los que recordarás, cada minuto,

cada segundo, el sufrimiento que has causado, las familias que destrozaste secuestrando a esos pobres inocentes. —Su tono se había encendido, engordando de cólera a cada palabra sin darse cuenta.

—¿Para qué has vuelto? No te saldrás con la tuya, esto no es una reserva de paletos como la tuya... —Se voz se apagó, fatigado. Gotas de sudor resbalaban por su frente—. En cuanto me muera, saltará la alarma en mi chip, enviará una notificación de emergencia. Verán quién ha hecho todo esto, estás acabada, te pudrirás en la cárcel.

Fedora tragó saliva, sabía que existía alguna posibilidad de que así fuera. Pero no le iba a dar el gusto de dejar traslucir sus temores.

—De eso nada, parecerá un caso evidente de intoxicación. En el salón están los restos de comida china y otro plato con las sobras de mis deliciosas setas aparte...

—Y una mierda —la interrumpió Lucca—, verán que no estaba solo.

—Claro, yo también he pasado la noche vomitando. —Esbozó una sonrisa sarcástica, lástima que él no la pudiera apreciar—. O al menos, eso es lo que he dicho en el médico esta mañana; puede que tenga gastroenteritis —se lamentó.

—En el gimnasio me vieron salir contigo. Me echarán en falta, tengo clases y verán que no contesto a sus mensajes, denunciarán mi desaparición.

—Acabo de pasarme por el gimnasio —replicó, soberbia—. La cotilla de la secretaria me ha preguntado qué tal nos fue. Le he dicho que me invitaste a cenar, que seguimos con las copas y que terminamos acostándonos. Creo que estaba un poco celosa... En fin, como se enrolla tanto, he dejado caer que algo me sentó mal, pero que ya estoy mejor; y le he dicho que he hablado contigo esta mañana y que estabas indispuerto, así que tardarán en preocuparse si no vuelves. Además, sales a menudo a las reservas —le recriminó—, no creo que sospechen porque no contestes a sus llamadas o mensajes.

Él se quedó callado, sin comprender o sin fuerzas para responder.

—Te diré lo que pasará —prosiguió ella, con tono despreocupado—. Tardarás varios días en morir, las toxinas están todavía destruyendo tu hígado. Padecerás delirios y convulsiones, hasta caer en coma por fallo hepático. Antes de que mueras, yo misma lo denunciaré, angustiada porque no sé nada de ti desde hace dos o tres días. Volveré a decir que a

mí me sentó mal algo de lo que tomamos y que temo que te haya pasado algo. Para entonces, cuando entren aquí a ver qué pasa, ya estarás muerto, o al menos inconsciente y con daños irreversibles. La herida junto al chip ya no se notará mucho, pasará inadvertida. La sangre de la cama no es significativa, también tendrás diarrea sanguinolenta. Supondrán que pasaste mala noche, te arrastraste hasta esta pared y perdiste el conocimiento. Un triste accidente, pero un caso tan evidente que no habrá necesidad de atender a tus grabaciones personales.

Calló para no revelar sus dudas; si no fuera así destaparían el asesinato sin remedio.

Lucca emitió un gemido lastimero. Fedora se levantó, satisfecha.

—El jefe se ocupará de vosotros —amenazó Lucca con un susurro quejumbroso, lleno de resentimiento.

Fedora se volvió y bajó la mirada hacia su patética estampa.

—Querido Lucca —dijo con paciencia—, no eres más que un peón en su tablero, te buscará un sustituto, otro despreciable malote barriobajero. El consejero será el primer interesado en que esto no pase de ser un desgraciado accidente, que nadie investigue nada; sabe bien lo que hay en tus registros en el Centro de Seguridad. Y por el mismo motivo, mientras él no se vea perdido, ni a mí ni a David nos hará nada.

Retrocedió por el pasillo con la cabeza erguida, complacida.

Seguramente, reflexionaba, David no reaccionaría con orgullo ni la felicitaría cuando se lo contara, no solo porque su moralidad y sentido de la responsabilidad desaprobaban su maquiavélica acción, sino porque ambos sabían que había sido tan arriesgada como intrascendente: los secuestros y experimentos continuarían. Pero sí se alegraría de verla de nuevo con la sonrisa en la boca, liberada de la sed de venganza que la asfixiaba por dentro.

Echó una última ojeada para comprobar que no olvidaba nada. Salió y cerró la puerta con normalidad, ya no tendría necesidad de volver.

Bajó los peldaños de las escaleras de dos en dos, embriagada por el triunfo. Poco antes de llegar al rellano de la planta baja, se apartó para dejar pasar a una chica joven y coqueta que subía con expresión airada. Por algún motivo su rostro le sonó familiar, pero no supo decir por qué.

El aporreo incesante de la puerta le despertó de su

aletargamiento. Intuyó que debían de haber estado llamando un buen rato. Lucca levantó con esfuerzo la cabeza del suelo, creyendo percibir los gritos de una voz lejana.

—¡Abre la puerta, sé que estás ahí! —escuchó vagamente entre los reiterados golpes. Se trataba de una voz femenina; pensó que sería de nuevo la maldita lunática, ¿se habría arrepentido y vendría a matarlo, a terminar con el largo sufrimiento que le aguardaba?

No tenía fuerzas para contestar, había derrochado demasiadas en la conversación con esa...

—¡Ayer me ibas a llamar, lo prometiste!

Lucca contuvo la respiración: era Lara. Sonaba con una mezcla de cólera y sofoco.

—Llevo todo el día intentando contactar contigo, pero a mí no me engañas, sé que estás ahí, me sales en el mapa, te tengo justo delante. ¡No te hagas el sordo!

No podía abrir la puerta, sin acceso a la aplicación de domótica del chip. Necesitaba hacerse oír, que ella pidiera ayuda; quizás aún podría salvarse, si el veneno no había causado un mal definitivo.

Abrió la boca pero no pudo formular palabra alguna. La lengua y la garganta se encontraban resacas, estaba siendo víctima de una fulminante deshidratación. Se reprochó haber malgastado la labia con esa rata vengativa. Apoyó la cabeza contra el suelo y trató con prisa de reunir un poco de saliva. Lara no tardaría en irse. La fogosa chiquilla se había encaprichado con él, desde los primeros días en verano. Ahora se sentía desairada, suponía, y su paciencia estaría a punto de agotarse: haber olvidado llamarla no era el primer feo que le hacía.

—¡Lara! —acertó a decir con un hilillo de voz rasgada. Demasiado flojo para que el sonido recorriera toda la casa y fuese perceptible en el descansillo.

Probó de nuevo, sin éxito. Desalentado, entendió que su única esperanza era que algún vecino la oyera, y aun así cuestionaba que sirviera de mucho. Apenas hablaba con ellos, no creía que nadie se fuera a involucrar en nada relacionado con él.

—¡Espero que no lloves todo el día viciado a uno de tus juegos de lucha...!

Lara ya solo gritaba con voz entristecida, habían cesado los golpes. Era su última oportunidad, se dijo, tenía que incorporarse y

vocear con la cara girada en su dirección. El más mínimo movimiento le causaba agudos pinchazos, aquello sería insufrible; sentía pánico ante la idea, pero había que intentarlo.

Contó hasta tres, flexionó los abdominales y gritó con todas sus fuerzas lo primero que le vino a la mente:

—¡Agua!

Una inmensa oleada de dolor subió desde sus entrañas. Volvió a recostarse, derrengado, sin fuerzas siquiera para amortiguar el golpe de la cabeza contra el suelo. Se abandonó y cerró los ojos, satisfecho consigo mismo, casi indiferente ante el resultado. Ya en estado de semiinconsciencia una voz respondió, acompañada de un acelerado aporreo:

—¡Lucca!

33.

David no reprimió un bostezo, sentado en soledad en su pequeño despacho de la Consejería de Interior. Preparaba el temario del curso que iba a impartir en institutos de una de las más importantes reservas. Se le había encomendado ensalzar las ventajas y utilidades del uso del chip, haciendo especial hincapié en los juegos virtuales, redes sociales y otras aplicaciones que él considerara atractivas para adolescentes, con el objeto de que, una vez alcanzada la edad legal, los jóvenes se acogieran al plan social de implantación gratuito.

Quería concluir cuanto antes para dedicar el tiempo de la jornada a sus estudios de postgrado universitario, cuyo último curso se presentaba con nuevas asignaturas de electrónica aplicada y nanopartículas realmente exigentes.

Se levantó del sillón de cuero, era la hora del café del mediodía. Una vez más se rascó el bolsillo del pantalón de pinzas, como si la máquina funcionase con monedas, lo que le hizo suspirar y mirar al techo, sin dar crédito a su despiste. Abrió la puerta del despacho al tiempo que iba accediendo a la aplicación de la máquina.

—¿En qué estás pensando!

Sobresaltado, minimizó la ventana y recuperó la visión del exterior. Frente a él se encontró a Fedora, con el rostro iluminado por una enorme sonrisa. Se dirigía a su despacho y a punto habían estado de darse de morros.

—¿Fedora! Qué susto me has dado... Perdona, estaba en mis asuntos.

Antes de que concluyera ella se había lanzado a su cuello para besuquearle con efusión.

—¿No volvías esta noche? ¿Te han cambiado el vuelo? —preguntó David. Miró a ambos lados del pasillo, incómodo, y la hizo acompañarle de vuelta al despacho.

—Es que no podía esperar otro día entero para verte —dijo con tono burlón.

Estaba espléndida, sus grandes ojos brillaban como hacía semanas. Sin embargo, apreció que no se le había pegado el moreno del

intenso sol de las islas.

La invitó a sentarse en uno de los sofás. Feliz por la sorpresa recibida, puso a calentar agua para el té que siempre tomaba ella cuando se dejaba caer para visitarle.

Estaba muy callada, se dijo. Le pareció extraño porque seguro que tenía una larga lista de cosas que contarle, ya que a ninguno de los dos les agradaba explayarse demasiado en las comunicaciones de audio por el chip. Le pasó la taza y ella la agarró cabizbaja y con manos temblorosas, como si de repente algún pensamiento hubiera desmoronado su radiante estado de ánimo.

—David, hay algo que debo decirte —dijo con voz trémula, evitando su mirada—. No he estado de viaje, te he mentado. Eso es lo que más me duele de lo que he hecho.

Media hora después, David salió a por su café, aturdido. De permanecer en el interior no habría podido refrenar un arrebatado de cólera. Necesitaba unos segundos sin escucharla para calibrar la gravedad y sopesar las consecuencias de sus actos. Sus excusas, razonamientos y disculpas entre sollozos no le permitían pensar con claridad. Se notaba resentido e iracundo, con ganas de estrujar el vaso.

Casi la había vaciado cuando alcanzó una conclusión: su rabia no procedía de haber descubierto que su pareja era una asesina en potencia, de saber que en esos mismos momentos alguien agonizaba sin remedio como consecuencia de su retorcido plan. No, más bien le molestaba que ella le hubiera engañado, que lo hubiera tramado todo a sus espaldas.

Consciente de la superficialidad de sus sentimientos, de que se trataba casi de una pataleta infantil, se obligó a enfocarlo con la dimensión que merecía.

Regreso con andar vacilante. No podía aprobar lo que había hecho, no solo moralmente sino por la irresponsabilidad que suponía, el riesgo que había corrido... Y al que todavía estaba expuesta, pues parecía demasiado confiada en que la justicia creyera su montaje, así como en que no hubiera represalias por parte del consejero.

—No espero que me des tu aprobación —replicó ella a la defensiva, cuando David compartió su opinión—. Ya sé que la venganza no nos lleva a ningún sitio, que ellos seguirán secuestrando a esa pobre gente; pero lo necesitaba, era algo personal.

—¿Pero no te das cuenta de las consecuencias que habría tenido

que algo saliera mal? ¡Meterte en la casa de ese criminal! —le reprochó. Ella permanecía sentada y él deambulaba alrededor de la mesa, gesticulando airado—. ¿Y si pasaste algo por alto y te investigan? No sé cómo puedes estar tan confiada.

Fedora se puso en pie de un brinco y le encaró.

—También lo he hecho por nosotros, porque no soportaba verte triste por mi culpa, ¿es que no lo entiendes? —adujo Fedora, alterada, con los ojos humedecidos—. Dices que he podido arruinar mi vida, pero creo que la he salvado, ¿sabes? Y he salvado lo nuestro, ahora podré volver a ser quien era.

David se ablandó, comprendiendo de golpe. Se sintió egoísta, dándose cuenta de que los celos por lo que hubiera hecho ella para seducir al hombre de Peralta avivaban su ira y enturbiaban su juicio.

El cretino se merecía esa condena, ese sufrimiento y mucho más. El plan de Fedora había sido sublime: se había aprovechado de las aclamadas excelencias del sistema, la garantía de que no se violaba la intimidad de las personas, no se consultaban los registros sin una causa justificada, sin una denuncia de por medio. Partiendo de esa base había simulado lo que con seguridad pasaría por un fatal accidente doméstico. Quizá su cruel venganza no sirviera de nada contra la mafia del consejero, pero ella había hecho algo, en lugar de mantenerse de brazos cruzados como él, dejándolo correr. Alababa su valor.

—Perdona, no soy nadie para echarte la bronca. Has sido muy valiente. —La envolvió con el brazo y ella se aferró a él con fuerza. Dejó que derramara sus lágrimas sobre su mejor camisa, y se alegró de que ella no viera sus propios ojos enrojecidos.

Se hallaban más distendidos. Habían salido a dar un paseo con la idea de ir haciendo apetito para comer juntos. El día era plomizo, hacía fresco y el viento removía las primeras hojas caídas de los olmos formando remolinos sobre las aceras.

—Joder, por eso no me compartías fotos de las playas, por más que te las pedía —gruñó David, bromeando.

—Cada vez que hablábamos era un suplicio —reconoció Fedora—, aparte de tener que soltarte excusas y mentiras, me sentía fatal. Pero tú nunca me habrías dejado hacer lo que hice...

—Sí, sí, te entiendo —la cortó David, comprensivo—. No quiero

más explicaciones. Tampoco me hacen falta más detalles de cómo lo engatusaste para que te invitara a cenar, etcétera... —endosó el ataque con una sonrisa ladeada, haciéndose la víctima al mismo tiempo. Suponía que ella, por sensibilidad, había omitido las partes más escabrosas de la historia.

—Muy gracioso.

Recordó que necesitaba comentarle algo con urgencia, y que con el impacto de los últimos acontecimientos lo había pasado por alto.

—De todas formas, parece que hay una posibilidad de mandar al consejero y a los demás a la cárcel, a todos los implicados —remarcó—: los otros matones que tenga, los científicos fanáticos encargados de custodiar y disfrazar a los raptados como voluntarios, la cohorte de gobernadores corruptos...

Ella se detuvo y le clavó la mirada, expectante. El viento despeinaba su voluminosa melena castaña, cubriendo su cara a intervalos. Aun así, su hermosura no se veía ensombrecida por el cielo encapotado o el paisaje grisáceo que conformaban los altos edificios a ambos lados de la avenida.

—¿Te ha contestado el médico? —inquirió.

—Sí, por fin. Pero es algo delicado, quería esperar a que volvieras del viaje para contártelo en persona. —No perdió la oportunidad de hacer sonar la palabra “viaje” con cierto retintín. Ella lo pasó por alto, ansiosa por saber de qué se trataba.

David necesitaba buscar las palabras adecuadas, presentárselo con tacto para que no se enrocara en una rotunda negativa de la que sería difícil sacarla. La llevó del brazo, desoyendo sus quejidos de impaciencia, hasta un restaurante de menú del día que conocían de otras ocasiones.

La teoría del doctor se sustentaba en su dilatada experiencia en los tratamientos de criopreservación. Era bien sabido que el chip, durante el proceso de enfriamiento extremo, quedaba inoperante para siempre —de ahí que a los renacidos en el hospital siempre había que proporcionarles un nuevo dispositivo—. Y el sistema nervioso quedaba paralizado, insensible, mucho antes que el chip; por lo cual las células no sufrían daño alguno por la abrupta desconexión del ingenio biónico.

—En otras palabras —había asegurado Dalmiro—, no es necesario desconectar el dispositivo como paso previo a la suspensión

de la vida. La criopreservación sería la única forma plausible de libraros del chip sin provocar que se active el *software* malicioso que os han instalado.

Ella escuchó en silencio la teoría del doctor en boca de David, concentrada y sin prestar apenas atención a la elección del menú.

—Denunciaremos a Peralta y su red de experimentación —exponía David desbordando elocuencia y determinación, apoyado en su poder de convicción—. Aparte de la relación cíclica de las desapariciones con las fechas y lugares, yo tengo cientos de pruebas incontestables, fotos y vídeos que tomé con mis propios ojos cuando Peralta me enseñó todo el tinglado, ya te las enseñé.

Fedora asintió con un gesto imperceptible. Era indiscutible que con la información que manejaban la justicia abriría una investigación, y a partir de las grabaciones personales de todos ellos caerían uno tras otro, hasta el gobernador y funcionarios corruptos de la más remota reserva, que aunque fueran ajenos a los experimentos posibilitaban los secuestros haciendo la vista gorda o manipulando los registros y censos locales.

—Después —prosiguió, con sensibilidad— nos someteremos ambos a la criogenización. Para cuando el consejero sea detenido, si opta por ejecutar su venganza contra nosotros no conseguirá nada, nuestros chips habrán dejado ya de funcionar, no recibirán ninguna señal de activación por la red ni ejecutarán ninguna orden dañina para nuestro cerebro, que además estará ya absolutamente insensible, congelado.

—Y... ¿cuándo nos reanimarán? ¿Días? ¿Semanas? —preguntó Fedora. Por el tono se olía que no iba a ser tan fácil, dedujo David.

—El mínimo tiempo que marca la ley son tres o cuatro décadas, creo recordar. No sé si es por motivos de salud o por seguridad, para hacerlo justificable...

Fedora abrió la boca y exhaló un suspiro.

David alargó el brazo sobre la mesa todavía vacía y le cogió una mano. Ella mantenía la frente arrugada, mirando ausente por la ventana.

—Entiendo que es una decisión difícil —dijo David.

—A ti te parece bien, supongo —repuso Fedora, seria.

—Solo si tú estás dispuesta, Fedi. Para mí es fácil, no tengo a nadie más que a ti. Pero tú tendrías que separarte de tu gente, de tu familia. A muchos puede que no los vuelvas a ver...

Ella guardó silencio unos minutos, con los ojos vidriosos y mordisqueándose el labio inferior. David la respetó, no queriendo presionarla.

El camarero apareció con los primeros platos. Los habían pedido en la web del establecimiento en cuanto se hubieron sentado, indicando el número de mesa.

—Tendré que pensarlo —dijo por fin con voz queda.

—Claro, tómate tu tiempo —repuso, comprensivo—. Pero ten en cuenta que libraríamos al mundo de esos criminales, evitaríamos que la gente de las reservas siga bajo esa amenaza.

—No es solo dejar atrás mi vida y mi gente —adujo ella, más enérgica—, es tener que pasar por ese mal trago de la congelación, es aceptar la muerte a fin de cuentas, por mucho que lo llamen “vida suspendida”. Me da pánico solo pensarlo...

Tenía que animarla y hacerle ver que los aspectos positivos volcaban la balanza, se dijo David.

—Es revivir en un tiempo futuro —la interrumpió—, juntos y sin preocupaciones, sin estar sometidos al chantaje, sin esa cosa que llevamos en el chip, y con la conciencia tranquila por haber logrado que paguen por sus crímenes.

Por el brillo de sus ojos David supo que daría su brazo a torcer.

—¿Cómo es ese doctor? ¿Es de fiar?

—¿No conoces a Dalmiro? —preguntó David sorprendido. Para él era casi como un segundo padre.

—Me has hablado un montón de veces de él, pero no recuerdo que me lo hayas presentado.

David se evadió de la conversación por unos instantes para buscar en la memoria de su chip alguna imagen de su amigo.

—Entra en la carpeta “Comida aniversario hospital”. Salgo con él en un par de fotos, en una solos y en otra con los de su departamento.

Fedora se tomó su tiempo para rebuscar entre sus imágenes almacenadas. Ella disponía de acceso libre a su chip, de modo que podía fisgonear en cualquier momento, pero solo lo hacía cuando él se lo ofrecía.

De ese evento del trabajo en concreto había numerosas instantáneas, pues era costumbre que el personal se las intercambiara. Así, aunque en las fotos tomadas por David él no aparecía, habría otras

muchas tomadas por otros en las que sí se veía retratado.

—¿De pie en la barra, con un hombre elegante y serio que lleva un pendiente en la nariz? —preguntó ella.

—No, te he dicho sentados a la mesa. Ese debe de ser el director, durante el aperitivo. El médico es otro con el pelo canoso.

Contemplaba la expresión distraída de Fedora, que se limpiaba la boca con la servilleta mientras se entretenía viendo sus fotos, conectada a su chip. Era en esos ratos de silencio cuando se daba cuenta de lo afortunado que era de poder pasear, almorzar o ir de compras con ella.

De repente su boca se descolgó como si hubiera visto un fantasma.

—¿Quién es esa chica? —preguntó, alterada.

—¿Quién? ¿En qué fichero?

—La que sale junto al director y una señora, en la foto que termina en 23.

David accedió de nuevo a la carpeta, sorprendido por el tono asustado de Fedora.

—Es Lara, la hija del director —informó—. Sí, quedaba con ella hace tiempo, ya lo sabes, antes del verano —añadió a la defensiva, frunciendo el ceño, anticipándose a un posible nuevo ataque de celos. Juraría que ella ya se había olvidado del asunto, del que él ni tenía por qué sentirse culpable, pero la volubilidad en las mujeres podía alcanzar límites insospechados.

—Claro, por eso me sonó su cara ayer —dijo para sí, consternada. Sacaba conclusiones que a David se le escapaban.

—No entiendo nada, ¿cómo que la viste ayer? De todas formas, es normal que te suene, seguro que has visto fotos nuestras en alguna ocasión, no veo el problema...

Se había tornado pálida; David comenzó a preocuparse seriamente.

—¡Esa niña pija entraba en su portal cuando yo salía! —exclamó, airada. Le temblaban los labios y sus manos gesticulaban nerviosas, saltando de la mesa a su cara una y otra vez.

—Bueno, supongo que se conocerían cuando Peralta mandó a ese Lucca seguirla, o hablarle de la mala influencia que era yo... —aventuró David.

—¡Eso me da igual! —gritó. Los de las mesas vecinas se

volvieron, extrañados. Fedora entornó los ojos y respiró hondo, acto seguido sentenció—: Si subió a su piso y pidió ayuda, estoy perdida.

Al instante David comprendió el pánico que mortificaba a Fedora. Trató de calmarla, aunque él también sintió un vacío de pesimismo apoderándose de sus entrañas. Se volcó sobre la mesa y bajó el tono.

—No seamos alarmistas. Ya ha pasado casi un día, te habrían detenido ya.

—Es solo cuestión de tiempo —negó cabizbaja, resignada—. Cuando me fui parecía muy agotado, quizá perdió el conocimiento y tardó en explicarle lo que había pasado... Pero lo auxiliarán, aún había vuelta atrás, se recuperará y me delatará.

Tenía razón, concluyó David, encajando sus palabras como una pesada losa. Puede que la investigación estuviera ya en curso. Incluso aunque ese individuo prefiriera no revelar nada a las autoridades y buscara una venganza personal posterior, era seguro que a los servicios sanitarios se les concedería acceso a sus últimos registros de vídeo y audio, para permitirles averiguar la causa de su cuadro médico y ofrecer el tratamiento más adecuado. Lo cual pondría a Fedora entre la espada y la pared. Esos trámites habrían tomado algún tiempo, pero David temía que la verdad saliera a la luz en cualquier momento.

Apareció el camarero y les retiró los platos para dejarles los segundos. Se quedarían sin tocar, desposeídos ambos del apetito por el giro repentino de los acontecimientos. Hacía unos segundos él le describía un futuro de color de rosa, tratando de convencerla, para ahora encontrarse de sopetón con la cruda certidumbre de que Fedora no pasaría mucho tiempo en libertad.

—Qué torpe he sido —se derrumbó Fedora—, no contemplé esa posibilidad. Tenía que haber estudiado mejor sus costumbres, su vida actual... Me fié de la relación de movimientos que me pasaste, creí que solo tenía vida social para el gimnasio; allí nadie se preocuparía porque estuviese unos días ausente, yo me encargué. —Mostró los dientes con rabia—. Tenía que aparecer esa zorra...

David se abstraigo de sus lamentos y se llevó las manos a la cara. No quería ni imaginarse sin ella, languideciendo en la vida.

—Ya me veo en el cerco —sollozaba Fedora, angustiada por la misma conclusión—. Puede que sea la última vez que te vea en libertad.

Si no me detienen esta tarde en la oficina será esta noche, o mañana. — Levantó la mirada para atravesarle con sus ojos enrojecidos—. ¿Vendrás a visitarme? ¿Dónde haremos el amor? ¿En el dormitorio comunal, soportando las miradas de las otras reclusas, o entre los arbustos de la periferia, como animales?

David agitó la cabeza, hablaba así porque era víctima de la desesperación. Todo el mundo conocía historias sórdidas relacionadas con la vida sentimental en esos curiosos “cercos”, sin vallas y de acceso libre, donde los presidiarios eran controlados por el posicionamiento. Por si fuera poco, en las penitenciarías femeninas había internas que se anunciaban en internet para ofrecer favores sexuales a visitantes, a cambio de dinero o bienes materiales necesarios y escasos en el interior.

—No, no te mereces eso —negó ella—. Todo ha sido culpa mía, una estupidez. Tú eres una persona comedida y responsable, quiero que te busques una chica decente, seria y sensata...

—Cállate, déjame pensar —ordenó David con un ademán autoritario, harto de su palabrería inútil. No se resignaba a esperar el fatídico momento en que se la llevaran, quizá hubiera algo que la salvara.

Ella le dedicó una mirada lastimosa; ya no tenía fe en sus ideas.

—Escucha —dijo al final David, con énfasis—, tengo mis dudas, hay un aspecto legal que tengo que consultar con Dalmiro, pero creo que si seguimos adelante con su plan, con la criopreservación, puede que te libres, que escapes a la justicia.

—¿Cómo? ¿Qué tiene que ver...?

David se levantó con premura, agarró los abrigo y el bolso de Fedora y le tendió la mano.

—Vale la pena intentarlo, pero no hay tiempo que perder —la urgió—. No vas a poder ni despedirte de tu familia.

Desanduvieron el camino hasta el hospital a paso rápido, sorteando a los hombres y mujeres de negocios y ejecutivos que bullían en torno a las oficinas centrales de grandes bancos y constructoras.

David había llamado a su amigo el doctor Blas para comunicarle que requerían su ayuda de forma inmediata. Le informaba en voz tenue del grave delito que había cometido ella y señaló los temores fundados de que fuera descubierta. Fedora escuchaba en silencio y avergonzada cómo David aplacaba con sumisos asentimientos y monosílabos la alarma

que se intuía en su interlocutor.

Una vez sofocados los reparos y lamentos iniciales pareció como si convinieran en cómo actuar. No obstante Fedora no sintió alivio alguno, albergaba la certeza de que le aguardaba un sombrío destino privada de libertad. No confería credibilidad al plan del doctor, no entendía cómo la criogenización podría hacerla escapar de la justicia: cuando se ordenase su detención poco les importaría que estuviera congelada o no, irían a por ella y punto.

—Entonces, ¿tendrás todo preparado? Pueden detenerla en cualquier momento —rogaba David. Sentía poner al doctor en un aprieto, se percibía en su tono cohibido.

David cortó la comunicación y aceleró el paso. A Fedora se le hacía difícil seguir sus largas zancadas.

—Me lo ha confirmado —dijo volviéndose hacia ella—, es tu única posibilidad. Nos espera en su despacho.

Doblaron la esquina del recinto del hospital. El pequeño jardín de la parte anterior, así como el edificio de escasa altura, constituían casi un oasis entre los rascacielos recubiertos de opacas placas generadoras o los abominables bloques viejos de hormigón del distrito. En otras ocasiones Fedora se había detenido a contemplar embelesada las hortensias de los parterres o a respirar el fresco aroma de las coníferas en los días lluviosos. Pero esta vez su corazón se ahogaba, nadando entre el miedo ante una inminente detención y los reproches a su estúpida actuación, solo impulsado por el aliento que suponía seguir los pasos firmes de David.

Para atajar cruzaron la verja por la entrada de vehículos, pisoteando el césped hacia la escalinata que ascendía al umbral de la puerta principal. Por la cabeza de Fedora se pasaban todo tipo de ideas confusas, recuerdos, los rostros de los familiares a quienes no volvería a ver. Quizá no fuera imperativo actuar con tanta precipitación, podría ir a la reserva a despedirse y volver esa misma tarde, se decía, acobardada. Puede que no se ordenara su detención hasta el día siguiente, o que incluso fuera todo innecesario: que esa tal Lara no hubiera logrado contactar con Lucca y que su plan aún siguiese el curso debido.

De repente su chip emitió una alerta sonora y un panel rectangular en letras rojas se desplegó en mitad de su campo visual. Se le cortó la respiración del susto. Lo leyó y sintió que las piernas le flaqueaban,

llegando a tropezar con el siguiente escalón.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó David, mirando hacia atrás.

—El aviso de detención —dijo con un hilo de voz, levantándose con torpeza—. Pone que me mantenga en el sitio hasta que acuda una patrulla.

—¡Mierda!, sí, a mí también me aparece la advertencia.

Un señor que bajaba por la escalera la miró de repente, pero no porque se preguntase si se había caído o hecho daño. Aprensivo, aceleró el descenso, evidenciando que había sido avisado de su proximidad. Ahora era considerada una individuo peligrosa de la que debían mantenerse apartados los ciudadanos hasta que fuera detenida.

—Es el final, déjame —le dijo lánguida—. Será peor para ti y tu amigo. Sigue con tu vida...

David le tiró de la mano con fuerza y casi en volandas entraron en la clínica. Atravesaron corriendo el brillante suelo de mármol de la recepción y la sala de espera, acaparando las miradas extrañadas de pacientes y trabajadores, más por el escándalo que por la advertencia de la presencia de una fugitiva.

Era estúpido, ya sí que no lograrían nada, barruntaba Fedora. En pocos minutos aparecerían los agentes; no entendía a qué se aferraba David para seguir adelante. Solo conseguiría que lo acusaran de complicidad y poner al doctor en un apuro.

Irrumpieron en el despacho del doctor Blas como una exhalación. El médico se puso en pie de un salto, percatándose por sus rostros enrojecidos y respiraciones entrecortadas de que algo marchaba aún peor. Iba a abrir la boca para interpelar a David cuando debió de recibir el aviso en su chip.

—¡Ya la buscan! —exclamó, desplazando alarmado los ojos del uno al otro—. David, ¿no se puede criopreservar a alguien en cinco minutos, es un proceso delicado...!

—Tienes que hacerlo, Dalmiro —replicó David desesperado, sin resuello.

El doctor se pasó la mano por la frente, nervioso.

—Joder, vamos abajo. —Asió una bata de una percha y salió del despacho, enfilando el corredor hacia el rellano del ascensor.

Ellos le siguieron por inercia. Andaba rápido, y se volvió para dirigir una mirada severa a Fedora.

—Bien, señorita, no hay tiempo ni para el sedante. Tengo que hablar claro, tendrás que tener fuerza de voluntad para hacer lo que te ordene. Te advierto que vas a sufrir un dolor agudo cuando te sumerjas en el nitrógeno líquido, a pesar del tejido protector sentirás como si te quemaran la piel; solo durante unos instantes, pronto el dolor desaparecerá gracias a la hipotermia terapéutica. El descenso radical de temperatura te hará, primero, perder el conocimiento, y a continuación estarás clínicamente muerta.

Fedora tragó saliva. Parpadeó con lentitud y cogió aire, angustiada.

En el ascensor el médico pulsó el botón de la planta -1.

—David, estoy asustada —le dijo, tomándole la mano.

Él la abrazó.

—Yo estaré contigo.

A su paso por la planta baja llegó con claridad a ellos el rumor lejano de sirenas de policía.

—Primero procederemos con ella —estableció Blas.

—Yo iré subiendo al servidor la denuncia contra la mafia del consejero, como en el plan original —dijo David.

A Fedora, atenazada por el pánico, poco le importaba ya eso.

—Mi familia... —balbuceó—. No puedo desaparecer así, alguien tiene que informarles, que no se preocupen por mí —dijo, dirigiéndose al doctor.

—Tranquila. Pásame un mensaje con los datos y dirección que yo mismo les contaré todo —se apresuró a asegurar Dalmiro.

Salieron del ascensor y flanquearon una puerta pesada blindada. Aparecieron en una lúgubre planta diáfana, en la que al fondo se alzaban altos y ominosos centenares de cilindros metálicos, dispuestos en filas a ambos lados de un largo pasillo central. Fedora sintió un escalofrío solo de imaginar que tendría que introducirse en uno de esos claustrofóbicos contenedores. El miedo hizo que reaparecieran sus dudas: una cosa era meterse ahí para escapar de las garras del consejero, para poder denunciarle y acto seguido inutilizar el chip, y otra muy diferente librarse de la autoridad, salir airoso de una denuncia y sentencia firme, con pruebas contrastadas e irrefutables en su contra.

—¡Dejadlo, es tontería! —exclamó. Se había plantado en el sitio y negaba con la cabeza, bañada en lágrimas de resignación—. Ya están

aquí, sabrán que estoy metida en una de estas cámaras, me reanimarán y me condenarán.

Dalmiro no respondió, había dado la luz y trataba de hacer funcionar un extraño vehículo de almacén con plataforma elevadora. David la rodeó por la cintura, apremiándola a seguirlo, pero ella se mantuvo firme. Estaba determinada a subir de vuelta a la planta baja y dejar que la apresaran, no le perjudicaría más.

—Te lo explicaré dentro de unas décadas —le dijo David con severidad, aumentando la presión para hacerla avanzar—. Confía en mí.

Concentrado, el doctor les guiaba conduciendo el vehículo eléctrico, ellos siguiéndole a paso rápido. Se dirigían hacia aquella infinidad de bombonas enormes que ya visitó David tiempo atrás y que había supuesto su hogar durante décadas.

Se internaron en la intrincada cuadrícula de vasos Dewar. Dalmiro miraba a ambos lados una y otra vez, concentrado. Según informó, buscaba un cilindro en concreto, desocupado y con el nivel de nitrógeno y temperatura adecuados, que tenían preparado para alojar próximamente a otros clientes.

Doblaron por un pasillo y el doctor se detuvo por fin frente a uno de los contenedores, aparcando el cuadríciclo junto a él. David dedujo que la plataforma del vehículo se elevaría más de tres metros para alcanzar la parte superior del cilindro.

David escuchó a su espalda el timbre lejano de aviso de llegada del ascensor. Se sintió sacudido por una oleada de nervios y pesimismo: los agentes estaban allí.

Dalmiro dejó el volante y urgió a Fedora a que lo acompañara al cesto del elevador, lanzando miradas preocupadas por encima de su hombro.

—Arriba, mientras abro una de las tres compuertas —le decía aceleradamente a la pobre, que estaba pálida—, te pondrás tú misma la inyección de crioprotectores —se señaló al bolsillo de la bata—, es para que no se cristalicen tus células. Una vez abierta la compuerta verás un agujero oscuro por el que te tendrás que introducir, desnuda del todo. Lo normal es que el paciente llegue sedado y se le deje caer apretando un botón, una vez acoplada una camilla especial al enganche de la escotilla superior; pero ahora las circunstancias son diferentes. No dudes por

miedo a dejarte caer, aunque no veas nada en el interior el descenso no será violento, quedarás aprisionada en un saco elástico y hermético que protege tu piel de la abrasión del nitrógeno. Te notarás sin aire, pero no te agobies, perderás el conocimiento por la hipotermia antes de llegar a agotar el oxígeno.

Dalmiro se había montado de un brinco en la plataforma y apremiaba de nuevo a Fedora para que subiera, con expresión impaciente. Ella parecía indecisa, bloqueada. David la abrazó y le susurró unas palabras de ánimo, asegurando que él seguiría sus pasos a continuación.

—Nos veremos más pronto de lo que crees, será como un largo sueño.

No sabía si las lágrimas que rodaban por sus mejillas eran por temor o por la despedida. La besó en sus labios temblorosos y la empujó con suavidad para separarla de él, pero Fedora le aferró por la nuca y buscó su boca con ansia, reticente.

Se oían pisadas apresuradas al otro lado del laberinto de filas de cilindros, cada vez más cercanas.

—¡Vamos! —metió prisa Dalmiro con un grito ahogado—. ¡No hay tiempo para despedidas ni gimoteos!

Casi a la fuerza David la aupó a la cesta del vehículo, desde la que su amigo la izó tirando del brazo. Dalmiro debía de controlar el mecanismo con el chip, infirió, porque de inmediato un eje telescópico comenzó a extenderse verticalmente levantando la plataforma.

David se dio la vuelta, preocupado. Vio al menos a tres agentes aproximándose a la carrera por el pasillo central, apareciendo intermitentes entre el bosque de cilindros. Guiados por las coordenadas exactas de Fedora, la hallarían y detendrían en pocos segundos.

Comprendió que estaban demasiado cerca; no lo lograrían, tenía que concederles a Fedora y al doctor algo más de tiempo.

Le vinieron a la cabeza los juegos bélicos virtuales que tanto le entusiasman a Lara. A él solo le iba apretar el gatillo, pero ella era una auténtica estratega, dirigía al pelotón y exponía las tácticas a cada escuadra.

Recordó las maniobras de distracción.

Con decisión fue al encuentro de los policías evitando ser visto, ocultándose entre los vasos del frío metal esmerilado. Cuando ya oía

próximas las pisadas de sus botas, salió del cilindro tras el que se agazapaba y cruzó el pasillo central justo ante sus narices. Se frenó para mirarles fingiendo sorpresa, adoptando la expresión paralizada de espanto de quien se ve descubierto y acorralado.

De inmediato arrancó con largas zancadas en dirección contraria al cilindro preparado por Dalmiro. Miró de soslayo hacia atrás, con el corazón en un puño. Como esperaba, habían dejado de prestar atención a sus pantallas de localización para seguirlo.

—¡Disparad, que no escape! —ordenó uno de ellos a su espalda.

Al momento sintió un calambrazo que bloqueó sus músculos y lo hizo desplomarse hacia adelante. Por la inercia de la carrera se deslizó unos metros por el suelo, arrastrando y magullándose la cara, que no podía levantar.

Lo rodearon jadeantes, y por fin dejaron de aplicar el doloroso rayo paralizador. David no había contado con una reacción tan drástica, esperaba haberlos despistado durante más tiempo para alejarlos de Fedora y el doctor.

Se volvió, confiando en que le interrogarían y poder así robarles unos segundos más. Lo escrutaban en posición de firmes, uno de ellos con el arma apuntada hacia él. Supuso que se limitaban a comprobar la identificación de su chip, averiguar si era él a quien tenían orden de apresar.

—Este no es, joder —dijo uno, dándose media vuelta.

—Disculpas, señor —añadió otro con indiferencia.

Sin salir de su asombro por la indolencia de los agentes, les siguió con la mirada desde el suelo, dando tiempo a sus entumecidos músculos a que se recuperasen. Se temía que no había logrado distraerles lo suficiente. Vio resignado cómo se apresuraban hacia el cilindro, internándose en el laberinto, esta vez en la dirección correcta.

Por un resquicio entre los grises vasos advirtió la cabellera cana del médico, en lo alto del elevador, aguardando para cerrar la compuerta. Junto a él discernió la silueta de Fedora, desnuda y agachada sobre la cara superior del cilindro, mirando temerosa el agujero. Le pareció que se introducía por fin, ante los nerviosos ademanes de apremio de Dalmiro.

David se incorporó y siguió los pasos de los agentes, que estaban ya a menos de una veintena de metros del cilindro.

El doctor manipuló algo deprisa e inició el descenso en la plataforma. La escotilla estaba cerrada, pero aún no bastaba.

Consultó en su mapa la localización de Fedora. El punto permanecía allí, al igual que se mostraría en las pantallas de la policía. Tenía que desaparecer pronto, urgía que el frío inhabilitara el chip de Fedora y se borrara su situación de los mapas de los agentes, antes de que llegaran allí y fuera todo demasiado evidente; si es que aún no lo era, pensó abatido.

Contempló una y otra vez el punto luminoso con nerviosismo. Los uniformados se aproximaban, ya estaban a solo un par de filas de cilindros. La suponía ya inconsciente, no padecería el frío o la asfixia; pero la temperatura no bajaba lo suficientemente rápido para que Fedora quedara fuera de la red...

Rodearon el vehículo. Uno de ellos apuntó al doctor con su arma, como advertencia para que desistiese de huir. David creyó que suponían que era él el objetivo.

Dalmiro les miraba expectante mientras Dalmiro descendía con lentitud, sombrío. Ya no estaba en sus manos. Había hecho todo lo que había podido, pero en su expresión se adivinaba que no había servido de nada. David comenzó a concienciarse de que estaba todo perdido.

Uno de los agentes levantó un brazo.

—Ya no hay orden, señor.

—¿Qué?

—La misión ha desaparecido del sistema, el punto del sujeto objetivo no está en el visor. Estaba justo delante, hace solo un momento...

El superior gruñó.

—Tiene que ser este del pelo blanco —dijo, señalando a Dalmiro, que se apeaba con parsimonia del vehículo. Parecía mucho más relajado, y eso infundió esperanza en David—. Comprobad el identificador.

El subordinado que no enfundaba el arma se concentró unos segundos con la vista clavada en el doctor.

—Negativo, señor.

Sacudió la cabeza, contrariado.

—Mierda, vámonos —decretó, enfilando hacia el pasillo principal.

Parecía molesto, creyó David extrañado, pero no porque pudiera suponer que a quien buscaban se había metido en una de esas vasijas, saliendo del mundo de los vivos y del sistema controlado y frustrando su misión y su trabajo; no, más bien porque el servidor central les había hecho ir hasta allí y darse una carrera para nada.

David, aunque respiró aliviado cuando los vio alejarse hacia el ascensor, no salía de su asombro. No comprendía esa desidia y falta de profesionalidad. Actuaban como autómatas sin la menor implicación en su trabajo.

—¿Lo hemos conseguido? —preguntó, todavía incrédulo.

Dalmiro asintió exhalando un suspiro.

David felicitó a su amigo, palmeándole la espalda, al pie del cilindro que contenía el cuerpo sin vida de Fedora.

—Si no los hubieras distraído, dándonos unos segundos preciosos, habría sido muy diferente —devolvió el cumplido el doctor.

—No sé cómo agradecértelo —se sinceró David, todavía secándose el sudor de la frente.

—Sube la denuncia, eso calmará mi conciencia —replicó Dalmiro con sonrisa fácil, producto del desahogo—. No me ha sido fácil guardar tu secreto estos días, a sabiendas de lo que pasa.

—Con mucho gusto, llevo meses deseando poder hacerlo.

Mientras David seleccionaba los ficheros en su chip y rellenaba el formulario *online* en el Centro de Seguridad, el médico le puso en el brazo la inyección con el criopreservante.

—Ya no hay prisa —dijo el médico—, si quieres subimos a la sala y te sedamos, para seguir el procedimiento habitual. Te ahorrarás el mal trago de meterte ahí dentro consciente.

—No, si ella ha pasado por eso yo también lo haré, es lo justo —se solidarizó.

En realidad no le inquietaba la proximidad de su segunda muerte, ni que fuera a experimentar en vivo el desagradable proceso de congelación. David se sentía flotando en una nube, por fin iba a terminar todo. Cuando despertaran habrían quedado atrás las amenazas y las coerciones a su libertad, se hallarían juntos para rehacer sus vidas, habiendo logrado que esos criminales rindiesen cuentas ante la justicia.

Los frenéticos acontecimientos todavía mantenían su nivel de adrenalina disparado.

—Tengo que reconocer —le comentó a Dalmiro— que ha habido un momento en que lo veía todo perdido. Creía que no se iban a conformar con que se apagase la luz en su mapa; es tan evidente lo que ha pasado, que Fedora se ha metido aquí...

Dalmiro soltó una carcajada.

—Es fácil de entender. Una vez que el chip se ha quedado inoperante, la orden de detención desaparece, no hay a quién buscar, se desconoce su posición...

—Ya sé todo eso —le interrumpió—. Pero si la han visto...

—Incluso aunque la hayan visto meterse ahí dentro —se adelantó Dalmiro, rotundo—, no harán nada. Se darán media vuelta, su misión se cancela al desaparecer el objeto de la búsqueda, ya no es su problema dónde se haya metido o si ha burlado al servidor del Centro de Seguridad. Ya te expliqué que los agentes no hacen conjeturas ni suposiciones, se limitan a cumplir con lo que el sistema les asigna; eso sí, con la máxima rapidez.

De modo que el papel de las fuerzas de seguridad había quedado relegado a un segundo plano, concluyó David. La policía ya no era el garante de la seguridad y el bienestar, ahora lo era el sistema informático centralizado, que controlaba los movimientos y actuaciones de cada individuo y que había conseguido erradicar casi completamente la delincuencia. Ni siquiera patrullaban las calles, los agentes eran meros encargados de cumplir órdenes, peones sin apenas autoridad.

—La denuncia que pesa sobre alguien que ha salido del sistema seguirá activa —proseguía el doctor—, pero no se ordena la detención hasta que el individuo es detectado de nuevo en el territorio. Mientras no esté dentro de la cobertura nadie le busca, ya no representa una amenaza para la ciudadanía. —Dalmiro le miró. Parecía disfrutar con sus explicaciones—. Es como si hubieras salido a una reserva, mientras no regreses al territorio controlado no preocupas a nadie, ¿por qué crees que las reservas sirven de refugio para muchos delincuentes?

El elevador inició el lento ascenso vertical. Pasados los nervios y la tensión, se sintió maravillado del panorama que se ofrecía según ganaban altura, la inmensa red de cilindros perfectamente alineados.

—Respecto a ese resquicio legal que me has mencionado por teléfono —dijo David—, sigo sin tenerlo claro. Cuando ella sea reanimada, en el futuro, le pondrán otro chip con el mismo identificador.

Entonces, ¿por qué estás tan confiado en que no seguirá perseguida por la justicia?

Dalmiro esbozó una sonrisa paternal.

—Con las prisas no me ha dado tiempo a explicártelo, pero es muy sencillo: su delito habrá prescrito de sobra para cuando reviváis, estará limpia.

David vio aquello inconcebible.

—Pero entonces, cualquiera que haya cometido un delito puede escapar de la justicia haciendo lo mismo...

—Querido David, el proceso de criogenización no es ni de lejos tan fácil y rápido como en vuestro caso. Hay que realizar pruebas físicas y psicológicas, cursos preparatorios, estudiar el tema de la financiación... Os he ahorrado todo eso, y además he pasado por alto el trámite más importante: el hospital está obligado a notificar al Centro de Seguridad el identificador de todo aquel que quiera pasar a estado de vida suspendido. De esta manera, ellos comprueban si el paciente tiene cuentas pendientes con la justicia y lo autorizan o no.

David se sintió abrumado por todo lo que hacía su amigo por ellos, de forma desinteresada y poniendo en riesgo su trayectoria profesional. Nunca saldaría la deuda contraída.

—Espero que saltarte el protocolo no te cause problemas, con el hospital o las autoridades...

—Tranquilo, sé desenvolverme, llevo mucho tiempo aquí. Por cierto, no hemos concretado el número de años; ya te comenté el mínimo legal...

David se quedó pensativo, no había tenido tiempo de discutir algo tan trascendental con Fedora.

El mundo que habitaba le resultaba fascinante, aunque no carecía de problemas, como el dilema de la marginación en las reservas. Era cuestión de tiempo que se solventara, que se integraran y adaptaran sus habitantes a la ventajosa vida de inmersión digital, bajo el paraguas de la seguridad absoluta.

Pero aventuraba que se cernían nuevas amenazas. No se podían poner trabas al progreso, llegarían los avances por los que el chip permitiría percibir las sensaciones de los demás sentidos: el tacto, el olfato o el gusto. Presagiaba una adicción sin límites a la red, el fin de la vida social para muchos, una nueva oleada de dependientes que

arruinarían su vida y la de sus familias.

—Muchos años —repuso con firmeza, mientras se despojaba de la camisa—. Por ejemplo, otro siglo.

—¿Tanto? ¿Y por qué?

—Porque creo que os queda mucho por descubrir y por arreglar.

El doctor se encogió de hombros, no tan seguro de sus malos augurios, o quizá con cierta indiferencia, entrevió David. Suponía que, habiéndole tocado tan de cerca el problema del vicio de su exmujer, ya nada de lo que pudiera llegar le asustaba.

Abrió la compuerta y se puso en pie para mirarle cara a cara. Metió los labios y parpadeó despacio, apenado.

—David, no ha pasado ni un año desde que te sacamos de uno de estos. Me hubiera gustado que te quedaras, en este que para ti es un mundo nuevo. Pero de una cosa estoy seguro: te vas haciéndolo un poco mejor, has contribuido a que los de fuera entiendan nuestro sistema, a que deseen integrarse poco a poco; y a que los de dentro aprendamos la lección: hay que abrir la mano, evitar la exclusión para que no se produzcan más escándalos como el que habéis destapado, que sin duda va a conmocionar a la sociedad.

—Gracias, Dalmiro. Siento separarme de ti, ya lo sabes. Y perdonadme —señaló a la cara superior del cilindro, bajo sus pies—, porque me llevo lo más valioso que teníais.

Se fundieron en un emotivo abrazo y acto seguido se dejó caer por la escotilla del compartimento adyacente al de Fedora.

34.

La enfermera, que por la voz se le antojaba a Lucca cincuentona y de constitución gruesa, volvió a entrar en la habitación de planta en que se hallaba ingresado desde la tarde anterior, cuando salió de la UCI. Saludó con su efusividad habitual y desbordante simpatía.

—¿Se pasa el dolor, muchachote? —preguntó. Sentía su cercanía, debía de estar manipulando algo en el instrumental junto a la cabecera de la cama.

Lucca gruñó. Detestaba su elocuente buen humor. Trataría de contagiarlo a los otros convalecientes, pero con él no funcionaba. La doctora le había dejado bien claro esa misma mañana que nunca volvería a ver: sería ciego para siempre. Los malditos médicos eran capaces de sustituir un globo ocular estallado en un accidente por otro órgano perfectamente funcional, generado en bancos de cultivo de células madre, pero no les era factible reparar las conexiones neuronales en su nervio óptico. El estropicio que esa lunática había causado en su sistema nervioso para impedirle el uso del chip era definitivo.

—Bueno, seguro que sí. —Se respondió ella misma en tono elevado—. Te voy a bajar la dosis de analgésico en el goteo para que no estés tan adormilado.

—Tengo hambre —protestó. No había tomado nada desde la fatídica cena, dos días atrás, y las tripas le rugían.

La empalagosa señora soltó una risilla irritante.

—Hoy no puedes probar bocado en todo el día, Lucca, seguro que ya te lo dijo la doctora. Te han puesto un hígado *nuevecito*, a estrenar, y hay que darle unas horas de rodaje —bromeó—. Y a ver si lo tratas bien, que vosotros los jóvenes con tantas juergas y lo mal que me coméis...

Lucca recordó las palabras de la cirujana, cuando despertó de la intervención la noche previa. Afirmó que la toxina de las setas en su torrente sanguíneo le había llevado al borde del fallo hepático. Se había hecho imprescindible un trasplante inmediato, precedido de lavados gástricos con carbón activado y seguido de un tratamiento con suero fisiológico. En esos momentos todavía no le habían dado la atroz noticia de que sería ciego durante el resto de su vida, un inútil, un patético

parásito de la sociedad.

—Por cierto, ámate que tienes visita —le anunció mientras le cambiaba los apósitos que cubrían la gran incisión bajo el esternón.

—No quiero ver a nadie.

—Ha vuelto a venir la misma muchacha de esta mañana. Viste muy arregladita y muy mona, menudo tipazo. Así que alegra esa cara de desabrido que tienes, no se vaya a enfadar.

Percibió que sus silenciosas chanclas de enfermera se alejaban con prisa. A continuación otros pasos más vacilantes de sandalias femeninas se internaron en la habitación.

—Hola —saludó Lara con voz insegura.

Esta vez no se acercó para darle un beso en la mejilla, como había hecho por la mañana. Entonces Lucca acababa de recibir la noticia de su ceguera y había pagado con la joven su frustración, el encontronazo con la cruda realidad: no volvería a pelear, a preparar los combates o dar clases en el gimnasio y, lo más doloroso, diría adiós a las divertidas cacerías en las reservas y a seguir engordando la fortuna que le reportaban, y a su ambición de escalar en la jerarquía de Peralta.

A Lucca no le apetecía que nadie llorara su desdicha. Había pasado excitantes momentos en compañía de Lara, pero desconocía por qué ella se había encaprichado de él. Una niña rica, que podría tener a quien deseara. Era cuestión de tiempo que le rechazara, y cuanto antes llegase mejor.

Lo admitía, era demasiado orgulloso y pagado de sí mismo para aceptar la caridad de nadie. La soledad sería el mejor consuelo y era lo que necesitaba en ese momento.

—Escucha —le dijo a la oscuridad—, siento lo de esta mañana. Pero si vienes a compadecerte, no estoy de humor.

—Solo quería ver cómo estabas, hacerte compañía —repuso ella con voz lánguida.

Lucca no podía ver su cara, pero se imaginó el brillo apagado de sus ojos. Lara le había salvado, sabía que no era justo comportarse así con ella. Sin embargo, sus defenestradas aspiraciones de futuro y el abatimiento y depresión gobernaban su voluntad.

—No me vas a contar quién era ella, por qué te hizo eso —insistió Lara.

—Negocios, no puedo decir más. A estas horas ya estará

detenida, es lo que cuenta —dijo con sequedad.

Estaba celosa, suponía, Lara no le creía. Él se había mostrado reticente a denunciar el intento de asesinato en un principio, no queriendo correr el riesgo de que los investigadores fueran más atrás en el tiempo y descubrieran algo relacionado con sus actividades. Estaba convencido de que el consejero se ocuparía de ella de forma más sutil. A través de Lara le había enviado un mensaje, pero Peralta le había negado toda ayuda: asustado porque aquel follón pudiera salpicarle, se había desentendido del tema.

Lleno de ira, había cedido a la presión de Lara y revelado lo sucedido a los médicos, pero sin referir los hechos pasados que le unían a Fedora, ni la causa que la habría empujado a envenenarlo. En presencia de Lara había cambiado la versión para que no pareciera una cita amorosa casual. Ella no se tragaba lo de la reunión por negocios, pero a él poco le importaba.

Las pruebas eran irrefutables, se consolaba Lucca, la rata vengativa sería detenida inexorablemente, si es que no lo había sido ya. Se trataba, tal vez, de una decisión poco meditada y temeraria, porque ahora le asaltaba la duda de si Fedora arrastraría con ella al consejero y a todo su entramado, si desesperada en el cerco sacaría todo a la luz.

—Si quieres que me quede contigo tendrás que ser sincero —le presionó Lara. Afectaba serenidad pero su voz temblorosa delataba su conmoción.

—No seas absurda, estoy ciego —le espetó, desdeñoso—. En pleno siglo XXII, cuando todo se cura, cuando nadie nace con enfermedades hereditarias porque se corrigen con retoques genéticos; cuando ya no hay minusválidos porque todos los órganos se crean en cultivos y se trasplantan... Pero yo, aquí me ves...

Ella se acercó a la cama y le tomó la mano.

—No hables así. Necesitas tiempo para asimilarlo. Y no pierdas la esperanza, mi padre es rico y tiene contactos, puede que en otros países...

Lucca meneó la cabeza y le volvió la cara. Deseaba que se fuera.

Le habían dejado claro que los daños a lo largo de su sistema nervioso visual no podían ser reparados con la tecnología actual. Quedaba mucho por descubrir y clasificar en el funcionamiento del cerebro humano, de ahí que los accidentes causados por los chips se

demostrarán tan fatales.

Pasaron unos minutos incómodos y Lara habló con otro tono. Le pareció que quería despejar su desazón.

—Ya sé que no puedes usar el chip, pero si pudieras ver las noticias... Menudo jaleo hay, lo dan en todos los canales, las redes sociales echan humo con los comentarios de la gente. Está todo el mundo alucinando con lo que han descubierto.

A Lucca se le encendió una luz de alarma.

—¿Qué... qué ha pasado?

—No me he enterado muy bien, pero parece ser que experimentaban con gente, que los secuestraban y los tenían encerrados para hacer pruebas de algún tipo. En una multinacional nada menos, BEngi, y aquí en la sede de Madrid.

Sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Han liberado a esa pobre gente —prosiguió Lara—, tenías que ver sus caras cuando se han reencontrado con sus familias. Me daban ganas de llorar. Dicen que muchos no han corrido la misma suerte, que han muerto en los experimentos o se han quedado erráticos, con el cerebro frito. Ha habido una redada en ese complejo, decenas de detenciones. También hay implicados políticos, gobernadores de reservas; y hasta un amigo de mi padre del partido, que es un pez gordo, un ministro o algo así...

Guardó silencio. Era el fin, se dijo, caerían todos, uno tras otro como un castillo de naipes, según avanzaran las pesquisas, analizando registros de localizaciones y grabaciones de cada detenido. De poco valdrían las precauciones tomadas, las reuniones en foros virtuales o en las reservas, pues últimamente se había visto con Peralta en persona y en territorio controlado. Además, si eran él y la chica quienes habían interpuesto la denuncia, habrían guardado una especial atención para él, sin duda; lo raro era que aún no hubiera sido apresado.

—¿Qué te pasa? Te has quedado pálido.

Hizo caso omiso de su pregunta, absorto en el infausto destino que le aguardaba. Sí, seguro que había sido ella, la muy zorra, se reafirmó. Habría sido detenida por su fallido intento de asesinato, y desesperada y resentida había tirado de la manta. Al menos Peralta les dejaría a ambos con el cerebro seco, se cobraría su venganza, se dijo buscando un pobre consuelo.

—Lucca, te repito que si no confías en mí lo nuestro nunca... — Su voz impertinente de hija malcriada se cortó como por ensalmo.

Alguien había irrumpido en la habitación. Escuchó múltiples pisadas de un calzado robusto, botas quizá, causadas por dos o tres personas.

—Comprobad la identidad de ambos —comandó una voz femenina con autoridad. Se estremeció por un escalofrío, era la policía.

Venían a buscarlo.

En el silencio que se hizo percibió los suspiros y la respiración agitada de Lara.

—Afirmativo, es el de la cama —contestó un agente al mando superior.

—No me digas que tenías algo que ver con... —dijo Lara alterada, sacando conclusiones.

Oyó nuevas pisadas en la oscuridad, esta vez el repiqueteo acelerado de zapatos de mujer. Era la doctora, seguida de la ya familiar cadencia de pasos cortos y nerviosos de la enfermera.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó la médica adjunta—. ¡Baje esa arma! —protestó. Lucca dedujo que alguien le apuntaba. Era una sensación angustiosa no ser capaz de ver nada.

—Este individuo queda detenido —explicó la agente con firmeza—. ¿Puede acompañarnos?

—Imposible —descartó la doctora—, está convaleciente de una operación.

—Muy bien, según la legislación deben trasladarlo a una habitación de seguridad donde quedará bajo vigilancia. Si usted puede proceder hágalo, de lo contrario avise al responsable. Mis hombres no dejarán de apuntar hasta que sea efectivo el traslado.

Creyó oír un gruñido a modo de asentimiento, acto seguido la doctora inició una comunicación con algún celador, al que dictaba órdenes.

—Pero, ¿se puede saber qué ha hecho? —inquirió la enfermera regordeta, aturdida.

Ningún agente respondió: no tenían por qué saberlo, ni era de su incumbencia. Lucca se sintió avergonzado, aquella buena mujer se preocupaba por él sin apenas conocerle, cuando él había despreciado sus cuidados y mensajes de ánimo. No tuvo valor para contestar. Lara lo hizo

por él:

—Creo que está claro —terció, resentida—, ¿no ha visto las noticias?

—¿Qué? —se sorprendió la señora. Lucca escuchó cómo se llevaba de sopetón la mano al pecho, sobre su uniforme de empleada de la sanidad pública, que recordaba azul claro—. Lo de los experimentos...

Lucca no se molestó en negarlo, aunque notaba la mirada incisiva de Lara clavada en él, ansiando que lo desmintiera, que sacudiera la cabeza e hiciera así renacer sus escasas esperanzas de que fuera todo un malentendido.

Su silencio convirtió las sospechas en conclusiones y se desató su cólera.

—Maldito monstruo, ¿cómo puedes tener algo que ver con esto? ¡Me lo has estado ocultando!

Percibió pisadas contundentes y apresuradas de algún agente, y un forcejeo. Dedujo que se había interpuesto entre Lara y él: ella se habría abalanzado para arremeter contra él, pero no estaba permitido el contacto con un detenido. Después escuchó que sollozaba, derrumbada, y los susurros de la enfermera para consolarla. Lucca se sentía el centro de atención, y una oleada de vergüenza y culpabilidad comenzó a invadirlo en la oscuridad de aquel corrillo esperpéntico.

La camilla comenzó a rodar, empujada por ambos laterales.

Ahí terminaba todo, vislumbró por primera vez. Lara, la única persona que lo había querido en los últimos años contemplaría cómo se lo llevaban de la habitación, escoltado como un criminal. La soledad ansiada unos minutos atrás se destapó como una terrible certidumbre: le acompañaría por siempre. Se pudriría solo en uno de los cercos, humillado por las bandas y clanes formados entre los internos, desvalido e incapacitado para poder defenderse y hacerse el lugar predominante que le correspondía.

No, se dio cuenta en el último momento de que no quería perderla, aunque solo fuera porque era lo único que le quedaba.

—Vamos, no dramáticos —se excusó—. Son parias de las reservas, inadaptados y apartados de la sociedad porque lo han querido así. —Trataba de justificarse con serenidad, pero fue subiendo el tono, angustiado porque ignoraba si había salido ya de la habitación y si Lara

podía oírlo—. Lo mejor que podemos hacer es utilizarlos para nuestro beneficio, son inferiores e incultos, no pueden comunicarse como nosotros, no tienen acceso inmediato a la información... ¡No son personas normales, son defectuosos!

—¡Sí! —convino Lara con una voz henchida de rabia contenida, que se perdía desdibujada por la distancia—. ¡Defectuosos como tú!

35.

Fedora sintió que algo le abría los párpados de un ojo. A continuación le aplicaron una luz cegadora durante un breve instante. Lo mismo ocurrió en el otro ojo, y entonces alcanzó a distinguir que se apagaba una pequeña linterna entre las yemas de unos dedos.

—Reflejo pupilar positivo, doctora —informó una voz joven femenina.

Se sentía totalmente desubicada, como recién despertada de un sueño extraño y profundo.

Otra mujer respondió con lo que parecían más instrucciones, pero Fedora dejó de escuchar. Notaba que su cerebro se ponía en funcionamiento a trompicones.

Entonces recordó.

Abrió los ojos de golpe, entrecerrándolos para soportar el dolor por la falta de costumbre a la luz.

—Estoy viva —afirmó con voz rasgada. Notaba la garganta pastosa.

—Bienvenida —dijo la supuesta doctora, acercándose a la cama con expresión afable.

—Entonces ha funcionado...

—Mi compañera le hará un chequeo rutinario, luego la dejaremos descansar.

La mujer, de edad madura, se retiró con prisa y la enfermera se dispuso a examinar sus oídos. Fedora no se lo facilitó, antes quiso mirar a ambos lados, aunque a duras penas logró girar la cabeza.

Se hallaba sola en la habitación.

—¿Dónde está? —inquirió.

—¿Dónde está quién? —repuso la joven con extrañeza—. Le recuerdo que ahora nadie la conoce, su familia y amigos quedaron en el pasado. Si prefiere que vuelva en unos minutos, para que pueda asimilarlo...

El tono condescendiente de la sanitaria la irritó y respondió con acritud.

—David, lo congelaron al mismo tiempo que...

Se interrumpió, angustiada por una terrible sospecha. Puede que el plan al final no funcionara, aventuró con temor. ¿Y si David y el doctor fueron detenidos, acusados de algún tipo de complicidad? No quería ni pensar en que David pudiera haber quedado atrás, que no la hubiera acompañado y que ahora ella se viera totalmente sola...

Se incorporó, forzando sus entumecidos músculos y apartando la mano de la enfermera, que quiso impedirsele.

—Escuche —insistió—, se llama David Hoyos, ha tenido que ser despertado al mismo tiempo que yo, el mismo día.

—Verá, en este centro cada día se criopreservan y se reaniman decenas de personas. El volumen de pacientes es mucho mayor que cuando usted...

—¡Pero tiene que comprobarlo, maldita sea! —exclamó, apretando los puños.

La enfermera se volvió, airada, y salió de la habitación. Al poco regreso junto con la doctora.

—Tranquilícese —dijo la médica con autoridad—. Preferíamos esperar para tratar este tema a que pasaran las horas críticas y la revisión médica, pero lo obviaremos.

Fedora tragó saliva, asustada; le parecía que no quisieran darle una mala noticia. Se mantuvo expectante, sentada sobre la cama, apremiándola con la mirada.

—Ha debido de tratarse de un error administrativo que se remonta a la fecha del origen del proceso. El caso es que nos faltan datos en el servidor relativos a usted y otra persona, de la misma vasija. Estaba programada la reanimación de ambos para hoy, y así se ha efectuado, pero no disponemos de sus nombres ni otros muchos datos personales, que están incompletos.

—Me llamo Fedora Souto, y les daré todos los datos que quieran, pero por favor, déjeme ver a esa otra persona a la que se refiere.

La doctora asintió, comprensiva.

—Ha sido reanimada después que usted, comprobaré si está consciente.

Salió de la habitación acompañada de la enfermera.

Fedora respiró más aliviada, creyendo entender. Tal vez el doctor amigo de David se las había ingeniado para introducirlos en la cadena de criopreservación saltándose más de un protocolo y cauce legal,

omitiendo datos a propósito.

Un hombre del personal apareció para llevarse la cama vacía que había en el otro lado.

En la soledad, Fedora sucumbió a los nervios. Iban a traer a alguien, ¿sería David? Un error administrativo, recordó... ¿Y si estaban hablando de otra persona?

Enseguida apareció la misma enfermera joven, que empujó la puerta de espaldas, arrastrando otra camilla, esta vez ocupada, como delataba el sistema de goteo y los tubos colgando de un lateral.

Fedora, con el alma en vilo, alargaba y giraba el cuello ansiosa, tratando de ver a quién transportaba.

Por fin ella se separó de la cama vecina y le vio.

—¿Corro la cortina? —preguntó la enfermera, de malos modos.

Fedora no contestó, una mezcla de alivio e inmensa felicidad se había apoderado de ella. David tenía los ojos cerrados y la tez pálida, con el pelo todavía chupado y aplastado, debido a la presión de la bolsa de nitrógeno. Ella no ofrecería una imagen mucho mejor, dedujo, y como por instinto se llevó la mano a la cabeza, quería estar guapa para cuando él despertara.

No supo cuánto tiempo estuvo contemplándolo, obnubilada, porque la siguiente voz que escuchó fue la de la doctora, que había regresado y la sonreía.

—Aún duerme, pero las constantes vitales son correctas —informó—. Los sedantes pronto perderán el efecto, como le ha ocurrido a usted. ¿Son pareja? ¿Familia?

Ruborizada, se enjugó las lágrimas.

La mención le hizo recordar que había dejado atrás a su gente. Confiaba en que ellos lo entendieran, en especial su hermana. Lo habían conseguido.

Sin embargo, le picaba la curiosidad.

—¿En qué año estamos?

FIN

Nota del autor

Muchas gracias por elegir esta obra entre las miles que hay disponibles, algunas gratuitas y seguro que mejores.

Si te ha gustado, por favor valórala positivamente en la página de Amazon, y si además añades un comentario sería magnífico.

Vosotros sois la única publicidad con la que cuento.

Más información o sugerencias en:

<http://jlpنالver.blogspot.com.es/>

Otros títulos

"El código sináptico" - Bohodón Ediciones (2014)